



**LOS DÍAS QUE
NO FUERON**

JUAN PONS SERVER

LOS DÍAS QUE NO FUERON

Juan A. Pons Server

Título: LOS DÍAS QUE NO FUERON

© Juan Andrés Pons Server, 2019

Portada: imágenes cedidas amablemente por Pixabay

Todos los derechos reservados

A mi madre y mi padre.

*Gracias por el tiempo,
porque mi vida es vuestro recuerdo.*

PREFACIO

En 1582, Ugo Boncompagni, más conocido como el Papa Gregorio XIII, decidió, asesorado por sus astrónomos y la curia papal, alterar el paso del tiempo en el mundo católico. Así, del 4 de octubre de 1582 se pasó, en un solo día, al 15 de octubre del mismo año, desapareciendo de una tacada diez días de la historia de la humanidad.

La razón que se esgrimió en su momento fue la necesidad de ajustar el calendario juliano a la realidad del año tropical, el cual había provocado cada 128 años la pérdida de un día completo.

Los países del mundo conocido, unos antes y otros después, fueron ajustándose a este cambio creyendo sin el mayor atisbo de duda la justificación papal antes mencionada.

Solo unos pocos conocen la verdadera historia de porqué el Papa decidió borrar de la historia del mundo lo acaecido en esos diez días.

Una joven periodista española, junto a un experto en historia medieval, indagará hasta dar con esas mismas personas que, secretamente, generación tras generación, lograron transmitir a sus descendientes un secreto ancestral; aquello que, de haberse divulgado, hubiera cambiado por siempre el devenir de la historia; aquello que ocurrió, pero quedó por siempre olvidado en esos diez días de octubre que nunca fueron.

1

Bip... bip... bip... El operador del centro de control se incorporó en el asiento al observar una luz parpadeante en el monitor. Se quedó perplejo tras comprobar que se trataba de una señal obsoleta que el nuevo sistema de navegación Galileo había rastreado hasta sus orígenes. Registró la entrada convenientemente con su código de empleado y llamó a su superior para informar de la anomalía. Después, infringiendo las normas de seguridad establecidas en el protocolo, envió con su móvil un mensaje cifrado a un servidor ubicado a más de dos mil kilómetros de distancia. Luego, extrajo la tarjeta del teléfono, la machacó, y tiró las pruebas del delito por la rejilla de ventilación del edificio. Por último, volvió a su puesto de control a esperar instrucciones.

Exactamente veinte minutos más tarde, cerca de las cuatro de la madrugada, una figura se bajó del coche en aquella calle indeterminada de la localidad alemana de Oberpfaffenhofen y accedió al recinto con un código que no constaba en las bases de datos. Sigilosamente subió por las escaleras de emergencia y, amparándose en la soledad de las instalaciones, se deslizó hasta la entrada que protegía el acceso al centro de control.

La puerta de acero se abrió con un siseo y tras ella aparecieron la inmensidad de monitores que alumbraban con su luz tenue la estancia. Con dos largas zancadas la figura se plantó tras el operador de guardia y rodeó su cuello con un fino alambre antes que este pudiera darse la vuelta.

No hubo gritos ni quejidos; simplemente una mueca de asombro mientras el alambre seccionaba la tráquea y la vida se desvanecía entre aquellas paredes de alta seguridad.

El asaltante apoyó a su víctima inerte en el sillón y liberó el alambre hasta dejar la cabeza medio seccionada apoyada en el cabezal. Luego se quedó un instante mirando la grotesca posición en que había quedado el cuerpo y le recordó a un enorme pez boqueando por respirar fuera del agua. Se encogió de hombros y sin dejar de mirarlo cogió su teléfono móvil y marcó un número en el teclado digital.

—¿Sí? —contestó al instante una voz con un punto de ansiedad, como si el interlocutor hubiera estado esperando la llamada.

—Está hecho.

—Bien. Asegúrate de borrar el registro y sal de ahí cuanto antes.

—De acuerdo. —Colgó el teléfono tras trece segundos de conversación que sabía no constarían en ningún fichero de su compañía telefónica.

Tras teclear varias series de números que le habían proporcionado, accedió a la base de datos del ordenador principal, el encargado de la gestión de claves, la seguridad en la red, el telecomando y telecontrol (TT&C). Pronto encontró lo que andaba buscando y con una serie más de dígitos finalizó la tarea que le había sido encomendada.

Después desapareció borrando toda señal de su presencia allí, a excepción de un enorme pez boqueando exánime.

2

Amalia Sastre apagó el despertador de manera perezosa tras un intenso minuto de zumbido machacón. Sabía que debía levantarse inmediatamente o de lo contrario volvería a sumergirse en los sueños de su querido Morfeo.

La noche anterior había sido tan larga como improductiva, y eso hacía su despertar a la par de perezoso, irritante. La culpa la había tenido una de esas reuniones interminables en la redacción del periódico. Hacía cuatro años ya que la habían contratado en la sección de ese diario digital de tercera fila que se caracterizaba principalmente por la banalidad de sus publicaciones locales y su frecuente falta de rigor, pues esos eran los riesgos que suponía trabajar en un rotativo donde primaba la inmediatez de las publicaciones antes que la contrastación de las mismas. Más de un disgusto le había supuesto este hecho al jefe de redacción, Blas Guzmán, por no decir que en más de una ocasión había tenido que humillarse diligentemente y sacar la cara por alguno de sus empleados. De hecho, ese había sido el asunto que alargó la jornada laboral anterior hasta casi las dos de la madrugada, con el consiguiente perjuicio para Amalia porque, aunque ella no había sido la que había metido la pata —en esta ocasión—, toda la redacción se reunía entera para tratar esos desaguizados, para mayor vergüenza del culpable en cuestión.

Por eso, se levantó a las siete de la mañana con un humor de perros y, tras su ducha matutina y un frugal desayuno consistente en una taza de café con leche que abandonó a mitad tomar, salió a la calle con el propósito de no llegar tarde a su cita.

Recorrió los escasos metros que separaban su pequeño piso de soltera de la parada del autobús y esperó pacientemente a que llegara el número 1, que la transportaría en esa mañana aún calurosa de principios de septiembre hasta las inmediaciones de la playa de la Malvarrosa de Valencia.

Tras cerca de cuarenta minutos que empleó en consultar las noticias en twitter, se apeó en la calle Dr. Álvaro López con el olor a brisa marina penetrándole ligeramente por la nariz. Siguió ese rastro durante aproximadamente unos cientos de metros en los cuales se intensificó esa sensación de salitre en su cerebro. Qué pocas veces durante el año se acercaba a la playa a pesar de tenerla tan cerca, pensó. Sabía que estaba ahí, a los pies de la misma ciudad, pero no veía la necesidad de ir cada poco tiempo a verla, aparte de que nunca disponía de suficiente tiempo para ello.

Sin embargo, en las escasas ocasiones que el trabajo la arrastraba hasta allí, su espíritu se renovaba con las esencias marinas, y ese efecto le encantaba.

Miró su reloj y se dirigió con paso presuroso hacia la cafetería donde había quedado con su interlocutor, pues ya llegaba tarde, como siempre.

Entró en el bar Rincón de Adriana a las 8:40, un local familiar de tapas no muy espacioso, y buscó con la mirada a su cita. No tardó mucho en encontrarlo, pues a pesar de lo concurrido del lugar en esa hora punta de desayunos, solo había una mesa en una esquina con un hombre de mediana edad perfectamente trajeado. Hasta allí se dirigió con paso decidido y se cuadró con cierto aire de desdén delante del personaje.

—¿Señor Alvarado?

El hombre levantó la vista del periódico que estaba hojeando y se quedó un tanto sorprendido al observar la figura femenina que tenía a escaso metro y medio de su cara. Amalia había elegido para la entrevista un conjunto bastante sencillo no exento de elegancia. Llevaba un pantalón de algodón gris marengo que marcaba sutilmente sus estilizadas piernas; la blusa, blanca, con remates fruncidos en las mangas que le llegaban hasta el antebrazo la hacían parecer una aristócrata distinguida. Su media melena negra resaltaba unos ojos que según la luz podrían ser grises o azul pálido. El efecto en los hombres, bien lo sabía ella, solía ser devastador, aunque nunca se había considerado una belleza tal y como aparecen en los anuncios y revistas de moda. Aun así, su esbelto cuerpo, su fresca pero cuidada indumentaria y, sobre todo, su mirada contundente, causaba exactamente el resultado que Amalia esperaba, máxime cuando le ayudaba a allanar el camino delante de hombres como el que le taladraba justo en ese momento con sus ojos embelesados.

—Efectivamente —respondió el aludido al tiempo que se levantaba y le ofrecía una mano bien cuidada. La periodista se la estrechó y tomó asiento enfrente de él, dejando su bolso colgado en el respaldo de la silla.

—¿Ha desayunado ya? Aquí sirven unas tostadas de sobrasada con miel deliciosas.

Amalia excusó la invitación sin dejar de pensar que si aquel hombre se pegaba esos homenajes para desayunar pronto desarrollaría una buena panza, por otro lado, ya incipiente.

—¿Le importa si tomo notas Sr. Alvarado?

—Ya veo que tiene prisa por empezar.

—No, se equivoca —precisó con una media sonrisa—, lo que tengo prisa

es por acabar.

El concejal del área de medioambiente la miró y entendió que tras aquella fachada embaucadora bien podía esconderse un hueso duro de roer, así que levantó una mano dándole permiso para disparar, al tiempo que se repantigaba en su asiento dispuesto a disfrutar de la entrevista periodística y el bellezón que le había tocado en suerte en aquella ocasión.

—Tengo entendido que su mujer no trabaja actualmente, ¿verdad?

La primera pregunta dejó descolocado al político, pues esperaba que las cuestiones a las que había accedido a contestar estuvieran dirigidas a aclarar las imputaciones sobre desvío de fondos en su departamento. Observó a la joven y su mirada penetrante aún le puso más cachondo de lo que ya estaba.

—Efectivamente, está usted bien informada. Mi mujer se encuentra descansando, por prescripción médica, en nuestra residencia de Denia. Pero, disculpe la intromisión, ¿qué tiene que ver eso con las acusaciones vertidas sobre mi gestión política?

Amalia ignoró la pregunta y perseveró en su interrogatorio—: Pero antes de ese retiro forzoso, tampoco había desempeñado ninguna tarea remunerada con anterioridad, ¿cierto, Sr Alvarado?

El hombre desistió en intentar averiguar los motivos de ese tipo de preguntas pues en el fondo le divertían por su curiosidad e hizo un gesto afirmativo con la cabeza concediéndole el punto a la periodista. Esta anotó algo indescriptible en su libreta y, sin levantar la vista, continuó.

—¿Le parece bien si menciono en el artículo que proviene usted de una familia humilde y que gracias a su tesón ha conseguido llegar a la posición preeminente que disfruta en estos momentos en el consistorio?

—No solo se lo permito, señorita Sastre, sino que estoy muy orgulloso de mi procedencia. Verá usted —recalcó en un tono presuntuoso—, yo me he hecho a mí mismo, nadie me ha regalado nada, y todo lo que tengo me lo he ganado con mi esfuerzo.

En ese momento, Amalia levantó la vista y miró fijamente al político de una manera tan intensa que este no tuvo más remedio que reapretarse un tanto en su asiento. Una noticia de última hora en el televisor del local desvió durante unos segundos la atención de la periodista, motivada por su ineludible deformación profesional. Narraban no sé qué de un trabajador asesinado en unas instalaciones de alta seguridad en una localidad alemana de nombre impronunciable. No le dio mayor importancia y fijó de nuevo su mirada —y su ira— en el hijo de su madre que, ufano tras el último

comentario, vanagloriándose de su dudoso éxito profesional, seguía las curvas de su cuerpo ya sin disimulo alguno.

—Déjeme que le dé una pequeña clase de matemáticas Sr. Alvarado —replicó con un tono de voz carente absolutamente de afabilidad—. Los zapatos que lleva usted hoy son de Salvatore Ferragamo, a un precio estimado de 600 euros el par; el traje un Gucci, de no menos de 2.000 euros, y esa cartera bandolera de estilo tan desenfadado que descansa en la silla juraría que es un Louis Vuitton, probablemente de la gama Roman, a razón de 1.390 la pieza si no me falla la memoria.

—¡Vaya! Veo que entiendes del buen gusto —replicó el concejal abandonando todo decoro en sus formas—, pero no acabo de comprender adónde quieres ir a parar, preciosa.

Amalia ignoró a duras penas el comentario y continuó con su exposición —: Por lo demás, dispone usted de tres inmuebles de lujo en diferentes localidades de la Comunidad, y no es usted de esos modernos concejales que se desplaza en bicicleta al despacho, todo lo contrario, se le ha visto por las calles de Valencia con al menos un Jaguar y un Mercedes. Según la web del ayuntamiento —continuó Amalia iracunda, aunque con una templanza en sus gestos y voz que hicieron brotar en la sien de su interlocutor unas culpables gotas de sudor—, atendiendo a los criterios de transparencia que su consistorio alardea en proclamar, he podido comprobar que sus emolumentos mensuales ascienden a 2,610 euros. Como dicen los ingleses, haga usted la aritmética, Sr Alvarado.

El aludido se irguió en su asiento y en un tono no demasiado convincente intentó justificarse—: ¡No estará usted insinuando que eso es razón suficiente para inculparme de las irregularidades de las que se me acusa!

—Eso es exactamente lo que estoy afirmando y todos esos datos saldrán esta tarde publicados en mi diario, a no ser que quiera usted justificar o arrojar algo de luz sobre los miles de euros desviados desde su departamento a través de inversiones encubiertas que nunca se llevaron a cabo. Esta entrevista no era nada más ni nada menos que para confirmar la información que tenemos en nuestro poder y darle a usted una última oportunidad de redimirse antes de que lo publiquemos todo.

—Ustedes no tienen nada en contra de mí, ni una sola prueba que me inculpe o me relacione con esas inversiones —se defendió pobremente el concejal.

—O sea, ¿que no niega la existencia de las mismas? —atacó la joven.

—Yo no he dicho tal cosa.

—Pero se deduce de sus palabras. Por tanto, si no está usted directamente implicado en esas inversiones fraudulentas, dígame quién manejaba los hilos, señor Alvarado.

—Yo..., yo no... ya le he dicho que no sé de qué me está hablando.

—¡Concejal! —exclamó Amalia en un tono de voz más alto de lo que a ella le hubiera gustado y que hizo desviar la mirada al chico de la barra—. Si no me dice ahora mismo quién más está metido en este embrollo, le aseguré que descargaremos toda nuestra ira sobre usted, y solo sobre usted. Aténgase a las posibles consecuencias.

El hombre, cuyo sudor empapaba la camisa a pesar del evidente frescor que el aire acondicionado proporcionaba al local, desvió la mirada al suelo al tiempo que sus labios emitían un ligero temblor. Amalia tuvo entonces que reprimir un callado chillido de triunfo al comprobar que la presión estaba a punto de surtir efecto e iba a poder doblegar a aquel sinvergüenza.

—Dígame una cosa, señorita Sastre —contraatacó de repente el hombre lanzándole una mirada inquisitiva—, ¿y si le dijera que no existen tales inversiones y que su periódico tendría que vérselas en un juzgado para demostrar que así es en caso de persistir en su mentira?

La repentina pregunta pilló a Amalia relamiéndose aún de su pequeña hazaña periodística y el titubeo que ocupó el silencio posterior acabó por desarmar toda la treta que la periodista había estado desarrollando. El concejal, experimentada comadreja, adivinó de inmediato el farol y lanzó una mirada acusadora a la joven cargada de puro resentimiento al tiempo que se disponía a ametrillarla con sus amenazas. Ella, para agriarle el gusto, se levantó, cogió su bolso y se dirigió con paso firme hacia la salida del local. Justo antes de salir se detuvo, regresó hasta la mesa del recompuesto concejal de medioambiente y, con una estudiada impostura en la voz, le dijo—: Antes o después les cazaremos, señor Alvarado, a usted y a toda su banda de mafiosos, así que no se acomoden demasiado, pues su futuro está bien delineado y, créame, me lo imagino en un espacio de no más de tres por cuatro metros cuadrados. Un placer.

Se alejó sin regodearse demasiado en la cara de preocupación del pobre concejal y llamó a un taxi nada más salir a la calle. Se acomodó en el asiento trasero y le dio al conductor la dirección de la redacción del periódico. En ese momento echó mano de su bolso en busca del móvil y se sorprendió al observar un pequeño sobre que se suponía no debía estar ahí, llamándole

especialmente la atención el terciopelo blanco en que iba forrado y el lacrado medieval color burdeos que lo sellaba. En este se observaba un anagrama distintivo que le recordó al símbolo del dólar americano: \$. Se dispuso a abrirlo embargada de curiosidad, pero en ese momento el taxista frenó en seco justo delante de las oficinas en la calle la Paz. Esta era una de las avenidas más hermosas y céntricas de la ciudad, y el número 5 era un edificio clásico, reformado y funcional, cuya fachada quería emular la belleza modernista de sus vecinas, aunque no llegaba a conseguirlo.

Amalia se apeó del vehículo, entró en la planta baja y accedió al ascensor que la llevó hasta el tercer piso. Nada más entrar, Andrés, un compañero de redacción, le dijo risueño:

—¡El jefe te espera en su despacho, Amalia! Y con una sorpresita para ti.

Amalia dejó el bolso encima de su mesa, con el sobre ya olvidado en su interior, y se dirigió hacia el pequeño cubículo que ocupaba Blas Guzmán, pensando que quizás se había excedido con el concejal de medioambiente y este no había tardado ni medio minuto en pedir explicaciones al periódico.

Al entrar en el santuario del redactor jefe observó el habitual caos que reinaba en su interior. La mesa de madera indefinida que ocupaba el centro estaba abarrotada de papeles en un desorden aparente, aunque Amalia sabía bien que Blas era capaz de encontrar cualquier documento necesario al instante, incluso cuando estaba enterrado bajo una pila de hojas aparentemente inconexas. Por lo demás, a su espalda y su derecha dos estanterías, a juego con la mesa, se pronunciaban hasta el techo, en cuyas baldas descansaban infinidad de libros, carpetas y algunas enciclopedias, estas últimas cubiertas por una pátina de polvo indicando que no habían sido usadas en mucho tiempo. Tres sillones, cual guardia pretoriana, miraban estáticos a un Blas que se hallaba sentado al otro lado de la mesa, con las gafas impertérritas apoyadas en su nariz picuda.

De todo el conjunto, solo una cosa desentonaba con el aspecto habitual del despacho, y esta no era otra que la figura de un hombre joven sentado en uno de esos tres sillones. Al verla entrar hizo ademán de levantarse, pero Blas se lo impidió con un gesto imperceptible.

—¡Ya era hora que llegaras! —le espetó el redactor jefe nada más entrar.

Amalia frunció el ceño y contestó condescendiente—: ...“de que llegaras”.

—¿Cómo dices?

—Digo que la expresión correcta es “ya es hora de que llegaras”. Como

redactor jefe de un periódico deberías evitar errores gramaticales como el queísmo, en el cual acabas de incurrir.

La periodista desenvainó su dedo poniéndolo en guardia a modo de espada preparándose para la retahíla de improperios que su jefe le iba a lanzar como estoques en un duelo por el honor mancillado, pero se detuvo a medio camino al observar la media sonrisa socarrona que asomaba por la comisura del labio de Blas.

—Te acordabas, ¿verdad? ¿Sabías que tenía la entrevista con el concejal?

—Por supuesto, Lía. Solo te ponía a prueba. —Reconoció Blas llamándola por el diminutivo que Amalia dejaba utilizar solo a unos pocos elegidos, su queridísimo jefe incluido. Luego la miró unos segundos más dudando entre reprimirla por el exceso de confianza en su corrección lingüística anterior, sobre todo ante la presencia de un extraño, o abrazarla por ser una de las pocas personas que, intrépidas, se atrevían a realizar tal desacato. Al final optó por un término medio ampliando su media sonrisa hasta una mucho más abierta y franca, olvidando su insolencia y concentrándose en el motivo por el que la había hecho llamar:

—Bueno, a lo que iba. La dirección del periódico me ha encargado crear una sección de investigación semejante a esa Spotlight del Boston Globe. Dado su especial interés en potenciar ese tipo de periodismo, les he contestado que pondría a mi mejor redactora al frente de dicha sección y que ella estaría encantada con el encargo.

Amalia dejó pasar unos segundos mientras absorbía la información junto con la carga de ironía que acarreaba, intentando a su vez acordarse del momento exacto en su desempeño profesional donde la había cagado tanto como para que su jefe la castigara de esa manera. No lo logró y por eso su contestación fue tan contundente como elegante.

—¡No me jodas, Blas! ¿Por qué no se lo dices a Andrés? Él estaría muchísimo más encantado que yo.

—No puedo.

—¿Por qué?

—No te lo puedo decir.

—¿Cómo que no me lo puedes decir? ¿Querrás decir que no quieres decírmelo para mortificarme aún más?

—Amalia... —sermoneó el redactor jefe adoptando ahora sí un tono más serio—, eres mi mejor periodista, escribes como los ángeles, pero te pierdes en noticias que no llaman la atención de nuestros lectores.

—Ah, ¿sí? ¿Cómo cuál, por ejemplo?

Blas suspiró e hizo un aspaviento con la mano para no tener que incidir en esa llaga, aunque no tuvo más remedio que explicarse viendo la actitud combativa que adoptó su subordinada.

—Pues por ejemplo la vez que cubriste la noticia sobre la cantidad de productos caducados que venden en los supermercados; o aquella otra sobre la conveniencia de etiquetar cada uno de los árboles de los parques municipales; o, sin ir más lejos, la de aquella mujer que tenía un trastorno compulsivo y solo podía caminar por el lado izquierdo de las aceras...

—¡Esa noticia tuvo un montón de comentarios positivos y ayudó para que mucha gente dejara de esconderse tras sus patologías!

—Dieciocho.

—¿Cómo dices?

—Dieciocho comentarios tuvo exactamente esa noticia.

Amalia quedó un instante sin saber qué contestar hasta que soltó lo primero que le vino a la mente—: ¡Sí..., pero todos positivos!

Su jefe se le quedó mirando con una sonrisa paternal dibujada en el rostro y al final asintió para sí mismo dándose permiso para continuar—: Vale, Lía, te lo has ganado. Te lo confesaré: no he sido yo el artífice de tu nombramiento. Alguien ahí arriba quiere que te encargues tú expresamente.

—¿Quién de ahí arriba? ¡Si no conozco a nadie de la junta!

—Ya, pero parece ser que ellos, o ellas, a ti sí. No solo eso, sino que además creen que la tarea es tan importante, a la par que ambiciosa, que han pensado en proporcionarte ayuda para llevarla a cabo—. Y diciendo esto dirigió su mirada a la figura que, sentada en aquel lugar privilegiado, había presenciado en silencio, pero con un tono jocosos en su semblante, el intercambio entre redactor jefe y periodista.

—Te presento a Bruno Guerrero, historiador, adjunto al departamento de investigación de la Universidad de Valencia y escritor en sus ratos libres.

La periodista ya se había olvidado del hombre que en ese momento se había incorporado ofreciéndole una mano amistosa. Medía un palmo más que ella, y eso que su metro setenta no era nada desdeñable entre los especímenes de su mismo género. Por atuendo no llevaba más que unos vaqueros bastantes desgastados donde no se adivinaba ningún tipo de marca de diseño, y cubría su torso con una camiseta blanca en la que destacaba en el centro el monstruo de las galletas de un azul eléctrico. El conjunto resultaba desenfadado y juvenil, aunque su pose resuelta certificaba los treinta y tantos

años que aparentaba. Por otro lado, sus facciones eran de las más agradables que había visto en mucho tiempo: ojos negros, frente alta, mentón proporcionado y unos labios que no dejaban de moverse, aunque no pronunciara palabra alguna.

Como Amalia se había quedado petrificada con la noticia, fue él quien inició las presentaciones finalmente:

—Mucho gusto en conocerla, señorita Sastre; Blas me ha hablado muy bien de usted.

El redactor jefe elevó una de sus dos cejas intentando recordar en qué momento de la conversación se había expresado en esos términos y miró al hombre divertido.

—¿No lo dirás en serio, verdad Blas? —bramó por fin Amalia mientras una furia incontrolable le subía como un volcán desde sus entrañas.

Su jefe hizo un gesto juntando sus muñecas simulando unas ataduras inexistentes.

—Claro, esto también es una amabilidad de los de arriba —masculló mientras salía del despacho sin haber estrechado la mano del investigador que encaminó sus pasos tras ella con el permiso del redactor jefe.

La periodista se dirigió hacia su mesa sin mirar atrás, consciente que el intruso la seguía, y se sentó iracunda en la silla fijando la mirada prieta en el monitor apagado de su ordenador. Al instante, levantó su dedo batallador hacia aquel hombre que se había quedado parado enfrente de ella y le medio gritó—: ¡Si creen los de la junta que vas a poder controlarme y seguirme como un perrito faldero, están muy equivocados!

—Bueno, lo de controlarte no sé, pero que vamos a compartir tiempo juntos, me temo que tienen razón. —Y le mostró dos pasajes de avión con destino a Múnich —. Nos vamos a Oberpfaffenhofen y nuestro vuelo despegará exactamente dentro de cuatro horas.

3

3 de octubre de 1582

El encapuchado recorría las calles amparándose en la oscuridad de una luna medio oculta tras un cielo encapotado. La comanda que debía entregar a su señor era de tal importancia que sabía que su vida corría serio peligro en caso de no cumplir su cometido.

Se deslizó cauto por los porticados de la ciudad confiando que la guardia nocturna no lo sorprendiera en esa actitud tan sospechosa.

Madrid era una urbe incipiente en ese octubre de 1582, sobre todo tras el establecimiento permanente de la Corte de Felipe II apenas veinte años atrás. Esto, entre muchas otras cosas, había provocado que la seguridad se viera aumentada exponencialmente, haciendo si cabe su misión más arriesgada todavía.

Logró llegar a su destino sin más contratiempo que unos soldados con los que se topó a la salida de una callejuela, pero consiguió pasar inadvertido, debido también al profuso estado de embriaguez en el que se encontraban. Golpeó la aldaba con el mayor sigilo del que fue capaz y esperó intranquilo a que le abrieran el enorme portalón de roble que daba acceso a aquella casa principal.

Al poco se oyeron pasos en su interior y una voz inquirió:

—¿Quién va?

—Soy el boticario, señor marqués.

La puerta se abrió lo suficiente para que el encapuchado accediera rápidamente al interior y se cerró sigilosamente tras él.

—¡Sígame! No quiero que la servidumbre le vea —susurró el anfitrión a la vez que se encaminaba con paso raudo a una estancia cercana.

Cuando se hubo asegurado que estaban lejos de oídos indiscretos, apremió al visitante—: ¿Lo ha traído?

El hombre sacó de su jubón un pequeño paquetito envuelto en tela de embalar y se lo ofreció al marqués. Este lo depositó sobre una mesa y desanudó el cordel con el que venía atado. Una caja de reducidas dimensiones, pero lujosamente labrada, confirmó al noble que efectivamente eso era lo que estaba esperando. No lo dudó, y con sumo cuidado la abrió. En su interior, un frasco de los que utilizaban en las boticas dejaba entrever

un líquido ligeramente espeso que proyectaba una tímida luz azulada.

—He seguido las indicaciones que su excelencia ordenó —informó tímidamente el boticario.

—Bien, bien, mi querido Alonso, y por ese motivo voy a recompensarle tal y como acordamos. —Y diciendo esto, sacó un monedero de piel que depositó en las ávidas manos del visitante. Este lo sopesó y confirmó que la cantidad de monedas era la adecuada.

—Confío en haber sido de utilidad, señor marqués.

—¡No sabe usted cuánto! —aseguró el aludido al tiempo que le indicaba con una mano la salida—. Y por ello le estaré por siempre sumamente agradecido.

El boticario esbozó una mueca complacida y se giró para iniciar su marcha. A penas había dado tres pasos cuando se detuvo en seco, elevando la vista hasta el elaborado techo policromado de escayola, mirando cómo se desvanecían los colores a través de sus ojos vidriosos. La daga le había atravesado el corazón de manera que no pudo emitir ni un sonido lastimero de despedida.

El marqués evitó que cayera al suelo sujetándolo con sus recios brazos y, tras cargárselo a la espalda, se dirigió con respiración afanosa hacia la parte trasera de la casa. Allí le esperaba una vieja carreta en la que depositó el cuerpo del pobre ingenuo. Subió al pescante y abandonó el huerto por la puerta trasera en dirección a los montes cercanos de la villa.

Al llegar al destino previsto, desenganchó el caballo y prendió fuego a la carreta con el desdichado del boticario en su interior. Pronto las llamas alcanzaron una altura considerable, momento que el marqués aprovechó para extraer el frasco del bolsillo de su gabán. El color azulado de aquel líquido misterioso se tornó más transparente a la luz del fuego incandescente.

El marqués no se lo pensó más; retiró el pequeño tapón de corcho que lo mantenía hermético y lo elevó al cielo mientras profería una letanía con su voz ronca quebrada: “Expelle noctem animam meam, quoniam ego in elected” (ilumina mi mente, pues yo soy un elegido).

A continuación, bebió de aquella pócima y esperó ansioso la reacción. Esta no tardó en llegar, y el primer síntoma que experimentó fue un ligero mareo que le obligó a apoyarse en un árbol cercano. Luego levantó la vista y miró fijamente al fuego que había alcanzado su culmen. Sus ojos brillaron con una claridad tan espeluznante, que cualquiera que le hubiera estado observando habría salido espantado pensando que era la encarnación del

maligno.

El noble miró a su alrededor y lo que vio le emocionó. Tal era la clarividencia que experimentaba que rio a carcajadas hasta que le dolió el costado. Luego tornó el semblante y fijó su mirada en la villa de Madrid que se vislumbraba a escasas leguas.

—¡Este es el comienzo, este es el poder ansiado! —. Y subió a la grupa de su caballo dirigiéndose extasiado hacia la ciudad en el horizonte.

4

Amalia se acomodó en su asiento del vuelo EZY2003 con destino a Múnich con un semblante de preocupación reflejado en su rostro. A su lado, Bruno estaba abrochándose el cinturón de seguridad sin dejar de mirarla.

El motivo de su desazón radicaba en el sobre de terciopelo blanco que al final pudo abrir en su piso antes de preparar el equipaje. En él había una nota manuscrita con letras de bellísima factura que escondían una advertencia y un enigma inquietante:

“No se fíe de nadie, señorita Sastre, y tenga cuidado en Alemania”.

La advertencia era meridiana, pero el enigma que implicaba a su vez la tenía desconcertada. ¿Cómo había llegado esa nota hasta su bolso? Si había sido en el bar, tal y como pensó, ¿quién sabía que horas después iba a estar viajando a Alemania? ¿Y a qué se refería con eso de que no se fiara de nadie? Estuvo a punto de confesar su inquietud a Bruno, pero, aunque no tenía nada contra él, lo cierto era que solo lo conocía desde hacía unas pocas horas y no le pareció lo más adecuado.

—¿Te encuentras bien? —preguntó su acompañante.

—Sí, gracias, es que no soy muy entusiasta de los aviones —respondió dándose cuenta por la mirada de Bruno que había sonado a evasiva. Cambió de táctica y pensó que un poco de conversación desviaría la atención del historiador.

—¿Qué libros?

—¿Cómo dices?

—Cuando Blas nos presentó dijo que eras escritor en tus ratos libres. ¿Eso significa que has publicado algo o se trata solo de un pasatiempo sin trascendencia?

Bruno se admiró de la minuciosa memoria de la joven por recordar ese comentario, y encogiendo los hombros contestó—: sí y no.

Amalia lo miró esperando una respuesta más elaborada y al ver que esta no llegaba objetó—: ¿no serás uno de esos hombres que le gusta hacerse el interesante con respuestas enigmáticas a la espera de encandilar a sus oyentes?

Él no contestó y frunciendo la mirada dilató a propósito su respuesta hasta el punto que la periodista se dispuso a intervenir de nuevo, aunque él se lo impidió con otra pregunta:

—¿Y tú no serás una de esas personas que no respeta los buenos silencios de las conversaciones y prefiere la inmediatez y el frenesí propios de esta era digital?

—Te recuerdo que trabajo en un periódico digital —contestó Amalia a modo de disculpa, pues en efecto se había mostrado excesivamente ansiosa por ocultar esa amenaza del sobre blanco que realmente le preocupaba.

Bruno asintió como aceptando la segunda posibilidad y contestó por fin a su curiosidad.

—He escrito varios trabajos de investigación, publicados en diversas revistas especializadas, y una novela.

—¿Cuál?

—Se titula “Los Últimos Vikingos del Orinoco” y es una visión novelada de la conquista del Nuevo Mundo desde una perspectiva original.

—No me suena en absoluto.

—No me extraña. Aparte de en las redes sociales, tampoco hice mucha promoción y no quise adentrarme en la vorágine de la publicación editorial, demasiado absorbente para un tipo tranquilo como yo. Pero, ya que estamos, dime: ¿cómo acabaste en ese periódico digital? Si no te molesta que lo pregunte. Blas me contó que te rescató de un trabajo poco edificante como responsable de prensa de no sé cuál empresa privada.

—¡Blas es un bocazas! Más bien le rescaté yo a él al hacerme cargo de la sección local del periódico justo antes de que se hundiera por completo. Gracias a mí las visitas al periódico aumentaron lo suficiente para que no lo cerraran, aunque supongo que él nunca reconocerá mis méritos.

Ante la cara de escepticismo de Bruno, la periodista se quedó en silencio un instante y, finalmente, elevando la vista hacia el techo del avión, confesó:

—Vale, es posible que algunos de mis últimos artículos no despertaran el interés esperado, pero todos los periodistas tenemos estas pequeñas derrotas profesionales de igual manera que un equipo de fútbol no puede ganar siempre.

A Bruno le resultó graciosa la comparación y le vinieron a la cabeza las publicaciones que Blas mencionó en la discusión.

—¿En serio escribiste un artículo para que pusieran una etiqueta identificativa en cada uno de los árboles municipales?

—No es eso —respondió admitiendo que dicho así parecía bastante absurdo—. Fue en la época en que varios árboles cayeron con motivo de las tormentas, hiriendo a varios viandantes gravemente. La idea era poder tener

un registro visible de su estado de salud para evitar estas desgracias.

—Con una etiqueta que dijera: “Cuidado, no acercarse a mí, peligro de caída”, y así poder pasear tranquilamente en zigzag por los parques evitando todos esos temibles árboles.

—¿Te estás burlando de mí?

—En absoluto; lo que pasa es que no tienes pinta de ser una ecologista recalcitrante.

—Y no lo soy; tampoco me conoces en absoluto como para juzgarme de primeras.

—Tocado. Ahí tienes razón. A veces yo también soy un poco bocazas. Te pido perdón.

Un incómodo silencio se instaló entre los dos durante unos instantes hasta que Amalia decidió abordar el otro asunto que le rondaba la cabeza.

—¿Y bien? ¿Me vas a contar qué demonios haces tú enrolado en este viaje sin sentido?

La periodista, tras ver los billetes que Bruno le mostró en la redacción, había vuelto en seguida al despacho de su jefe para que le explicara de qué iba toda esa historia. Aquel le contó una patraña sobre impulsar la sección de sucesos internacional, y los de arriba habían pensado que ella era la persona ideal para lograrlo, de la misma manera que había hecho con la sección de local. Sin embargo, no supo explicarle porqué ese caso de asesinato en Oberpfaffenhofen había despertado tanto interés en la junta del periódico, hasta el punto de darle carta blanca en el uso de tantos fondos como fueran necesarios para cubrir la noticia. Ella se había aprovechado de ello, harta siempre de tener que justificar mediante tickets cada pequeño dispendio en sus otras investigaciones, y para empezar había cambiado los vuelos de clase turista que le había enseñado Bruno a clase business, como muestra simbólica de venganza por haberla metido en aquel lío.

—Pues lo cierto —confesó el investigador haciendo que Amalia volviera a prestarle toda su atención—, es que fue Blas el que vino a buscarme al departamento en la universidad y me atracó de forma parecida a como lo hizo contigo en su despacho.

—¿Me quieres decir que tú tampoco sabes nada del caso que nos han asignado?

—Pues, la verdad, no acabo de ver la relación entre mi trabajo como investigador de sucesos históricos y el asesinato de ese hombre en unas instalaciones de alta seguridad en Alemania. Y, contestando a tu pregunta, la

respuesta es dinero.

—¿Cómo dices?

—Dinero, digo dinero. Blas me convenció ofreciéndome una cantidad desorbitada por mis servicios. Los recortes en la universidad han alcanzado ya a nuestros sueldos, y desde hace dos meses mi cuenta bancaria no se ve saciada con ninguna nómina. Nos habían dicho que era cuestión de tiempo que la Consellería de Hacienda soltara la pasta, pero la propuesta de tu jefe me vino que ni pintada.

—Ya veo —musitó la periodista con un gesto que evidenciaba cierto alivio. Esa explicación certificaba que, en efecto, Bruno no era un jefecillo encubierto que le habían asignado para controlarla desde arriba, sino que se veía inmerso en aquel disparatado viaje de 1800 kilómetros con un propósito que hasta él mismo desconocía. Lo cierto era que en el fondo no le desagradaba su compañía, máxime cuando estaban a punto de aterrizar en territorio peligroso, tal y como le advertían en aquel sobre enigmático.

—O sea, que en verdad yo estoy al mando de esta operación.

Bruno levantó las palmas de las manos como diciendo a mí no me mires, y respondió:

—Solo he venido en calidad de acompañante y para lo que su excelencia tenga a menester.

La periodista esbozó por fin la primera tímida sonrisa desde que se habían conocido, y Bruno no pudo por menos que exclamar—: ¡Ahí está!

—¿El qué?

—Eso que Blas me dijo, que en el fondo eras una mujer encantadora.

Amalia se sonrojó por el cumplido y le propinó un pequeño codazo. Él se rio con una carcajada franca, como la de los niños pequeños, esas que al escucharla te cambian el humor, por muy enfadada que una esté.

—¿Y qué más te contó Blas de mí, si se puede saber?

—Eso, señorita, es secreto de sumario, y me temo que no estoy autorizado a desvelarlo.

—Seguro que te contó que era una tocapelotas y que no me gusta que me digan lo que tengo que hacer.

—No exactamente, aunque sí me advirtió que no intentara sobrepasarme contigo, pues de lo contrario me las tendría que ver muy seriamente con él —replicó con una sonrisa picarona en sus ojos.

—¿Ves? Ese viejo ya me está controlando de nuevo, como si fuera mi padre. Aunque en esta ocasión he de decir que no le falta razón. Como

intentos algo conmigo abro la escotilla de emergencia y te lanzo directamente boca abajo.

Bruno miró por la ventanilla y chasqueó la lengua—: Bueno, por lo menos aterrizaría en los Alpes Suizos, me han dicho que ya está abierta la temporada de esquí.

Amalia volvió a sonreír y le propinó otro codazo, esta vez más contundente, provocando una mueca de dolor en su acompañante al tiempo que profería otra de esas carcajadas que hizo girarse a varios pasajeros de alrededor.

En ese momento, los indicadores de los cinturones de seguridad se encendieron, y una voz en off les indicó que el avión iniciaba un descenso prolongado hasta aterrizar, veinte minutos más tarde, en el aeropuerto internacional de Múnich-Franz Josef Strauss. El trayecto apenas los había llevado unas dos horas, y hacía mucho que a Amalia no se le había pasado el tiempo tan rápidamente. La culpa la tenía aquel desvergonzado que tenía sentado justo al lado, con su codo rozando imperceptiblemente el suyo propio, embargándola con una sensación de extraño cosquilleo en su interior.

Aterrizaron y se dirigieron con sus maletas de cabina hacia el mostrador de alquiler de coches. La localidad de Oberpfaffenhofen se hallaba a tan solo 60 kilómetros del aeropuerto y decidieron, dada su disponibilidad de fondos, alquilar un coche, evitando así el tiempo de espera, tanto de autobuses como de trenes. Además, no sabían cuánto tiempo los iba a llevar cubrir la noticia, por lo que en caso de que fuera más de un par de días, necesitarían un vehículo con el que desplazarse libremente. Por supuesto eligieron un coche alemán, y se decidieron concretamente por un Audi A3, ya que ninguno de los dos se sentía del todo cómodo con la presuntuosa marca Mercedes.

Colocaron el equipaje en el maletero y se acomodaron en los confortables asientos delanteros. Bruno se había ofrecido a conducir y a Amalia no le importó, aunque matizó su consentimiento—: La próxima vez lo llevo yo. No creas que soy una de esas mujeres que se deja transportar siempre por su pareja piloto.

—Nunca se me hubiera pasado por la cabeza tal barbaridad —, y arrancó el vehículo al tiempo que en el navegador tecleaba la dirección del hotel donde Blas les había hecho la reserva, gracias a los fondos, de repente ilimitados, de su modesto periódico.

Aun así, Amalia esperaba encontrarse con un cuchitril, más propio del

carácter encogido de su redactor jefe, y no pudo evitar sorprenderse al llegar a su destino. El hotel Seehof se hallaba concretamente en la localidad de Weßling, a unos cuatro kilómetros de Oberpfaffenhofen. Era un coqueto hotel a orillas de un idílico lago, rodeado de los frondosos bosques típicos de aquella parte de Baviera. Tenía el aspecto de una gran casa familiar con su tejado a dos aguas abuhardillado. Solo contaba con una planta baja y otra superior, en la que destacaban unos balcones primorosamente adornados con diferentes flores en sus respectivas macetas. El exterior contaba con un immaculado jardín distribuido en diferentes ambientes, incluido una amplia zona que hacía las veces de restaurante.

—¡Vaya! —se sorprendió la periodista—. ¡Por una vez el viejo se ha rascado el bolsillo! ¡Esto es precioso!

—¡Sí que lo es! —reconoció Bruno mientras recorría el lugar con su mirada—. Pero me temo que tu jefe no tiene nada que ver con el dispendio. Tal y como me explicó al entregarme la documentación de la reserva, esta la gestionaron directamente desde arriba. Si de él hubiera dependido, nos hubiéramos alojado en esa decrepita pensión que hemos visto al pasar por el pueblo.

—¡Ya me extrañaba a mí! Ese tacaño sería capaz de meternos hasta en la misma habitación con tal de ahorrarse unos euros.

Bruno no respondió, aunque Amalia percibió un extraño brillo en sus ojos que no le desagradó del todo.

—¡Venga, vamos! —apremió la periodista para romper el embarazoso silencio que se había producido entre ellos—. ¡Habrás que cenar, siendo las horas que son!, y ese restaurante tiene una pinta excepcional —añadió desviando la mirada.

Entraron en la recepción, pequeña pero amueblada con elegancia, con una mezcla de art decó, objetos de Ikea y unos cuadros clásicos con marcos dorados. Le llamó excepcionalmente la atención el de una matrona del siglo XVII, más o menos, que se hallaba elegantemente sentada con un suntuoso vestido oscuro, dejando al descubierto su generoso escote a la vista.

—Gute nacht —saludó solícita la recepcionista.

—Good evening. —se adelantó Bruno a Amalia—. We have a reservation in the name of Guerrero, Bruno Guerrero.

—Of course, sir. May I have your passports, please?

Tras hacer el check-in, ambos se citaron al cabo de media hora en el restaurante del establecimiento. No habían tomado nada desde antes de

embarcar en el avión y ambos estaban terriblemente hambrientos, con lo que la cena en la terraza del hotel les sirvió para calmar el apetito y disfrutar de una apacible velada.

Ninguno de los dos se percató del negro Mercedes sedán con lunas tintadas que se hallaba aparcado discretamente en las inmediaciones del hotel, y cuyos ocupantes les observaban desde la distancia. Anteriormente, tampoco habían advertido la presencia de estos mismos mientras los seguían por la terminal al aterrizar en el aeropuerto muniqués y, posteriormente, con aquel Mercedes manteniendo una exagerada distancia prudencial con el Audi 3. De todas formas, no necesitaban acercarse más, pues sabían perfectamente dónde se dirigían y cuál era el propósito que los había llevado hasta aquel idílico hotel bávaro.

4 de octubre de 1582

James Taylor había sido llamado a la residencia del marqués de Montaraz para confeccionar un conjunto completo de vestuario. Su familia se había dedicado toda la vida a la compra, diseño, corte y elaboración de prendas de vestir cuya mayor característica radicaba en los lujosos brocados, las finas telas y los extravagantes colores que utilizaban en su confección, realizando creaciones absolutamente exclusivas. Por eso era uno de los más codiciados alfayates, no solo en su tierra natal, Inglaterra, sino que también acudía a encargos internacionales debido a su fama entre la aristocracia.

En esta ocasión se hallaba en Madrid para atender diversas comandas que en su conjunto hacían que el viaje de desplazamiento fuera tremendamente provechoso para sus arcas.

Llamó a la puerta de la dirección que le habían indicado cargado con algunos rollos de telas delicadas y otros enseres propios de su oficio, y tras ser recibido por un sirviente, le hizo pasar a la biblioteca mientras avisaba al señor marqués de su llegada.

A la espera de la aparición del noble, James paseó su mirada por aquella magnífica estancia repleta de estanterías, en la que asomaban el mayor conjunto de tomos que el inglés había visto nunca, y eso que había estado en infinidad de casas principales de toda Europa.

Solo en otra ocasión vio una con similar cantidad de ejemplares. Fue con motivo de una de sus travesías por el mediterráneo para comprar las delicadas telas, tanpreciadas en todo el viejo continente. Después de hacer escala en ciudades como Esmirna o Antalya, recaló en la milenaria ciudad de Byblos, en las lejanas tierras de Siria. Allí acudió a la lujosa casa de un comerciante de tejidos, aconsejado por un viejo amigo, tratante italiano de paños. La exquisita sala abovedada en la que tuvo lugar la transacción comercial no era otra cosa que una espléndida biblioteca abarrotada de infinidad de libros garabateados con doradas letras cuneiformes en sus lomos.

La biblioteca del marqués de Montaraz no tenía nada que envidiar a aquella otra, incluidas las majestuosas alfombras persas que recubrían el suelo. Se deleitó en su contemplación deteniéndose en los coloridos diseños de sus dibujos, hasta que reparó en una mancha oscura que desentonaba con

el conjunto. Parecían restos de un buen vino de burdeos, pensó, y se acercó para comprobarlo, pero un espléndido gabán que reposaba en un sillón llamó su atención.

Cuando veía una de aquellas prendas le gustaba jugar a adivinar qué compañero lo había confeccionado, pues tampoco había tantos alfayates de prestigio que se dedicaran a vestir a la alta nobleza europea. Este estaba realizado en una sola pieza de un excelente paño de Bruselas, inconfundible por el cuidado diseño en los brocados. El corte limpio se rompía de manera sutil al llegar a las mangas, las cuales adquirían un tono ligeramente más oscuro, dotándolo de una originalidad que el sastre no dejó de anotar en su memoria. Por último, el gabán disponía de dos amplios bolsillos interiores que, transgrediendo la moda prevaleciente entre la aristocracia europea del momento, destrozaba la armonía del diseño. Esto le resultó sumamente curioso y cometió el error de introducir la mano en uno de ellos por ver el propósito inusual del mismo. Lo que encontró fue un pequeño frasco que acercó a la luz de un ventanal para admirar el mágico color azulado que desprendía un resto de líquido espeso en el fondo del mismo.

Unas voces calladas provenientes de la sala contigua desviaron su atención, devolviendo el gabán a su sitio y manteniendo inconscientemente el pequeño frasco encerrado en su puño derecho. Se acercó por si se trataba del señor marqués para presentarle sus credenciales, pero se detuvo a escasos centímetros de la puerta entreabierta. En su interior se adivinaban las figuras de dos hombres elegantemente vestidos, y James dudó entre entrometerse en la conversación con su aparición, o permanecer a la espera discretamente. Al final optó por la última, pues no quería causar una mala impresión con su impertinencia. Por ello, se quedó allí quieto, sin que hubieran advertido su presencia gracias al mullido suelo alfombrado, y sin poder evitar escuchar la conversación:

—¿Es cierto que funciona, Montaraz? —preguntó la figura más esbelta y joven.

—Yo mismo lo experimenté anoche en mis propias carnes para certificar que la fórmula es la correcta —aseveró el marqués—; el único problema es que su efecto no es permanente y desaparece apenas unas pocas horas después.

—Eso da igual, lo importante es que provoca el resultado esperado. ¿Es verdad pues lo que contaban los escritos, marqués?

—Oh, hermano, es mucho más que eso. En cuanto ingieres la pócima tu

cabeza experimenta tal actividad que una sensación de náusea se instala por todo tu cuerpo. Una vez acaba esa primera fase, el ingenio que embarga todo tu pensamiento es tal que hasta los problemas más vericuetos te parecen un cuento de niños, y se ve uno capaz de tomar las decisiones más adecuadas según el interés perseguido. Sin duda es el mejor elixir que el hombre puede haber creado: invisible, inocuo, imperceptible y absolutamente eficaz.

—¿Quiere decir, pues, que al tomarlo se es capaz de dominar la mente de los demás?

—¡Qué tontería es esa! ¡Ni que fuera brujería! Lo que ocurre es que el entendimiento se aclara de tal manera que el cerebro es capaz de visualizar al instante cada una de las posibles opciones ante cualquier disyuntiva dada, y anticiparse en las decisiones ante tus interlocutores, de manera que sabes en cada momento lo que has de decir o cómo actuar.

—O sea, que es cierto que la fórmula permite aumentar la inteligencia exponencialmente pudiendo manipular a cualquiera de forma imperceptible y doblar sus voluntades al antojo.

—Exacto, conde de Frago. ¿Se da usted cuenta de lo que tenemos entre manos? Nada más y nada menos que el poder de la clarividencia. Con ella, todos nuestros propósitos podrán por fin llevarse a cabo. Debemos convocar a los miembros del Patronato y comunicarles el descubrimiento sin dilación.

—¿Incluido el Santo Padre?

—Por supuesto, con su aquiescencia elegiremos a los hermanos adecuados para que ocupen sus puestos en las principales cancillerías y monarquías europeas. Una vez conseguido esto, con el elixir, manejaremos a nuestro antojo las decisiones de los poderosos y, por tanto, el destino de todos esos países. Ya era hora que por fin pudiéramos despojarnos del desgobierno de esos inútiles de sangre real.

El conde asintió con una sonrisa siniestra y señaló—: Por fortuna Su Santidad se halla en estos momentos en Toledo por motivo del sínodo ecuménico de los obispos y cardenales españoles, y en menos de tres días podríamos estar todos reunidos para planificar nuestra empresa.

En ese instante un sonido indefinido llamó la atención de los dos nobles y dirigieron su mirada hacia la puerta entornada que daba a la biblioteca. El marqués la alcanzó con tres grandes zancadas y la abrió de par en par. Tras ella la excepcional estancia aparecía totalmente vacía, a excepción de unos rollos de tela que descansaban sobre una mesita baja. El noble se temió lo peor, y llamó a gritos a su sirviente. Este apareció cariacontecido por la

urgencia de las voces, y se extrañó de no encontrar al sastre en espera que su señor acabara con la visita que le retenía ocupado.

—¿A quién pertenecen esos rollos de tela? —bramó el de Montaraz.

—Al señor James Taylor, excelencia, tenía cita concertada con usted y le hice pasar a la biblioteca mientras usted departía con el señor conde.

El noble golpeó violentamente a su criado con el dorso de la mano, haciendo que este trastabillara y cayera al suelo. Inmediatamente se incorporó y salió lo más rápido que pudo de la biblioteca conociendo el mal genio que gastaba su señor.

El marqués se giró hacia el conde de Frago y gruñó—: Ese imbécil debe haber escuchado nuestra conversación y ha huido como alma que persigue el diablo—. Inmediatamente un pensamiento cruzó su mente al observar su gabán toscamente apoyado en el sillón. Se acercó instintivamente y buscó el frasco en su bolsillo interior. Una sombra de infinita rabia veló sus ojos al comprobar que ya no se hallaba en su sitio, y se giró a su acompañante con un semblante que hasta al recio conde de Frago amedrentó.

—¡Se ha llevado el frasco! Tiene la información y la prueba del delito que nos incrimina. Debemos asegurarnos que no sale con vida de la ciudad y ponga nuestros planes en peligro —sentenció.

—No se preocupe, Montaraz —susurró el otro mientras tocaba la empuñadura de su estoque milanés—, averiguaré dónde se hospeda y me ocuparé personalmente de él.

—Pero, discretamente, no queremos levantar sospechas que alerten a nuestros enemigos —remató el marqués.

El pobre James Taylor, tal y como había augurado el noble, corría sin rumbo fijo por las calles madrileñas como alma que persigue el diablo. La conversación que había espiado entre aquellos dos personajes le había causado tal conmoción que no lograba serenarse y pensar claramente. Por fin se detuvo en el quicio de un portalón, en una callejuela no muy lejana de la casa del marqués.

Permaneció allí durante unos minutos para recuperar el resuello y entonces se percató que, en su huida, había olvidado los rollos de sus preciadas telas en aquella biblioteca. ¡Dios mío! —pensó—. Saben que estuve allí. ¿Qué puedo hacer? Si vuelvo a la posada es posible que vengán a buscarme allí. Esos hombres no parecían tener ningún escrúpulo, son capaces de darme muerte por acallar la información que he escuchado. En

ese momento reparó en el pequeño frasco que mantenía apretado en la palma de su mano, y una mueca lastimera apareció en la comisura de sus labios al recordar la conversación hurtada a los nobles. Sin duda aquel extraño líquido era la pócima a la que se habían referido tan reverentemente. Debo huir de Madrid cuanto antes, pero ¿cómo? Solo se me ocurre una salida —concluyó al poco—, aunque jamás pensé que tuviera que apelar a ese recurso para salvar el pellejo.

—¿Señor Taylor?

El sastre levantó la cabeza y miró a su interlocutor. Sus facciones agradables y mirada inocente remataban un cuerpo esbelto acentuado por las elegantes prendas que portaba. Su buen ojo de modisto no pudo evitar reparar en el jubón aterciopelado, la elegante ropilla que marcaba su torso, el herreruelo que le cubría a modo de capa y las delicadas calzas que llevaba, así como unas recias botas de piel, altas hasta las rodillas con vueltas al estilo militar. Todo, eso sí, de un negro tan oscuro como el fondo de un pozo.

Entonces James cayó en la cuenta que ya había visto esa figura antes, no hacía de ello más de unos minutos, en la residencia del marqués de Montaraz. Su semblante tornó en blanco como si le hubieran echado por encima un barreño de yeso de encalar y, sorprendentemente, su reacción refleja, lejos de ser comedida, consistió en pegarle un empujón a aquel personaje sin siquiera haber contestado a su pregunta.

El conde de Frago se había fijado en aquel hombre apoyado en el quicio del portalón en una pose como si segundos antes hubiera estado corriendo. Se detuvo un momento a observarlo y reparó en un bolsón que portaba cruzado en la pechera del que asomaban unos trozos de paño y una vara de medir de hierro que, por su longitud, sobresalía ligeramente. No lo dudó y se acercó resuelto, pero con semblante afable para no asustar a su víctima. Lo último que hubiera esperado era que aquel hombre lo reconociera al instante y, sobre todo, la inesperada reacción que dio con sus propios huesos en el suelo.

Sin tiempo que perder se levantó y corrió tras el sastre que ya torcía la esquina del callejón como si lo persiguiera la muerte, que en este caso era absolutamente cierto.

Las calles no estaban muy concurridas y seguir a aquel hombrecillo no le resultaba difícil, máxime cuando portaba ese bolsón que ralentizaba su marcha. Aun así, tuvo que deshacerse de varios viandantes que impedían su persecución a base de empujones y algún que otro manotazo. El sastre no

tenía ese tipo de destemplanzas, y excusaba sus prisas con las preceptivas fórmulas de cortesía, de tal guisa que la distancia entre ambos iba menguando paulatinamente.

En su huida James tropezó con el tenderete de un platero lanzando copas y jarrones por el aire y llevándose como premio por la hazaña un sinfín de improperios y juramentos en hebreo. Se disculpó sin perder el paso y llegó al final de aquella ancha calle para toparse con el curso del río Guadarrama. Unas voces a su espalda le alertaron que su perseguidor se encontraba a poca distancia, y no se le ocurrió otra cosa que correr por el embarcadero de madera que daba prolongación a la calle y se adentraba en el río. Al llegar al final del mismo se dio cuenta que aparte de las aguas no había otro lugar por donde seguir huyendo, así que inició el retroceso por donde había venido en pos de una salida del atolladero. Solo logró dar dos zancadas antes de advertir la figura de negro que le obstruía el paso y desenvainaba su acero ante la mirada despavorida de varios parroquianos.

James Taylor se detuvo en seco y miró en derredor en busca de una salida, y en no hallándola, absolutamente aterrado ante el sujeto que se le venía encima estoque en alto, echó mano de su bolsón y lo utilizó como parapeto colocándose en la pechera. Pensó que había llegado su final cuando el caballero soltó un mandoble dirigido al centro de su cabeza y él alzó el bolsón en un acto reflejo.

El estoque del conde chocó con la vara de hierro que el sastre portaba en su bolsa de oficial, evitando así que rompiera cuero, paños y, finalmente, cuero de nuevo, aunque esta vez de su cabeza. El golpe, sin embargo, fue tan tremendo que dio con el pobre James en el fondo del río, tras haber trastabillado varios pasos por el embarcadero. La corriente, brava en esa parte del cauce, hizo el resto arrastrando al sastre aguas abajo y librándole en el último instante de su verdugo, como si la ejecución se hubiera suspendido por orden y gracia del corregidor real.

El conde de Frago intentó correr la orilla en pos del sastre, maldiciendo a la vez la buena suerte de aquel, pues en dos ocasiones se había librado de la muerte que sin duda el destino le tenía deparada, ya se encargaría él de que así fuera.

Al poco, unas casas bajas edificadas hasta la misma orilla del cauce le impidieron el paso, y siguió con la mirada el amasijo de ropas que desaparecían en un codo del curso pugnando por mantenerse a flote.

Luego, con un sentimiento entre furia y temor, decidió desaparecer de la

escena del accidente y encaminarse de vuelta a casa del marqués de Montaraz para explicar a su señor lo acontecido. Confiaba en convencerlo que el destino final del alfayate había sido muerte por ahogamiento y que el cuerpo aparecería antes o después en la ribera del Guadarrama.

En ese instante, James se debatía en sus aguas, sacando la cabeza a duras penas para boquear algo de aire. Sus ropajes empapados y el bolsón que mantenía encadenado a su cuerpo lastraban y hundían su cuerpo cada vez más persistentemente. Cuando ya las fuerzas le flaquearon se encomendó al Altísimo y a su inevitable destino, antes de sentir cómo unas recias manos tiraban de él y lo aupaban hasta el interior de una chalupa que se hallaba en medio del cauce.

Los pescadores lo pusieron boca abajo para que escupiera todo el excedente de agua que salió despedida como si fuera el surtidor de una ballena. Tras unos minutos donde la náusea y la angustia dieron paso progresivo a la calma y la consciencia, se recompuso con la poca dignidad que su aspecto mantenía y agradeció profundamente a aquellos toscos hombres que hubieran intercedido en su desgracia.

Luego, dio unas plausibles explicaciones de su accidente naval y, ofreciéndoles unos maravedíes, les rogó que le acercaran a la otra orilla, hecho que estos realizaron encantados al observar el brillo de las monedas.

Desembarcó en las proximidades del Puente de Segovia que, aunque siendo reconstruido en esos momentos por orden de su majestad Felipe II, ya permitía el paso de viandantes, que no de carros, carretas y carruajes. Anduvo por la calle Real Nueva que comunicaba el puente con la Plaza de Puerta Cerrada, sin tiempo ni ganas para admirar en su lado septentrional el maravilloso espacio ajardinado levantado por el mismo rey sobre el antiguo Campo de la Tela con el objeto de presenciar los encuentros caballerescos que su majestad gustaba de promover.

Su única obsesión era llegar hasta la vivienda de la única persona en todo Madrid que le podía ayudar en esa difícil tesitura en la que se encontraba.

Le llevó más de hora y media de caminata llegar hasta las inmediaciones de la casa de doble planta cuya dirección tenía memorizada. Un bello escudo de piedra a un costado de la puerta indicaba claramente qué desempeño se realizaba en su interior.

Llamó tímidamente con el aldabón y confió en que le dieran cobijo en su interior. Un hombre de avanzada edad abrió con vehemencia y se quedó mirando el despojo de hombre que se alzaba ante él. Aun así, reconoció de

inmediato a uno de sus hermanos de gremio al comprobar el bolsón que llevaba colgando y el corte de los ropajes que, aunque en muy mal estado, mostraban que habían sido confeccionados por manos artesanas.

—¿El maestro Martín de Andújar? —preguntó James con su media lengua británica.

—El mismo —respondió el orondo corpachón que cubría la mayor parte del vano de la puerta—. ¿Quién pregunta?

—Mi nombre es James Taylor y pertenezco al gremio de Somerset. Necesitaría hablar con usted de un tema urgente.

El maestro del gremio de sastres de la villa de Madrid lo miró con gesto cauto e interrogante, aunque obligado por las leyes gremiales no tuvo más remedio que acceder a la petición, y se hizo a un lado indicándole que pasara a su taller, cosa que el inglés a duras penas logró hacer impedido por la corpulencia del propietario.

En su interior se encontró con un espacio diáfano donde tres personas trabajaban en absoluto silencio. Parecían réplicas los unos de los otros, pues oficiaban con una similitud asombrosa. La disciplina en el arte de la confección se cumplía en aquel taller de manera militar: los subordinados se mantenían con la espalda recta sentados sobre banquetas de media vara de alto, colocando la prenda que estaban trabajando sobre la rodilla derecha sin montar una pierna sobre la otra, juntando además la punta de un pie con el otro; así mismo, los tres zurcían empujando la aguja con la mano derecha hacia afuera y, tal y como James corroboró nada más entrar, en concentrado silencio, pues las normas gremiales explicaban que si se distraían contando cuentos o chascarrillos, la calidad de la prenda se podía ver afectada.

El maestro Martín le hizo un gesto para que guardara silencio señalando a continuación hacia el piso de arriba. James no entendió a qué se refería y saludó a los presentes al estilo español, siguiendo las normas de cortesía aprendidas:

—¡Buenas tardes nos de Dios!

Apenas lo había dicho en un susurro, pero el maestro lo reprendió en silencio, insistiendo una vez más con su dedo señalando el techo del taller. Luego le conminó a seguirle hacia la parte de atrás de la casa, donde un amplio patio albergaba otras cuatro estancias más. Le invitó a entrar en una de ellas y cerró la puerta tras de sí.

—Señor Taylor. —Empezó Martín de Andújar—. Veo que no está usted al tanto de los usos actuales de arrendamiento de la villa.

El sastre esbozó un gesto de incompreensión suficientemente evidente para que el maestro tomara su respuesta en sentido negativo, y pasó a explicarle el porqué de tanta precaución auditiva.

—Desde el establecimiento hace unos pocos años de la Corte del rey en Madrid, nos hemos visto obligados a acatar la “regalía de aposento”. Esta impone a los propietarios de viviendas de dos plantas la cesión de una de ellas para acomodar la gran cantidad de funcionarios, y sus familias, que el advenimiento de su majestad ha provocado. Por ello, ahora mismo tengo viviendo a un procurador, su mujer y tres hijos, justo encima de mi taller. No son mala gente, pero uno ha de andarse con cuidado y no proferir palabra malsonante o insidiosa, pues estas vuelan al piso de arriba más rápido que el humo de la chimenea.

—En ese caso ha hecho usted bien, maestro, pues lo que he venido a contarle es de tal envidia que solo sus oídos deben escucharlo.

Don Martín volvió a torcer el gesto ante tal enigmática introducción, y se acomodó en un sillón para escuchar el relato que aquel desconocido se dispuso a narrar.

El inglés le refirió entonces cómo había llegado a casa del marqués para medirle un traje, cómo escuchó por accidente la conversación que desveló la existencia de aquel extraño elixir, los efectos que producía y cómo pensaban utilizarlo para situar a los seguidores de ese llamado “Patronato” en posiciones cercanas a los gobernantes de Europa e influir en su toma de decisiones. Después le relató, cómo, al ser descubierto, huyó siendo perseguido por el tal conde de Frago, dando con sus huesos en el río Guadarrama al ser atacado por este. Por último, gracias a la intercesión de unos buenos pescadores, cómo logró salvar la vida y llegarse hasta el taller donde en ese momento se hallaba.

Don Martín de Andújar quedó callado largo rato mientras miraba al sastre de forma recelosa. Lo que acababa de escuchar le parecía de lo más inverosímil, y por el mismo motivo, le inducía a pensar que podía ser cierto, pues nadie podía ser capaz de inventar una historia semejante, a no ser que fuera un ocioso novelista o un cuentacuentos jactancioso.

Ante la pasividad del maestro, James extrajo el pequeño frasco con los restos de pócima y se lo mostró a Don Martín. Este lo cogió delicadamente con sus gruesos dedos y lo puso al trasluz, maravillado por el fulgor azulado que desprendía.

—Señor Taylor —dijo por fin—, si es cierto lo que me ha desvelado

usted, efectivamente las intenciones del Patronato suponen un verdadero peligro para nuestra clase trabajadora y quedaríamos a merced del yugo que esos aristócratas intentarán ejercer sobre nosotros.

El inglés hizo un gesto afirmativo con la cabeza, absorbiendo el peligro intrínseco de lo expuesto, a la vez que mantenía un silencio tan taciturno como si estuviera presenciando un velatorio. Luego reparó en un hecho que, como martillo pertinaz en su subconsciente, le alertaba de algo inusual, y esto no era nada más ni nada menos que la ciega credulidad de Don Martín hacia toda la historia que James le había relatado. Eso hizo que el alfayate sospechara que el relato, o parte de él al menos, no era del todo ajeno al maestro sartorial.

—Disculpe, Don Martín, pero ¿por qué me da la sensación de que usted ya es conocedor de lo que está ocurriendo?

El maestro del gremio de sastres de la villa de Madrid miró con admiración los ojillos suspicaces del inglés y dudó entre contar a aquel desconocido una patraña o desvelar uno de los secretos mejor guardados de su gremio. Al final optó por lo segundo, pues confió en que aquel hombre que había escapado de una muerte segura bien podría ayudarles en las hartas complicadas tareas que se avecinaban. Además, involuntariamente, el sastre ya conocía gran parte de la verdad, y la que quedaba era la parte que al mismo maestro le interesaba conocer.

—Está bien, señor Taylor, he de reconocer que me ha descubierto. Efectivamente, el nombre del Patronato no me es ajeno. Es más, si le dijera que sé perfectamente quiénes son esos desalmados, ¿me creería?

En ese momento el escéptico fue el inglés, que pasó de ser informante a informado en menos tiempo del que tarda una mosca en cruzar una estancia, así que se dispuso a escuchar la parte de historia que confería contexto a la suya propia.

Don Martín suspiró levemente y, dirigiendo la mirada primero hacia la puerta y después al ventanuco de la habitación, cerciorándose que no había oídos indiscretos en el patio, inició su relato.

—Esto que estoy a punto de confesarle podría suponer no solo la pérdida de mi rango como maestro artesano del sastre, sino también algo mucho más trágico: mi muerte. Desde la creación de los gremios, hace ya de eso muchas décadas, vimos la necesidad de unir nuestros intereses para equilibrar una balanza comercial siempre expuesta a los vaivenes de las políticas de los poderosos. Por ello, cada maestro gremial recibe en herencia de su antecesor

el juramento que lo nombra miembro honorario del “Gremio” mientras viva. La función primigenia de este era la de controlar el flujo comercial europeo para que ninguna de nuestras familias se viera afectada por situaciones ajenas a nosotros, tales como guerras, subidas al poder de nuevos reyes, déspotas, aristócratas, etc. Luego, con el tiempo, nuestra sociedad se encargó de vigilar los equilibrios de poder entre la clase noble, pues nos dimos cuenta que ella misma se había organizado también entorno a otra sociedad secreta llamada el “Patronato”, y del resultado de su ejercicio dependía en gran medida la prosperidad de nuestros gremios y los miles de personas que los integramos.

—¿Se refiere al gremio de sastres y roperos?

—No solo ese, sino todos los gremios establecidos en España y el resto de Europa.

—Pero... eso es imposible —tartamudeó James mientras absorbía el calado de lo que acababa de escuchar—. Yo mismo, como miembro distinguido del gremio sartorial de Somerset, debería haber oído en algún momento la existencia de esa sociedad que llama usted “el Gremio”.

—No, si el maestro gremial de su condado hubiera jurado, bajo pena de muerte, no desvelar el secreto a cualquier persona que no fuera su propio sucesor u otro maestro gremial.

James imaginó en su mente a Sir Thomas Malory, el maestro de su condado, y jamás se le hubiera ocurrido que aquel simpático viejecito pudiera formar parte de una organización de tal calibre.

Ante la cara de estupor del inglés, Don Martín lo confortó golpeándole ligeramente con la mano en su rodilla, y pasó a explicar la idea que había estado esbozando mientras desvelaba la existencia de las dos sociedades.

—Lo cierto es que llevamos tiempo sospechando que los miembros del Patronato andan tras un artilugio o arma que puede hacerles más poderosos si cabe, y desnivelar el equilibrio de fuerzas a su favor para obtener el dominio total, no solo de la clase trabajadora, sino de los gobernantes también. Usted nos acaba de confirmar que ya la han conseguido, así que tendremos que solucionar el problema.

—¿Tendremos? ¿A quién se refiere con “tendremos”?

—Al “Gremio” —respondió sucinto el artesano—, al cual pertenece usted de pleno derecho desde el momento en que atravesó esa puerta.

Luego, Don Martín de Andújar se levantó de su sillón y sin articular palabra se dirigió a un arcón que permanecía silencioso en el rincón de la alcoba. De él extrajo un viejo espadón que desenfundó rápidamente y cuya

punta apoyó en el pecho de James sin dejar de mirarlo severamente.

—Pero..., Don Martín...

—Shhhh, ¡guarde silencio, señor Taylor! Tras confesarle todo lo explicado, no tengo más remedio que dirimir si es usted digno de seguir viviendo o no, pues como ya le he dicho el “Gremio” exige el más alto secretismo. La única forma que tengo para disipar su inmediato futuro es comprobar que la historia que usted me ha contado es realmente cierta. Así que, si me hace usted el favor, necesitaría que me prestara una vez más ese pequeño frasco.

El inglés acercó su trémula mano con el resto de pócima y el maestro retiró el tapón con los dientes sin despegar su espada del cuerpo del sastre. Luego dejó caer una sola gota en su dedo índice y se lo llevó a la boca. La reacción fue instantánea, y tras la advertida náusea, sus ojos se abrieron como un búho en la noche para ver lo que otros no llegan a percibir.

—¡Tenía usted razón! Esta pócima puede cambiar nuestros destinos y, por lo pronto, el suyo acaba de mejorar ostensiblemente —dijo mientras devolvía la espada a su cinto y profería una callada carcajada que ayudó al sastre a destensar los músculos—. Bien —continuó en un susurro—, debe usted mantenerse aquí oculto mientras yo convoco esta misma noche a los miembros del “Gremio” disponibles en la capital. Luego hallaremos la fórmula de sacarle discretamente de la ciudad, pues estoy convencido que, tras su huida de esta tarde, todos los guardias de las puertas están en preaviso.

—¿Sacarme de la ciudad, maestro? ¿Adónde?

—A su debido tiempo, señor Taylor, a su debido tiempo. —Y abandonó la estancia arrastrando perezosamente su corpachón con él.

6

La velada anterior le había servido a Amalia para conocer un poco más la historia de Bruno. De padres aragoneses, pronto se habían visto obligados a emigrar a una capital, pues las posibilidades laborales en una gran urbe eran mucho mayores que en el diminuto pueblo agrario del que provenían. Eligieron Valencia, cansados también de los inclementes inviernos de su tierra natal. Bruno nació allí, hacía ya treinta y dos años del acontecimiento, tal como había calculado la periodista la primera vez que lo vio.

Siendo ya un niño le gustaban tanto las historias de caballeros que desarrolló un interés poco común por cualquier libro que novelara esa parte de la historia europea. De ahí a enrolarse en la facultad solo distaron los años que tuvo que esperar para tener la edad necesaria para su matriculación. Pronto destacó como alumno aventajado, y antes de finalizar sus estudios con matrícula de honor, ya estaba haciendo colaboraciones en el departamento de investigación. Tras varios años donde estuvo compaginando su tesina con trabajos esporádicos, algunos ciertamente denigrantes, pero obligado a ello para poder subsistir, consiguió la plaza definitiva en el departamento de historia medieval gracias a la jubilación de uno de sus miembros, el doctor Fernando Arístegui.

Por su parte, Amalia le había explicado que quedó huérfana de padre y madre siendo ella una adolescente y que a sus veintinueve años ya no le quedaba ningún resto de rabia por su desaparición tan temprana. Aquel triste accidente la marcó profundamente durante mucho tiempo, pero a pesar que en su momento intentó entender el porqué unos aprendices a navegantes se internaron en el mar en una de esas tardes bravas del Mediterráneo, con el tiempo decidió dejar de obsesionarse y seguir con su propia vida. Unos primos segundos de su madre la acogieron, y tras un final de adolescencia convulso, logró serenarse y cursar estudios superiores de periodismo en el CEU. Al finalizar la licenciatura fue pegando tumbos hasta estabilizarse en un puesto de secretaria que no le entusiasmaba, y ahí fue cuando Blas, reconoció al final de la cena, la rescató para el periódico digital donde por fin encontró la horma de su zapato. El resto de su vida había transcurrido entre pequeños éxitos y otras tantas derrotas, tanto en el plano laboral como en el personal, donde una serie de relaciones, algunas realmente tóxicas, la habían curtido hasta el punto de preferir vivir de manera independiente y sin

compromisos serios.

Ya de camino a las instalaciones en la cercana Oberpfaffenhofen, Amalia rememoró esa cena pausada en la terraza ajardinada del pequeño hotel, y una agradable sensación se instaló en su memoria mientras recorrían los pocos kilómetros que los separaban de la primera de las dos entrevistas que tenían concertadas aquella mañana.

Llegaron puntuales y aparcaron en las inmediaciones del Centro de Control Galileo (GCC, atendiendo a sus siglas en inglés). El edificio era inconfundible, y de una belleza elegante a la vez que funcional. Parecía un castillo construido todo con piezas blancas de lego, formando un cubo irregular rematado con varias torretas a modo de almenas. La fachada principal destacaba por la gran cristalera que la cubría casi por completo, a excepción de los flancos cerrados con otras tantas piezas de granito blanco. La sensación que trasmitía era de sobriedad, eficacia y mucha seguridad, hecho que Amalia y Bruno pudieron descubrir de inmediato, pues aún no habían bajado del coche cuando un guardia se acercó hasta ellos con cara de pocos amigos.

—Buenos días, disculpen, pero esta zona está restringida a los trabajadores del Centro.

—Tenemos una cita concertada con el director general del GMV, el señor Jesús Serrano.

El guardia consultó un portafolio que sujetaba en una de sus manos y, tras repasar un listado, preguntó—: ¿Son ustedes la señora Amalia Sastre y el señor Bruno Guerrero?

Los dos asintieron al unísono y mostraron sus pasaportes a indicación del empleado. Tras verificar que sus identidades eran las correctas fueron conducidos a través de aquella enorme cristalera al interior de las instalaciones. Ya en el hall principal quedaron tan sobrecogidos como si estuvieran contemplando por primera vez la nave central de una catedral gótica, aunque la sobriedad que se apreciaba nada tenía que ver con aquellas.

—¡Sígueme, por favor! Los acompañaré hasta el despacho del director.

Ambos obedecieron como buenos colegiales en una visita escolar; atravesaron el gran hall y llegaron a la zona donde tres ascensores de un acero inmaculado los esperaban para llevarlos a la tercera y última planta del edificio.

Durante el breve trayecto que duró su recorrido, Amalia contó innumerables cámaras de seguridad colocadas estratégicamente de manera

que no había ángulo que no estuviera cubierto por completo. Sin ninguna duda, si alguien logró entrar ahí a hurtadillas, su presencia habría quedado registrada por varias de aquellas cámaras. Anotó el dato en su memoria y se dejó conducir junto a Bruno hasta la oficina de una secretaria solícita que anunció su llegada al señor Serrano.

Al entrar se encontraron con un hombre de mediana edad, barba entrecana pero todavía con una lacia mata de pelo cubriéndole la cabeza. Su mirada exageradamente afable hizo desconfiar a Amalia de inmediato, que se precavió mentalmente para la entrevista que iba a tener lugar.

—Pasen y tomen asiento, por favor. ¿Desean tomar algo, un café, quizás algo más fuerte? —dijo mirando a Bruno directamente.

—No, gracias —contestó el historiador lanzando una mirada de soslayo a Amalia que esta no supo interpretar.

—Bien, en ese caso, ustedes dirán en qué puedo ayudarles. Últimamente son muchos los colegas periodistas que han venido a entrevistarme. Me imagino que no todos los días una empresa española como GMV le gana el pulso a la toda poderosa Airbus para hacerse con el contrato de mantenimiento y evolución del centro de operaciones Galileo. Estamos tremendamente orgullosos que la Agencia Espacial Europea haya puesto en nuestras manos tan importante misión.

—Y con una inversión presupuestaria cercana a los 250 millones de euros. Nada desdeñable para una compañía española, como usted acaba de decir —matizó Bruno.

Don Jesús Serrano sonrió ligeramente al tiempo que alzaba la barbilla en un claro gesto de vanidad.

—Bueno, lo cierto es que GMV lidera un grupo industrial conformado por diversas empresas europeas que colaboran con nosotros en este proyecto.

—Precisamente, ¿podría explicarnos exactamente qué tarea realizan ustedes en estas impresionantes instalaciones? —preguntó el historiador mientras Amalia se mantenía en una discreta posición, tal y como habían acordado que harían durante el trayecto hasta el GCC.

—Por supuesto, no se hallan ustedes en un complejo de carácter militar y todo lo que aquí realizamos es meridianamente público.

A la periodista le extrañó esa matización, pues en ningún momento Bruno había insinuado que no lo fuera. Una sospecha más que añadió a la imagen de desconfianza que se había formado de aquel individuo.

—Verán —inició el director general del GMV—, en este centro se haya el

control de la constelación Galileo, que cuenta con un despliegue de 26 satélites volando alrededor de la Tierra.

—¡Vaya! —exclamó Bruno abriendo mucho los ojos.

El señor Serrano se reapretó ufano en el sillón, consciente una vez más del efecto que ese dato producía en los neófitos.

—Desde aquí —continuó—, planificamos las misiones, ofrecemos soporte a las operaciones, coordinamos las tareas de seguridad en la red, la gestión de claves, incorporamos el sistema de dinámica orbital y realizamos el seguimiento junto con otras estaciones distribuidas por todo el mundo, aunque la misión principal, sin duda, es mantener en estado operativo los sistemas ya desplegados, asegurar las operaciones en curso y desarrollar las futuras evoluciones.

Tuvo que tomar aire al acabar, después de soltar la retahíla técnica que tenía memorizada en caso que algún periodista pesado se presentara para entrevistarle. Luego se sirvió una copa de lo que parecía un buen brandy, y resumió—: Como decía antes, no está mal para una empresa española, ¿eh?

—Nada mal —dijo Amalia por primera vez —, e imagino que esa es la razón por la que el ingeniero asesinado hace dos noches fuera de nacionalidad española.

A Don Jesús Serrano se le atragantó el brandy al escuchar la voz de la periodista por primera vez. Cuando se le pasó la repentina tos que le sobrevino y por fin pudo hablar, lo hizo en un tono severo:

—¿De qué está usted hablando, señorita?

—Pues de las informaciones que obran en mi periódico que certifican el asesinato en extrañas circunstancias de un controlador español durante su turno de noche.

—No sé cómo se han enterado de eso, pero les advierto que es materia reservada y la policía judicial se está encargando del asunto.

—Sí, lo sabemos. De hecho, tenemos cita con el inspector Hoffman nada más terminemos de hablar con usted. Pero antes, dígame, ¿qué han descubierto hasta la fecha?

El director general se vio atrapado en su propio despacho. Ahora entendía que las preguntas desinteresadas del historiador habían sido una distracción para que se relajara lo suficiente y la periodista lanzara un ataque a la yugular. Estaba claro que era ella la que llevaba la voz cantante en aquel sainete y él debía intentar no ser el marido corneado.

—Me temo que no voy a poder ayudarles en este tema. Insisto una vez

más que se trata de un asunto bajo investigación.

—¿Ocurrió algo extraño durante la guardia del controlador? —persistió Amalia—. ¿Algo inusual de lo que pudiera haber informado?

Un brillo sutil en los ojos del director, seguido de un silencio culpable, evidenció que Amalia había hecho tocado. Ahora solo faltaba hundir del todo el barco.

—¿Acaso quedó grabada alguna anomalía en sus numerosas cámaras de seguridad?

Esta vez el señor Serrano se defendió—: Nuestro sistema de seguridad es el más avanzado en el mercado y hubiera detectado cualquier violación de nuestras instalaciones.

—Precisamente —añadió Amalia, que en ningún momento se había referido en esos términos al director—. ¿Entonces sospechan que quien asesinó al controlador pudo haber sido un intruso que tenía conocimiento sobre el sistema, o alguien de dentro de su organización?

—Señorita Sastre, está usted haciendo conjeturas descabelladas sobre un asunto que, insisto, está bajo investigación policial. Espero que su periódico no sea uno de esos que publican noticias baratas con tal de tener mayor cantidad de lectores. En cualquier caso —dijo mientras se levantaba de su sillón—, pensaba que su cita estaba relacionada con la magnífica tarea que realizamos en este centro de control, pero ya veo que no es así. Por tanto, si me disculpan, tengo asuntos más importantes que atender. —Y les indicó con un gesto enérgico la puerta de salida del despacho.

Ambos se miraron conscientes que el hermetismo del director no les permitiría averiguar nada más, así que con gestos indolentes se levantaron y abandonaron la estancia.

Nada más cerrar la puerta tras de sí, Don Jesús Serrano descolgó el teléfono que fue respondido inmediatamente por su secretaria.

—Silvia, avise a seguridad que la presencia de la señorita Sastre y el señor Guerrero queda vetada a partir de ahora en las instalaciones, y póngame al teléfono con el inspector Hans Hoffman, de la policía judicial.

Amalia y Bruno fueron escoltados diligentemente a su vehículo por el mismo guardia de seguridad que les había recibido. Después se dirigieron a Múnich deshaciendo el camino que les trajo desde el aeropuerto. Allí se encontraba la sede central de la policía judicial, segunda parada de su intensa mañana investigadora.

Al llegar, se identificaron en el mostrador de entrada añadiendo a continuación que tenían una cita concertada con el inspector Hoffman.

El policía miró a ambos con una fingida cara de extrañeza y dijo—: Lamento la confusión, pero el inspector Hoffman no hace declaraciones a la prensa sobre ningún caso abierto. La persona que concertó su cita debió de malinterpretar la petición.

—¿Incluida la fecha y hora de la cita? —preguntó Amalia con un deje de incredulidad en su voz.

—Me temo que no puedo ayudarles más —contestó el funcionario con un rictus inamovible en su rostro.

Bruno tocó ligeramente el codo de Amalia indicándole que allí no tenían nada que hacer, y salieron del edificio con cara de pocos amigos.

—Te das cuenta de lo que está pasando, ¿no?

—Dímelo tú —contestó el historiador.

—Pues que aquí ha ocurrido algo extraño y lo poco que nos han dicho es una disimulada sarta de mentiras, aparte de los flagrantes impedimentos para que averigüemos la verdad.

—Bueno, yo no estaría tan decepcionado. Hemos constatado, como tú bien dices, que pasó algo excepcional en la sala de control que provocó el asesinato del ingeniero, que el director general calla más de lo que dice y que la policía ha averiguado algo suficientemente escabroso como para no compartirlo con la prensa.

—Sí —resopló Amalia—, pero eso no nos acerca más a resolver este caso.

En ese momento, el teléfono de Bruno vibró indicando que acababa de recibir un mensaje de texto. Lo abrió, y tras leer hasta en tres ocasiones su contenido, miró a Amalia con cara de sorpresa.

—Espero que te hayas traído suficiente ropa, sobre todo de abrigo, porque nos vamos ahora mismo a Moscú.

Y mostró el contenido del mensaje a su compañera.

El mensaje, enviado por Blas desde España, decía:

“Una fuente fiable del periódico nos ha enviado esto: “En relación al asesinato del controlador de misión en el GCC, busquen conexión con Borís Yevséyevich Chertok”. Un miembro de la junta certifica la veracidad de la fuente y os insta a acudir a Moscú a investigar. Vuestro vuelo y hotel están reservados, y en breve recibiréis las tarjetas de embarque en el móvil, así como una extensión en los fondos de vuestras tarjetas de crédito para gastos. Suerte. Seguimos en con-tacto.”

Ambos se habían quedado anonadados ante el inesperado giro de los acontecimientos. ¿Quién era ese Chertok y qué tenía que ver con el GCC? En una búsqueda rápida en Google, descubrieron que el ruso había sido un destacado ingeniero en el programa espacial de la Unión Soviética, y por lo menos quedaba claro que el misterio estaba claramente relacionado con las misiones espaciales, tema que tanto Bruno como Amalia desconocían por completo.

Aun así, pensaron que una visita con todos los gastos pagados a la capital de Rusia bien valía la pena, aunque no llegaran a averiguar mucho más. La junta del periódico nunca se había mostrado tan espléndida, y esa era una ocasión que Amalia no iba a desaprovechar, máxime si era en buena compañía como la de Bruno.

—¿Qué? —preguntó este intrigado ante la mirada jovial de la periodista.

—Nada, que efectivamente habrá que ir de compras y adquirir algunas prendas de abrigo. Tenemos tiempo. El vuelo no sale hasta dentro de cinco horas.

Él se rio a carcajada limpia una vez más, hecho que le impidió percatarse del Mercedes sedán negro que con una velocidad endiablada acababa de enfilarse por la estrecha calle en la que se encontraban. En el último instante, la pareja se parapetó tras una fila de bicicletas aparcadas en la acera, extrañados por el aumento paulatino de la velocidad de aquel vehículo. Justo cuando llegó a su altura, el coche pegó un volantazo impactando con algunas de aquellas bicicletas que salieron despedidas en dirección a ambos.

Bruno se lanzó al suelo protegiendo en la caída a Amalia que se había quedado petrificada. Restos de bicicletas llovieron a su alrededor mientras el Mercedes se alejaba calle abajo sin detenerse.

—¡Maldito cabrón! —gritó Bruno enfurecido—. ¿Pero cómo se puede conducir así?

Luego se giró hacia Amalia que permanecía en el suelo con el rostro totalmente desencajado.

—¿Te encuentras bien? Será mejor que busquemos a un médico. Esos rasguños en el codo no tienen buena pinta.

—No es nada —dijo por fin la periodista—. Con una gasa y un poco de alcohol será suficiente. Ese desgraciado casi nos atropella.

—Debe haber perdido el control del vehículo, pero no se puede conducir a esa velocidad por la ciudad. Además, el muy hijo de su madre ni se ha detenido a auxiliarnos.

—¿Te has quedado con la matrícula? Siempre podríamos ir a denunciarlo.

—Creo que he acabado bastante harto de la policía por hoy. De todas formas, no me he fijado. Bastante tenía con proteger a su excelencia.

Amalia lo miró con una larga sonrisa y contestó—: Pues su excelencia requiere en estos momentos de la búsqueda de un centro comercial en el que pueda encontrar una farmacia y tiendas varias de ropa y complementos.

—Uy, ¿no serás de esas que no se conforman con cualquier trapito que no sea de diseño, ¿verdad?

—Exactement, mon cher.

—¡Ala, y además de las cursis!

Amalia le propinó esta vez una leve patada que no logró impactar en su objetivo por los reflejos del investigador, lo que provocó que se trastabillara y cayera al suelo cómicamente.

—En fin —dijo Bruno sin parar de reír—, hasta las reinas de mayor alcurnia caen de vez en cuando de su pedestal. —Y ambos continuaron desternillándose durante un buen rato.

Aterrizaron en el aeropuerto de la capital rusa con treinta minutos de retraso, y cogieron un taxi hasta el hotel que les habían reservado. Indudablemente, el asunto que se traían entre manos era de suma importancia para los miembros de la junta del periódico, pues de otra manera no se hubiera podido explicar el fabuloso lujo que se encontraron al llegar.

El Ritz-Carlton de Moscú tenía una ubicación perfecta, a unos veinte minutos andando de la Plaza Roja, es decir, ni tan cerca de esa afamada zona turística, ni tan lejos como para no acercarse dando un relajante paseo. Su

aspecto exterior mantenía la sobriedad prusiana de muchos otros edificios moscovitas, aunque con una elegancia que era el preludio de lo que al entrar recibía al visitante: salones propios de la época zarina donde se distinguían columnas de oscuro alabastro rematadas con intrincados capiteles dorados, alfombras que soportaban elegantes mesas de ebanistería finalizadas en brillantes mármoles, mesitas bajas rodeadas de enormes sillones mullidos, lámparas de araña de acabados delicados y un ambiente discreto y señorial que le hacían a uno sentirse como un aristócrata.

—Ya sabía yo que este sitio no iba a desentonar con su excelencia, señorita Sastre. —Siguió bromeando Bruno al contemplar la exquisitez que les rodeaba.

—Por supuesto, caballero, por fin reconocen la valía de esta profesional en el periódico y me alojan en un lugar digno de mi alcurnia —continuó ella con la chanza.

—Bueno, mejor será que nos retiremos a nuestros aposentos, pues mañana nos espera un duro día de investigación, mi especialidad.

—Me pongo en tus manos. Tú eres la rata de biblioteca, aunque me da la nariz que averiguar algo de ese tal Chertok no va a ser tan fácil como buscar en Google.

—Ya veremos, ya veremos —dijo Bruno a modo de despedida mientras se alejaba caminando como un gato flotando sobre el pasillo alfombrado que conducía hasta su habitación.

Amalia se quedó un instante mirando el contoneo felino de su espalda y un turbador pensamiento cruzó su mente, el cual desechó inmediatamente. Luego abrió su habitación y alucinó con el lujoso despliegue de mobiliario y ropa de cama que adornaba su estancia.

El tiempo en ese final de septiembre no era muy inclemente, y aun así la temperatura rondaba los 10°C a las nueve de la mañana. Habían pensado empezar visitando la tercera biblioteca con mayor cantidad de libros del mundo y la más grande del país, la Biblioteca Estatal de Rusia, ya que apenas distaba media hora andando desde el hotel. Al llegar se encontraron, como todas las edificaciones reconstruidas en la era comunista, con un monumental edificio neoclásico que recordaba al Partenón de Atenas, rodeado de decenas de columnas griegas, y rematado por un friso adornando su fachada de piedra y granito negro con bajorrelieves que representaban a Arquímedes, Copérnico, Galileo, Newton, Darwin, Pushkin o Gogol. Entraron en

“Léninka”, tal y como la llamaban coloquialmente los propios rusos, y se maravillaron con su interior de mármol, bronce y madera de roble. Accedieron a una sala de consulta a través de una impresionante escalera de ebanistería, y se dispusieron a averiguar quién era el tal Borís Yevséyevich Chertok.

Empezaron por lo fácil, y tras una consulta en la Wikipedia comprobaron que fue un ingeniero eléctrico y diseñador de sistemas de control en el programa espacial de la Unión Soviética. Nacido en Łódź, Polonia, emigró a Rusia, donde desarrolló gran parte de su carrera profesional en el RNII, el equivalente ruso a la NASA, como segundo del diseñador jefe Serguéi Koroliov. Murió en 2011 de una neumonía en Moscú, nada menos que a los 99 años de edad. Luego se citaban una retahíla de medallas y conmemoraciones conseguidas a lo largo de su vida, y poco más.

—Bueno —dijo Amalia—, ¿y ahora qué?

—Pues ahora —contestó Bruno muy seguro de sí mismo— hay que buscar conexiones.

—¿Conexiones?

—Sí, de cualquier nombre, dato histórico o suceso relevante que nos pueda llevar a unir coherentemente los dos conceptos: Borís Yevséyevich Chertok y el Centro de Control Galileo donde fue asesinado el ingeniero español.

—¡Buah! Pero eso es una tarea ingente —se quejó la periodista.

—Bienvenida a mi mundo, señorita Sastre y las emocionantes tardes dejándome la vista en libros y ordenadores.

—Repartámonos las tareas —propuso ella resignada—, tú los libros y yo el ordenador.

—Vale —respondió el historiador medieval más cómodo entre reposados libros que no en el frenesí del mundo digital—. Solo espero que haya traducciones y no estén todos en ruso.

A las tres horas la tropa se volvió a reunir y pusieron en común lo descubierto en sus investigaciones.

—Empieza tú, Amalia —dijo Bruno mientras acababa de ordenar unos apuntes que había tomado en su libreta.

—Pues no te lo vas a creer, pero los dos datos que he averiguado, a pesar de ser increíbles, resultan descorazonadores, y me llevan a conclusiones inverosímiles.

—Me estás poniendo nervioso. ¡Venga, arranca ya!

Amalia lo miró traviesa y dijo—: Me parece a mí que el señor Guerrero necesita mucho más para ponerse nervioso que unos datos extraídos de la web.

—No se crea usted, señorita Sastre, no se crea usted... —contestó en el mismo tono juguetón de su interlocutora mientras le devolvía una intensa mirada que logró ruborizar ligeramente a la periodista.

—A lo que vamos —inició Amalia—, resulta que al introducir el perfil de Chertok en diferentes buscadores había una coincidencia con otra figura crucial en la historia del comunismo que compartía la misma habilidad, aunque en campos bien diferenciados. Y todo partía a raíz de la palabra “electricista”. ¿Alguna idea de quién puede ser?

Bruno le contestó con un gesto ambiguo y le animó a que continuara.

—Pues nada menos que el primer presidente polaco de la era postsoviética.

—¿Lech Walesa?

—El mismo. ¿Sabías que antes de erigirse presidente trabajó toda su vida como electricista en los astilleros de la ciudad de Gdansk?

—Bueno, ¡pero que Chertok fuera ingeniero eléctrico y Walesa electricista es solo una casualidad que no tiene mayor fundamento! —exclamó el riguroso investigador.

—¿Y que ambos fueran de origen polaco? ¿Y que el tal Chertok hiciera un viaje en 1983, el cual está documentado, para visitar a Walesa tras recibir el Premio Nobel de la Paz?

—¿En serio se conocieron?

—Y en unas circunstancias un tanto peculiares, pues durante esa visita Walesa se hallaba en arresto domiciliario por la creación del sindicato Solidaridad, origen del partido político que poco después ganaría las primeras elecciones libres en el país y lo convertiría en presidente.

Ahí Bruno quedó pensativo mientras Amalia se tomaba una pausa.

—Gracias por la lección de historia, pero ¿qué pasó en esa visita? —preguntó por fin.

—Eso, querido, es todo un misterio. Solo se sabe que desde ese momento Lech Walesa intensificó paulatinamente su liderazgo, ganando todas las batallas dialécticas a sus adversarios, hasta conseguir por fin hacerse con la presidencia del país. Por su parte, Chertok se retiró de su vida pública y profesional solo dos años después de que Walesa hubiera transformado a la

Polonia comunista en un estado de libre mercado con un crecimiento impresionante y un orden político basado en el multipartidismo.

—Y piensas que hay algún tipo de causa-efecto entre aquella primera visita y el desempeño exitoso posterior del líder polaco —confirmó más que preguntó el investigador.

—Efectivamente.

—¿Qué más?

—¿Te parece poco?

—Que qué más. Has dicho que has averiguado dos datos increíbles.

—¡Ah, sí! El otro incluye la figura de su jefe Serguéi Koroliov, el conocido como el *Diseñador Jefe* del programa espacial ruso. Su primer éxito en la carrera espacial fue el lanzamiento y puesta en órbita del primer satélite ruso, el Sputnik.

—¿Y?

— Y..., pues que estoy muerta de hambre y prefiero contarte el resto mientras me invitas a comer.

—Estoy totalmente de acuerdo, mis tripas ya hace rato que crujen, y seguro que asimilaré mucho mejor tus teorías tras un buen plato de borsch, aunque te recuerdo que el periódico corre con todos los gastos de nuestra investigación.

—Pero seguro que te hubiera encantado invitarme —dijo Amalia con una cándida sonrisa.

—No lo sabes tú bien —le respondió él en un tono enigmático.

8

Sentados en una discreta mesa del afamado restaurante Chemodan, a escasos diez minutos andando de la biblioteca, degustaron, a falta de borsch, una típica comida siberiana a base de carne de reno y oso con cebolla glaseada con miel y salsa de moras y vino tinto. La ambientación del local, con interiores simulando la calidez del siglo XIX, mesas redondas de caoba discretamente iluminadas por velas y viejas lámparas, se prestaba a finalizar de un modo relajado la conversación que Amalia y Bruno tenían pendiente.

Fue ella la que retomó su exposición sobre el coronel Serguéi Koroliov y su vida digna de una película de ciencia ficción o de terror, no sabía muy bien por cuál decidirse. El motivo era que este hombre sufrió por igual la crueldad del régimen comunista a la par que el reconocimiento otorgado por sus dirigentes. Encerrado durante las purgas estalinistas del 38 en un gulag siberiano, fue liberado y se convirtió en figura clave en el desarrollo del programa espacial ICBM ruso, responsable de la puesta en órbita de los Sputnik, Vostok y, posteriormente, de los planes para enviar un hombre a la luna.

—Muy bien, veo que has hecho tus deberes con la Wikipedia —dijo guasón el investigador.

—No solo ahí —continuó la periodista sin hacer caso de la burla de su compañero—, sino en otras webs que me han revelado la vida de hombre mujeriego que tuvo. De hecho, se casó en dos ocasiones y les fue regularmente infiel a ambas mujeres.

—¡Vaya con el tipo!

—Sí, y paradójicamente rara vez bebía vodka u otra bebida alcohólica, hecho sumamente inhabitual entre los rusos.

—Y aparte de la crónica social, ¿has descubierto algo inusual en relación con su segundo de abordó, Chertok?

El silencio que mantuvo la periodista le confirmó que sí, y el hecho de que lo alargara más de lo necesario aún lo intrigó más. Luego, Amalia le hizo un gesto para que se acercara más a través de la mesa y los dos rostros quedaron a escasos centímetros el uno del otro.

—Según los datos oficiales, el primer satélite lanzado por los rusos fue el Sputnik, el 4 de octubre de 1957, pero, según varias webs no oficiales que he contrastado parece ser que hubo varios intentos antes que fracasaron —dijo

ella en un susurro.

—Hasta ahora nada anormal —le contestó él mientras quedaba cada vez más hipnotizado por aquellos ojos que le miraban intensamente, como en aquella película del libro de la selva entre Mowgli y la serpiente Kaa.

—Pues lo paradójico es que muchas de esas webs afirman que uno de esos satélites sí que logró su cometido, y tras posicionarse en órbita, su señal se perdió y nunca más se supo ya de él.

El aliento cálido con olor a frutos rojos golpeaba suavemente el rostro de Bruno provocándole un estremecimiento que le transportaba a aquellas deliciosas tardes de verano en la lejana tierra aragonesa de sus padres.

—Y lo más curioso de todo —continuó Amalia ajena al terremoto que estaba provocando—, es que toda la documentación sobre ese lanzamiento desapareció de los archivos estatales tras la pérdida de su señal, y un bloguero, de esos que creen en teorías conspiratorias, dice que fue el propio Chertok quien se la llevó a su casa.

—¿Un bloguero? —preguntó atónito Bruno tras volver del estado obnubilado en el que la periodista lo había arrastrado—. ¿Ahora basamos nuestras investigaciones en webs no oficiales y locos de la pradera? No me extraña que a veces tengáis problemas en las publicaciones que realizáis si vuestras fuentes son de tan dudoso origen.

Ella le propinó un puntapié por debajo de la mesa que dejó entumecida toda su pierna derecha hasta la rodilla.

—¡Te has pasado! —No pudo por menos que quejarse el investigador.

—Si me dejaras acabar, en lugar de burlarte de mí, verías que MI FUENTE —dijo recalcando estas últimas palabras— es absolutamente de fiar, pues no se trata de otra que la propia nieta de Serguéi Pávlovich Koroliov.

—¿Cómo? —preguntó un, ahora sí, sorprendido Bruno.

Amalia entornó los ojos y se dispuso a resumir su último descubrimiento —: Pues ha sido más sencillo de lo que esperaba. En una búsqueda rápida en internet he descubierto que la hija de la única hija de Koroliov, Natasha Sevshenka, vive en Moscú y tiene un perfil de Facebook muy activo. Tras ponerme en contacto por privado con ella y explicarle que estaba interesada en cualquier documento de su abuelo sobre el Sputnik que pudiera guardar, me ha contestado que tenía una caja llena de polvo con carpetas de hacía décadas y que estaba deseando tirar al contenedor. No solo eso, sino que — finalizó manteniendo un poco más la intriga—, además también tenía otra

caja de su amigo Chertok que con gusto seguiría los pasos de la anterior.

—Y ahora me dirás que ha accedido a que les echemos un vistazo —dijo el investigador incrédulo.

—He quedado en su casa a las ocho en punto —contestó ella con un aire de supremo orgullo.

Bruno entrecerró los ojos mirándola con un respeto reverente y ella, regodeándose en su hazaña, añadió—: ¿Qué? ¿Quién es ahora la periodista incompetente?

—Bueno, bueno, no adelantemos acontecimientos, —repuso él intentando que Amalia bajara de su nube—. No sabemos lo que vamos a encontrar en esas carpetas, ni tampoco si son las que documentan la existencia del lanzamiento de un satélite operativo anterior al Sputnik.

—Te apuesto la cena a que eso es exactamente lo que certifican.

—¡Ya estamos! ¡Otra vez jugándonos el pan de cada día!

Cuando Amalia estaba a punto de contestar con un comentario ingenioso, un estruendo proveniente de la cocina llamó la atención de los comensales. De repente, dos hombres con pasamontañas, vestidos de absoluto negro, irrumpieron en el comedor y, al grito de *Allahu Akbar*, levantaron sendos kalashnikovs y empezaron a disparar a los clientes a quemarropa.

Uno de ellos dirigió su mirada por todo el comedor hasta que la detuvo en la pareja de españoles que, atrincherados tras su mesa, observaban los acontecimientos con cara de absoluto espanto. El individuo se acercó un poco más hacia ese rincón del restaurante y apuntó con destreza hacia ellos.

La primera bala arrancó una porción del cuero cabelludo de Bruno, llevándose tras de sí una pequeña mata de pelo y provocándole un escozor intenso que le hizo gemir de dolor. La segunda impactó contra la recia mesa de madera que el investigador había volcado en su afán de protegerse de la lluvia de proyectiles. Un nuevo disparo le alertó que la coincidencia no era casual, y reparó en que uno de los dos hombres percutía su arma insistentemente sobre su posición. Sin pensarlo dos veces, hizo rodar la mesa en la que habían estado conversando apenas dos minutos antes y, parapetado tras ella, instó a Amalia a seguirlo sin levantar la cabeza. La mesa cogió velocidad mientras más impactos persistentes convertían la pulcra madera en una miriada de astillas. A continuación, el mueble golpeó con estrépito la puerta de entrada del restaurante, momento que aprovechó Bruno para coger fuertemente a Amalia y salir propulsados hasta la calle. Una vez allí, corrieron como si les persiguiera un tren en marcha en dirección a la

bocacalle que se abría a su izquierda, recorriéndola por completo hasta salir al otro extremo. Lo siguiente fue lanzarse sobre el capó de un taxi que cruzaba justo en ese instante por allí y dejarse caer en su interior, al tiempo que gritaban al unísono: —¡Arranque!

El pobre taxista nada sabía de español, pero no necesitó mucho para entenderlos, y menos cuando observó a las dos figuras de negro que corrían armadas en su dirección. Pisó el acelerador y en pocos segundos el vehículo se perdió entre la multitud de coches que circulaban a esa hora de media tarde por las calles de Moscú.

—¿Estás bien? —Fue lo primero que preguntó Bruno.

—Sí, sí, un poco magullada pero bien—. Luego, reparando en la lesión que había dejado la bala en la cabeza de su compañero, gritó—: ¡Te han herido!

—Es solo un rasguño, afortunadamente. Aunque tendré que hacer algo con este trozo sin pelo en espera que vuelva a crecer de nuevo.

Amalia se maravilló de cómo podía Bruno bromear en esos momentos, y preguntó con un tono de absoluta ansiedad en su voz:

—¿Quiénes eran esos dos tipos? ¿Te has fijado tú también que venían a por nosotros?

—Desde luego, al principio pensé que eran un par de locos chechenos por el grito que profirieron, pero pronto me di cuenta que nos atacaban particularmente a ti y a mí. Pobres comensales que, por nuestra culpa, se han visto involucrados en el tiroteo.

—¡Pobres comensales! —continuó diciendo Amalia con el pánico instalado en su voz—. ¡Culpa nuestra! ¿Pero qué hemos hecho nosotros para que quieran matarnos?

—No lo sé, pero parece que hemos removido algo que no deberíamos haber tocado. Te apuesto lo que quieras a que tiene que ver con el asesinato del ingeniero de control del GCC. Eso, más la facilidad en este país para contratar a unos mercenarios a sueldo, hace que me salgan las cuentas.

En ese momento, Amalia se acordó del críptico mensaje recibido en aquel misterioso sobre de terciopelo blanco y la advertencia que contenía en su interior. Entonces le había otorgado el crédito justo, más allá de la intriga que le había supuesto el recibirlo, pero ahora cobraba un nuevo sentido.

—Where to? —preguntó el taxista con un pésimo inglés y unas ganas urgentes de descargar a aquella peligrosa pareja de extranjeros.

Amalia le enseñó en su móvil la dirección de la nieta de Koroliov, y a

continuación extrajo de su bolso las gasas y el alcohol que había comprado en la farmacia alemana, dispuesta a desinfectar la herida de Bruno. Este recostó su cabeza en el regazo de la periodista y se dejó hacer, disfrutando del agradable tacto de sus caricias y sin prestar atención a la infinidad de sirenas que indudablemente acudían al lugar del atentado.

Veinte minutos más tarde, el taxista se deshizo de ellos en el barrio moscovita de Presnya, en la calle Bolshaya Nikitskaya, muy cerca del exuberante Parque Krasnaya. El número 5 pertenecía a un edificio moderno de cinco plantas, nada parecido a las viejas moles del antiguo régimen que todavía cohabitaban en otros barrios. Llamaba la atención el pulcro granito de su fachada uniforme, rota en la tercera planta por unos grandes ventanales pintados de un elegante rojo burdeos. En los bajos, grandes cristalerías con artículos de lujo anunciaban que se encontraban en una de las zonas comerciales más exclusivas de la capital.

Llamaron al interfono y una voz con marcado acento británico respondió —: Yes?

—This is Amalia Sastre. We have an appointment.

Un zumbido les indicó que podían pasar empujando la pesada puerta de hierro forjado.

La figura que les recibió cuando accedieron a la última planta del edificio era todo menos la típica mujer eslava, normalmente de piel y cabello claro, ángulo nasal recto, labios finos y de estatura más bien alta.

Natasha Sevshenka se distinguía por una tez mestiza como si hubiera estado viviendo en el sur de Andalucía toda su vida. De cuerpo recio, en nada se asemejaba a las estilizadas figuras balcánicas de sus coetáneas. Además, una espesa melena cortada a lo Cleopatra embellecía un conjunto que podíamos calificar de inusualmente atractivo.

—Good afternoon, it's a pleasure to meet you —empezó la periodista a modo de presentación.

—I wasn't expecting you until 8 o'clock —contestó la rusa a modo de recriminación por lo temprano de la hora. El incidente en el restaurante les había hecho acudir directamente allí cuando faltaban unos minutos para las seis de la tarde. Aun así, a continuación, les mostró una amplia sonrisa al tiempo que quitaba importancia a la premura.

—Solo estaba viendo un rato la televisión. Pero pasen, por favor, no se queden en la puerta. —Les invitó con un perfecto acento británico que ambos

no tuvieron ningún problema en entender.

Tras las debidas presentaciones, se acomodaron en el salón con decoración minimalista donde, en un rincón, desentonaban dos viejas cajas llenas de polvo.

—Entonces —inició sin más preámbulo—, si no he entendido mal esta mañana, están interesados en la documentación que mi abuelo y mi tío sustrajeron sobre el satélite Leonardo.

—¿Tío? —preguntó ella.

—¿Satélite Leonardo? —preguntó él casi al unísono.

—Bueno, sí, así solía llamar a Chertok, por la gran amistad con mi padre, aunque realmente no había parentesco alguno. Y... sí, ese es el nombre del satélite que lanzaron con éxito en enero de 1953, dos meses antes de la muerte del dictador Stalin y cuatro años y ocho meses antes del primer satélite ruso oficial, el Sputnik 1.

Ambos quedaron sorprendidos por la naturalidad con la que la mujer confesaba esos supuestos secretos de estado, y Amalia fue la primera en inquirir:

—Lo dice usted como si todo el mundo conociera ese dato.

—Querida —dijo Natasha quitándose los zapatos y encogiéndose los pies en el amplio sillón acolchado—, primero llámame de tú, y segundo, por supuesto que todo el mundo lo sabe, o al menos todos aquellos que de algún modo u otro hemos estado en contacto con la carrera espacial rusa. Tras la caída del régimen comunista los secretos han dejado de ser tan secretos, entre otros motivos porque ya no está la KGB para llevarte detenido a un gulag en medio de la noche.

—Y ahora me dirás que en esas cajas de ahí están las pruebas de ese lanzamiento —añadió un escéptico Bruno.

—Pues claro, ¿por qué si no os he invitado a venir hasta mi casa?

—¿Pero me quieres decir que mucha gente lo sabe, ahí están las pruebas y nadie lo ha hecho público jamás?

—Más o menos.

—Pero, ¿por qué? —continuó el investigador cada vez más asombrado.

—Imagino que nadie ha pensado que era tan fácil como venir a mi casa, coger los documentos y publicarlos. Vosotros sois los primeros. Enhorabuena.

—En realidad, no estamos seguros de querer publicar esa información. Nuestro interés radica en la supuesta relación entre tu tío Chertok, tal y como

lo has llamado, y un ingeniero asesinado en el Centro de Control Galileo en Alemania.

—Ahora, la que no entiende nada soy yo —dijo Natasha.

—Bueno, quizás esos documentos nos ayuden a encontrar una explicación.

—Adelante, pues, ¡llevároslos! —invitó con un gesto la rusa.

—Lo cierto es que nos gustaría echarles un vistazo ahora mismo, si no te molesta, claro.

—Por mí no hay problema, siempre que no os importe quedaros solos un rato. He de solucionar un asunto que quería haber tenido resuelto para cuando vinierais.

—No problem —dijo Bruno.

—En ese caso —dijo Natasha levantándose y cogiendo el abrigo para salir—, no creo que me lleve más de una hora. Make yourselves at home! —añadió a modo de despedida invitándoles a sentirse como en casa.

La periodista y el investigador se quedaron mirando la puerta cerrada por donde había salido la rusa, pensando probablemente lo mismo: qué fácil había sido todo. En cualquier caso, no iban a desaprovechar la oportunidad de arrojar algo de luz sobre aquel misterio, así que se urgieron en acabar cuanto antes y salir de allí pitando, aunque fuera a costa de no despedirse y quedar como unos desagradecidos.

—Empecemos por la caja de Koroliov. —Se afanó Amalia.

—Mejor abramos las dos a la vez, iremos más rápido y así podremos contrastar datos.

Volcaron el contenido por la suave moqueta y, sentados en el suelo, empezaron a ojear cada una de las grandes carpetas marcadas con sellos oficiales y las palabras “*sovershenno sekretno*” (alto secreto) en las esquinas.

—¡Fíjate! —dijo Amalia al poco de empezar—, aquí pone que Chertok, aunque emigrado a la URSS a los tres años de edad, realizó un viaje a su país de origen, Polonia, en los albores de la segunda guerra mundial para visitar a algunos familiares, dado el clima de inestabilidad militar que se respiraba.

—¿Y?

—Pues que tuvo la mala fortuna de coincidir con la invasión alemana del país, quedando atrapado sin poder retornar a Rusia. Además, a sabiendas que era un afamado ingeniero aeronáutico, fue capturado por la Gestapo y encerrado en sus dependencias.

—¿Y cómo salió de allí con vida?

—Principalmente porque no era judío, pero, además, y aquí viene lo interesante, por un encuentro que tuvo con el mismo Führer.

A Bruno se le cayó la carpeta que tenía entre las manos.

—¿Borís Yevséyevich Chertok se entrevistó con el mismísimo Hitler?

—Da, ser —contestó Amalia echando mano del poco ruso que sabía. Afortunadamente, muchos de aquellos documentos estaban en alemán, o traducidos al inglés, como si hubieran estado esperando ser leídos por alguien de esa nacionalidad—. Parece ser que fue el canciller el que ordenó que se le capturara y trajera a su residencia privada en Berlín, tras pasar unas pocas horas en las dependencias de la Oficina Central de Seguridad, sede de la Gestapo, donde, por orden del propio Führer, se prohibió que sufriera ningún tipo de vejación física o psíquica.

—¿En serio? ¿Por qué?

—Imagino que, a cambio de algún tipo de secreto militar, o algo que obraba en poder de Chertok y Hitler conocía.

—Pues podría ser lo que pone aquí en una de las carpetas de Koroliov, relacionado con el cohete alemán V-2 y el desarrollo de misiles balísticos rusos: *“Tras finalizar la Segunda Guerra Mundial, Serguéi Koroliov fue comisionado al Ejército Rojo con el rango de coronel. Junto con otros expertos, se le ordenó volar a Alemania para recopilar información del cohete alemán V-2”*.

—O quizás fue a liberar a su amigo Chertok, el “queridísimo tío”, para traerlo de vuelta a Moscú —conjeturó la periodista.

—Veo que sospechas que ambos se llevaban algo entre manos.

—Por supuesto, y estoy convencido que debería ser algo tan importante como secreto, hasta el punto que Hitler retuvo a Chertok viviendo y trabajando como un marajá en Berlín durante toda la guerra

—Y por eso Stalin no perdió ni un solo segundo en mandar a Koroliov para traerse a su compañero de vuelta nada más finalizar el conflicto.

—Seguro que se trataba de algo relacionado con el satélite Leonardo.

—Posiblemente, o algo que igualmente no querían que cayera en manos de los americanos.

—Exacto, aunque eso no aclara qué era ese algo tan especial para que esos dos dictadores, cuyo pasatiempo preferido era matar sin escrúpulos, se pusieran de acuerdo en una cosa: en cuidar y proteger a Koroliov y Chertok como si fueran un tesoro, al primero sacándolo de un gulag siberiano y promocionándolo hasta ser diseñador jefe de la carrera espacial rusa; y al

segundo, tratándolo con tanta deferencia y lujo durante su estancia en la Alemania del Tercer Reich.

—Desde luego tiene que ser un descubrimiento relacionado con el lanzamiento del satélite —apuntó el investigador—. Aquí pone —dijo leyendo una orden sellada por el propio Stalin— que varios meses antes de morir, el dictador ruso ordenó a la pareja la construcción de un satélite capaz de albergar una cápsula hermética en su interior. Luego —añadió echando mano de otro documento de la Academia Rusa de las Ciencias—, se realizaron dos lanzamientos de prueba cuyo éxito permitió lanzar el definitivo satélite Leonardo dos meses antes de la muerte del presidente ruso.

—¿Por qué esa prisa repentina en construir un satélite? Entonces la carrera espacial contra Estados Unidos no había ni empezado, ni tampoco temían por el fallecimiento de Stalin que sorprendió a todos posteriormente. ¿Por qué esa premura?

—Quizás para que ese “algo”, ese “descubrimiento” quedara a buen recaudo orbitando la tierra en el interior hermético del primer, no oficial, satélite ruso.

—Un satélite que pudo haber descubierto el ingeniero español asesinado en el Centro de Control Galileo, y cuya existencia comunicó a sus superiores —aventuró Amalia.

—Me suena a peli de espías, de esas que no sabes quién es bueno y quién es malo, incluso después de haber acabado.

La periodista se rio, y poniendo las palmas de las manos hacia arriba se encogió de hombros y añadió—: Es lo más verosímil que tenemos con todos los datos que hemos averiguado. ¿Se te ocurre otra teoría?

Bruno fue a replicar cuando un leve ruido metálico sonó en la entrada del piso. Ambos se miraron y Bruno pensó: nos han encontrado gracias a la rusa, e inconscientemente abrazó a Amalia en un gesto protector que esta agradeció, pues su cara de terror denotaba que había pensado exactamente lo mismo.

Permanecieron en esa posición durante unos segundos eternos, hasta que la cabeza de Natasha apareció en el quicio de la puerta del salón, quedando sin saber qué hacer ante la romántica escena que allí se desarrollaba—: ¿Interrumpo algo? —dijo la mujer viendo a la pareja abrazada.

Ambos se miraron dos segundos y se apartaron el uno del otro como arrepintiéndose de la reacción de sus instintos. Luego, dirigiéndose a Natasha, exclamaron casi al unísono:

—¡Nos has dado un susto de muerte!

—¡Cómo entras así en tu propia casa!

—Tranquilos, tranquilos —respondió la rusa—. Veo que estáis un poco susceptibles. Ser los primeros en acceder a esos documentos os ha puesto un poco nerviosos. ¡Las ganas que tengo yo de que desaparezcan de mi casa!

—Creo que tienes razón —dijo Amalia—. Mejor será que recojamos todo esto y nos vayamos. No queremos importunarte más.

La periodista metió una de las grandes carpetas en su caja vacía de cartón y, al hacerlo, levantó sin querer un doble fondo que dejó al descubierto un sobre escondido en su interior. La cara que puso al verlo llamó la atención de Bruno, que no pudo menos que preguntar:

—¿Qué pasa Amalia? Te has quedado pálida.

Esta alargó su mano trémula y extrajo un sobre aterciopelado que debió ser de un blanco inmaculado, pero que ahora había quedado amarillento con el paso del tiempo. Iba lacrado con el símbolo \$, aunque en esta ocasión el sello no había sido roto. Se lo ofreció al investigador temiéndose encontrar otra de aquellas amenazas que había resultado ser cierta tras el ataque en el restaurante.

Bruno lo abrió haciendo añicos el lacre endurecido y extrajo una única hoja de color similar al sobre, desgastada también tras tantos años encerrada. En ella simplemente había un listado escrito, y tras repasarlo concienzudamente se lo mostró a Amalia asintiendo lentamente con la cabeza.

Amalia la cogió aún con el rostro descompuesto por la impresión. La leyó y levantó imperceptiblemente una ceja. No se trataba de ninguna amenaza, sino de un listado de nombres de personajes históricos. Algunos de aquellos nombres los conocía de sobra, otros le sonaban un poco, y varios no los había visto nunca. En su mayoría habían sido figuras relevantes en sus propios países a lo largo de la historia, aunque claramente se habían distinguido por hechos bien diferentes. Mientras unos disfrutaban del reconocimiento por haber seguido políticas que habían supuesto un bien para la humanidad, otros se habían distinguido justo por lo contrario. Y el folio lo indicaba claramente agrupándolos en dos listas bien diferenciadas, encabezadas por dos palabras extrañas:

Patronato:

Iósif Stalin, m

Adolf Hitler, m

Erich Honecker, m

Francisco Franco, m

Benito Mussolini, m

Rafael Leónidas Trujillo, m

Antonio López de Santa Anna, m

Juan Manuel de Rosas, m

Mao Zedong, m

Anastasio Somoza, m

Otto Rahn, h

Josef Mengele, h

H. H. Holmes, h

Eusebius Pieydagnelle, h

Sigmund Rascher, h

Heinrich Luitpold Himmler, h

Gremio:

Konrad Adenauer, m

Lech Walesa, m

Antonio de Oliveira Salazar, m

Winston Churchill, m

Benjamin Franklin, m

Victoria del Reino Unido, m

Mahatma Gandhi, m

Abraham Lincoln, m

Manuel Azaña, m

Albert Einstein, g

Marie Curie, g

Pablo Picasso, g

Serguéi Koroliov, g

Ernest Hemingway, g

Gabrielle Chasnel, g

Borís Yevséyevich Chertok, g

Francis Scott Key Fitzgerald, g

Ángela Carraffa de Nava, g

Amalia dobló el sobre y se lo metió en el bolso. Luego se giró a Bruno y dijo—: ¡Vámonos de este país!

—¿Por qué?

—Primera y principal, porque aquí corremos peligro y no quiero que me maten; segundo, porque según ese último nombre de la lista, nuestras investigaciones nos devuelven a España; y tercero, porque Blas nos requiere de inmediato de vuelta, según el mensaje que me acaba de enviar. Debe de haber visto la noticia del atentado y piensa que no estamos seguros aquí.

Bruno se quedó mirando ese último nombre del listado y asintió:

—Efectivamente, habrá que investigar qué hace ella en ese listado. Deberíamos empezar por la ciudad que la hizo famosa. Hace tiempo que no me doy una vueltita por Salamanca, y en otoño siempre es particularmente entrañable.

5 de octubre de 1582

La huida de James Taylor de Madrid tuvo que ser a hurtadillas y evitando el férreo control que se dispuso en la capital, no solo en las puertas de acceso a la villa, sino también en las inmediaciones de las mismas. El Patronato no disponía de tantos efectivos como para realizar una búsqueda exhaustiva por toda la ciudad, hecho que el Gremio aprovechó para colar al sastre británico delante de sus mismas narices, gracias entre otras cosas, al ingenioso plan diseñado por los maestros gremiales.

No solo la huida del alfayate era crucial para preservar su propia vida, sino que, además, el maestro Don Martín de Andújar le cargó con una misión especial que no hizo más que acrecentar el peligro del inglés en caso de ser capturado.

Tras su encuentro en el taller de sastrería la tarde anterior, el de Andújar se reunió clandestinamente con los otros maestros gremiales que se hallaban en la capital, dando por ello validez a una convocatoria extraordinaria del Gremio, aunque no se hallara presente su máximo representante, Don Miguel de Ardiles, por estar al servicio de su majestad explorando en las Indias.

El encuentro tuvo lugar en casa de otro maestro gremial, el de impresores y libreros Don Pedro Madrigal, pues su casa no se veía ocupada por extraños al disponer de una sola planta. Allí acudieron otros maestros de gremios tan diversos como lencería, paños, mercería, joyería, seda, especiería, calafatería, tintorería, curtiduría, panadería, herrería, droguería, e incluso, el gremio de pordioseros, que entre otras cosas no permitía que se establecieran en la capital pobres venidos de otras ciudades más allá de dos días al año, pues hasta las limosnas estaban contadas.

Don Pedro inició el cónclave dando la palabra al maestro sartorial:

—Amigos, lo que nos temíamos pudiera ser encontrado, ha sido por fin hallado —dijo nada más empezar.

Un murmullo de asombro mezclado con gruñidos de pesar inundó la estancia, y el sastre esperó a que remitiera para continuar.

—La fórmula Leonardo no solo existe, sino que nuestros enemigos se han hecho con ella. —Otro murmullo, este mucho más prolongado, sustituyó al anterior—. Sin embargo —continuó Don Martín obligando a todos a guardar

un silencio reverente—, un golpe de fortuna ha hecho que nosotros también poseamos una muestra del elixir, gracias a la intervención providencial de un sastre venido de tierras británicas.

Todos mostraron cierto alivio en sus rostros, y se mantuvieron expectantes a que el maestro continuara su relato.

—El señor James Taylor, que así es como se llama nuestro inesperado guardián, vino a mí por casualidad, recurriendo a nuestra norma de “acogerse al gremio” para cualquier miembro de nuestras cofradías que se halle en peligro o desamparo, da igual en el país que estén. Tal y como me obliga esa máxima, le cobijé y ahí es cuando me relató los inquietantes sucesos que le llevaron a conocer, de parte del mismo marqués de Montaraz, el descubrimiento de la pócima. Por suerte pudo escapar de las mismas garras de su secuaz el conde de Frago, el cual no dudó en darle caza para matarle.

—¿El conde de Frago? —preguntó el maestro alfarero.

—El mismo.

—Pues debo anunciar que a última hora de esta tarde se ha encontrado su cuerpo desmembrado, no muy lejos de los jardines reales. Una cuadrilla de alguaciles, junto con un oficial, ha podido comprobar su identidad gracias a la cabeza que a duras penas se mantenía unida al torso.

Varios maestros se llevaron la mano a la boca en señal de repulsión, y hasta el propio Martín de Andújar esbozó una mueca de asco que no pudo evitar.

—Eso no hace otra cosa que indicarnos el poder de esa pócima y hasta dónde el Patronato está dispuesto a llegar para intentar preservarla y acabar con cualquiera que desee poseerla.

—O sea, nosotros —añadió Don Pedro Madrigal, el propietario de la vivienda.

—No tenemos más remedio que intentar anularla —continuó el sastre —, debemos conseguir la fórmula, descubrir su origen y destruirlo para que no la puedan reproducir en su beneficio.

—Y no estaría mal que nosotros consiguiéramos más muestras a partir de los restos que ya tenemos, aunque solo sea como medida de protección. Nunca se sabe si algún día vamos a tener que utilizarla como arma para defendernos.

—Bien pensado, maese joyero, pero, o mucho me temo, o todos los boticarios de la ciudad están bajo vigilancia para evitar que hagamos justamente eso.

—Entonces tendremos que buscar a un boticario que resida fuera de la ciudad.

Todos asintieron a la propuesta del maestro sartorial y quedaron en silencio un instante absorbiendo toda la información recibida hasta ese momento.

—Yo tengo al guardián ideal para que busque al boticario, le proporcione los restos de pócima e intente reproducirla posteriormente —dijo el de Andújar, rompiendo el silencio.

—¿Quién? —preguntaron varios maestros al unísono.

—Pues el mismo señor James Taylor. ¡Qué mejor persona que él! De todas formas, debemos escabullirlo fuera de la ciudad para que no lo atrapen e interroguen. Además, ya sabe todo lo necesario sobre nosotros y el Patronato, por no decir que sin quererlo se ha convertido en protagonista de este asunto.

—¿Y dónde lo enviaríamos?

—Yo tengo un primo boticario en la vecina Toledo —aportó el maestro droguero—. Con una carta sellada de nuestra parte entendería cuál sería su cometido, y por descontado que preservaría nuestro secreto. Es de confianza.

—Perfecto pues, ya solo falta pensar cómo vamos a hacer para que el señor Taylor cruce las puertas de la ciudad sin ser apresado por los guardias. Estoy convencido que más de la mitad de los mismos están sobre aviso bajo la promesa de una buena gratificación. Los miembros del Patronato ya se habrán curado de cubrir ese apartado.

—Ah, queridos compañeros. —Sonrió Don Martín—. En eso estamos de suerte, y ya se me había ocurrido una estratagema para burlar a la guardia.

—¿Cómo es eso? —preguntó el joyero.

—Pues resulta que es mi taller justamente el que confecciona los trajes de los alguaciles por orden del señor alcalde. —A continuación, guiñó un ojo a todos los presentes que rieron con buena gana—. Solo hay una cosa que me preocupa, y no es otra que la composición de la fórmula mágica. ¿Y si el boticario toledano es incapaz de descubrir todos sus componentes o alguno de ellos no está a nuestro alcance? No podríamos reproducirla y estaríamos en gran desventaja respecto al Patronato.

—Me temo que la providencia y nuestro sastre inglés son los únicos que pueden ayudarnos en esa disyuntiva. No tenemos más remedio que encomendarnos a ellos —sentenció el maestro curtidor.

—Por si acaso, no estaría de más que adoptáramos algunas precauciones

para asegurar el viaje de nuestro señor Taylor.

—Yo me encargo de eso —añadió el herrero levantándose de la silla y dando por cerrado el cónclave.

—¡Alto! ¡Quién va! —gritó el guardia del Portillo de Gil Imón, una de las salidas de Madrid más discretas.

—Somos vuestro relevo, idiota. ¿No ves que ya es la hora?

El Portillo de Gil Imón, llamado así porque junto a él residió el fiscal Gilimón de la Mota, no era más que una pequeña puerta de salida de un solo arco y frontón triangular, aunque infranqueable por su recia construcción a base de granito. Los miembros del Gremio habían elegido este acceso para su treta por hallarse cerca de la Puerta de Segovia y relativamente lejos de la de Toledo, cuya salida natural hacia la ciudad que llevaba su nombre aseguraba que estuviera férreamente vigilada.

El guardia que parecía estar al mando, de los dos que allí se hallaban, agarró su espada y dirigió una mirada sospechosa hacia su interlocutor.

—¡Aún falta una hora para el cambio de guardia! —exclamó al tiempo que levantaba su arma hacia los dos hombres que les habían abordado.

—¡Quieto, hombre! —respondió el maestro curtidor disfrazado de alguacil—. El capitán ha dicho que viniéramos un poco antes del amanecer para relevaros. Dice que esta noche nos quiere a todos bien despiertos vigilando las salidas, y ha supuesto que estaríais encantados de iros un poco antes.

—El capitán Giménez es muy listo, aquí mi compañero ya dormitaba hacía rato.

—Sí que lo es —añadió el compañero del supuesto relevo, que no era otro que el mismo maestro librero, Don Pedro Madrigal.

—Solo hay un problema —dijo el segundo guardia desenvainando a la vez su estoque—, nuestro capitán no se llama Giménez, sino Bermúdez.

El maestro curtidor y el librero quedaron más blancos que el color de las calzas de su majestad, y descubierta su stratagema, levantaron las manos en señal de rendición. Los dos alguaciles avanzaron hacia ellos con la intención de hacerles presos, y en ese instante una sombra, que portaba un gran bolsón cruzado al pecho, se escabulló tras ellos.

—¡Eh! ¡Alto a la guardia! —gritó uno de los alguaciles. Y se giró en pos del inglés.

En ese momento, los dos maestros gremiales giraron sus talones y

salieron corriendo como si huyeran de una guerra. Los guardias dudaron en qué dirección dirigir su persecución, tras la figura emboscada que se alejaba por el camino real o por la pareja de supuestos alguaciles que ya se alejaban por la ronda de Segovia.

—¡Quédate guardando la puerta! —dijo al final el alguacil al mando, al tiempo que pensaba que quien más había violado la ley era aquel que huía en dirección contraria a la ciudad. Con un poco de suerte se trataba de aquel por el que habían prometido una gran recompensa, y se frotó las manos mientras emprendía una carrera a través de la campiña madrileña.

James corría todo lo que podía, pero una vez más su bolsa le lastraba la escapada. Era su bien máspreciado, y se había negado en redondo a dejarla atrás en casa de su anfitrión, el maestro Don Martín. Pensó que, si abandonaba el camino y se internaba en el cercano bosque, despistaría a su perseguidor, pero no contaba con que sus huellas también le siguieran, ni que el guardia fuera además un avezado rastreador.

Se adentró en la espesa alameda de árboles y rogó por que pasara de largo. Dentro de poco empezaría a clarear y su presencia sería más fácilmente advertida. Al escuchar ruidos a su espalda se temió lo peor, y sin hallar donde esconderse optó por trepar a una encina cuyo ramaje le ofrecía cierto cobijo. Apenas alcanzó una rama lo suficientemente alta como para no ser descubierta, escuchó la voz del alguacil que, en tono condescendiente, decía:

—Pero hombre, no ves que huir de mí es imposible. ¿Por qué te escondes, pajarillo? Solo tienes que mostrarte y te prometo que no te mataré, tengo órdenes de retornarte a la ciudad.

James pensó que aquel guardia sabía que él era el sastre británico a quien todos buscaban, y estaba seguro que lo entregaría al marqués de Montaraz sin dilación. Contuvo la respiración al ver que el hombre se acercaba con cautela a los pies de la encina, y tras inspeccionar la base de la misma, dirigió su mirada hacia su posición elevada.

—Estás ahí, pajarillo. Ya suponía que unaavecilla como tú intentaría encaramarse a una rama de un árb...

No logró acabar la frase, pues un enorme objeto apareció entre el ramaje, precipitándose sobre su rostro y dejándolo inconsciente en el suelo.

El inglés bajó de la encina, y con mucha precaución recogió el bolsón que había lanzado con toda la artillería pesada que había en su interior, incluidas varias tijeras y varas de hierro que utilizaba para medir y cortar sus

creaciones exclusivas.

Luego continuó a paso ligero en dirección a Toledo, procurando seguir el camino real, pero paralelo a él por miedo que otros guardias fueran en su búsqueda y lo pillaran desprevenido en sus inmediaciones.

Pasado el mediodía, llegó a una posada ubicada en un cruce de caminos, no muy lejos de la localidad de Griñón, y al no advertir presencia hostil alguna, decidió entrar y concederse un merecido descanso junto a un buen plato de comida.

Al entrar confirmó sus sospechas y pudo comprobar que apenas había media docena de parroquianos bebiendo vino y cervezas. Era ya bien pasada la hora de comer, pero se sentó en un discreto rincón del pequeño local, al tiempo que le hacía un gesto al posadero para que le sirviera. Este se acercó lentamente mientras se secaba las manos con un trapo tan sucio que no sabía quién estaba limpiando a quién, si el trapo las manos o las manos el trapo.

—¿Qué manda? —dijo el tosco hombre sin más preámbulo.

—Desearía comer.

—Un poco tarde para eso, ¿no cree?

—Bueno, me hubiera gustado llegar antes, pero he sufrido un pequeño accidente con mi caballo —mintió el sastre.

—Ahora le pregunto a la muchacha si ha sobrado algo de cocido. —Y se retiró aceptando sin más las excusas del visitante.

Al poco, una chica, o mujer, no estaba seguro de la edad que poseía, se acercó y dejó un buen tazón de caldo junto con otro en el que quedaba algo de cordero y unos garbanzos.

—¿Qué quiere beber, vino o cerveza? —preguntó la muchacha.

El sastre permaneció mudo ante el rostro agraciado del que provenía el sonido. De color oliváceo, sus ojos almendrados miraban de manera enérgica, y su melena oscura caía graciosa con cuidados mechones. Un hormigueo recorrió el cuerpo del inglés, y a duras penas pudo responder—: Vino, gracias.

La chica se retiró resuelta para tornar al poco con una frasca de un caldo recio, pero sabroso. Ante la mirada intensa del visitante, entornó los ojos sin más y se alejó pensando que, a pesar de la cuidada vestimenta del comensal, todos los hombres eran iguales y deseaban lo mismo de ella. Por lo menos aquel no la había agarrado ni manoseado como hacían otros tantos sin ningún escrúpulo. Su padre, el posadero, le pedía siempre que fuera amable con los visitantes, aunque este en alguna ocasión se había tenido que medir con algún

borracho desaprensivo que se pasaba más de la cuenta.

El marqués de Montaraz, junto con seis hombres bien armados, irrumpió en la posada en ese justo instante, haciendo que James se atragantara con unos garbanzos. Dirigió su mirada por la estancia y vino a sentarse en una mesa larga no muy alejada de donde el inglés se hallaba, sin prestar más atención al sastre que un breve escrutinio de su presencia.

James Taylor pensó en ese instante que estaba perdido, pero luego se acordó que el marqués nunca había llegado realmente a verle el rostro, y por eso no lo había reconocido.

Uno de los hombres a su mando llamó al posadero para que le trajera viandas, y en esta ocasión el hombretón no se atrevió a recriminarle lo tarde de la hora.

Cuando la muchacha hizo su aparición cargada con varias jarras de cerveza, unos silbidos de aprobación surgieron de los labios de aquellos secuaces. Algunos de ellos intentaron echarle mano cuando se acercó a depositar las bebidas en la mesa, y ella esquivó las tentativas con unos ensayados requiebros.

—Caballeros —llamó la atención el marqués sobre sus hombres—, modérense en sus consumiciones. En breve hemos de continuar camino a Toledo y los quiero a todos bien despejados.

Todos acataron la orden con temor más que obediencia, y apenas probaron unos sorbos de la espumosa cerveza. Sin embargo, sí que dieron buena cuenta del cerdo asado que la chica tenía reservado para la cena, y que no tuvo más remedio que ofrecer a aquellos bravucones.

—Señor —intervino uno de aquellos dirigiéndose al marqués—, ¿es cierto que el inglés se ha escabullido de la ciudad?

El noble dio un manotazo en la mesa haciendo volcar varias de las jarras, y a continuación perjuró mientras masticaba restos de carne en la boca—: Ese guardia imbécil se dejó vencer por un pobre sastre que no tenía más arma que un gran bolsón lleno de utensilios.

Al oír el comentario, James ocultó la bolsa entre las piernas, gesto que no pasó inadvertido a la muchacha que, solícita, aguardaba órdenes a una distancia prudencial de la mesa.

—De todas formas, ese alguacil ya ha cobrado su recompensa por dejarlo escapar, y en este momento adorna las ramas de aquella encina meciendo su cuerpo con una soga al cuello.

A algunos de los presentes se les atragantó la comida, convencidos que en

caso de ser ellos los que fracasaran en su cometido su suerte podía ser la misma.

—Apuraros —ordenó el marqués—. Quiero llegar a Toledo antes que caiga la noche. Los hermanos nos esperan para la cena en la residencia del duque—. Luego mandó a la muchacha que trajera más pan.

Al depositarlo sobre la mesa, uno de aquellos soldados del Patronato consiguió cazarla antes que ella pudiera evitarlo, y sentándola sobre sus rodillas empezó a besar su rostro. Ella intentó zafarse, pero aquel desaprensivo era terriblemente fuerte. Luego lanzó una mirada de súplica a su padre que, parapetado tras la barra, se mantenía inmóvil con los ojos llenos de pena.

—¡Suéltala!

Todos se giraron para ver cómo el sastre, vara de medir en mano, retaba al fornido soldado. La carcajada generalizada entre los miembros de la mesa solo fue interrumpida por la curiosa mirada del marqués. El tono de voz, con un castellano áspero, la vara, y sobre todo el bolsón medio oculto bajo la mesa, provocaron que la aritmética hiciera el resto.

—¡Es él! ¡Prendedle! —gritó a sus secuaces—. Y dos de ellos lo desarmaron y sujetaron en un santiamén.

El secuaz que había estado sobrepasándose con la chica la soltó, y junto con el resto de soldados rodearon al infortunado sastre.

—Vaya, vaya, si es el mismísimo James Taylor, oriundo de las Islas Británicas, alfayate y metomentodo en sus ratos libres —masculló el marqués—. Tu suerte acaba de sufrir un duro revés. Quizás pensaste por un momento que podías escapar del Patronato, pero ya ves que antes o después nosotros conseguimos lo que queremos.

James miró desafiante a los ojos del noble y este le propinó un bofetón con el dorso de su mano solo por ese hecho.

—Esto es solo el principio, créeme, no te conviene mostrarte altivo ante mí, sobre todo porque ahora mismo me vas a decir todos los nombres de los maestros del Gremio que son conocedores de nuestro pequeño secreto. Si me los dices de buena fe, te prometo que no te torturaré y te daré una muerte rápida. De lo contrario me veré obligado a extraértelo a fuego candente.

El sastre mostró un imperceptible destello de terror en sus ojos, pero no abrió ni un instante la boca.

Mientras, el soldado con hambre de mujer, volvió a su cometido inicial viendo como sus compañeros se ocupaban del modisto. Buscó a la chica que

había ido a refugiarse en brazos de su padre y que la protegía con su corpachón. Los otros parroquianos, meros espectadores hasta el momento de los acontecimientos, empezaron a murmurar y mostrar su descontento, sobre todo cuando el soldado empezó a tirar de la muchacha para separarla de su padre. Harto del esfuerzo, desenvainó su espada, y sin pensárselo un ápice se la clavó al posadero en el pecho para que soltara a su presa.

El hombre cayó todo lo pesado que era sobre el suelo de tierra, mientras gritaba sin consuelo el nombre de su hija—: ¡Lucía, Lucía!

Ese fue el momento decisivo en el que los otros parroquianos decidieron actuar, hartos de los abusos a la chica, pero, sobre todo, en rescate de la persona por la que se encontraban de incógnito en aquella posada del camino: el sastre James Taylor.

Los soldados del Gremio, mandados allí por el maestro herrero, que hasta ese momento se habían hecho pasar por simples comerciantes, sacaron las armas que mantenían ocultas en sus ropas y se lanzaron en pos de los secuaces del marqués.

El primer sorprendido por el devenir de los acontecimientos fue el mismo sastre, que no entendía lo que estaba ocurriendo hasta que oyó gritar a varios de esos viajeros—: ¡Por el Gremio!

Los soldados del marqués formaron filas en rededor del noble y se olvidaron de James, el cual aprovechó para protegerse tras la barra del establecimiento. Allí encontró a Lucía, tal y como la había llamado su padre, sollozando desconsoladamente sobre el cuerpo inerte de su progenitor. Mientras, al otro lado de la barra, una lucha encarnizada se libraba entre los soldados del Gremio y el Patronato, los cuales parecían luchar con más ahínco que los primeros, probablemente porque sabían que, si no vencían, el mismo marqués haría que acabaran con sus vidas.

James, ante la incertidumbre del desenlace, optó por poner pies en polvorosa, aprovechando la huida franca que la puerta de la cocina le ofrecía. Se dispuso a ello, pero cuando ya estaba en el quicio de la puerta se volvió, miró a la muchacha, y pensó que, en caso de una victoria del Patronato, ella serviría de premio para los ganadores.

La cogió suavemente de la mano y tiró de ella sin apenas resistencia. Esta se dejó hacer, más pendiente de los sentimientos de pena que la embargaban que de la realidad que la rodeaba. Se alejaron sin que los soldados se apercibieran de la huida, ya que estaban enfrascados en su propia batalla por la supervivencia.

James se acercó al establo y encontró unas monturas tan preciosas como amenazantes, por ello optó por desenganchar una vieja mula que miraba a sus congéneres mayores con desdén y cierto aburrimiento. Lucía se aupó al lomo con la ayuda del sastre y, sin perder un minuto más, se alejaron a través de los campos en dirección a Toledo.

Atrás, en la posada, las fuerzas seguían equilibradas, aunque seis hombres habían caído ya en la lucha. Al final, el marqués de Montaraz, harto de esperar a que sus esbirros se deshicieran de los soldados del Gremio, desenvainó su propia arma y se unió a la lucha de forma vehemente. El resultado fue una victoria pírrica en la que solo sobrevivieron el marqués y dos de sus guardias, los dos heridos de diferente gravedad.

Luego miró en rededor en busca del sastre y comprobó que había huido en medio de la refriega. Maldijo para sus adentros al tiempo que ordenaba a uno de sus hombres traer los caballos para iniciar la persecución, pero en el último instante se lo pensó mejor: si el sastre estaba en esa posada es porque se dirigía al mismo lugar que él, Toledo. Mejor sería, viendo el lastimoso estado en que se encontraban sus dos hombres, cabalgar directamente hasta aquella ciudad y dar aviso para que vigilaran las entradas. Antes o después tendría que aparecer, y el Patronato estaría esperándolo. De todas formas, también le urgía acudir a Toledo lo más pronto posible, pues el cónclave, con los hermanos mayores y el Santo Padre, debía celebrarse al cabo de dos días, y había muchos preparativos que realizar.

—¡Prendedle fuego a la posada! —gritó a los soldados. No quería dejar ninguna huella tras él y que nadie hiciera averiguaciones para saber qué había ocurrido en aquel lugar donde diez cuerpos yacían en su interior.

Cuando ya las llamas consumían el viejo establecimiento, ordenó a su cabalgadura enfilear el camino real, y se alejó seguido de sus secuaces, levantando el polvo del camino que se mezcló con el olor a madera y carne humana quemada.

James caminaba lentamente, obligando a la mula a moverse tirando de su ronzal. Lucía aún no había abierto la boca, y se dejaba llevar encogida encima del animal. En la distancia, su estampa parecía el cuadro sagrado de la huida de José y María camino de Belén. En la cercanía no eran más que un pobre sastre asustado y una mujer a la que le habían arrebatado todo.

Cuando ya caía la noche, el inglés buscó un lugar para cobijarse lo suficientemente escondido como para que no los molestaran ni asaltaran.

Miró al horizonte y no vio ningún sitio que encajara en la descripción, así que continuó por la misma dirección que habían seguido.

—Por ahí no —dijo la chica. Había imaginado cuál era el propósito de aquel hombre que la había sacado del infierno, y le indicó una peña cercana que conocía, ya que ahí se hallaba una cueva horadada, refugio habitual de pastores.

James se alegró que la muchacha saliera por fin de su ensimismamiento, pues había sido respetuoso con el duelo y el dolor que estaba experimentando y no había querido importunarla.

—Gracias —respondió sucinto—. Pronto podremos descansar y, tras comer algo, te encontrarás mucho mejor.

Lucía no respondió, y continuó cabizbaja hasta que llegaron al lugar señalado. Allí desmontó y se apresuró a recoger ramas secas para encender un fuego en el interior de la cueva. La noche ya era cerrada y la temperatura se había precipitado. En la huida, la chica había escapado con lo puesto, y la holgada blusa sin mangas que portaba no era suficiente protección para el frío nocturno.

El sastre se deshizo de su capa de viaje y la posó suavemente sobre los hombros de Lucía, después de lo cual se acomodó junto a ella alrededor del calor del fuego. La muchacha se retiró un poco de su lado, aunque el inglés no se molestó.

—¿Quién eres? —preguntó al fin.

—Soy un viajante inglés que me dirigía a Toledo y paré en tu posada para descansar.

Ella no creyó más que la primera parte, pues su acento lo delataba. Del resto, nada de nada, sobre todo después de haber visto cómo hombres de armas se batían entre sí, unos para defenderlo y otros para capturarlo.

—¿Qué querían esos soldados de ti?

Él se encogió de hombros, y dijo a modo de excusa—: Bueno, ya viste, intenté defenderte y se metieron conmigo.

—Eso no fue exactamente lo que pasó, y tú lo sabes perfectamente. Aun así, te agradezco el gesto.

—De nada. Pensé que si nadie más movía un pelo para librarle de ese malnacido yo tenía que hacer algo, aunque como puedes comprobar no soy soldado ni estoy diestro en el uso de las armas.

—Por eso tu acción tiene más merito —dijo ella sonriendo por primera vez.

Esa sonrisa envuelta en el color anaranjado de las llamas fue como un puñal para el sastre, y si antes se había quedado prendado de la gracia y belleza de la chica, ahora sentía como si algo mucho más profundo le hubiera atravesado. No sabía qué era, y el sentimiento le era totalmente ajeno; por eso no supo dilucidar si la sensación era agradable o, por el contrario, tendría que precaverse de ella.

—¿Y esa bolsa? —preguntó la chica mirando de reojo el bolsón del alfayate.

—Soy sastre, y ahí llevo mis enseres—. Entonces, echando mano de ella, extrajo unos riquísimos brocados y preciosos retales de acabados fabulosos que alargó para que los pudiera observar.

La reacción de la muchacha confirmó que mostrárselos había sido buena idea, pues la cara se le iluminó, adornándola si cabe de una belleza mucho más excelsa que las telas que tocaba suavemente entre sus manos.

—¡Cómo me gustaría llevar un vestido confeccionado con esto! —dijo ella en voz tan baja que su deseo apenas llegó a oídos de él.

—A mí me encantaría hacerte uno.

Ella lo miró tratando de dirimir si lo decía en serio o no, y los ojos sinceros del sastre le confirmaron que así era. Después recordó los trágicos acontecimientos del día y la cruda realidad la embargó de nuevo, sumiéndola en una tristeza como si adivinara que su vida ya nunca sería la misma.

Él percibió el cambio de actitud y se arrimó un poco más a ella. Esta vez Lucía no se alejó, ni tampoco rehuyó el abrazo que James le proporcionó tiernamente, reconfortándola en su desgracia.

—Mañana iremos a Toledo y te vendrás conmigo. No te voy a dejar sola, por lo menos hasta que me asegure que encuentras un nuevo trabajo y un nuevo hogar para que rehagas tu vida —dijo el sastre a modo de consolación. No sabía muy bien cómo lo haría, pero acababa de nombrarse protector de aquella desvalida criatura.

Ella buscó sus ojos, y una vez más comprobó que le hablaba desde el corazón.

—¿Por qué harías eso por mí? Si no me conoces. Nada te obliga a ayudarme.

—Yo no estoy del todo de acuerdo. Primero, porque en parte soy responsable de que tu posada haya ardido por completo y te encuentres desamparada; segundo, porque no creo que tengas mejor lugar donde ir; y tercero... —hizo una pausa pensando que nada le gustaría más que compartir

todo el tiempo del mundo con ella, pero no lo verbalizó. En su lugar, la miró largo y tendido, y dijo—: Además, tengo que confeccionar un traje precioso para que lo luzcas, así que no hay más remedio que permanecer juntos una temporada.

Ella sonrió otra vez, y a James le bastó para saber que la había convencido. Luego se tumbaron junto a la hoguera y se dispusieron a dormir. El día había sido extenuante, no solo por la fatigosa caminata, sino por la carga emocional que había conllevado.

Sus cuerpos se resistieron a rozarse en el primer duermevela, pero pronto el frío hizo que, inconscientemente, la espalda de la chica buscara el calor de la espalda de James. Este la sintió a través de cada uno de los pliegues de su capa y, agotado, se durmió con una palabra acariciando su sueño: Lucía, Lucía.

10

Nada más aterrizar en Valencia, Amalia y Bruno fueron directos a la calle la Paz, a las oficinas del periódico, donde un ávido Blas les esperaba para escuchar la intrigante historia que le habían ido adelantando en pequeñas dosis por teléfono.

Nada más entrar en el despacho, su jefe se quedó mirando fijamente la fea herida que Bruno tenía en la cabeza, y que había intentado disimular poniendo un poco de gomina en el pelo, obligándolo a duras penas a cubrir el área dañada. El resultado era tan cómico que el investigador parecía haberse levantado de dormir después de una noche de juerga loca. Amalia parecía haber adivinado los pensamientos de Blas, así que antes de que este pronunciara una sonora carcajada, le miró severa, y aquella se quedó en un amago de sonrisa burlona.

—Si estás pensando lo que creo que estás pensando —dijo Bruno dirigiéndose al redactor jefe—, más vale que les digas a los miembros de la junta que o me aumentan mis emolumentos o yo me largo de esta turbia intriga que os lleváis entre manos. ¡Un poco más y me vuelan la cabeza por su culpa!

Amalia se sorprendió al oír a su compañero de fatigas, pues en ningún momento con anterioridad le había transmitido la intención de abandonar la investigación, ni tampoco se lo había imaginado expresándose en esos términos tan recriminatorios.

—Oh, no te preocupes por eso —contestó Blas—, he hablado con los de la junta y ya contábamos con ello. De hecho, me han pedido que te comunique que tu sueldo queda doblado a partir de este momento, y con efecto retroactivo.

El investigador, que simplemente se había marcado un farol para evitar también que el redactor se riera de su aspecto, se quedó alucinado con la propuesta, y no pudo hacer otra cosa que derrumbarse en uno de los sillones del despacho y quedarse mudo.

Blas interpretó ese gesto como que aceptaba la oferta, y pasó a abordar el objeto de aquel cónclave:

—Bueno, pareja, a ver si sois capaces de explicarme qué habéis sacado en claro tras vuestras averiguaciones por media Europa.

—Cuando llegamos al aeropuerto de Múnich... —empezó Amalia.

—Sucintamente querida, sucintamente... —la interrumpió Blas.

La periodista tomó aire, y tras unos breves segundos de concentración, comenzó a hablar de corrido:

—Después de lo averiguado en Oberpfaffenhofen y Moscú, Bruno y yo pensamos que hay dos especie de sociedades enfrentadas entre sí a lo largo de la historia, y cuyo objetivo es encontrar o preservar, no estamos seguros de cuál de las dos es realmente, algo tan especial que Stalin, poco antes de morir, lo ordenó enviar al espacio en un satélite desconocido hasta la fecha llamado Leonardo, el cual, tampoco sabemos cómo ni por qué, 66 años después ha enviado una señal al GCC y que ha sido el motivo del asesinato de un controlador español en esas instalaciones.

Blas se quedó tanto rato observando fijamente a Amalia que esta temió que la despachara con cajas destempladas tras la película de ciencia ficción que le acababa de soltar. Paradójicamente, en lugar de eso, miró a Bruno que todavía no había abierto la boca y asintió comprensivamente.

—¿Y cómo pensáis averiguar más de esas sociedades y el objeto de su obsesión?

—Eh...bueno, pues... —continuó titubeante la periodista viendo que su jefe no solo la creía, sino que la animaba a continuar con la investigación—. Resulta que en Moscú encontramos un listado de miembros de esas sociedades, o hermandades, como parece que se autodenominan, y el más reciente de ambas listas es un destacado español de finales del XIX y residente habitual de Salamanca. Pensamos que tirando de ese hilo y buscando el origen de la creación del Patronato, o el Gremio, podremos saber qué les motivó a luchar entre ellos, y por tanto cuál es el objeto de su disputa actual.

—Eso es dar por sentado que antes del objeto en cuestión esas dos facciones no existían en la historia —refutó el redactor.

—Quizás sí fueron creadas con anterioridad —dijo Bruno interviniendo por primera vez, hecho que Blas agradeció, pues ya pensaba que la noticia del aumento de sueldo le había dejado incapacitado para la misión—. Aun así, no sabemos a ciencia cierta en qué momento de su existencia surgió ese algo especial que pudo enfrentarles y enemistarles de por vida. Lo que está claro es que ha de ser un secreto inimaginable, por el que hombres ilustres y gobernantes de diferente talante han batallado hasta por lo menos la mitad del siglo XX.

—Momento en que el dictador ruso lo envió al espacio a bordo del recién

descubierto satélite Leonardo y quedó orbitando la tierra hasta la fecha — concluyó la periodista.

Blas reconoció la verosimilitud de las conjeturas con un gesto de asentimiento, y a continuación preguntó:

—Está claro que no tenemos acceso a ese satélite para averiguar de qué se trata, pero, ¿en serio pensáis que ese salmantino que vivió hace más de cien años puede arrojar algo de luz sobre ese secreto?

—Por lo menos, si no lo hace, quizás nos conduzca a otros miembros del Gremio o Patronato que sí sabían en qué consistía el misterio. Antes o después, alguna persona tuvo que dejar algo escrito al respecto, sobre todo si es algo que ha perdurado durante varios siglos.

—Precisamente, por eso no estoy tan seguro que lo encontréis —dudó Blas—. Si después de tanto tiempo nadie lo había descubierto, es que los miembros de esas hermandades lo han sabido guardar con mucho celo. En cualquier caso —añadió encogiéndose de hombros—, creo que tampoco tenéis otro lugar por donde continuar la investigación. Por cierto —dijo cuando ya Amalia iba a replicar—, todavía no me habéis dicho de qué individuo se trata.

La periodista y el investigador se miraron un segundo dedicándose una sonrisa cómplice, y fue ella la que, con una lentitud impropia en su manera de hablar, respondió:

—No se trata de ningún individuo, señor redactor jefe, sino de una mujer. Concretamente de la primera alumna que pisó los sagrados pasillos de la Universidad de Salamanca a finales del siglo XIX: Ángela Carraffa de Nava.

—Pensaba que la primera alumna fue una tal Beatriz Galindo, por allá el 1480.

—¡Vaya! ¡Sí que estás puesto en historia, Blas!

—Bueno, es que esa mujer se distinguió posteriormente por convertirse en maestra de la reina Isabel la Católica y sus hijos, o algo así leí.

—Pero tras ella —añadió Bruno—, la cual fue una adelantada de su tiempo, no volvieron a haber mujeres hasta que Ángela Carraffa ingresó en las exclusivas aulas para hombres de la universidad.

—Entonces tendréis que ir a Salamanca, tirar de ese personaje y ver hacia qué o quién os conduce. Es la mejor pista que tenéis.

—A no ser que un nuevo misterioso mensaje de texto, como el que nos enviaste sobre la conexión entre el GCC y Borís Chertok, nos ponga sobre la pista correcta.

Un silencio incómodo se hizo en el despacho. Amalia y Bruno miraban fijamente a Blas en un claro gesto que indicaba que estaban esperando explicaciones. El redactor jefe titubeó antes de abrir la boca y empezar a hablar.

—Tal y como os decía en el mensaje, una fuente fiable envió ese mensaje a un miembro de la junta. Este pensó que podría ayudaros en la investigación, y me pidió que os “reorientara” en vuestras pesquisas.

—¿Qué miembro de la junta?

—¿Qué fuente fiable?

Preguntaron al unísono.

—Esa información es confidencial, y el miembro me ha pedido que mantenga su anonimato. En cuanto a su fuente, desconozco de quién puede tratarse.

—¿Acaso es el mismo miembro de la junta que te pidió que nos enrolaras en el viaje a Oberpfaffenhofen para averiguar las circunstancias de la muerte del ingeniero de control?

El redactor jefe dio la callada por respuesta, confirmando la sospecha de Amalia.

—¿No te das cuenta que ese hombre sabe más sobre este tema que nosotros tres juntos? Sería fundamental que pudiéramos hablar con él. Estoy segura que podría aportar algo más de luz sobre este asunto, o por lo menos darnos un contexto un poco más reducido por donde investigar.

—Lo siento chicos —dijo Blas en un tono irrefutable—, esa posibilidad queda fuera de mi potestad. El miembro de la junta fue bastante tajante al respecto, intuyendo que efectivamente quisierais dialogar con él. Tendréis que ir a Salamanca y continuar a partir de la tal Ángela Carraffa.

Amalia se levantó de un brinco, cogió su bolso y salió del despacho echando aspavientos por la boca. Por su parte, Bruno no pudo dejar de observarla mientras se alejaba furibunda entre las mesas de la redacción, manteniendo la mirada en su cuerpo más de lo políticamente correcto.

—¡Bruno! —gritó el redactor jefe, que se había percatado de la fijación del susodicho—. Te dejé bastante claro que a mi mejor periodista no se la podía distraer con asuntos extra profesionales, ¿verdad?

El investigador levantó las palmas de la mano y puso cara de cordero degollado.

—Y lo estoy cumpliendo, señor Guzmán, lo estoy cumpliendo.

—Pues que sea hasta el final del encargo laboral por el que te han doblado

el sueldo.

Bruno no contestó. En su lugar se levantó y se dirigió a la puerta. Antes de abandonar el despacho, se giró y miró a Blas con una sonrisa ambigua en el rostro que no gustó nada al redactor jefe.

—Hasta la vuelta —se despidió el investigador al tiempo que hacía una caballerosa reverencia y le guiñaba un ojo.

Salamanca estaba cubierta por una fina capa de nieve, producto de un prematuro descenso de las temperaturas en octubre. Bruno y Amalia habían decidido desplazarse en automóvil hasta allí desde Valencia, no solo porque ya se habían acostumbrado a pasar largas horas de viaje juntos, sino también porque la autonomía que el vehículo les prestaba les permitiría moverse con mayor libertad en caso necesario.

Después de mucho discutir ganó él, y decidieron utilizar su Kia Ceed en detrimento del mini cupé que utilizaba ella. La disputa cayó a favor del primero gracias a su mayor maletero y la discreción que su color negro le otorgaba. El amarillo chillón del mini no hubiera sido la manera más idónea para pasar inadvertidos por la capital salmantina.

Después de acomodarse en el hotel Hospes Palacio de San Esteban, una vez más gentileza del periódico, decidieron dar un paseo y cenar por el centro histórico, puesto que ya era tarde y las universidades estaban cerradas. El hotel se ubicaba en la calle Arroyo de Santo Domingo, a una distancia equidistante entre las dos universidades emblemáticas de la ciudad: la Pontificia y la más antigua originaria del siglo XIII.

Al estar tan cerca de la calle Arcediano, optaron por hacer un poco de tiempo hasta la hora de la cena, y encaminaron sus pasos hasta el conocido como Huerto de Calixto y Melibea. Este era un intimista jardín que ofrecía al visitante frescos y perfumados rincones, además de unas preciosas vistas a la catedral. Puesto que no cerraba sus puertas hasta las diez y media de la noche, tenían tiempo de disfrutar de sus coquetos paseos y parterres florales.

Al llegar encontraron que apenas había visitantes, y recorrieron sus inmediaciones rápidamente, pues solo se extendía a lo largo de 2.500 metros cuadrados. Luego eligieron un banco de piedra cercano a un antiguo pozo y se sentaron a conversar.

—¿Crees de verdad que este es el huerto donde Calixto y Melibea yacían?
—preguntó Amalia mirando pícara a su alrededor.

Bruno la miró curioso, sonriendo ante el verbo tan apropiado que había

utilizado la joven para describir lo que hacían los protagonistas de la Celestina.

—No es que lo crea, es que estoy seguro de que no. Aun así, no deja de ser un jardín precioso, y si relacionarlo con la novela de Fernando de Rojas hace que atraiga a más visitantes, me parece perfecto. A veces los historiadores nos centramos demasiado en las piedras y nos olvidamos de los seres vivos..., como estas flores y plantas —puntualizó Bruno al ver que la periodista le miraba con cara de interrogación.

—Noto un tono de arrepentimiento en tu voz. Ahora me dirás que hubo una chica especial y que te dejó porque estabas siempre entre tus castillos y monasterios medievales.

Bruno no respondió, y en su lugar quedó con la mirada fija en un punto indiscriminado del jardín. Amalia lamentó haber dado en la diana y haber tenido tan poco tacto con su comentario. Luego observó cómo una sonrisa socarrona asomaba por la comisura de sus labios, y se percató de la burla.

—¡Maldito mentiroso! —exclamó la periodista propinándole un duro golpe en el hombro—. Por un momento creí que era cierto.

Bruno se rio de buena gana mientras frotaba su dolorido hombro—: Como sigas pegándome así te voy a denunciar por maltrato. Tengo el brazo y la pierna llena de moratones por tu culpa.

—Te lo tienes bien merecido, por hacer que me sienta mal.

—Nunca más lejos de mi intención, señorita Sastre —dijo a modo de disculpa. Luego, tras unos segundos de silencio, añadió—: Sí hubo alguien especial, hace varios años, pero no me dejó por mi dedicación a la universidad. Supongo que simplemente no cumplí con sus expectativas.

—¡Y ahora salió el modesto! —dijo Amalia todavía resentida con la broma anterior.

—Tienes razón, lo cierto es que jamás llegué a sentir lo suficiente por ella como para dedicarle mi alma entera. En su lugar yo también hubiera buscado algo mejor.

La respuesta sorprendió a Amalia por lo franca y profunda, y una breve tregua se instaló entre ellos.

—Bueno, ¿y tú qué? —Intervino él rompiendo el silencio—. No pensarías que te iba a contar mi vida romántica y tú te ibas a escapar de rositas.

—¿Yo? La mía ha sido bastante menos interesante que la tuya.

—Si piensas que solo con eso te vas a escaquear, lo llevas claro.

Amalia suspiró.

—Está bien. Tuve un novio hace cinco años que me destrozó el corazón, seguido de otro que casi me destroza la cara. Después de eso ya no tuve ganas de volver a intentarlo.

Bruno se quedó mudo mirándola fijamente. Luego estrechó su mano con la suya y permaneció callado.

—No, no pasa nada, ya lo superé —dijo ella intentando añadir un tono despreocupado en su voz—. Me costó, y el hecho de no tener a mis padres para ayudarme aún complicó más las cosas. Pero ya está pasado.

Él continuaba mirándola fijamente sin articular palabra, y ese silencio la estaba destrozando por dentro. Después ya no pudo evitarlo más, y empezó a sollozar, muy débilmente, pero desconsoladamente. Bruno la estrechó en su pecho y le pasó la mano por la suave melena que olía a bosque mediterráneo.

Permanecieron así durante un buen rato, hasta que ella se separó del abrazo y se enjugó las lágrimas.

—Lo siento —dijo ella.

—No te disculpes.

—Bueno, no creas que me pongo a llorar delante de cualquiera después de haberle confesado mis fracasos sentimentales. Debes pensar que soy una ñoña.

—¿Una ñoña? Hacía tiempo que no escuchaba esa palabra. Y no, en absoluto pienso eso de ti. La vida no nos da siempre lo que nos merecemos. A veces es solo cuestión de suerte. Lo importante es poder rectificar y seguir adelante. Tú lo has hecho. De lo cual me alegro mucho.

Amalia hubiera esperado de Bruno palabras que la reconfortaran; algún “lo siento”, quizás. Le gustó que simplemente la acompañara en su confesión y, sobre todo, que no hubiera intentado menoscabar sus relaciones. Fueron las que fueron, y ya está.

—Por cierto, si aún sigues pensando que yo soy “cualquiera”, tal y como me has llamado antes, es que hay algo que no estoy haciendo bien.

—Señor Guerrero, no estará usted insinuándose, ¿verdad? No sería caballeroso por su parte después de haberle abierto mi corazón.

—Eso mismo me ha dicho Blas.

—¿Blas?

—Sí, cuando has salido cabreada de su despacho y yo me he quedado mirándote.

—Pues ándese con ojo, porque ese viejo zorro tiene un poder de

observación muy agudo. Algo se habrá oído si se ha referido a usted en términos monitorios.

—Puede ser —contestó él de forma enigmática—. Pero descuida, entre que tú tienes el corazón por recomponer y yo necesitaría alguien que llegara hasta el fondo de mi alma, no hay peligro. Siéntase usted a salvo, madeimoselle.

Amalia escondió un atisbo de decepción en sus ojos, pero al instante pensó que, aunque realmente Bruno le parecía un hombre muy atractivo y cortés, era mucho mejor así. Más les valía centrarse en la investigación que tenían entre manos, que ya de por sí era bastante complicada.

—Te invito a cenar.

Y la periodista no pudo menos que volver a reírle la broma.

A la mañana siguiente temprano, se dirigieron a la Universidad con la intención de averiguar todo lo escrito sobre Ángela Carraffa de Nava.

Después de un buen rato indagando en los archivos de la vieja universidad, apenas descubrieron que se graduó con honores y se doctoró con una brillante tesis sobre Fernando Núñez de Guzmán, el cual vivió allá por el 1500 y fue, entre otras cosas, un intrépido viajero.

Pero poco más, así que decidieron probar suerte en la Pontificia, y allí obtuvieron algún dato personal más, gracias a su padre, José Carraffa Piñeiro, licenciado en derecho por la Universidad de Valladolid, poseedor de una gran fortuna y que se distinguió en la capital de Castilla por sus obras de beneficencia, especialmente durante el cólera de 1885, hecho que recogieron las crónicas religiosas del momento. Además, fue alcalde de Valladolid, y ocupó otros cargos políticos. Su madre, Eusebia de Nava, pertenecía a una noble familia de la ciudad de Arévalo. Su abuelo, Manuel Carraffa Viali, era oficial de la armada y, en definitiva, su familia entronaba con la rama italiana de los Carraffa, que se remontaba al Milán del siglo XIII.

—¿Milán? —preguntó una extrañada Amalia.

—Sí, es lo que pone en su breve biografía extraída de la tesis doctoral que realizó sobre Don Fernando Núñez de Guzmán.

—¿Qué tiene de especial ese Don Fernando para que le dedicara su tesis?

—Eso, my lady, es lo que tenemos que averiguar a continuación, por si hay alguna conexión entre ese personaje y el Gremio.

—Pues no sé a qué estamos esperando. Tú a los libros y yo al ordenador, como siempre.

Al mediodía se reunieron de nuevo en la Biblioteca General de la Universidad, situada en el Claustro de la Comunidad, un pequeño espacio más modesto que su hermano mayor, el Claustro de los Estudios de estilo renacentista italiano. La biblioteca era una sala moderna, con infraestructuras y tecnologías del siglo XXI, aunque sin olvidarse de sus orígenes barrocos. El resultado era una sala acogedora, pero al mismo tiempo funcional, por lo que cumplía con el cometido al que iba destinada.

—¿Qué has encontrado? —preguntó primero Amalia.

—Pues que el tal Don Fernando Núñez de Guzmán era un erudito nacido

en Valladolid en 1473.

—¿En la misma localidad que el padre de Ángela Carraffa?

—Sí, y además dedicó su vida al estudio de las lenguas clásicas, hecho que le hizo viajar a las mejores universidades italianas, como la de Bolonia: *Pronto se dedicó a buscar por todo el país y de todo sacó fruto: de las leyes, las costumbres, la naturaleza, el arte, cuanto vio en Italia fecundó su ingenio, y le dio motivo para muchas observaciones, que contribuyeron a la universalidad de sus conocimientos.*

—Veo que me estas citando alguna biografía.

—Correcto, pero lo que me llamó la atención fue ese periplo por tierras italianas y su afán desmesurado por buscar.

—¿Buscar, buscar qué?

—Eso mismo me pregunto yo.

—Pues estamos en un callejón sin salida, porque lo único que he encontrado yo es que fue discípulo de Antonio de Lebrija, que fue profesor aquí en Salamanca en época de los Reyes Católicos y destacó por ser un gran humanista ducho en gramática, retórica y dialéctica. Por cierto, puestos a buscar coincidencias, este también estudió en la universidad de Bolonia.

—Bolonia... —pensó Bruno—. Hazme un favor, Amalia, busca en Google personajes famosos en Bolonia a finales del siglo XVI.

La periodista entró en la web y tecleó la pregunta. Al instante aparecieron un listado de entradas, las tres primeras referidas a viajes turísticos a la zona de Emilia-Romaña, que inmediatamente descartó. La cuarta entrada parecía más prometedora, y clicó en ella. Un listado de personajes ilustres se mostró en la pantalla, y los dos acercaron sus rostros para estudiar los nombres. No hizo falta leer toda la lista, pues el que hacía tres ya les hizo detenerse, abrir los ojos de par en par, y mirarse a la cara para comprobar que ambos habían llegado a la misma conclusión.

El tercer nombre del listado era Leonardo di ser Piero da Vinci, más conocido como Leonardo da Vinci, genio universal del renacimiento italiano y, coincidentemente, nombre también de un satélite ruso desaparecido que había mandado una señal obsoleta al GCC apenas unos días antes.

—Me parece a mí que nuestra estancia en Salamanca va a ser más corta de lo previsto —concluyó Amalia.

—Ahora mismo llamo a Blas para que nos reserve vuelo a Bolonia desde Madrid.

—Y no se te olvide pedirle también un bonito hotel con encanto —rio la

periodista.

Sentados en el avión, la pareja disfrutaba de una conversación agradable, sin percatarse de la figura que, unas filas más atrás, no les perdía de vista, como si pudieran escabullirse en ese espacio tan reducido a once mil metros de altura.

Al aterrizar, el seguimiento se hizo más acuciante, hasta el punto que Bruno se percató de él, aunque no quiso alarmar a Amalia por si fuera fruto simplemente de su paranoia. El incidente en el restaurante ruso había despertado todos sus instintos, y veía en cada hombre solitario una amenaza para su integridad. Afortunadamente, la figura con gorra de béisbol, ropa informal y mochila al hombro que les había estado mirando con cierto descaro mientras salían del avión, enfiló la puerta de salida mientras ellos esperaban pacientemente a que la cinta de maletas escupiera las suyas.

Al salir tomaron un taxi con dirección a la preciosa ciudad medieval, y en esta ocasión Bruno no se enteró de cómo un coche oscuro iniciaba su marcha justo detrás de ellos. En su interior, el copiloto se había quitado la gorra de béisbol para que ambos no sospecharan de su presencia, y en tono neutro, se dirigió al conductor en un italiano aprendido:

—¡Non li perdere di vista!

Tras enfilarse la autopista A14 y recorrer los diez kilómetros que separaban el aeropuerto de la ciudad de Bolonia, esta les recibió con todo su esplendor medieval, no en vano, tal y como rezaban las guías turísticas, tenía el centro histórico medieval mejor conservado de toda Europa, después del de Venecia. El Art Hotel Commercianti, donde el taxista les dejó, no desmerecía en absoluto lo anterior, y su elegante fachada entronaba perfectamente con la adyacente basílica de San Petronio.

Nada más instalarse salieron a las calles que daban a la Plaza Mayor, con la intención de visitar un poco la ciudad antes de enfrascarse en la búsqueda del legado de Leonardo da Vinci y su conexión con el Gremio, la cual a esas alturas ya tenían claro que existía.

—Mira esas dos torres enormes. —Se maravilló Amalia dirigiendo su mirada a dos altísimas atalayas que sobresalían sobre el resto de edificios medievales.

—Bueno, has dado con uno de los emblemas de la ciudad, de hecho, Bolonia es conocida también por la ciudad de las dos torres, aunque estas no

tienen nada que ver con las de la película del Señor de los Anillos.

—No me digas que eres fan de esas pelis.

—Pero, ¡cómo, si son de mis favoritas! Recuerdo que cuando las vi aluciné con la recreación de la tierra media, muy parecida a como debía ser en la época medieval, la cual te recuerdo es mi pasión.

—Vaya, vaya... yo te hacía más de cine de autor y literatura eslovaca — se burló Amalia.

—Pues está usted muy equivocada, señorita. Aunque trabaje en la universidad, mis gustos son bastante mundanos, y veo pelis como esas o leo autores como Dan Brown o Luis Zueco.

—Bueno, no me extraña. De hecho, tu desenfadada apariencia engaña un tanto. Quien no te conozca bien podría tomarte por un profesor de escuela antes que uno universitario.

Bruno alzó una ceja como signo de no entender la comparación, y ella volvió a reírse de su estupor.

—Te estoy tomando el pelo, muchacho. Lo cierto es que tampoco a mí me desagradan esas pelis de aventuras, y admito que lo de esas torres tiene cierto encanto romántico, como aquella de Rapunzel.

—¿Sí? Pues vamos a comprobarlo. —Cogiéndola de la mano se dirigió hacia la más alta de las dos, con casi cien metros de altura: La Torre Asinelli.

Al llegar compraron los preceptivos tickets de 3€ que daban acceso a unas empinadísimas escaleras de madera cuadrangulares, con apenas una tosca barandilla como protección al vacío que se alzaba en su centro, y que permitía ver toda la caída libre al completo.

—Me parece que esto tiene poco de romántico —se quejó Amalia al vislumbrar los 498 escalones que la aguardaban.

—No seas tiquismiquis, ya verás qué vistas tenemos cuando llegemos arriba.

Iniciaron la ascensión sin percatarse de la figura con gorra de béisbol que compró también un ticket poco después de ellos, y que inició el ascenso manteniéndose a una distancia prudencial de la pareja.

—No tendrás vértigo, ¿verdad? —preguntó Bruno viendo como Amalia subía muy despacio con la espalda pegada a la pared de piedra.

—Pues pensaba que no, pero esto me está dando muy mal rollo.

—Anda, dame la mano, yo iré delante, y tú no mires por el hueco de la escalera.

Ella obedeció sumisa, y cogidos de la mano continuaron escaleras arriba.

A los cinco minutos empezaron a perspirar, y sus piernas experimentaron un pequeño dolor, como lamentándose por el esfuerzo.

De tanto en tanto, un pequeño rellano daba un respiro al intrépido escalador y permitía asomarse por las aspilleras, unas aberturas verticales, estrechas y profundas, que se ensanchaban hacia el interior, y que eran utilizadas en la antigüedad para disparar flechas con arcos o con ballestas. Algunas de las que se encontraron durante el recorrido tenían su base llena de monedas, y a Amalia no dejó de sorprenderle la manía que tenían muchos turistas de derrochar dinero en busca de una hipotética “buona fortuna”.

—¿Cómo vas? —preguntó Bruno tras comprobar que Amalia permanecía callada desde hacía unos minutos.

—Intento respirar y mantener la concentración a la vez, por eso no me quedan fuerzas para decir nada.

—O sea, que no eres una de esas mujeres capaz de realizar varias tareas al mismo tiempo —añadió para que se relajara un poco.

—La verdad es que nunca me he considerado una mujer al uso.

—Eso ya se ve, pero tampoco hace falta que me estrangules la mano como lo estás haciendo. Ya hace rato que no me corre sangre por los dedos.

—Perdona, no me había dado cuenta.

Bruno iba a contestar con un chascarrillo coincidiendo con la llegada a uno de esos descansillos de la ascensión. Habían subido más de tres cuartas partes de las escaleras, y su agotamiento era verdaderamente palpable.

Al otro lado del descansillo que recorría toda una de las paredes laterales, dos hombres jóvenes impedían el paso. Al principio Bruno pensó que eran dos turistas que bajaban desde arriba, pero algo en su pose le hizo sospechar: se mantenían parados, sin mostrar ningún síntoma de respiración agitada, como si hubieran estado allí esperando desde hacía un rato.

Esa sospecha fue lo que probablemente le salvó la vida, pues ganó un preciado segundo, necesario para evitar el empujón del más alto de los dos que intentó sorprenderle y lanzarle por el vacío.

Amalia gritó aterrada, y se mantuvo agachada en los escalones previos al descansillo, mientras veía a Bruno y su atacante enzarzarse en un baile fatal, cogidos ambos de sus pecheras. El otro atacante, viendo que la pelea estaba igualada, se adelantó para ayudar a su compañero, y entre los dos consiguieron reducir al investigador y asomarlo al hueco de la escalera, a pesar de la terrible resistencia que este ofrecía.

Bruno miró la caída horrorizado, y notó cómo poco a poco aquellos

desalmados iban a conseguir su objetivo de arrojarlo a una muerte segura.

Amalia empezó a gritar de forma desesperada, no tanto por la certeza de que tras Bruno ella sería la siguiente en caer, sino por la integridad de su compañero, el cual tenía más de medio cuerpo en el vacío y apenas resistía sujeto a la endeble barandilla de madera.

Una figura con gorra de béisbol saltó por encima de la periodista, como si una sombra chinesca hubiera surgido de repente en una obra de títeres. Agarró a uno de los dos energúmenos y lo estrelló contra la pared de piedra, con tal mala fortuna que la cabeza golpeó en un saliente de la aspillería, provocándole una muerte instantánea. Sin embargo, llegó tarde para evitar que el otro lanzara una tremenda patada a la única mano de Bruno que aún se asía a la barandilla, y su cuerpo se precipitó por el hueco de la escalera.

El grito de Amalia le impidió ver cómo, con la otra mano, el investigador lograba agarrarse al pantalón de su atacante y evitar la tremenda caída, aunque su situación era realmente desesperada. La periodista no lo dudó, y tras ese primer momento de desconcierto, lanzó ambas manos en dirección a su compañero que había quedado colgando a su altura.

Bruno no lo pensó dos veces, y soltándose de la pierna que le amenazaba, se sujetó de las manos salvadoras que lo agarraron como un niño a su recién estrenado juguete. Lo siguiente que vieron fue a su atacante caer por el vano, fruto del empujón que el hombre de la gorra le propinó. No emitió ningún grito en su caída, ni tampoco intentó evitarla, como si supiera que había sido vencido, y ese era el destino que tenía merecido.

—¿Están bien? —preguntó su salvador con voz agitada.

—Creo que sí —contestó el investigador mientras aquel le ayudaba a subir al rellano.

—Deben salir de aquí cuanto antes, los hombres del Patronato pronto descubrirán que han fallado y enviarán otros asesinos.

—¿El Patronato?

—Sí, esos eran esbirros mandados para acabar con sus vidas. Parece ser que sus investigaciones no han pasado desapercibidas, y temen que descubran el secreto.

—¿El secreto? ¿Pero qué secreto? ¿Y quién es usted? —preguntó Bruno ya más recuperado del susto.

—Mi nombre no tiene importancia, pero deben saber que el Gremio está con ustedes, no les vamos a dejar solos ante esos desalmados. Aunque a partir de ahora deberán tomar más precauciones, ya ven que los del Patronato

desean impedir a toda costa que descubran el secreto.

—¡Y dale con el secreto! —dijo Amalia con un tono enojado en la voz—. Parece ser que todo el mundo sabe de qué va ese secreto menos nosotros, que somos justamente los que nos estamos jugando el pellejo por él. ¿Por qué no nos dice de qué se trata exactamente y acabamos cuanto antes con esta pantomima?

—No se equivoque señorita Sastre, solo los hermanos mayores conocen su existencia, o, mejor dicho, conocían, pues el mismo se perdió hace mucho tiempo, de ahí nuestro interés en recuperarlo gracias a su ayuda inestimable. Yo no soy más que un guardián, pero hasta donde yo sé, sus investigaciones van por buen camino. Sigán su intuición, de momento les está guiando bien.

—¿Y los del Patronato? ¿Saben ellos de qué se trata?

—Me temo que sí, por eso quieren acabar con ustedes, para quedarse ellos con la exclusiva. Ahora lo importante es que salgan de la ciudad, esto se va a poner muy feo.

—Pero debemos continuar con nuestra investigación —se quejó una cada vez más intranquila Amalia.

—Disponen de un día, después de ese tiempo, ni el Gremio podrá protegerlos, pues el Patronato habrá estrechado el cerco sobre la ciudad. ¡Suerte! —Y desapareció de escena de la misma manera que había hecho acto de presencia, esfumándose como una sombra chinesca.

Bruno y Amalia se miraron perplejos, y sin poder evitarlo se abrazaron efusivamente. Estaban vivos, y todo se lo debían a la intercesión del Gremio en la figura de un salvador con gorra de béisbol.

—Salgamos de aquí antes de que los carabinieri nos retengan —urgió Bruno rompiendo el abrazo entre los dos.

Mientras bajaban todo lo rápido que podían se toparon, unos pisos más abajo, con el cuerpo desmadejado de su asaltante. La fortuna estaba de su lado, pues de haber llegado al fondo, el guardia de la puerta hubiera lanzado la voz de alarma. Eso les proporcionó unos preciosos minutos para escapar de allí sin ser acusados, y quizás una coartada, aunque Amalia pensó que su aventura se acababa de complicar de manera exponencial.

Llegaron al hotel en el mismo momento que las primeras sirenas se hicieron audibles en las inmediaciones de la Plaza Mayor, y sin más tiempo que el que emplearon en cambiarse de ropa, se dirigieron al lugar donde, con toda probabilidad, habría información sobre Leonardo da Vinci: el Real

Colegio de España, el colegio mayor más antiguo del mundo, fundado por el Cardenal Gil de Albornoz a mediados del XIV y residencia, entre otros, de Antonio de Lebrija y Fernando Núñez de Guzmán.

Al entrar por la fabulosa puerta renacentista fueron conducidos por un bedel al patio central porticado, desde donde se accedía a la galería norte. Allí se hallaba la secretaría del centro, y una amable empleada les ofreció el libro de matrículas con todos los ilustres alumnos que habían estudiado en aquellas dependencias. No eran los primeros en solicitar esa información, por otro lado pública, y el Real Colegio se nutría de la propaganda que sus anteriores colegiales les proporcionaban. Por supuesto la mentira que le soltó Amalia a la buena mujer iba envuelta en un supuesto interés para matricular a su sobrino en derecho canónico para el curso siguiente. A la empleada no le extrañó en absoluto, pues desde su fundación, los varones españoles conformaban la mayoría del alumnado del centro.

Buscaron con ahínco el larguísimo índice de antiguos alumnos, que lamentablemente no estaba ordenado alfabéticamente, sino por año de matriculación, con lo que tuvieron que repasar año por año para dar con Leonardo da Vinci. Tras veinte minutos infructuosos, Bruno se cansó de comprobar la posible matriculación del artista renacentista, e hizo además de sentarse en una silla a descansar su frustración. Amalia no se lo permitió, y agarrándolo de la manga le susurró:

—¡Mira aquí!

En el listado de alumnos de 1489 había una entrada con el nombre de Paulo de Leonardo da Vinci de Florencia, y Bruno miró a la periodista frunciendo el ceño.

—¿Qué pasa con ese nombre? Ya sé que es casi como nuestro artista italiano, pero puede ser una coincidencia. No creo que se trate del mismo.

—Y no lo es —contestó Amalia absolutamente absorta con su móvil.

—Primero me dices que mire la matrícula y ahora no me haces ni caso y te pones a mirar el WhatsApp.

—No estoy mirando el WhatsApp, listillo, estoy comprobando ese nombre en Google. Y según un estudio realizado por el director del museo dedicado a Leonardo en su pueblo natal, Vinci, este tuvo un hijo ilegítimo a los 17 años de edad. ¿A que no sabes cómo se llamaba?

—¿Paulo?

—Exactamente, y según esta publicación su padre Leonardo lo envió a estudiar a Bolonia para alejarlo de las “malas compañías” que su díscolo hijo

frecuentaba.

—No sé dónde quieres ir a parar.

—Muy sencillo. Según una carta del señor de Bolonia Giovanni Bentivoglio a Lorenzo de Medici, citada también en el estudio, le asegura que Paulo ha llegado sano y salvo a Bolonia, y que el enigma está a buen recaudo custodiado por el joven. Además, también se cita una misiva del propio Leonardo a su hermano Domenico, en el año 1506, informándole que el joven Paulo cumple su cometido como guardián a la perfección.

—¿Guardián?

—¿Verdad? ¿No te parece extraño? Primero se supone que Leonardo no tuvo hijos, después aparece uno ilegítimo llamado Paulo que, con la excusa de alejarle de malas compañías, es enviado de incógnito rápidamente a Bolonia con el beneplácito del mismísimo mecenas de su padre, Lorenzo de Medici, y el propio Leonardo visita a su hijo esporádicamente para comprobar que cumple con su misión de “guardián”, lo cual comunica a su hermano Domenico en una carta para su tranquilidad.

Bruno se quedó pensativo un instante y añadió—: Parece un buen resumen de lo que ocurrió, aunque con muchos puntos débiles, empezando, por ejemplo, por la veracidad de ese estudio, sin ir más lejos.

—La investigación, aparte de ser conducida por el director del museo Alessandro Vezzosi, como ya te he dicho, está basada en una carta publicada por Calo Pedretti y conservada en el Archivo de Estado de Florencia, así como la carta escrita por el artista a su hermano hacia el año 1506 y contenida en el folio 541 del Códice Atlántico de la Biblioteca Ambrosiana.

—¿Códice Atlántico?

—Sí, es una colección de dibujos y escrituras del famoso artista, con más de 1.119 hojas que datan desde 1478 hasta 1519, año de su muerte.

El historiador se lamentó en silencio por no conocer la existencia de dicho código. Se suponía que él era el experto medievalista, y lo único que recordaba sobre los escritos de Leonardo, quizás porque en su momento le llamó la atención, era que uno de esos códigos, el conocido como Código Leicester, fue comprado por el multimillonario Bill Gates en 1994 por la nada estimable suma de 30 millones de dólares, en la afamada casa de subastas Christie's.

—¿En qué piensas? —preguntó Amalia sacándolo de su digresión mental.

Bruno no quería quedar más en evidencia de lo que ya lo había hecho, así que repreguntó lo primero que le vino a la mente en ese instante: —¿Y qué

fue de él?

—¿De quién?

—De Paulo.

Amalia frunció los labios acompasándolos con un ligero alzamiento de cejas, dando a entender que desconocía ese dato. Luego volvió a releer la noticia en su móvil en busca de algún dato al respecto, y en su lugar volvió a detenerse en el extracto del estudio que citaba la carta escrita por Leonardo a su hermano Domenico.

—Aquí no dice qué le pasó al tal Paulo, pero no me extraña, si hasta hace poco tiempo nadie sabía ni que tenía este hijo ilegítimo. Aunque lo que me llama más la atención es la referencia a la palabra “guardián”, refiriéndose a Paulo y a su buen desempeño en ese sentido.

—¿Qué podía estar guardando con tanta efectividad y qué hacía que su padre se sintiera tan orgulloso de su hijo como para contárselo a su hermano por carta? —preguntó en voz alta Bruno en su afán de añadir algo significativo a la investigación, y así remendar su ego herido por no dominar ese apartado crucial de la historia.

—Exacto —respondió contundente Amalia—. ¡Rápido, dame el listado de nombres con los miembros de las hermandades!

El investigador abrió una pequeña carpeta que contenía varios recortes de periódicos, memorándums y otros documentos relativos a sus avances en la investigación, y extrajo aquel folio blanco desgastado, tendiéndoselo a la joven a continuación. Esta se concentró en los nombres que aparecían bajo el epígrafe del Gremio:

Konrad Adenauer, m
Lech Walesa, m
Antonio de Oliveira Salazar, m
Winston Churchill, m
Benjamin Franklin, m
Victoria del Reino Unido, m
Mahatma Gandhi, m
Abraham Lincoln, m
Manuel Azaña, m
Albert Einstein, g
Marie Curie, g
Pablo Picasso, g

Serguéi Koroliov, g
Ernest Hemingway, g
Gabrielle Chasnel, g
Borís Yevséyevich Chertok, g
Francis Scott Key Fitzgerald, g
Ángela Carraffa de Nava, g

—No está.

—¿Quién no está? —preguntó un cada vez más acobardado Bruno por el ímpetu de aquella singular mujer.

—Paulo; pensé que quizás se nos habría pasado y que constaría en el listado como “guardián”.

—¡Eso es! —Exclamó Bruno al contemplar de nuevo la lista de nombres —: ¡Son guardianes!

—¿Quiénes?

—¡No lo ves! —Se excitó el historiador, consciente que por fin había contribuido a esclarecer algo de todo aquel asunto—. ¿No te habías fijado en que tras los nombres aparece la letra “m” o la “g”? Estoy convencido que se refiere a guardianes. No puede ser otra cosa.

—¿Y por qué no aparece el nombre de Paulo?

—Muy sencillo, porque esta lista que estaba en poder de los rusos solo alcanza a enumerar los guardianes coetáneos a estos mismos. Si es cierto que este secreto se retrotrae hasta la época de Leonardo, es posible que no tuvieran conocimiento de quiénes habían sido sus hermanos guardianes con anterioridad.

—Es posible... —concedió la periodista—, ¿y qué me dices de la “m”? ¿a qué crees que se refiere?

Bruno volvió a centrar su atención en el listado, y repasó mentalmente algunos de los datos que recordaba de aquellos personajes: ahí estaba Konrad Adenauer, primer canciller de la República Federal de Alemania, y uno de los llamados «padres de Europa»; Lech Walesa, el presidente polaco y quién la intuición de Amalia había relacionado muy acertadamente a este grupo de personajes; Winston Churchill, el primer ministro británico artífice de la victoria aliada en la segunda guerra mundial; Mahatma Gandhi, líder indio que consiguió la independencia de su país de los británicos, gracias a su política de resistencia no violenta; hasta nuestro Manuel Azaña, presidente de la Segunda República y jefe del bando republicano durante la guerra civil.

Luego había otros como la misma reina Victoria o el presidente portugués Antonio de Oliveira Salazar. Pero no, no acababa de ver la relación existente entre ellos, pues aparte de ubicarse en períodos históricos diferentes, algunos de sus talentos eran diametralmente opuestos: mientras unos se mostraban absolutamente belicistas, otros abogaban, por lo contrario, sin ir más lejos. No, definitivamente no había manera de que esa “m” relacionara a aquellos ilustres personajes de la historia.

—¡Ya lo tengo! —clamó Amalia. Es tan evidente que hasta causa risa.

Bruno la miró con cierto desdén a la par que admiración, en espera que demostrara de nuevo que su ego no era nada comparable con la brillantez de ella. Sin quererlo no podía evitar sentirse cada vez más atraído por aquel ingenio revestido de belleza.

—Estamos de acuerdo que tanto el Patronato como el Gremio son dos sociedades antiquísimas que han pervivido hasta nuestros días, ¿no?

El historiador asintió, encandilado con los ojos excitados de ella.

—Si nos fijamos solo en los nombres que tienen una “m” al final nos damos cuenta que tienen algo evidente en común... —añadió dejando unos segundos de intriga antes de proseguir, y que esta vez supusieron una pequeña puñalada en el orgullo de él al no ser capaz de ver esa evidencia.

—¡Vamos, Amalia! ¡No tenemos todo el día y hay que salir de aquí cuanto antes! Recuerda lo que nos ha dicho el guardián de la gorra de béisbol —la alentó a modo de recriminación.

—Está bien, pero no te enfades.

—Yo no me enfado, solo insisto en que debemos salir de aquí cuanto antes.

La periodista emitió una media sonrisa, pero no quiso regodearse más en la pequeña humillación de su experto compañero, pues desde un principio había notado cómo le adelantaba en sus deducciones, y esto atentaba directamente con su talento investigador.

—Bueno, pues solo las biografías de estos personajes, sin entrar en los méritos y hazañas que consiguieron en ellas, nos dicen que desempeñaron un papel común en sus respectivos países: los lideraron como presidentes, reinas o primeros ministros.

—¿Y? ¿Qué tiene que ver la “m” con eso? —preguntó Bruno sin ver aún la relación.

—Respóndeme a esto, historiador, ¿por quién o quiénes están formadas las sociedades o hermandades de cualquier índole?

—No sé... por sus miembros, supongo...

—Los cuáles se dividen en...

—¡Maestros y hermanos! —exclamó por fin iluminado por la evidencia.

—Exacto, “m” de “maestros”, o gobernantes si lo prefieres. ¡Qué forma más tácita de separar en un listado a los hermanos, o guardianes, de sus maestros!

Bruno se sintió como aquel niño de primero de primaria cuando, gracias a su profesora, da con el resultado de su primera suma. Sin duda, aquella profesora que tenía delante era digna de admiración, aunque fuera a costa de su propio ego humillado. La verdad es que en el fondo ya no sentía esto último, sino una atracción desmesurada por aquel intelecto que le miraba con los ojos arrebatados.

—Eres fantástica, Amalia —dijo él antes de que pudiera reprimirse.

Ella lo miró fijamente, consciente que el cumplido había salido de su boca de forma espontánea, y fiel a lo que sentía en ese momento.

—Gracias, caballero, ya le dije que no me subestimara, pues podría incluso sorprenderle —y se rio utilizando para ello todos los músculos de su hermoso rostro.

Bruno no recordaba haberse expresado en esos términos, pero rio igualmente, llenando aquella estancia con su risa contagiosa de niño feliz.

Después de unos segundos de carcajadas reconstituyentes, volvieron a centrarse en el dilema en cuestión, cargados con una energía y entusiasmo que a ambos sorprendió por su naturalidad, y que los llevó, sin que ellos lo supieran, al siguiente paso de aquel acertijo.

—Lo que está claro —recapituló Amalia ya más calmada—, es que hemos descubierto el significado de la “m” y la “g”, y que el queridísimo hijo ilegítimo Paulo era uno de esos guardianes del secreto que existieron en su momento. Si seguimos el hilo de esa carta que escribió Leonardo a su hermano puede que averigüemos cuál es ese secreto tanpreciado.

—Me parece que estás en lo cierto. ¿Qué sino custodiaba el inexistente hijo de Leonardo y que además puede estar relacionado con lo que buscaron en su día nuestros amigos Fernando Núñez de Guzmán y su maestro Antonio de Lebrija?

—A lo mejor no estaban buscando nada —dijo pensativa la joven—. A lo mejor ya sabían de qué se trataba y solo formaban parte del grupo que se dedicó a custodiarlo.

—¿Estás pensando en más guardianes del Gremio?

—¿Y por qué no? Al fin y al cabo, eran todos contemporáneos, y no cabe duda que aquí en Bolonia se coció algún tipo de conspiración para guardar algo que creó el maestro Leonardo.

—¿Cómo sabes que fue él quien lo creó?

—No lo sé, pero siendo el mayor inventor de su época, y el hecho que lo confiara a su propio hijo, me da a entender que así fue.

—Vale, te lo compro. Solo nos hace falta descubrir cuál es ese enigma que entre todos protegieron.

—Eso, querido, creo que sé dónde podemos encontrarlo.

—¿Dónde?

—Pues está muy claro, en ese Códice Atlántico de la Biblioteca Ambrosiana que menciona el estudio.

Bruno hizo un gesto de asentimiento, como si en ese momento hubiera caído en la cuenta, una vez más, que la respuesta la había tenido delante de los morros todo el tiempo, y no se había dado cuenta hasta ese mismo instante:

—Pues no se hable más y salgamos de aquí cagando leches, o los del Patronato darán con nosotros.

—Dame un segundo que reserve los billetes de tren con el móvil. ¿Quieres asientos de primera clase a Milán?

—¡Qué tontería de pregunta! ¿No paga el periódico? —contestó él guiñándole un ojo.

6 de octubre de 1582

La mañana gris que despertó a James y Lucía en aquel cobijo de pastores, a medio camino entre Madrid y Toledo, no hizo más que recordar al sastre la peligrosa misión en la que se veía involuntariamente inmerso. Esta se hizo más pesarosa para el inglés por la responsabilidad de procurar la salvaguarda de la muchacha, tarea que ni mucho menos se veía capaz de conseguir, pues a esas alturas ya era consciente del poder que el Patronato podía desplegar en aquellas tierras castellanas.

El maestro Don Martín le había asegurado que salir de la ciudad iba a ser un juego de niños, y llegar hasta Toledo y entregar el resto de la pócima al primo del maestro droguero no supondría ningún peligro. La primera parte de la misión había sido todo un despropósito, poniendo su vida en peligro en nada menos que dos ocasiones. No quería imaginarse lo que la segunda parte de la misma podía depararle, teniendo en cuenta que además ahora era responsable de la integridad de Lucía.

—¿En qué piensas? —preguntó la muchacha con ojos legañosos.

James la miró y le pareció la joven más bella del mundo, aunque se preció mucho de verbalizarlo. No quería asustar a la chica, y que pensara que sus intenciones pudieran ser deshonestas.

—En esos nubarrones. Mucho me temo que nuestro viaje va a estar pasado por agua —contestó eludiendo sus pensamientos.

—Pues cuanto antes nos pongamos en marcha, antes llegaremos a Toledo y podremos guarecernos —añadió Lucía al tiempo que se levantaba con un grácil impulso y recogía sus pocos enseres en un santiamén.

La mula los esperaba comiendo de unos matorrales que, por la cara que esta ponía, no se asemejaba en nada a la succulenta dieta a la que estaba acostumbrada. Por eso no se quejó cuando James la ensilló, ni cuando Lucía subió a su grupa y la obligó a iniciar el viaje.

Al poco, una débil pero persistente llovizna embarró la tierra e hizo más pesarosa su marcha, aunque eso no les privó de conversar para entretener las horas.

—Aún no me has dicho qué trae a un sastre inglés a la ciudad de Toledo.

James tardó un instante en responder, mientras ideaba en su cabeza una

mentira plausible:

—Tengo concertadas unas citas con varios clientes ilustres que desean les confeccione algunas prendas —dijo echando mano del verdadero propósito de su viaje a Madrid, aunque cambiando la localidad. Dicen que la mejor mentira es la que se disfraza con hechos verdaderos, y no se le ocurrió nada mejor.

—¿Y qué hacías en Madrid? Dijiste que venías de allí.

—Bueno... he aprovechado el viaje a España para visitar a varios clientes de distintas ciudades.

Lucía lo miró de soslayo y continuó con su interrogatorio. Se había propuesto descubrir la verdad sobre aquel extraño hombre que sabía escondía algo en sus explicaciones.

—Debes ser un sastre muy afamado si te hacen venir de tan lejos solo para coserles un traje.

—No me puedo quejar, aunque este viaje me está saliendo bastante caro —añadió sin poder evitar que su pequeño orgullo le traicionara hablando más de la cuenta.

—Caro... ¿por qué?

—Verás... —contestó dubitativo sin tiempo a pensar una excusa convincente.

Lucía tiró del ronzal de la mula y esta se detuvo en seco. Bajó de ella y se encaró a James con un dedo amenazante:

—O me dices ahora mismo quién eres de verdad y porqué aquellos hombres se batieron por ti en mi posada, o tú te vas a Toledo y yo sigo por otro camino. Por lo menos —añadió relajando el tono de voz—, me merezco una explicación, sobre todo después de que mi padre muriera en esa reyerta.

James suspiró, y pensó que al fin y al cabo tenía razón. Por su culpa se había quedado sin progenitor y sin posada. Lo menos que podía hacer era contarle la verdad, a riesgo de que después saliera despavorida conociendo el peligro en el que se hallaba embarcada. En cualquier caso, la otra opción, si cumplía su amenaza, le llevaba a la misma situación: partir de su compañía. Al final decidió ser franco, o casi:

—Aquellos hombres de la posada pertenecían a dos hermandades que luchan por poseer un objeto precioso. Se trata del Patronato, con el marqués de Montaraz que comandaba el grupo de secuaces de la posada, y los que me defendieron, el Gremio, que me ayudan en la misión que he de cumplir.

Lucía abrió tanto los ojos que la llovizna los inundó, haciendo como si

lloraran. De hecho, James no supo discernir si la confesión la había entristecido o era miedo lo que provocaba esa reacción. Al final salió de dudas, dado el tono sereno con el que preguntó:

—¿Y tú qué pintas en todo esto? ¿Eres uno de los del Gremio?

—Parece que ahora sí, aunque solo hace de ello poco más de veinticuatro horas.

—Ya veo... ¿y cómo te has visto envuelto en esa trama?

—Pues, si te digo la verdad, por pura mala suerte. Escuché sin querer una conversación del marqués donde explicaba que habían encontrado una fórmula secreta y producido un elixir con efectos increíbles en el cerebro humano. Después fui descubierto y, también por casualidad, fui a parar a manos del maestro Don Martín y miembro emérito del Gremio.

—¡Vaya! Veo que tienes un don para meterte en asuntos peligrosos.

—Ya sabes lo que dicen, más vale acudir a tu destino que no que te encuentre en la tumba. En mi caso, parece que el destino me tenía preparado una buena dosis de riesgo y aventura.

—Y ahora, forzosamente, el mío también —dijo Lucía tomando a la mula de la brida y reanudando la marcha.

—¿Eso significa que vienes conmigo a pesar de todo?

—Esto significa que, si no me vuelves a mentir tienes a alguien que te puede ayudar en lo que te hayan encomendado, ¿o acaso sabes moverte por la ciudad de Toledo como yo?

—No he estado en mi vida —contestó colocándose a su lado y caminando a la par.

—Pues, o mucho me equivoco, o es posible que te estén esperando al llegar. Mi posada era el paso habitual de viajeros hacia Madrid o hacia Toledo, y puesto que venías de la capital, estoy convencido que los del Patronato habrán llegado a la misma conclusión que yo.

—Quizás los guardianes del Gremio acabaron con el marqués y sus esbirros en la posada.

—Claro, y luego le prendieron fuego para poder calentarse —ironizó la joven—. Si lo que me has contado es cierto, esa acción es más propia de los del Patronato ¿no crees?

James no pudo por menos que estar de acuerdo. La columna de humo que divisaron mientras huían de la posada evidenciaba que un gran fuego se había apoderado de ella, y los guardianes hubieran sido incapaces de cometer semejante fechoría.

—¿Y qué propones cuando lleguemos a Toledo? Si el marqués fue capaz de controlar las puertas de Madrid, mucho más vigiladas estarán las de allí. ¿Cómo vamos a poder entrar?

—Confía en mí, sastrecillo, tu suerte ha cambiado conmigo. Te voy a enseñar cómo burlar la vigilancia y colarnos en la ciudad.

El inglés la miró de reojo, pensando que efectivamente su fortuna había dado un giro de ciento ochenta grados y todo gracias a la presencia de aquella joven que, entre otras cosas, había logrado que aquel paseo matutino bajo la lluvia, la cual ya calaba a ambos por completo, se hubiera convertido en un paseo delicioso.

Llegaron a media tarde a las inmediaciones de la ciudad, con las ropas húmedas pero el espíritu rebosante. Habían estado departiendo durante todo el día, repasando cada uno sus vidas, la de ella mucho más azarosa, la de él más acomodada, pero con continuos viajes no exentos de algún que otro susto.

Lucía había nacido en aquella humilde posada, y a la edad de doce años se quedó huérfana de madre por culpa de unas fiebres virulentas. Su padre la crio como buenamente pudo, más como a un zagal, sin demasiado cariño y matándola a trabajar. No lo había hecho por desamor, pues para él Lucía era lo más querido en el mundo, simplemente a él le habían criado así, y no conocía otra forma. Toda la femineidad que Lucía poseía se la debía al recuerdo de su madre, aunque en su posada lo más femenino que una podía llegar a desempeñar eran esos requiebros zalameros para espantar a los toca nalgas habituales.

Por lo demás, había sido relativamente feliz, aunque la pérdida de su madre supuso un duro golpe, mayor que el de su padre, al cual ya empezaba a despedir en su duelo.

Por su parte, James le refirió, entre otras anécdotas de sus viajes, aquella que le llevó hasta Brujas en busca de paños de buena calidad. Nada más pasar Calais, una banda de asaltantes irrumpió en el camino y les obligó a despojarse de sus bienes. Él se negó, más por el aprecio que le tenía a sus enseres de sastre que por el valor material de los mismos. El resultado fue una pelea desigual donde salió malparado, con un brazo roto, un ojo morado y sin bolsa ni botas. A duras penas pudieron los acompañantes socorrerle en su desgracia, y tuvo que pasar casi dos meses en la vecina Dunquerque, hasta que se recuperó de las heridas y pudo reanudar el camino.

—¿Por eso no te despegas nunca de tu bolsón? ¿Por si intentan robártelo de nuevo? —preguntó Lucía señalando la bolsa del sastre.

James no le había llegado a confesar que en ella se encontraba el frasco con los restos de elixir, aunque sí le había dicho que debía encontrar a un boticario de Toledo amigo del Gremio. Eso no era mentir, ¿verdad?

—Por eso, y porque sigo teniéndole mucho aprecio a mis cosas.

—¿No me dirás que eres enamorado? —preguntó Lucía en tono desenfadado, pero llevando la conversación a un terreno más íntimo.

A James no solo no le molestó, sino que estuvo encantado de poder conversar con ella en esos términos.

—Lo cierto es que no. De hecho, a mis treinta y dos años ya debía de haberme desposado, pero entre mis viajes, mi trabajo y el poco tiempo que me queda, aún no lo he podido hacer.

—Seguro que habrá muchas doncellas en Inglaterra suspirando porque asientes la cabeza con alguna de ellas.

A James le gustó el ligero tono de envidia que apreció en el comentario, y no pudo menos que contestar con una sonrisa enigmática, haciendo que Lucía se sintiera un tanto desilusionada.

—Ahora que lo dices, sí hay una muchacha con la que mi padre gustosamente me casaría. Es hija de su primer oficial en el taller, y eso aseguraría la continuidad de nuestro próspero negocio. Solo hay un pequeño impedimento, y es que no estoy enamorado de ella, aunque se trata de una chica atractiva y jovial.

Lucía suspiró levemente, y al mismo tiempo se preguntó porqué estaba experimentando ese tipo de desazón ante aquel hombre, al cual apenas conocía. James era atractivo a la inglesa, pero ni mucho menos un adalid de belleza. Sin embargo, no podía evitar sentir una atracción desmesurada por su persona, motivada probablemente por el hecho de que se había convertido en su salvador y, por tanto, sus sentimientos no eran del todo sinceros. Seguramente, una vez hubieran cumplido con su misión y él tuviera que regresar a su país, su corazón volvería a serenarse. Y con todo, ahí estaba ese sastre, mirándola como nadie lo había hecho hasta ese momento, con dulzura, pero con un brillo de ansiedad que la estaba deshaciendo por dentro.

—Rara vez podemos elegir con quién casarnos —dijo la muchacha por romper el hechizo que el silencio había creado.

—Tienes razón, y lo más probable es que antes o después deba claudicar a los deseos de mi padre —contestó sin dejar de mirarla intensamente.

—Pues en ese caso, será mejor que nos aprestemos a entrar en la ciudad ahora que ya ha anochecido. Cuanto antes acabemos con tu encomienda, antes podrás regresar a Inglaterra —concluyó Lucía con cierto desdén en su voz.

—No sin antes confeccionarte un bonito traje —añadió James con una sonrisa que fue contestada con una amarga mueca.

Conocedora de las principales puertas de la ciudad, como la de Bisagra o del Cambrón, Lucía las evitó, encaminándose junto con James hacia el río Tajo. Habían dejado la mula atada en las inmediaciones, por si debían hacer uso de ella posteriormente, procurando que tuviera suficiente libertad como para alimentarse de los matorrales de alrededor, pero sin posibilidad de huir.

La posadera le había explicado que a esas horas la ciudad permanecía cerrada, y solo se podía acceder a través de las puertas con un salvoconducto especial, el cual ellos no tenían. Además, habría sido del todo punto insensato intentarlo, pues seguramente los guardias estaban sobre aviso de su posible llegada y custodiarían aquellas puertas con sumo celo.

Así pues, siguieron las márgenes del río hasta que, tras varios minutos de caminata, llegaron al punto desde donde los campesinos y pordioseros, que no deseaban pagar el diezmo de entrada a la ciudad, accedían burlando la ley.

Se trataba de una abertura en la roca de la colina que corría por debajo de la villa, a través de un túnel que se ensanchaba gradualmente.

—No pretenderás que me meta por ahí, ¿verdad? —preguntó James con un tono asustadizo mientras miraba el fondo negro de la cueva.

—Ahora me dirás que tienes miedo a la oscuridad.

—Bueno, no es eso, pero estaría más seguro si pudiera ver por donde piso.

—Tranquilo, que está todo previsto —. Y diciendo esto se agachó y cogió un pedernal y una antorcha oculta entre unos matorrales. Los que utilizaban ese medio de entrar a la ciudad proveían regularmente de ellos, pues las posibilidades de perderse en su interior eran altas si se realizaba el acceso a oscuras.

Lucía prendió la antorcha y conminó a James a que la siguiera. Al entrar, la cueva ensanchaba lo suficiente como para andar de pie, aunque pronto ese privilegio se desvanecía, obligando a los dos a andar agachados la mayor parte del tiempo. Después de varios minutos, el túnel aún se hacía más incómodo, teniendo que arrastrarse a gatas por debajo del techo de roca,

aunque ese era el último tramo, y tras una revuelta, el pasadizo se ensanchaba formando una especie de cripta abovedada.

James se maravilló al comprobar que las paredes aparecían revestidas de sillares, y unos huecos en el muro a modo de hornacinas mostraban restos de esculturas arcaicas.

—Dicen que esto era de la época de los romanos, cuando los cristianos perseguían a los pocos paganos que quedaban, y estos se veían obligados a rezar a sus dioses en estos templos escondidos —le explicó Lucía al ver la cara de estupor del sastre.

—¿Cómo sabes tú eso?

—No es la primera vez que vengo, mi padre y yo solíamos venir a la ciudad a comprar vino para la posada, y claro, siempre que podíamos accedíamos por aquí.

Unos ruidos indistintos de cuerpos rozándose asustaron a James, hasta el punto de dar un pequeño brinco hacia atrás. Lucía iluminó con la antorcha el suelo de la cueva, y una veintena de siluetas protestaron al unísono por la interrupción de su sueño.

—No seas cobardica, son solo un puñado de pobres que bajan al refugio de la cueva a pasar la noche. ¡Vamos, no les molestemos más! —Y se encaramó hacia una escalera de piedra que subía pegada a una de las paredes de sillares.

James la siguió con su orgullo herido por la pequeña espantada que había protagonizado, en contraposición a lo resuelta que se había mostrado Lucía ante aquellas personas. Se prometió como sastre inglés de Somerset que no volvería a mostrar temor ante la chica, cuando de repente una mano le agarró el pie que apoyaba ya en el primer escalón de la escalera. El grito que pegó despertó a varios de aquellos pordioseros, y se levantaron a ver qué estaba ocurriendo.

—¡Bernardo! —bramó uno de ellos—. ¡Deja de molestar al hombre y vuélvete a tu rincón!

El aludido soltó la pernera de James, y volvió a tumbarse bajo la escalera mientras sonreía con una mueca que apenas mostraba cuatro dientes más negros que el tizón.

Lucía observaba la escena desde lo alto de la escalinata, y tampoco pudo evitar una risa callada que hizo abochornarse, más si cabe, al modisto.

—¡Sigamos! —dijo escuetamente el alfayate mientras mandaba al carajo su orgullo y se unía a la risa sincera de la muchacha.

Llegaron a la superficie y se encontraron en las cercanías de la iglesia de San Ginés. Su destino era la Plaza de la Ropería, donde el boticario, primo del droguero, tenía ubicado su establecimiento.

Caminaron en silencio hacia la Calle la Sal, para allegarse a la Plaza Cuatro Calles, donde extremaron las precauciones por ser una plaza bastante transitada, aunque a esas horas lo único que podían encontrarse era algún borracho que salía de las múltiples tabernas toledanas o, lo que era peor, algunos alguaciles haciendo su ronda.

Por fin llegaron a su destino, y James llamó a la puerta del farmacéutico. Tuvo que volver a insistir, pues pasado un rato nadie había respondido.

—¿Quién va? —gritó un hombre desde una ventana del piso superior.

—Me manda su primo Don Armando desde Madrid. Traigo una carta para usted.

—¿A estas horas?

—Me temo que es de suma urgencia.

El boticario Don Cristóbal Quintero miró a la extraña pareja, sopesando la veracidad de la historia sin acabar de decidirse en invitarles a entrar. El sastre, adivinando sus dudas, extrajo la misiva lacrada con el sello del gremio de drogueros y añadió:

—Su primo el maestro droguero nos dijo que era usted de confianza, y nos podría ayudar en lo que aquí se le explica.

Don Cristóbal, ante la referencia del status de su primo, y el sello lacrado, cedió al fin, y se encaminó abajo a abrir.

—¿Quiénes sois? —dijo nada más entornar la puerta.

—Mi nombre es James Taylor y ella es Lucía... —De repente se detuvo, pues desconocía el apellido de la muchacha, y ante el titubeo, ella finalizó la frase—: Mendoza.

El boticario los hizo pasar, y cerró el pesado portalón tras ellos.

—A ver esa carta —ordenó recelando todavía de la extraña pareja.

La cogió, la llevó a la lumbre, y tras comprobar que efectivamente el sello era legítimo, la abrió y leyó con detenimiento. Al acabar miró a James con un cierto respeto y, cambiando el tono, dijo: —Lo que aquí refiere mi primo es sumamente extraordinario. Si es cierto, que no dudo que lo sea viniendo de Armando y el resto de maestros gremiales, ese elixir que usted porta es el resultado definitivo del misterio Leonardo.

Lucía se sorprendió por partida doble: primero, al conocer por primera vez la existencia de un elixir; y segundo, a la mención de Leonardo, pues el

único que ella conocía con ese nombre era un quesero de la vecina localidad de Torrejón de la Calzada. Aun así, no dijo nada, y se mantuvo expectante ante la conversación de los dos hombres.

—¿Misterio Leonardo? —preguntó James.

—Aquí explica mi primo que usted es el artífice del descubrimiento del elixir, y sin embargo veo que no le han desvelado la naturaleza y el origen de la misma.

—¡Hágalo usted! —ordenó más que pidió el sastre. Desde luego, si se estaba jugando el pellejo por aquel frasquito, merecía al menos saber lo que se traía entre manos. En ese momento reparó en la mirada velada que Lucía le dirigía, y cayó en la cuenta que era la primera vez que abiertamente hablaba del elixir delante de ella. Le hizo un gesto como pidiéndole complicidad, y esperó pacientemente a que el boticario se decidiera a compartir el secreto.

—Bueno, imagino que, ya que se ha convertido usted en protagonista involuntario de esta historia, por lo menos ha de ser consciente de la importancia de lo que aquí nos estamos jugando.

Y tomándose unos segundos para recapitular, inició la exposición de lo que era el secreto mejor guardado del gremio de boticarios y drogueros:

—¿Sabía usted que nuestro gremio es heredero de otro cuya fama no ha sido siempre bien considerada?

Ante el silencio de la pareja, el boticario continuó—: La alquimia ha sido una ciencia perseguida a lo largo de la historia. Relacionada con brujas y hechiceros, la Iglesia consiguió que los alquimistas fueran vinculados con ritos satánicos y, por tanto, quedaran proscritos para la sociedad cristiana. Eso los obligó a desempeñar su oficio en la clandestinidad, lo que ahondó en la creencia que sus conjuros eran dedicados al maligno. Muchos alquimistas fueron quemados en la hoguera simplemente por preparar ungüentos y remedios contra enfermedades banales, pero la inquisición no hacía distinción entre unas pócimas u otras, y todo aquel que era sospechoso de sus prácticas caía a merced del Santo Oficio.

Lucía y James se miraron sin acabar de comprender adónde quería ir a parar Don Cristóbal, pero esperaron en silencio mientras este continuaba su relato.

—Leonardo del pueblo de Vinci fue uno de esos alquimistas encubiertos que tuvo que practicar esta ciencia ocultándose de los miembros de la iglesia. Estaba obsesionado con el cuerpo humano y las potencialidades que este

podía llegar a alcanzar. Por eso —añadió bajando la voz—, practicó exhumaciones de cadáveres y hurgó en su interior a costa de ser declarado nigromante y llevado a la hoguera. Afortunadamente esto nunca ocurrió, y lo que descubrió en sus macabras intervenciones fue que, realizando ciertas combinaciones de ingredientes alquímicos, el cerebro podría ser transportado a un nivel superior, un nivel que, para que me entendáis, sería como comparar el cerebro de un simio con el de un ser humano. Nosotros los mortales tendríamos la inteligencia de un simio y el poseedor de ese elixir el de un ser humano. No hace falta que les explique quién de los dos manda en nuestro mundo, pues esa realidad sería la que la pócima conseguiría para los que la poseyesen.

Ahora sí que el sastre y la muchacha abrieron los ojos de par en par, como si acabaran de comunicarles la herencia millonaria de un tío desconocido.

—Pues, en ese caso, lo urgente es averiguar los elementos alquímicos que componen su fórmula y fabricar una pequeña reserva para el Gremio —azuzó el inglés al boticario que se había quedado pensativo.

—Si me hace el favor... —pidió Don Cristóbal alargando la mano.

James extrajo el pequeño frasco con los restos de elixir y se lo entregó al hombre, que lo cogió reverentemente fascinado con los destellos azules que emitía. Inmediatamente lo llevó a la trastienda de su establecimiento donde una especie de laboratorio ocupaba una estancia bastante amplia. Una gran mesa de nogal cubría su centro, y encima de ella había un sinfín de útiles farmacéuticos distribuidos aparentemente al azar: un alambique de vidrio junto a otros más pequeños de metal, varios frascos, agitadores, balanzas, espátulas, morteros, hornos y otros instrumentos que James no supo identificar. Obviamente, todo aquello conformaba el taller de trabajo diario donde el boticario confeccionaba sus emplastos, electuarios, ungüentos, polvos, jarabes, aceites y remedios medicinales.

En una de las paredes, unas baldas sujetaban otros tantos utensilios e infinidad de frascos de diferentes tamaños, y pegado a ellas, una tosca estantería soportaba varios libros, donde destacaba el *Instituciones Medicae* de Don Luis Mercado, el médico de cámara de su majestad e inspirador de la reforma del Real Tribunal del Protomedicato, la institución que regía el gremio de boticarios y farmacéuticos. También había otros como los medicinales redactados por Avicena y Serapion, los *Synonimis* de Simón Juanensis, el *Antidotarium Magnum* de Nicolás Salernitano, el *Tratado de las Drogas y Medicinas de las Indias Orientales* de Cristóbal Acosta, el *Liber*

Servitoris de Abulcasis o el *Antidotario* de Mesué. Encima de la mesa, al lado del alambique, reposaba abierto uno de los tomos del *De Materia Medica* del clásico botánico griego Pedanio Dioscórides. Esta colección de cinco tomos llevaba una introducción de Antonio de Nebrija, y era el herbario y libro de consulta obligatorio para cualquier farmacéutico que se preciara. Por supuesto ni James ni Lucía conocían nada de esto ni ningún libro de los de la estantería, sobre todo la joven, cuyo conocimiento de las letras se reducía simplemente a poder reconocer el nombre escrito de los alimentos básicos que afectaban al negocio de la posada. James dominaba el inglés, francés, español y alemán con soltura; además se defendía en flamenco, pero respecto al latín y griego, aunque los había estudiado, tenía serias dificultades en traducir textos de esas lenguas, mucho menos si tenían, como aquellos, un carácter científico.

El boticario vertió los restos de la pócima en el alambique tras haber encendido una pequeña llama para su funcionamiento. La destilación se produjo de manera lenta, y tanto James como Lucía pudieron observar el método concienzudo y la diligencia con la que Don Cristóbal se desempeñaba. No en vano, el droguero madrileño había definido a su primo como el mejor farmacéutico de Toledo.

Al cabo de un tiempo, donde el boticario destiló, mezcló, separó, olió y observó con unas extrañas lentes los diferentes elementos que iba extrayendo, resumió en una hoja de papel la composición de la fórmula alquímica de la pócima.

—¿Ya está? —preguntó Lucía cándidamente.

—Bueno, en principio ha resultado más fácil de lo que esperaba, aunque algunos de los elementos de la fórmula son ciertamente inusuales.

—¿A qué se refiere? —inquirió el sastre.

—Pues concretamente al mercurio o al leño de Guayaco, este último originario de las Indias y difícil de conseguir, aunque no imposible. Aún más complicado será encontrar el moho de la calavera de un ahorcado y la orina de niño. El polvo de un sapo disecado y las heces de gallina, por el contrario, no supondrán ningún problema. Por último, el lapislázuli es bastante caro, y sin duda debe aportar a la fórmula algo más que ese peculiar tono azulado, o si no, no entiendo la razón de su uso. Lo mejor será que nos organicemos para encontrar los ingredientes, y después cruzaremos los dedos para que no se me haya pasado ninguno y que las proporciones sean las adecuadas.

—Creo saber dónde poder conseguir el lapislázuli, pues es una piedra que

se utiliza para tinter las telas de algunos vestidos y brocados. Seguramente el maestro tintorero podrá suministrarnos ese elemento —sugirió James.

—Pues yo sé dónde hallar el moho y la orina. No es muy ortodoxo, pero conozco una curandera en la ciudad a la que a veces acudimos por remedios los menos pudientes —dijo Lucía en un tono un tanto avergonzada.

—¡Cuidado ahí, joven! —la advirtió el boticario—. El Santo Oficio es muy estricto con esos temas, y probablemente la tengan vigilada por sospechas de brujería.

—¿Sabe usted a quién me estoy refiriendo?

—Por supuesto, es la misma persona en la que yo estaba pensando para obtener esos elementos tan peculiares y prohibidos por la iglesia.

—Pues en ese caso, convendrá conmigo que, si ella no los posee, nadie más en la ciudad podrá conseguirlos.

—Ciertamente —respondió Don Cristóbal con una mirada esquiva—, lo que pasa es que esa mujer me ofrece cierto respeto.

—¿No me dirá que le tiene miedo? —preguntó James con una sonrisa burlona.

El farmacéutico no respondió, e intercambió una mirada comprensiva con la muchacha que el sastre no logró descifrar.

—Bueno, creo que hoy ya no podemos hacer nada más. Mejor será que descanséis —continuó el boticario cambiando de tema—. Mañana nos espera un día intenso si queremos reunir todos los elementos de la fórmula lo antes posible. ¡Venid! Os enseñaré donde podéis pasar la noche.

Y con esto se encaminó hacia el patio trasero de la casa, en el que dos estancias se alzaban en cada uno de los laterales. La primera era claramente una cuadra de reducidas dimensiones, y la otra una dependencia amueblada, justamente para albergar a un invitado o amigo. Disponía por ello de una sola cama, aunque de suficiente tamaño para que cupieran dos personas, una silla y un barreño que rápidamente llenó de agua de un aljibe del patio.

—Aquí estaréis bien. No es mucho, pero suficiente para que podáis descansar. ¡Feliz noche, pareja!

Lucía fue a aclararle que no eran matrimonio, pero James la detuvo con un tímido movimiento de su brazo. Don Cristóbal salió del cuarto dejando a los dos apenas iluminados por la luz de unas velas.

—¿Por qué has hecho eso? —preguntó la muchacha.

—Porque obviamente ha pensado que éramos marido y mujer, pues de otro modo no hubiera permitido que nos alojáramos en la misma habitación.

Entiendo que es la única disponible, y por tanto uno de los dos habría tenido que dormir al raso, además de tener que dar las explicaciones oportunas de porqué una bella posadera, soltera, se encuentra embarcada en esta conjura con un pobre sastre británico sin mediar matrimonio de por medio.

—Tú no eres un pobre sastre británico, ni yo una bella posadera, por lo menos ya no, aunque te agradezco el cumplido.

—Por supuesto que sí, me refiero a lo de bella —afirmó antes de que pudiera evitarlo.

La muchacha se estremeció ligeramente, aunque no de forma tan evidente como el rubor que detectó en las palabras sinceras escapadas de los labios del modisto. Este miró a su alrededor con tal de esconder el sentimiento galopante que pugnaba por salir de su pecho y, señalando una estera a los pies de la cama, dijo—: Yo me tumbaré ahí mientras tú te acomodas en la cama—. Ante el gesto lastimero de Lucía, añadió chasqueando la lengua—: No te preocupes, estaré bien. No necesito más que mi capa para cubrirme y el bolsón que hará las veces de mullida almohada.

—En ese caso será mejor que nos acostemos, el día ha sido intenso y mañana hemos de madrugar.

James se acomodó en la estera y, por debajo de la cama, adivinó el vestido ligero que cubría las pantorrillas de la muchacha mientras esta se cambiaba. Al poco vio cómo el vestido se deslizaba hasta caer por completo a sus pies, mostrando unas piernas desnudas bien contoneadas. Su corazón empezó a bombear agitadamente mientras su mente se imaginaba la parte de cuerpo que el camastro le impedía ver, y sin querer sintió una excitación que le recorrió toda la espalda. Después las pantorrillas desaparecieron de su vista, y notó cómo Lucía se acomodaba entre las mantas.

—Buenas noches, señor Taylor.

—Buenas noches, Lucía... bella Lucía —contestó añadiendo lo último en un inaudible susurro confiando en no haber sido escuchado por la muchacha.

Ella se tapó la cabeza con la almohada y, profiriendo una sonrisa callada, recogió ese último susurro que le llegó casi desvanecido, para acunarlo y guardarlo mientras dormía.

A su llegada a Milán, Bruno y Amalia acudieron directamente al hotel que Blas les había reservado mientras duraba el trayecto en tren. Se trataba del Park Hyatt Milán, y nada más entrar se sintieron mucho más a salvo del Patronato, no solo porque habían abandonado Bolonia, sino por hallarse en uno de los hoteles con mayores medidas de seguridad de todo el país, donde las grandes personalidades del mundo de la música, el cine, e incluso la política, solían hospedarse a salvo de fans y locos anti sistema, dos especies muy diferenciadas, pero igual de peligrosas.

La entrada estaba custodiada por dos conserjes que claramente estaban destinados a tareas de vigilancia y protección, pues nada más acercarse a la puerta no hicieron ningún ademán en abrirla, ni tampoco en coger sus maletas; más bien se mostraron oscos, hasta que Bruno enseñó la confirmación de su reserva en el móvil, tras lo cual la cara de aquellos dos gorilas no cambió ni un ápice, aunque su actitud se tornó un poco más protectora, como si a partir de ese momento pasaran a formar parte de las personalidades a las que tenían que proteger, tal y como era de hecho.

Tras realizar el check-in en la recepción, la cual parecía la cámara de seguridad de un banco, un solícito botones los acompañó a sus habitaciones, que una vez más mostraron el carácter espléndido que el periódico había desplegado en aquella investigación, pues se trataba de dos de las mejores suites de las que disponía el establecimiento.

La de Amalia era majestuosa, con un aire clásico funcional donde, aparte de la enorme cama, había pequeños rincones distribuidos en una estancia diáfana, como si fuera el aula de un colegio de Primaria: en una esquina un sofá esquinero envolvía con sus extremos una pequeña mesa de centro; en otra, dos butacas hacían lo propio con una esbelta mesita que se asemejaba a un trofeo deportivo, solo que rematado por una superficie redonda de mármol de Carrara. Pero lo mejor de todo, sin mencionar el baño de líneas limpias, espejos impolutos y azulejos luminosos, era la pequeña terraza privada a la que tenía acceso la suite. Un suelo de parqué oscuro delimitaba un espacio de unos diez metros cuadrados, rodeados de plantas y vegetación a modo de setos protectores contra las miradas intrusas. En el centro, un tresillo de mimbre esponjosamente acolchado miraba hacia las buhardillas de los tejados cercanos, y saludaba la cúpula gótica de la catedral milanesa, a no más de

trecientos metros de distancia.

La periodista se sentó en la terraza y contempló extasiada las agujas del duomo, recortadas contra un cielo azul tan claro como el Mediterráneo.

—No está mal, ¿eh?

La voz la sobresaltó, hasta que descubrió a Bruno asomado por encima de la balaustrada que separaba las dos terrazas contiguas.

—¡Me has asustado, tonto! —No pudo por menos que espetar la muchacha—. Desde luego, si este es el concepto de seguridad que tanta fama tiene este hotel, no me puedo imaginar cómo será el exquisito servicio de habitaciones anunciado en la web. Espero que por lo menos nos hagan las camas.

El historiador rio con su sonora carcajada, y al instante se encaramó de un salto por encima de la balaustrada, dándole la razón a Amalia en su reseña de opinión. Luego fue a sentarse a su lado, y ambos quedaron ensimismados bajo el sol templado de la mañana.

—Podría ser siempre así, ¿no?

—¿A qué te refieres?

—A la vida.

Bruno hizo un gesto como de no entender, y Amalia prosiguió entrecerrando los ojos mientras el calor otoñal la adormecía con su bienestar —: Pues así, con lujosos hoteles como residencia, viajes en primera clase y una agradable compañía.

—Gracias por la parte que me toca, pero si siempre fuera así, no apreciaríamos sus ventajas, pues para nosotros pasaría a ser algo habitual. Es como el que disfruta intensamente de sus vacaciones porque sabe que pronto se van a acabar. Si siempre duraran, ya no sería lo mismo, y el sentimiento de excepcionalidad que experimentamos se volvería cotidiano, dejando de ser por tanto atractivo.

—Bueno, no me importaría levantarme cada mañana en una habitación como esta y... —Iba a continuar diciendo con un hombre tan interesante como él a su lado, pero se mordió la lengua en el último instante, y concluyó —: con unas vistas tan maravillosas de la ciudad.

—A mí tampoco, pero será mejor que movamos nuestros preciosos culos y nos pongamos manos a la obra, o el día se nos echará encima.

—¿Desde cuándo te has vuelto tan ordinario?

—¡Oh, perdone usted, señora marquesa, he olvidado por momentos mis modales! Quería decir que será mejor que movamos nuestras posaderas antes

de que nos cierren la biblioteca —contestó con una sonrisa.

Amalia elevó la vista al cielo en un claro signo de capitulación ante el descaro del investigador universitario, mientras reía a su vez el peculiar sentido del humor de su acompañante.

—¡Vamos, pues! —Y dando un pequeño salto se incorporó del cómodo sofá y se dirigió hacia el interior de su habitación seguida de Bruno.

—¿Adónde crees que vas? —dijo la periodista al percatarse que este la seguía —. ¡Vuelve por dónde has venido, Spiderman, y salta la balastrada otra vez! No querrás quedarte encerrado fuera de tu propia habitación, ¿verdad?

Bruno hizo un gesto de fastidio, y volvió sobre sus mismos pasos hasta encaramarse de nuevo a la balastrada separadora con un grácil movimiento de piernas.

¡Vaya! —pensó Amalia—, ¡y encima está en forma...!

Tardaron veinte minutos en llegar a la Biblioteca Ambrosiana. El nombre se lo debía al santo patrón de Milán, Ambrosio, y fue fundada en 1607 por el cardenal Federico Borromeo. De estilo neoclásico, su principal belleza radicaba en su interior, donde además de una impresionante sala rectangular abovedada, con altísimas librerías de madera, era sede de una fantástica pinacoteca. El efecto era el de una catedral, cuyo culto estaba claramente dedicado a infinidad de librepensadores inmortalizados en los miles de obras escritas que allí se mostraban.

Sin duda, lo que más llamaba la atención, y uno de los reclamos turísticos más atractivos, era la Sala Federiciana, dedicada a Leonardo da Vinci, con la posibilidad de ver expuestos sus manuscritos originales, recogidos por el escultor Pompeo Leoni a finales del XVI en el conocido como Códice Atlántico, llamado así porque en origen todos sus 1.119 folios fueron conservados en un volumen de gran formato, a modo de Atlas.

Este códex se exponía en varias vitrinas herméticamente cerradas, para preservarlas de la humedad y los gérmenes, mostrando algunos de los 1750 dibujos técnicos y científicos, junto con el de algunas de las extrañas máquinas que inventó y que le dieron la fama de excéntrico.

—¿Y ahora qué hacemos? —preguntó Amalia.

—Pues imagino que revisar vitrina por vitrina en busca de algo que nos llame la atención.

—¿Y ya está? ¿Apoyamos toda esta investigación en nuestra intuición?

No me parece muy metódico, la verdad, agravado además por el hecho de que yo, por lo menos, no entiendo nada de italiano, y menos del usado en el siglo XVI.

—No seas tan quejica, reportera, y confía un poco más en nuestra suerte. Hasta ahora nos ha conducido por buen camino. ¡Venga, tú por la izquierda y yo por la derecha! —sugirió Bruno.

—OK —refunfuñó escueta, un tanto herida en su pequeño orgullo.

Y así iniciaron el estudio pormenorizado de cada uno de los folios expuestos, buscando una pista sobre un secreto que encerraba un enigma, sin saber qué pista, ni qué secreto ni de qué enigma se trataba. Como dirían los ingleses... “a piece of cake”, un pastelito.

Aún no había pasado media hora, cuando Amalia hizo un gesto a Bruno para que se acercara hasta el folio que en ese momento estaba examinando. El investigador observó que se trataba de un dibujo de un hombre sentado en una banqueta, mirando un globo terráqueo a través de una especie de gigante caleidoscopio, dando la impresión que la imagen recibida estaba de alguna manera distorsionada. Era, sin duda, un dibujo intrincado, con varias anotaciones en sus laterales.

—¿Qué pasa? —preguntó el historiador al observar el boceto sin hallar nada extraño, más allá del peculiar invento mismo que mostraba.

—¡Fíjate en este texto de la esquina! —señaló Amalia en su lateral derecho. ¿En qué idioma está escrito? Desde luego no en italiano, como el resto de los que he visto.

Bruno reconoció la misma letra de Leonardo, aunque no el idioma utilizado, pues a diferencia del resto de anotaciones, tampoco estaba escrito ni en latín ni en griego, que eran los idiomas científicos por excelencia. Es más, no supo reconocer en qué idioma estaba, pues a pesar de utilizar el alfabeto latino, las palabras, organizadas a modo de verso, no tenían ningún sentido.

—Es sumamente extraño —apuntó volviendo su mirada de nuevo al dibujo. Entonces, tras observar detenidamente el texto, una ráfaga de entendimiento le arrasó como el fuego un campo de trigo —. ¿Tienes un espejo?

—¿Cómo dices?

—Sí, un espejo pequeñito, de esos que a veces lleváis en el bolso para retocaros el maquillaje.

Amalia rebuscó en su pequeña mochila de Desigual que gustaba llevar

cuando viajaba, y extrajo un espejo que se asemejaba a un pequeño monedero con la bandera británica estampada, recuerdo de su última visita a Londres. Se lo tendió a Bruno, y este se posicionó de espaldas a la vitrina, buscando el reflejo del texto en el espejo.

—¿Qué haces?

—Desentrañar el significado del texto. O mejor aún... —susurró mientras extraía disimuladamente el teléfono móvil, cuyo uso estaba prohibidísimo allí, y abrió la aplicación de la cámara de fotos. A continuación, tomó una instantánea del texto reflejado en el espejo, y al instante la amplió para leerlo detenidamente.

—Creo, querida Amalia, que ya lo tenemos.

La periodista no salía de su asombro por la concatenación de acontecimientos desde que Bruno se había acercado hasta la vitrina, pero, adquiriendo una inusual actitud sumisa, inició la retirada y siguió a su acompañante hacia la salida de la biblioteca hacia la que el investigador ya se dirigía.

Una vez fuera ya no pudo aguantarse más, y le abordó:

—¿Qué has descubierto?

—La fórmula, si no estoy equivocado.

Amalia abrió tanto la boca que Bruno pudo observar el perfecto blanco de su dentadura, como si fuera una cordillera nevada bajo un sol brillante de mayo.

—¿Cómo no me había dado cuenta antes? —se recriminó el investigador al tiempo que reflexionaba en voz alta—. Resulta que Leonardo, dentro de sus excentricidades, utilizaba la conocida como escritura especular o en espejo, o sea, que escribía de derecha a izquierda. Esto lo hacía para esconder información esencial a la Santa Inquisición, siempre incómoda respecto a avances científicos, o a sus enemigos, algunos de los cuales eran sus propios colegas, competidores en busca de fama burlada. De hecho, algunos historiadores han tomado este tipo de obsesión como una señal más de su genialidad, o incluso un signo de su gusto por las artes mágicas.

—¿Artes mágicas?

—Sí. ¿Has oído alguna vez hablar de Theophrastus Bombast von Hohenheim?

—No

—¿Y de Paracelso?

—Este me suena más.

—Pues son la misma persona —desveló Bruno—. Paracelso fue uno de los grandes alquimistas del XVI, y sobresalió sobre todo en el estudio de la medicina, astrología y, sobre todo, el misticismo. Dicen que fue el único capaz de convertir el plomo en oro, aunque esto nunca ha podido ser demostrado.

—¿Y qué tiene que ver con las artes mágicas de Leonardo que has mencionado?

—Muy sencillo. Resulta que ambos científicos fueron contemporáneos, y seguramente mantuvieron algún tipo de intercambio académico, probablemente en lo que respecta a la ideología arcana.

Amalia frunció el ceño, dando señas de que todo aquello empezaba a desbordarla. Bruno, comprendiendo que a veces parecía que en lugar de acercarse a la resolución del enigma se alejaban, por más pasos que dieran, cogió a la periodista de las manos y la miró directa a los ojos.

—Amalia, entiendo que todo este ir de aquí para allá, huyendo de los miembros del Patronato, siguiendo las pistas de la historia, con antiguos códices y fórmulas secretas, resulta del todo extenuante, pero te aseguro que esta vez estamos realmente cerca de desentrañar el misterio.

Ella no dejó de mirarlo a los ojos, atraída por la intensidad de sus palabras y el tacto suave de sus dedos, y tras unos instantes de duda compuso una débil sonrisa acompañada de un asentimiento de cabeza, animándolo a que continuara con su explicación.

El historiador recogió el guante y prosiguió con lo que había descubierto:

—Bien, pues Paracelso fue un innovador en su época, desdeñando la tradición de los galenos medievales y sus teorías sobre los humores del cuerpo humano, dándole a la medicina y a la farmacología una nueva dimensión.

—Al grano, Bruno —le apremió una fatigada Amalia.

—Está bien. Esa dimensión estaba enmarcada dentro de los conocimientos alquímicos, la magia blanca, la astrología y la adivinación.

—Todo eso me suena a Harry Potter, y por supuesto no me sugiere ninguna credibilidad.

—Oh, pero en la época medieval esas teorías eran de lo más común, de la misma manera que había una fe ciega en la existencia del diablo o el maligno.

—Prosigue, pues.

—Paracelso creía en una nueva farmacología donde hacía falta comprender la manera de actuar de las plantas y los minerales.

Esta vez Amalia sí que elevó sus ojos al cielo en una clara muestra de escepticismo, la cual Bruno ignoró.

—En definitiva, el científico suizo pensaba que el buen médico debía poder penetrar en las fuerzas invisibles que actúan sobre la materia visible, es decir, los elementos farmacológicos de cualquier boticario.

—Ya está, me rindo. No sé tú, pero como profesor de universidad seguro que no te nombran el más motivador del mes. Esta alumna tuya abandona la clase. Te enrollas tanto que no sé adónde quieres ir a parar —y se alejó unos pasos llevándose su frustración con ella.

—Tenemos la fórmula con los ingredientes, pero nos faltan las fuerzas invisibles.

Amalia se detuvo y volvió sobre sus pasos, plantando su rostro a escasos centímetros del de Bruno.

—¿Fuerzas invisibles? —dijo al final derrotada—. ¿Como el poder de la fuerza en Star Wars? —Y ante la mirada suplicante del historiador, esta emitió un suspiro vehemente y exclamó—: ¡Está bien! Si me llevas a un buen sitio a comer, dejo que me lo expliques más convincentemente. ¡Estoy desfallecida!

El investigador sonrió y cogiéndola del brazo dijo—: Perfecto, conozco el lugar ideal.

Media hora más tarde se encontraban en la cola de un McDonald con una Amalia resoplando indignada.

—¿Esto es lo que entiendes por un buen sitio?

—Pensé que debía atender cuanto antes ese desfallecimiento provocado por la inanición, antes que buscar un sitio bonito.

La periodista, lejos de apreciar el retorcido sentido del humor de Bruno, convino que, aunque no le agradaban esas hamburguesas con sabor a todo menos a hamburguesa, se sentía realmente hambrienta, así que cogió la bandeja, que le tendía una joven dependienta con cara de aburrimiento, y se sentó en una mesa seguida por Bruno.

—Tienes diez minutos para explicarme la relación entre Leonardo, Paracelso y la fórmula que dices que hemos descubierto.

—Perfecto, me sobra la mitad de tiempo.

Amalia lo miró escéptica al tiempo que le animaba a empezar.

—En ese dibujo que has encontrado en la biblioteca ambrosiana estaba la fórmula alquímica oculta tras la escritura especular que utilizaba Leonardo.

Además, se mencionaba que para que fuera efectiva se debía recurrir al núcleo espiritual de sus ingredientes, a su arcano, y como en aquella época el único que se refirió a la farmacología en esos términos fue Paracelso, he unido todos los cabos para deducir que tenemos una fórmula alquímica inventada por Leonardo da Vinci, que produce unos efectos desconocidos en el ser humano, tan llamativos que dos organizaciones ocultas han estado batallando durante siglos por tenerla bajo su control. Lo único que tenemos que hacer ahora es averiguar la parte de fórmula que tiene que ver con los, digamos, “ingredientes espirituales” y ya está. ¿Qué tal?

La periodista agradeció con un gesto que el resumen hubiera sido tan conciso y pertinente, y se burló un poco de él:

—¿Has visto? Tampoco ha sido tan difícil. Con un poco de suerte hasta te podré convertir en un buen profesor.

—Muchas gracias.

—No me las des. La pregunta es... ¿y ahora qué hacemos con toda esa información?

—Pues, ahora nos toca coger otro vuelo.

—¿En serio? ¿Otra vez? ¡Esto es un sin vivir!

—Lo sé, pero es que la descripción de la parte “espiritual” de la fórmula se encuentra en el folio siguiente.

—En ese caso volvamos a entrar en la biblioteca y le haces otra foto.

—Me temo que va a ser un poco más complicado que eso, pues el siguiente folio no se encuentra ahí dentro, sino en la ciudad del amor.

—¿París?

—Efectivamente. Resulta que cuando Napoleón Bonaparte invadió Milán, requisó el código y se lo llevó para ser expuesto en el Museo del Louvre entre 1798 y 1815. Afortunadamente, este último año, el Congreso de Viena resolvió su definitiva devolución a la biblioteca milanesa, donde se expone hoy en día.

—No entiendo nada. Primero dices que se lo llevaron a París y que luego lo devolvieron otra vez a Milán, ¿y aun así quieres que vayamos a la capital francesa?

—Verás, es que parece ser que los franceses solo pusieron como condición para aceptar la resolución del Congreso quedarse con un único folio del código, aunque esto no se menciona en ningún documento oficial.

—Y seguro que se trata del que nos interesa a nosotros.

—¡Chica lista!

7 de octubre de 1582

El marqués de Montaraz caminaba arriba y abajo con el ceño fruncido, mascullando improperios en voz alta sin ningún destinatario aparente. Con las manos entrelazadas en la espalda, el torso erguido y la mirada severa, recorría todo lo ancho del salón privado del palacio del duque de Illescas.

—Pero ¿cómo es posible que no lo hayan detenido? —bramó el marqués tras recibir la noticia a primera hora de la mañana —. ¡Ya debería haber llegado a Toledo, y en esta ocasión todas las puertas estaban bien vigiladas!

—Lo cierto es que es sumamente extraño —musitó el duque que lo miraba sentado desde un sillón de tijera repujado. El de Illescas, de semblante anodino, resultaba en apariencia todo lo contrario a su compañero Montaraz. Sin embargo, los que bien lo conocían, sabían que era mucho más despiadado que su hermano del Patronato —. ¿Estás seguro que se dirigía hacia aquí?

El marqués, herido en su credibilidad y orgullo, chasqueó los dedos llamando la atención de uno de los guardias del duque, y en tono categórico ordenó—: ¡Hazle pasar!

Al poco, la figura del maestro sartorial de Madrid hizo su aparición en el salón, situándose delante del duque de Illescas, pero sin tomar asiento, esperando temeroso las indicaciones de aquellos dos hombres que tenía enfrente.

—¡Cuénteselo todo, Don Martín! —clamó el marqués.

El aludido se balanceó inquieto, y por no osar mirar al duque a los ojos, posó su mirada incierta justo por encima de la cabeza del noble.

—El tal James Taylor acudió a mi taller hace tres días en busca de cobijo mientras huía de los hombres del Patronato, aunque en ese momento el desgraciado no sabía siquiera quiénes eran ustedes. Yo, ante la presencia de mis propios trabajadores, no tuve más remedio que acceder e, ignorantemente, el alfayate me reveló los acontecimientos que le llevaron a conseguir una muestra del elixir y a conocer su secreto. Después organicé la escapada por el Portillo de Gil Imón al tiempo que ponía en sobre aviso al Patronato para que impidiera su huida de Madrid, e incluso, una vez fracasado esto, le apunté al marqués la posibilidad de que se detuviera en la

posada de Griñón, cosa que al final sucedió, aunque con el mismo resultado infructuoso. En todo ese tiempo no pude actuar personalmente para llevarlo ante el Patronato, pues en todo momento tuve que fingir para mantener mi coartada delante de mis otros hermanos del Gremio. Y eso es todo, señor duque.

El de Illescas, que no había dejado de mirar de forma displicente al orondo sastre, se irguió un tanto en su sillón, y con voz apenas audible lo interrogó.

—Perdone mi atrevimiento, maestro, pero lo que no acabo de entender es porqué un maestro gremial como usted, con todo su prestigio y riqueza personal acreditado, accede a traicionar al Gremio y delatar al sastre británico.

—Oh, eso tiene fácil explicación —intervino Montaraz aliviando la tensión del pobre Don Martín—. Muy inteligentemente, aquí nuestro amigo recurrió a mí nada más averiguar quién era y qué poseía el inglés. La recompensa que le prometí, a cambio de brindarnos el paradero del susodicho, le facilitaría con creces el monopolio del negocio sartorial, no solo en Madrid, sino en el resto de Castilla, convirtiéndolo en un hombre inmensamente rico. ¿Me equivoco, Don Martín?

El maestro asintió levemente mientras miraba de soslayo el rostro impasible del duque.

—¿Y cómo pensabas proporcionarle ese monopolio, Montaraz? —demandó el noble con un tono que, por si el pobre sastre aún albergaba algún atisbo de duda, ratificaba quién era el que ostentaba mayor poder en aquella sala, y no precisamente a cuenta del orden nobiliario.

Este, adivinando por la voz de su superior la recriminación que acarreaba la pregunta, se esforzó por no tartamudear al admitir su exceso de celo en la decisión adoptada:

—Verá, mi querido duque —inició en tono afable por suavizar el asunto—, pensaba sobornar a algunos oficiales reales y alguaciles para que le hicieran la vida imposible a la competencia de Don Martín, así como recomendar a nuestros hermanos que se abstuvieran de acudir a cualquier taller que no perteneciera a nuestro amigo en el futuro. En poco tiempo se hubiera logrado el monopolio, sin duda.

—Entiendo... y claro está, esa es la manera discreta en la que el Patronato suele actuar... recurriendo a oficiales reales y alguaciles al servicio de su majestad, la misma que intentamos manipular desde las sombras a través de

nuestro elixir secreto.

—Bueno... —balbució el marqués, el cual no estaba acostumbrado a encontrarse en ese tipo de situaciones, más bien al contrario —, quizás esa no era la mejor elección, aunque mi palabra queda empeñada mientras no encontremos al británico, y por tanto tenemos tiempo de pensar otra forma de compensar los esfuerzos de nuestro amigo el maestro sartorial.

Esto último lo imploró a modo de sugerencia, la cual iba a ser desdeñada inmediatamente por el duque, justo en el momento en que un guardia irrumpió en la sala y anunció de manera solemne:

—Su Santidad ha llegado a palacio, mi señor.

El duque de Illescas se incorporó del sillón con una agilidad impropia de su frágil pose, y ordenó:

—Háganlo pasar a la biblioteca y avisen a los demás... —y señalando a Don Martín, que se había quedado petrificado al comprobar que el mismísimo Papa se encontraba en aquellas dependencias, añadió—: ¡Pongan a nuestro amigo Martín a buen recaudo mientras dure el cónclave; esta conversación aún no ha terminado! —sentenció.

Obviamente, el Santo Padre no acudió solo a la reunión. Iba acompañado por un séquito de cardenales, hombres de fe, incluidos varios provinciales de órdenes religiosas, e incluso algún alto representante del Santo Oficio. Además, como amante de las artes y las ciencias, Gregorio XIII se hacía seguir por un pequeño grupo de sabios, entre los que destacaban artistas, filósofos, médicos, ingenieros y astrónomos, tales como Cristóbal Clavio y Pedro Chacón, jesuita alemán y matemático español, respectivamente, que pertenecían al grupo de científicos de la llamada “Comisión del Calendario”, la cual estaba estudiando la forma de corregir el desvío temporal que el calendario juliano había producido durante los últimos 1200 años. A Gregorio le había fascinado, a la vez que preocupado, el descubrimiento de ese desvío, probablemente influenciado por las conclusiones extraídas por un afamado matemático y astrónomo italiano, de nombre Galileo Galilei.

Tras la suntuosa comida de recibimiento, que les ofreció el duque de Illescas actuando como anfitrión de ese cónclave extraordinario, pasaron a una sala alargada que había sido amueblada para la ocasión.

Al entrar en ella, Su Santidad se encontró que el resto de miembros de la cúpula del Patronato ya se hallaban en sus puestos, pues mientras había transcurrido la comida, aquellos habían ido acudiendo desde sus diferentes

palacios u hospedajes. Entre los presentes, la mayoría españoles, aunque con la presencia de algún embajador francés y diplomáticos europeos, se encontraban varios de los grandes de España que no comulgaban con las decisiones reales de su majestad Felipe II, y por ello se habían unido al Patronato en busca de una solución a su progresiva falta de privilegios.

Ugo Boncompagni, el Papa, poco dado a introducciones banales y circunloquios, inició el cónclave dando la palabra al duque de Illescas, para que resumiera ante los presentes el motivo que les había llevado a convocar aquella reunión de urgencia:

—Caballeros... —inició solemne —, nos encontramos en esta sala con motivo de un feliz acontecimiento que pronto pondrá solución a los desmanes y desvaríos de nuestros ineptos y corruptos monarcas.

Muchos de los presentes murmuraron asintiendo a la descripción vehemente del carácter de sus mandatarios, y a continuación guardaron silencio esperando la revelación de dicho acontecimiento.

—Apenas unos días atrás, nuestras pesquisas e indagaciones dieron fruto, y por fin hemos dado con la fórmula Leonardo. No solo eso, sino que hemos logrado fabricarla y testarla, de manera que podemos afirmar que el arma definitiva está lista.

Ahora sí que el grito de júbilo que se extendió por la sala no pudo ser acallado, ni siquiera por la mano alzada de Su Santidad. Los más de cincuenta miembros del Patronato aplaudieron al unísono, mostrando claramente su fe en el triunfo de la hermandad.

—Sabéis que ahora se trata de decidir quiénes serán los bendecidos para ingerir el elixir en cada país, y así poder ocupar puestos de responsabilidad entre la clase gobernante, dominando de esta manera los designios de los mismos en la sombra.

—Yo mismo me encargaré de Inglaterra —se postuló Francis Walsingham, secretario de la soberana inglesa—. Me encargaré personalmente de que la dinastía Tudor finalice con esa mala bruja de Isabel.

Todos corearon abucheos en contra de la soberana británica, y especialmente los representantes de la Iglesia católica, los cuales pugnaban por devolver la verdadera fe a aquellas tierras tras el establecimiento de la religión anglicana por parte de su padre, Enrique VIII.

—Yo haré lo propio con su majestad Enrique de Francia, si Su Santidad así lo considera —propuso uno de los frailes dominicos llamado Jacques Clément. El Santo Padre otorgó su consentimiento al instante con una

inclinación de cabeza. De todos era conocida la adversidad que profesaba Ugo Boncompagni hacia Enrique III, dada su propensión a favorecer a los hugonotes protestantes en detrimento de la Santa Liga Católica, defensora acérrima de los postulados de Roma.

—Yo deseo ser el elegido para confabular contra nuestro Felipe II.

Varios nobles se giraron al unísono al reconocer el acento portugués de la persona que había suplicado aquel honor. Antonio, prior de Crato y nieto del rey portugués Manuel I el Afortunado, bullía con la vehemencia que solo la venganza puede otorgar al alma de un hombre. Tras ser coronado rey de Portugal por el pueblo llano, fue derrotado por las tropas del rey español quien lo destronó y le obligó a exiliarse en Francia, ocupando Felipe injustamente su lugar en el trono de Portugal. Su última humillación la había sufrido a manos del español Álvaro de Bazán, el cual aplastó la flota que el portugués había logrado organizar en un intento de recuperar el trono de su país.

Al cabo de dos horas, tras varios ofrecimientos, al cual más apasionado, aunque algunos de ellos desestimados por Su Santidad por no ser personas de probada valía, se decidió el total de miembros que tendrían el honor de dirigir los designios de las principales monarquías europeas, reunidos bajo las directrices del Patronato y dirigidos por el Santo Padre y la iglesia católica de Roma.

Por último, decidieron los pormenores de las diferentes confabulaciones que iban a tener lugar para dominar las monarquías europeas, y establecieron los detalles de comunicación con la Santa Sede como centro neurálgico de gestión de los designios de cada país. A continuación, cuando ya el duque de Illescas agradecía en nombre del Papa la asistencia de todos los presentes a esa reunión crucial, un noble de singular porte se alzó del asiento, haciendo que el duque se detuviera a mitad de su discurso.

—Con el permiso de Su Santidad, tengo entendido que el Gremio ha logrado obtener una muestra del elixir gracias a la intervención de un alfayate británico. ¿Se trata acaso de un espía de la Reina Isabel? ¿Es posible que los gremiales den al traste con nuestros planes?

Ugo Boncompagni miró de manera interrogativa al de Illescas, esperando una confirmación de lo inquirido. Este maldijo para sus adentros la intervención del conde de la Coruña, Bernardino Suárez de Mendoza, pues había confiado en solucionar ese pequeño problema sin alertar ni preocupar al resto de miembros del Patronato, y mucho menos al Papa. Ahora no tenía

más remedio que poner las cartas sobre la mesa, y reconocer la fuga de seguridad sufrida por uno de sus subordinados, el marqués de Montaraz.

—Me temo que la primera parte es cierta, hermanos, aunque no estamos convencidos de que se trate de un espía —se excusó el duque.

—¿Pero imagino que interrogándolo saldremos de dudas? —preguntó el provincial de los carmelitas.

—Efectivamente, esa será nuestra prioridad, en cuanto lo atrapemos.

Un murmullo de desaprobación recorrió la sala, que solo fue silenciado, ahora sí, por la mano inhiesta del Santo Padre.

—¿Está usted diciendo, señor duque, que el Gremio aún está en posesión de la fórmula y que el culpable de ello campa a sus anchas no se sabe dónde? —reprendió Su Santidad en tal tono de enojo que hasta pareció que los ilustres personajes de los fabulosos tapices del salón se indignaban.

—Estamos convencidos que se oculta en esta ciudad de Toledo, Santidad —logró balbucir un sorprendentemente acobardado duque.

—Exijo que se le capture de inmediato, y que sea recuperada la muestra de elixir robada. ¡Hoy mismo! —gritó Ugo Boncompagni dirigiendo sus voces al techo del salón, como exigiéndole al todopoderoso que cumpliera sin dilación sus deseos—. Espero noticias tuyas, señor de Illescas, antes de que acabe el día, o si no me veré obligado a nombrar al conde de la Coruña Gran Hermano del Patronato, en detrimento suyo; eso como mal menor. —Y alzándose de súbito se retiró seguido al instante por su séquito eclesial, como si formaran parte de un manto real que siempre portara sobre sus hombros.

El resto del cónclave le imitó, y fueron desapareciendo de la gran sala hasta que solo quedaron el propio Illescas y el marqués de Montaraz.

—¡Tráeme a ese desgraciado de Don Martín! —bramó el duque—. ¡Ya se han acabado los buenos modales y las sutilezas!

El maestro sartorial madrileño tenía el rostro desfigurado por la cantidad de golpes que había recibido. Ninguno de sus dedos parecía sobresalir de una manera natural, más bien se mostraban retorcidos y formando ángulos inverosímiles, como si en lugar de huesos y músculos estuvieran hechos de barro moldeable. Los de los pies no habían sufrido mejor suerte, y su aspecto general, lleno de cortes y moratones, inducía realmente a la compasión, aunque sus torturadores no estaban por la labor de concederle tal merced.

A pesar de todo, Don Martín de Andújar aún mantenía la conciencia, eso sí, a fuerza de cubos de agua helada vertidos sobre su voluminoso torso

desnudo, el cual languidecía postrado sobre una silla áspera de madera ensangrentada.

—Se lo preguntaré una vez más, Don Martín —insistió el de Montaraz, con los puños enrojecidos, surcos de sudor empapándole el rostro por el esfuerzo, y con la macabra deferencia de seguir refiriéndose a su torturado con las correctas fórmulas de cortesía —. ¿Dónde se encuentra James Taylor? ¿Por qué lo mandaron venir a Toledo?

—Ya se lo he dicho —balbució el pobre maestro—, el Gremio decidió enviarlo a la botica de Don Cristóbal Quintero, a la Plaza de la Ropería, por consejo de su primo Don Armando, el maestro droguero de Madrid, para analizar la muestra de la fórmula. Una vez se les escapó de la posada de Griñón, ya no sé si consiguió su propósito.

La mano del marqués voló en dirección al rostro hinchado del sastre con una fuerza desmesurada, más por castigar la insolencia del maestro sartorial al recordar su propio fracaso en la posada, que por hacerle confesar:

—¡Mientes! —le gritó enrojecido—. Algunos guardianes del Patronato han estado allí y no han encontrado a nadie. Por última vez, ¿dónde está escondido el inglés?

Ante la cara de resignación del madrileño, el marqués se dispuso a continuar ejerciendo golpes sin tregua sobre aquel amasijo de carne humana, aunque en esta ocasión se armó con un buen palo de madera dispuesto a romperle poco a poco cada uno de los huesos de las piernas.

Cuando ya tenía la vara alzada sobre su cabeza, la voz del duque surgió cavernosa desde un rincón oscuro de la habitación:

—Me temo que nuestro querido amigo nos está diciendo la verdad. A estas alturas no creo que a su voluntad le queden fuerzas para engañarnos, y es posible que el inglés consiguiera llegar a su destino, aunque luego, tanto él como el tal Don Cristóbal, hayan desaparecido de su botica.

—O tal vez simplemente hayan salido de casa y aún no hayan retornado, sin ser conscientes que hemos ido en su búsqueda —sugirió el marqués.

—Esa es una probabilidad de lo más plausible. En ese caso, convendría enviar a varios guardianes a esperar que nuestros amigos vuelvan a casa. No tenemos nada que perder —. Y con un gesto de la cabeza urgió a un guardia de la puerta a hacer cumplir sus órdenes.

—Por otra parte —continuó el duque dirigiéndose al despojo humano que respiraba trabajosamente sobre la silla—, no cabe duda que tanto el marqués de Montaraz como yo mismo hemos quedado en evidencia ante Su Santidad

y toda la cúpula del Patronato, así que lamentablemente vamos a tener que recuperar el prestigio perdido a costa de su inapreciable colaboración, estimado Don Martín.

Este levantó un poco el único párpado que todavía no se le había inflamado, y miró con mayor cara de terror la figura del de Illescas.

—Creo que ha llegado el momento de prescindir de los servicios de espionaje de nuestro querido colaborador, y acabar de raíz con todos los maestros del Gremio —añadió dirigiéndose al de Montaraz—. Al fin y al cabo, con la posesión de la fórmula Leonardo ya no tiene ningún sentido seguir batallando contra una asociación cuyos miembros, a partir de ahora, simplemente se van a convertir en una mera piedra en nuestro zapato. Piedra que, sin embargo, ofrece cierta molestia que hay que solucionar. Solo hay un inconveniente, y es que necesitamos los nombres de todos los maestros gremiales que forman la cúpula del Gremio, tanto en España como en el resto de Europa. Estoy seguro que Don Martín, como miembro emérito de esa cúpula, podrá facilitarnos todos esos datos.

—Un momento —se atrevió a farfullar el sastre—, eso no formaba parte de nuestro trato. Yo solo tenía que ayudarles a capturar al inglés.

—Efectivamente —añadió en tono siniestro el duque—, y ya que no ha cumplido con su palabra, nos vemos en la necesidad de resarcirnos, obligándole a que nos facilite esos nombres. No se preocupe, maestro, ninguno de ellos sufrirá tanto como lo va a hacer un traidor como usted. —E hizo una señal al de Montaraz para que prosiguiera con su luctuosa tarea, descargando el palo que aún mantenía elevado sobre su cabeza.

—Entonces, ¿dices que la parte de fórmula que nos falta no está compuesta por ingredientes físicos? —preguntó una escéptica Amalia.

Bruno asintió mientras caminaban por la orilla izquierda del Sena, en el agradable paseo que les estaba llevando desde el barrio de Saint Germain, donde se ubicaba su hospedaje parisino, el hotel boutique d'Aubusson, hasta el Instituto de Francia, en el extremo izquierdo del Pont de Arts.

El historiador no acababa de poder centrarse del todo en las preguntas que la periodista le estaba formulando, pues el delicioso aroma a naranja del gel de Hermes del hotel le llegaba nítido hasta sus pupilas. El resultado mental que eso le provocaba era la imagen sugerente de Amalia bajo la ducha del hotel, donde seguramente habría estado hacía apenas escasos minutos.

Estaba convencido que París, con todo su halo de romanticismo, tenía la culpa de su obnubilación, aumentada por aquel grato paseo otoñal al lado del Sena, aunque no recordaba haberse sentido así en las ocasiones anteriores que había visitado la capital francesa, algunas de ellas acompañado también de bellas mujeres. La diferencia era Amalia, claro, y al final tuvo que hacer un esfuerzo sobrenatural para responder profesionalmente a sus preguntas:

—Efectivamente, el folio del Códice Atlántico que permanece en el Instituto de Francia contiene la parte de fórmula que una escéptica como tú calificaría de esotérica.

—Ahí te voy a dar la razón. Pero comprenderás que una periodista acostumbrada a documentar sus publicaciones en hechos demostrables dude de la existencia de “ingredientes espirituales” en una fórmula química. De hecho, ya de por sí me cuesta creer que esa fórmula produzca ningún efecto extraordinario, y lo único que me convence hasta la fecha de ello es el descubrimiento de esas dos facciones del Gremio y el Patronato, las cuales están dispuestas a morir por ella. Por algo será.

—Indudablemente tienes motivos para pensar así. Yo, por el contrario, tengo desarrollado un instinto más propenso a creer en ese tipo de “situaciones paranormales”. Una de las cosas que he aprendido después de tantos años de estudios medievales es que hay una parte de la existencia humana que no es explicable por datos empíricos, y eso en la Edad Media lo tenían bastante asumido.

—Por ello, ese período de nuestra historia es conocido como la edad

oscura, fundamentada por la ignorancia del pueblo llano y el aprovechamiento que de eso ejercieron unos pocos poderosos, apoyándose en argumentos como el miedo a la condenación eterna y al Santo Oficio, entre otros —recalcó Amalia.

—¿Me estás hablando de la Iglesia?

—Por ejemplo.

—Bueno, no niego que entonces las creencias religiosas estaban un poco manipuladas y supeditadas a intereses más mundanos, pero fuera de ella hubo hombres increíbles, pocos, pero decisivos en el desarrollo del entendimiento humano. Figuras como Johannes Muller en Alemania, Nicolás de Oresme aquí en París, o nuestro mismísimo Alfonso X, conocido por ello como el Sabio, uno de los mayores exponentes de monarca científico y, además, muy interesado en las fuerzas arcanas y la astronomía.

—Tú lo has dicho, muy pocos, y si su conocimiento estaba basado en lo místico, ¿qué quieres que te diga...!

—En fin, creo que no habrá otra forma mejor para convencerte que averiguar esos ingredientes espirituales y comprobar que tienen realmente un efecto sobrenatural.

—Pues hemos llegado al lugar idóneo para salir de dudas —concluyó Amalia señalando el impresionante edificio que se alzaba ante ellos.

La conocida como Academia de Ciencias de Francia ocupaba el extremo sur del Puente de las Artes a modo de semicírculo. Destacaba su estilo neoclásico y la fachada monumental, con sus hermosas columnas corintias y su imponente frontispicio triangular, en cuyo centro un hermoso reloj daba la bienvenida al visitante. A cada lado, un ala curva de dos plantas salía desde esta fachada, formando ese dibujo en forma semicircular, todo ello vigilado desde las alturas por la gran cúpula, semejante a un campanario hexagonal, que se veía desde kilómetros de distancia.

Bruno se había informado en internet que el Instituto de Francia se subdividía a su vez en cinco instituciones académicas: La Academia Francesa; la Academia de las Inscripciones y Lenguas antiguas; la Academia de Ciencias; la Academia de Bellas Artes y la Academia de Ciencias Morales y Políticas.

El edificio más emblemático era la Academia de las Ciencias, y el lugar que a ellos les interesaba visitar no era otro que la Biblioteca Mazarino, ubicada en el ala oriental de este edificio, y donde se hallaba el folio del Códice Atlántico.

—¡Fíjate! —le indicó Amalia señalando hacia el Puente de las Artes—. Ya no queda ningún candado del amor en las vallas del puente. Recuerdo que la última vez que estuve aquí no quedaba sitio material para poder poner ni un solo candado más. De hecho, según leí por aquel entonces, había cierta preocupación por la estabilidad del propio puente, debido al sobrepeso que los 700.000 candados ejercían en su estructura.

—Esa seguramente haya sido la razón por la que han sustituido aquellas vallas por estas de plástico transparente, donde es imposible colgar ningún candado más que proclame la pasión de los enamorados.

—¡Desde luego, es lo que yo digo, no son buenos tiempos para el amor!

—O quizás es el momento de darle una nueva oportunidad, probando algo diferente —sugirió Bruno sin ningún atisbo de comedia en su rostro.

—Quizás... —respondió pensativa la periodista sin poder añadir nada más, pues su llegada a la entrada de la Academia les impidió continuar con la conversación.

Una vez dentro, se dirigieron a un mostrador donde un solícito bibliotecario les estaba esperando.

—¿El señor y la señora Rodríguez? —preguntó el empleado pronunciando la “r” con un sonido gutural, tal y como suelen hacer los franceses.

—Somos nosotros —respondió Bruno acompañado de una amplia sonrisa por parte de Amalia.

El día anterior habían concertado una visita privada de la biblioteca, recurso que esta ponía a disposición de los visitantes que lo desearan. Sin saber porqué, Bruno la había reservado dando, no solo un nombre falso, sino haciéndose pasar por matrimonio, hecho que a Amalia no molestó. Es más, tanto había interiorizado su papel, que en ese instante no se le ocurrió otra cosa que coger la mano de Bruno y arrimarse a él en un intento de dar verosimilitud a la parodia mientras caminaban tras el diligente guía bibliotecario.

—Aquí pueden apreciar la famosa Biblia de Gutenberg —dijo señalando una hermética vitrina que ocupaba un lugar central en una de las salas—. También conocida como la Biblia Mazarino, se considera el primer libro impreso a gran escala por el sistema de tipos móviles. El propio Johannes Gutenberg la imprimió en Maguncia a mediados del siglo XV, erigiéndose como el icono que dio inicio a la edad de la imprenta.

La pareja seguía las explicaciones con aparente interés, más pendiente sin

embargo del roce de sus manos y la cercanía de sus cuerpos que de la tarea que los había llevado hasta allí.

Tras media hora de aburrida charla, Bruno, muy a su pesar, puso fin a su idilio ficticio, preguntando al bibliotecario aquello que les interesaba.

—Disculpe —comentó inocentemente —, en alguna parte leí que conservan ustedes parte de los manuscritos de Leonardo, aquellos pertenecientes al Códice Atlántico.

La consulta cogió desprevenido al guía, acostumbrado a soltar su rollo académico sin recibir a cambio ninguna pregunta inteligente. Esta, por el contrario, no solo lo era, sino que se adentraba en el asunto más delicado de la biblioteca, aquel al que los bibliotecarios habían recibido instrucciones expresas de no desvelar. Sin embargo, aquella pareja de enamorados no parecía suponer ninguna amenaza para el secreto mejor guardado de la institución, y su orgullo académico acabó por desnivelar la balanza:

—Efectivamente, aún conservamos uno de los folios del código —respondió apenas en un susurro—, aunque eso es información reservada. Se halla en la parte de la biblioteca cuyo acceso está reservado únicamente a eruditos y académicos de nuestra querida Francia —concluyó con un guiño chovinista del ojo izquierdo.

—Entonces, ¿no se puede echar un vistazo? —inquirió Amalia con un tono de voz tan sugerente que hasta Bruno sintió un estremecimiento que le recorrió la espalda.

—Me temo que eso es del todo imposible. Me juego mi puesto, señora —aseveró contundente el bibliotecario arrepintiéndose ya de haber desvelado el secreto a la pareja.

—Bueno, no pasa nada, era simple curiosidad —reconoció Bruno despreocupadamente para distender la situación.

—Bien, si les parece, mejor será que continuemos —indicó el guía un poco más sereno —, ya no queda mucho para finalizar.

Pasados unos veinte minutos, volvieron al lugar donde se había iniciado la romántica visita, y el hombre se despidió aliviado de poder librarse de esa pareja de españoles tan curiosos. Bruno y Amalia permanecieron cogidos de la mano durante unos instantes, aunque el guía ya había desaparecido de su vista y no necesitaban actuar más. Al final fue ella la que con un terrible esfuerzo fue aflojando la mano mientras le pareció percibir cierta resistencia en los dedos entrelazados de él, como si no quisiera abandonar su tacto.

A continuación, dieron un paseo despreocupado por la sala pública de

lectura a la vez que cavilaban la manera de poder acceder al folio y la fórmula secreta.

—¡Fíjate lo que pone aquí! —susurró Amalia mientras leía en voz baja la inscripción de una placa de metacrilato que se hallaba junto a la puerta de entrada—: “*En 1661, el cardenal Mazarino, poseedor de una gran fortuna, dispuso en su testamento que fuera erigido un palacio que albergara la fundación de una academia en la que serían educados sesenta nobles nacidos en las cuatro provincias conquistadas y vinculadas a Francia por el tratado de Westfalia (1648) y el tratado de los Pirineos (1659) (de ahí el nombre: Colegio de las Cuatro Naciones)*”.

—¿No te llama algo la atención?

Bruno volvió a releer la placa con mayor atención, reflexionando por deformación profesional sobre las fechas y nombres históricos, pero sin hallar nada significativo. Tanto el tratado de Paz de Westfalia como el de los Pirineos, donde el cardenal Mazarino representó como firmante a Luis XIV de Francia, habían sido el desenlace de la Guerra de los Treinta Años, pero no arrojaban ninguna luz sobre la fórmula secreta ni los custodios de est... El investigador se quedó a mitad de pensamiento al caer en la cuenta de un detalle:

—Los sesenta nobles.

—Exacto —confirmó Amalia.

—¿Estas sugiriendo que existe una relación entre esos nobles y la enigmática pócima?

—Estoy convencida que el tal cardenal Mazarino pertenecía al Patronato, poseía la fórmula que estamos buscando y construyó esta Academia para custodiarla, de manera similar a como hizo el Gremio en aquel Real Colegio de España en Bolonia, donde según las cartas contenidas en el Códice Atlántico el propio hijo de Leonardo, Paulo, ofició de guardián.

—Sí, pero el folio del Códice Atlántico no vino a parar aquí hasta que Napoleón lo incautó durante la conquista de Milán. Las fechas no concuerdan. El palacio donde se ubica la biblioteca Mazarino se acabó de construir en 1688, ya con el cardenal fallecido, y el código llegó en 1798. Es imposible que el cardenal y la fórmula Leonardo coincidieran en un mismo sitio.

—Eso si damos por hecho la cronología de los acontecimientos históricos tal y como nos la han contado.

—¿Qué quieres decir?

—Solo estoy apuntando que es posible que el cardenal Mazarino, el cual te recuerdo sirvió primero al Papa antes que al reino de Francia, fuera ya poseedor de la fórmula Leonardo en vida, y que por eso mandara construir este fabuloso instituto, para que esos “sesenta nobles elegidos” fueran educados, o ejercieran sus poderes tras consumir el elixir. Posteriormente, no sé cómo, los folios de Leonardo desaparecieron de aquí y aparecieron en Milán bajo el apéndice conocido como Códice Atlántico. Napoleón se enteró, los recuperó para Francia y luego se vio obligado, tras el Congreso de Viena, a devolverlos de nuevo a la biblioteca ambrosiana, aunque quedándose en prenda el folio 643, que es el que nos interesa.

—¿Me estás diciendo que, en contra de todos los estudios históricos realizados hasta la fecha, tu teoría establece que la cronología de los hechos es la contraria, es decir, que el códice estuvo primero en París, luego Milán, y de vuelta al Instituto con Bonaparte, hasta su retorno definitivo a la capital de Lombardía?

—Exacto —aseveró la periodista en un tono más dubitativo que categórico.

Bruno barruntó por unos instantes la posibilidad que Amalia tuviera razón, y al final concluyó que, aunque un tanto rocambolesca, su propuesta era bastante plausible.

—Vale, imaginemos por un momento que tienes razón y el cardenal montó una especie de cuartel donde el Patronato enviaba a sus elegidos a ingerir la pócima para luego ser enviados a sus destinos europeos a cumplir con sus órdenes de manipulación de las clases dirigentes. Eso no explica cómo, siendo su tesoro máspreciado, los papeles de Leonardo acabaron en la biblioteca milanesa. ¿No crees que el Patronato se hubiera esforzado en custodiar un poco mejor su secreto?

—Es posible, aunque eso me hace pensar que, tanto que han ido y vuelto los papeles de Leonardo, llegando a ser sustraídos de la biblioteca en una de esas ocasiones... ¿por qué no podría ocurrir lo mismo una última vez?

—¿Quieres que robemos el folio 643 con la fórmula? —gritó Bruno entre susurros—. ¿Estás loca? Nos caerán varios años de cárcel si nos pillan, eso sin contar que yo soy incapaz de robar ni un caramelo en una tienda de chuches atestada de críos.

—Igual que yo, aunque no estaba pensando en nosotros, precisamente. Nada más lejos de mi intención.

—¿Entonces?

—Bueno, estoy convencida que Blas, o su amiguito secreto de la junta, conoce a alguien que se pueda encargar de ello.

Bruno la miró no muy convencido de la propuesta, pero al final, con un ligero encogimiento de hombros, dijo:

—En realidad, ¿qué podemos perder?

Tras lo cual Amalia extrajo el móvil y tecleó el número de su jefe de redacción.

Françoise Cremont salió de su céntrico despacho de abogados de París a la hora habitual. Había anulado la cita que tenía concertada con un cliente, excusándose por una repentina indisposición estomacal, y dirigiéndose al aparcamiento exclusivo para trabajadores de la firma, montó en su auto deportivo, un Peugeot RCZ coupé, sin duda el coche francés con mayor potencia del mercado.

Al poco de salir enfiló la avenida de los Campos Elíseos hasta llegar a la Plaza de la Concordia, la cual rodeó en busca de la Rue Saint Honoré, una calle larga que lo condujo, atravesando el complejo del Museo del Louvre, hasta el otro lado del Puente de las Artes. Después de aparcar en las inmediaciones, bajó del auto convertido ya en Monsieur Maurice Piquard, profesor emérito del colegio de licenciados de Saint Étienne, ciudad que había elegido en honor a su equipo de fútbol favorito.

Cruzó el puente peatonal pisando con cuidado el suelo de madera, como si a partir de ese momento quisiera pasar desapercibido. Al otro lado, una vez en la entrada, extrajo el documento de identidad acreditativo de su rango académico, el cual le habían falsificado de manera muy profesional. Tras concederle autorización, accedió a la sección de la biblioteca Mazarino reservada solo a eruditos, o personas simulando serlo, tal y como era su caso.

El encargo que le habían hecho no era del todo de su agrado, pues tan solo se trataba de hacer unas fotografías a un códice sin que hubiera ninguna sustracción de por medio, que era lo que a él le encantaba perpetrar. Aun así, a pesar de haber sido un encargo de última hora, lo había aceptado por dos motivos: pagaban muy bien, y quien se lo había encargado pertenecía al Gremio.

Françoise era un hombre muy ocupado, y disfrutaba de éxito, tanto en la vida privada, con su mujer y sus tres hijos, como en la vida laboral, donde ostentaba el cargo de vicepresidente de Calone & Adué-Dugast, una firma parisina de reconocido prestigio especializada en derecho mercantil.

Lo tenía todo, o al menos todo a lo que aspira un hombre a nivel material, aunque si se escarba un poco en el alma humana, siempre aparece algo que anhelamos y que no se puede saciar con dinero. En el caso de Cremont no era otra cosa que un irrefrenable deseo por apropiarse de objetos de manera ilícita, aunque dispusiera de fondos para poder adquirirlos de forma legal. La

palabra ladrón nunca le había gustado, y prefería considerarse un artista de la incautación fraudulenta.

Por supuesto, ni su familia ni sus compañeros del bufete de abogados conocían este ilícito hobby, y siempre procuraba realizar sus sustracciones de manera elegante y sin recurrir a la violencia, aunque la fuerza a veces sí era necesaria. Si podía, le encantaba trabajar por encargo, pues al fin y al cabo era otra manera de llenar sus arcas, pero si pasaba mucho tiempo y nadie requería de sus servicios, se marcaba un objetivo y perpetraba el robo por diversión.

En esta ocasión sí había un contrato de por medio, y la llamada desde un teléfono de Valencia se había producido escasamente tres horas antes. Por ello tuvo que esforzarse al máximo para improvisar un plan urgente, que le permitiera acometer la tarea con éxito. Esta tampoco era tan difícil como si tuviera que sortear las medidas de seguridad del Louvre, por lo que con un poco de pericia y distracción, el trabajo estaría cumplido sin mayor problema.

Su disfraz de académico, si es que uno se puede disfrazar como tal, consistía en unos pantalones chinos oscuros, camisa clara y chaleco de lana verde oliva debajo de un cárdigan más bien largo. Por lo demás, el rostro de Monsieur Maurice Piquard sí que había experimentado un cambio evidente con respecto al de Françoise Cremont, consistente en un envejecimiento aproximado de treinta años de edad. Esto lo conseguía principalmente gracias al emblanquecimiento del pelo, unas arrugas prominentes alrededor de la comisura de los ojos y unas ojeras que denotaban los años de estudio invertidos en tareas académicas. Para rematarlo, unas gafas oscuras de pasta aún ocultaban todavía más el rostro del abogado.

Una vez pasado el control de seguridad, consistente en un único guardia, probablemente mayor que el propio señor Piquard, se introdujo en la gran sala dedicada exclusivamente a estudios franceses. Allí destacaban infinidad de documentos antiguos de carácter científico, como los de Antoine Lavoisier, un químico francés del siglo XVIII, considerado el padre de la química moderna por sus estudios sobre la oxidación de los cuerpos y muchos otros descubrimientos más.

Sin embargo, el documento en concreto que interesaba a Monsieur Piquard era mucho más antiguo, y en este caso no había sido escrito por ningún científico francés, sino por un italiano nacido en Vinci. El folio 643 no se hallaba a la vista, a diferencia de la biblioteca ambrosiana donde los manuscritos se exhibían en grandes vitrinas, aunque el abogado ya contaba

con esto.

En el escaso tiempo del que había dispuesto, Françoise había hecho unas pocas averiguaciones, y a pesar de que la existencia del manuscrito de Leonardo parecía más una leyenda que una realidad, al final consiguió contactar con una persona que le describió los detalles exactos de la ubicación y conservación del folio dentro de la biblioteca Mazarino.

La conclusión fue que la tarea iba a ser un tanto más complicada de lo que él se habría imaginado en un principio, pues para acceder a él había que sortear a un concienzudo bibliotecario cuyo rostro se parecía a la feroz imagen del típico perro guardián tras la cancela de su morada. Para más inri, este no era otro que el guía que había acompañado a la pareja de ficticios enamorados en su visita guiada al edificio, y se extrañó que en apenas dos días una segunda persona le inquiriera por el manuscrito 643.

—¿Tiene usted autorización por escrito para consultarlo? —exigió el bibliotecario.

Monsieur Maurice Piquard extrajo un folio con el membrete de la Biblioteca Nacional, sellado y cumplimentado convenientemente por la misma persona que le había facilitado la información de la ubicación del manuscrito. Esta no era otra que una de las trabajadoras de la BnF, la Bibliothèque nationale de France, cuyo sueldo como archivadora no cubría su problema de compradora compulsiva, y por ello solía facilitar información, autorizaciones, e incluso algún que otro libro de la biblioteca, a través de su cuenta clandestina ubicada en Darknet, una especie de internet para todo lo ilegal.

Tras comprobar concienzudamente la autenticidad del formulario 768, el cual daba acceso a su poseedor a “la habitación”, tal y como la llamaban los custodios de esa parte de la biblioteca, el guía le miró de arriba abajo evaluando si aquel hombrecillo era digno de entrar en el santo sanctorum de la biblioteca Mazarino. Al final no tuvo más remedio que consentir, pues el documento acreditativo era oficial, a pesar de ser la primera ocasión en su vida que veía a aquel profesor emérito de Saint Étienne.

—¡Sígame, por favor!

El bibliotecario se acercó a una estantería de la gran sala de consulta y, palpando en un lateral, apretó un botón que con un clic hizo que esta se abriera ligeramente. Ambos hombres accedieron por ella para encontrarse con una escalera de caracol tan antigua que Françoise dudó de su estabilidad. El funcionario cerró tras de sí la estantería y se encaramó por aquella escalera

que les llevó, apenas unos peldaños más tarde, a una reducida estancia que olía a cerrado y libro viejo, aunque sin ningún atisbo de humedad en el ambiente. El abogado comprobó que la habitación era en realidad como una gran caja fuerte, con todos los sistemas de seguridad y conservación actualizados adecuadamente.

—¡Ahí lo tiene! —susurró el hombre como si solo la presencia en aquella sala le intimidara un poco.

Cremont se acercó hacia donde señalaba el bibliotecario y descubrió una hoja amarillenta enclaustrada en una especie de cristal. El número 643 no aparecía por ningún sitio, pero sin duda se trataba del folio que estaba buscando, pues además de su aparente antigüedad, mostraba uno de los dibujos más representativos de Leonardo: el Hombre de Vitruvio.

El bibliotecario esbozó una sonrisa orgullosa al ver la cara de sorpresa del falso profesor, y no pudo menos que aseverar:

—Sí, es el auténtico.

—Pero tenía entendido que esta figura se encuentra en la Galería de la Academia de Venecia.

—Eso es lo que comúnmente se cree. En ese museo veneciano se halla tan solo una reproducción, y aun así solo se expone al público en ocasiones puntuales, argumentando motivos de conservación. La realidad es que no queremos que ningún experto en Leonardo se dé cuenta del engaño, y por tanto se descubra que el auténtico se halla en esta sala. Pero eso usted ya lo sabía con anterioridad, ¿no? ¿Por qué otro motivo iba a solicitar ver el folio, si no? —preguntó el inquisitivo bibliotecario.

—Por supuesto —aseguró raudo el abogado —, simplemente me he sorprendido por el maravilloso estado de conservación en el que se encuentra el manuscrito.

El funcionario se hinchó como un gran pez globo, alagado por el reconocimiento de la exquisita tarea de conservación que realizaba el departamento al que tenía la suerte de pertenecer.

—He de confesar que así es, estimado Monsieur Piquard —recalcó el hombre en un tono más distendido.

No hay arma más eficaz que la que endulza el ego de un artista, y por eso Françoise dedicó los siguientes minutos a inquirir por la inestimable tarea que se realizaba en centros del conocimiento humano como ese. De tanto en tanto, dejaba caer un adjetivo superlativo mientras el bibliotecario explicaba su cometido a un embelesado profesor.

Lo que el aplicado y vanidoso funcionario no detectó en ningún momento fueron las decenas de disparos fotográficos que se realizaron durante tal loa al desempeño laboral, ya que estos se produjeron de manera imperceptible a través de la mini cámara ubicada en las gafas de Monsieur Maurice Piquard. Este se movía en círculos alrededor de la lámina de Vitruvio como un arácnido acercándose a la presa atrapada en su telaraña. En cada nuevo ángulo, un disparador con control remoto accionaba la cámara desde el bolsillo de su cárdigan.

Por supuesto que un control de seguridad como el que existe en los aeropuertos hubiera detectado esos pequeños artilugios, pero los responsables de la biblioteca Mazarino no pensaban que fuera necesario instalarlo, sobre todo disponiendo de aquella habitación desconocida para la mayoría de los mortales.

Afortunadamente, el profesor Piquard se hallaba entre el escaso grupo de personas que habían podido posar sus ojos en la inigualable obra de Leonardo, y fue capaz de realizar su encargo de una forma inocua, eficaz y, sobre todo, anónima.

Cuando ya pensó que tenía todas las instantáneas que necesitaba, se excusó con el bibliotecario aludiendo que tenía una cita posterior, y este dio por finalizada la consulta. Desandaron los pasos que los habían llevado hasta “la habitación”, y Françoise se despidió del solícito funcionario alabando una última vez la extraordinaria tarea que allí realizaban.

El bibliotecario, al poco de quedarse solo en la gran sala, no pudo por menos que analizar la visita del profesor Piquard. En realidad, no había tomado ninguna nota sobre el manuscrito ni parecía haberlo examinado de forma científica. El procedimiento le resultó preocupante, aunque no le dio mayor importancia, pues, aunque extraña, la consulta había seguido los cauces establecidos en el reglamento, y ningún documento había abandonado “la habitación”, ni ninguna fotografía había sido tomada.

Si el escrupuloso bibliotecario simplemente se hubiera tomado la molestia de consultar el registro de trabajadores de la Academia, hubiera advertido que el tal Maurice Piquard había sido en realidad administrador de la famosa Biblioteca Mazarino desde 1970 hasta 1976, unos veinte años antes que el propio bibliotecario empezara a trabajar en la misma institución, lapso de tiempo más que suficiente para que el pobre no detectara el ardid en el que había incurrido gracias a la profesionalidad de Monsieur Françoise Cremont.

Bruno y Amalia esperaban expectantes la resolución de la visita del señor Cremont mientras disfrutaban de una épica comida en el restaurante Guy Savoy, uno de los afamados restaurantes galardonados con tres estrellas Michelin de la capital francesa. Antigua Casa de la Moneda, el local estaba situado en el número 11 de Quai de Conti, junto al Sena, a medio camino entre el Puente de las Artes y el Puente Nuevo, el cual da acceso a la Île de la Cité, donde se erige la Catedral de Notre-Dame, emblema de la patria y más aún tras el devastador incendio sufrido hacía ya varios meses.

Habían acordado que el paquete, es decir, las fotografías, les llegarían vía email, pues en este caso el encargo no consistía en la entrega de una obra de arte robada y no era necesario que cliente y asalariado se encontraran cara a cara. Aunque, para hacer honor a la verdad, no había sido Bruno ni Amalia quien había contratado los servicios del ladrón de guante blanco, sino Blas desde Valencia, gracias a la recomendación hecha por aquel miembro misterioso de la junta.

—Este sitio es fantástico —alabó Amalia mientras atacaba con su tenedor una excelente ala de raya, como si fuera una submarinista armada con una de esas lanzas electrificadas para espantar tiburones.

—No me extraña. ¿Te has fijado en el cartel de la entrada?

—¿Hm? —preguntó la periodista con la boca llena.

—Sí, ese que dice: “*La cocina es el arte de transformar instantáneamente en felicidad productos colmados de historia*”. Ya te digo yo que esta sopa de alcachofa y trufa negra es, con mucho, la mayor expresión de felicidad que me he echado jamás a la boca.

Amalia, después de engullir el exquisito bocado de raya, lo miró sonriente y añadió—: Intuyo que no estás acostumbrado a este tipo de manjares ¿no?

—Efectivamente, my lady. Lo mío es más la típica tasca española con sus también históricas tapitas, que tampoco le dejan a uno manco de gozo.

—O en nuestra querida Valencia, una buena fideuà o arroz negro tampoco le van a la zaga.

—En cualquier caso, esto de aquí es un desfalco para mi bolsillo, y si no fuera por este trabajillo del periódico que está corriendo con todos los gastos, se me habría pasado la vida sin probar esta deliciosa sopa.

—¡Qué exagerado eres! ¡Tampoco creo que cueste tanto dinero!

—320€ cada uno, vinos aparte —confirmó Bruno.

A Amalia se le atragantó el bocado que acababa de meterse en la boca, y tuvo que coger la copa de champagne y apurarla de un golpe para que bajara por su garganta.

—¡Ah! Olvidaba decirte que la botellita de brut que te has pedido valía cerca de novecientos euros, así que ese lingotazo de Krug Vintage que te acabas de pegar vale casi tanto como mitad menú.

La periodista estuvo a punto de escupir lo que le quedaba de champagne en la boca, no porque no le estuviera delicioso, sino por los remordimientos que le producía ingerir tanto dinero de golpe. Su pequeña conciencia de clase media le impedía comulgar con esa vida de derroche y ostentación, por no decir que le parecía deleznable invertir aquella desorbitada cantidad de dinero entre dos comensales, más aún cuando se podía dar bien de comer a treinta personas en su lugar.

—¿Qué? ¿Remordimientos? No parecías muy predispuesta a renunciar a este homenaje antes de que entráramos.

—Tampoco pensaba que valía tanto dinero, aunque lo pague el periódico. No sé dónde leí que el menú degustación estaba en poco más de 100€. Esto es indecente.

—Puede ser, marquesa, pero es que tú te has encaprichado con esa ala de raya y el champagne, así que será mejor que disfrutemos de nuestros platos y esta noche lo compensaremos cenando una ensalada del Pret a Manger.

Amalia estuvo a punto de contestar con un “de acuerdo”, cuando el móvil de Bruno emitió el característico sonido indicando que le había entrado un mensaje nuevo.

Este se secó los labios con la servilleta y abrió el email de remitente desconocido, en donde la única palabra que aparecía como asunto era «c'est fait», “está hecho”. Adjunto había un archivo comprimido con catorce fotografías de gran resolución.

La periodista interrogó con la mirada al investigador, y este asintió confirmando que era lo que ambos habían estado esperando. Luego, sentándose uno al lado del otro en la amplia mesa cuadrada, juntaron sus cabezas para examinar detenidamente las imágenes en el móvil.

Las catorce formaban una especie de secuencia cinematográfica, a modo de esos libritos de dibujos de cuando eran pequeños que lograban el efecto de movimiento si los pasabas de manera rápida. En este caso la escena lograda era la de un pergamino a modo de protagonista, y la cámara realizaba un

lento picado en círculo. A Amalia le recordó esas tomas finales de las películas de amor donde la pareja se besa apasionadamente mientras la cámara cinematográfica da vueltas a su alrededor en un romántico movimiento circular.

Lo cierto era que, entre el champagne, la evocación de esa imagen pasional y, sobre todo, la cercanía de Bruno, su cuerpo estaba experimentando un deseo irrefrenable. Sus cabezas permanecían a escasos tres centímetros mientras miraban fijamente la pantalla del móvil. El investigador hablaba sobre algo que había detectado en la imagen, pero sus palabras le llegaban a Amalia como susurros, produciendo en su cabeza un efecto embriagador.

En un momento dado la muchacha no lo pudo soportar más y giró delicadamente su cabeza para encontrarse de frente con la de él, a escasos dos centímetros. Ya no emitía ninguna palabra, pero su aliento le llegaba tan nítido como su mirada penetrante de ojos negros.

Posteriormente, en la cama del hotel, ninguno recordaba muy bien cómo había ocurrido, solo sabían que sus labios, su respiración y su ansia se habían encontrado en un apasionado beso que llamó la atención del resto de comensales, y que fue el preludio de la ardiente tarde de amor que ambos habían experimentado.

—No sabía que besabas tan bien —reconoció Bruno enredado entre las suaves sábanas de algodón.

—¿Y por qué no había de hacerlo? Ni que los hombres tuvierais el monopolio de ese arte —respondió Amalia provocadora mientras con un gesto ocultaba su rostro con la sábana, dejando solo los ojos al descubierto, como si fuera una de aquellas concubinas de un gran sultán otomano.

Al historiador no le pasó desapercibida la provocación, y pensó que con aquella dama su alma estaba absolutamente rendida a merced de sus designios. ¡Cómo resistirse a esa mirada, a ese perfume que empapaba las sábanas y le aturdió el entendimiento!

Con un gesto sutil dio un tirón a la sábana y el cuerpo de Amalia se mostró en todo su esplendor. Ella no intentó ocultarlo, y con una sonrisa picarona se abalanzó lentamente sobre él, gateando desde el otro extremo de la gran cama hasta posarse sobre Bruno, igual como se posa una gran ave blanca sobre el nido, mientras repliega sus alas y envuelve su morada.

Al cabo de otras dos horas decidieron hacer un paréntesis y pedir comida

al servicio de habitaciones, no solo porque ya hacía rato que había pasado la hora de cenar, sino porque tampoco habían terminado la estupenda comida en Guy Savoy por la urgencia de llegar cuanto antes al hotel y encontrarse el uno con el otro.

Lamentablemente el hotel no disponía de restaurante, pero les permitieron hacer un pedido de pizzas cuyas grasas saturadas serían mayor reconstituyente que la ensalada que tenían previsto cenar. La batalla había sido larga e intensa, así que no les vendría mal recuperar fuerzas antes de ponerse, por fin, a evaluar las imágenes recibidas por Françoise Cremont.

—Una vez más, Leonardo utiliza la técnica de escritura especular para ocultar la fórmula a ojos del neófito. Suerte que nosotros ya estábamos resabiados por el otro manuscrito de Milán, pues las frases que aquí hay escritas parecen de un idioma desconocido —apuntó Bruno mientras leía la frase... “maem mamina metcon ellepxe”.

—¡Probemos en el espejo del baño! —sugirió Amalia, que por toda indumentaria se había puesto una camiseta blanca que le cubría hasta media pantorrilla.

Bruno cogió el móvil y enfundado en sus slips se dirigió al mismo, seguido de la periodista. Una vez allí, se situó de espaldas al gran espejo que cubría mitad de pared. Amalia se colocó a su espalda para ver también la imagen, y aprovechó para rodear con sus brazos la cintura del historiador. Este dudó entre fijarse en el móvil o girarse y rodear el cuerpo de la periodista, cuyos pechos notaba libres en su espalda. Al final el sentido común le obligó a centrarse en la imagen, realizando, eso sí, un esfuerzo máximo.

—“Expelle noctem animam meam” recitó Amalia mirando el manuscrito en el espejo.

—“Ilumina mi mente” —tradujo el historiador al instante—. Es latín.

—“Ilumina mi mente” —repitió Amalia en voz alta —, ¿y ahora qué se supone que tenemos que hacer con esta frase?

Bruno se encogió de hombros y conjeturó—: Quizás decirla en voz alta mientras se ingiere la pócima con el resto de ingredientes.

—¡Quieres decir que bebiendo el brebaje solo no basta! ¡Que si no decimos la frasecita no va a hacer ningún efecto! —ironizó la periodista, insistiendo una vez más en su escepticismo.

—No lo sé, Amalia. Hasta que no reproduzcamos la pócima no saldremos de dudas.

—¿Quieres decir que después de fabricarla vamos a hacer nosotros de conejillos de indias? Pues conmigo no cuentas para ello —respondió de forma categórica, liberando a Bruno de su abrazo en claro signo de insubordinación.

Este se giró, y antes de que se alejara del todo la cogió del brazo y la atrajo hacia sí, impidiendo que abandonara la primera fila de batalla.

—Yo no he dicho que vayamos a probarla nosotros, ni tampoco lo contrario. Vayamos paso a paso —susurró mientras clavaba sus ojos en el rostro arrebolado de la periodista y le retiraba un mechón de pelo que caía rebelde sobre su frente—. Primero deberíamos recurrir a algún experto que nos pueda aportar algo de luz sobre esos ingredientes tan raros que aparecían en el manuscrito milanés, y creo que tengo la persona ideal para ayudarnos.

—Pero no tendrá que ser ahora mismo, ¿verdad? —preguntó Amalia con un deje lascivo en su voz.

—No, ahora mismo no —concedió Bruno, y con un movimiento sutil deslizó la camiseta de la periodista por encima de su cabeza, para fundirse a continuación en un abrazo tan apasionado como deseado.

8 de octubre de 1582

El arrabal era la parte de Toledo donde malvivía gran parte de la escoria humana de la ciudad. Esta estaba formada por las escasas personas que la gran pandemia de gripe de principios de década no había querido llevarse con ella, y dentro de los supervivientes, los del arrabal eran los olvidados de Dios.

—Como dice un amigo mío, la muerte está tan segura de su victoria que te da toda la vida de ventaja, aunque a estos pobres más les valdría que llegara pronto —sentenció James dirigiendo su mirada hacia los míseros que iba dejando atrás en su camino.

Habían salido de casa de Don Cristóbal bien temprano, para evitar ser vistos por vecinos o posibles chivatos del Patronato. Lucía se manejaba por la empedrada ciudad como pez en el agua, y cuando se acercaron hacia el barrio de Azucaica, en la orilla derecha del Tajo, su conocimiento del entorno aún mostró mayor pericia, conduciendo a sus dos acompañantes por pasajes insólitos y callejas semiocultas.

Tras hora y media de buena marcha se adentraron en un bosquecillo a media legua de distancia de la margen del río. Al poco llegaron a un claro no muy extenso que albergaba una vieja cabaña en el centro, la cual estaba rodeada de una exigua empalizada que no impedía el acceso y, sin embargo, hacía que los posibles intrusos se detuvieran sin atreverse a traspasarla, como si supieran que, al hacerlo sin permiso, sus vidas podían incurrir en un grave peligro.

—¿Quién va? —gritó una voz ronca desde la distancia.

Los tres se giraron al unísono mirando hacia el lugar donde había surgido la pregunta.

—¿Quiénes sois? —continuó la misma voz, pero desde una ubicación totalmente distinta, que obligó a los tres a mirar en la dirección contraria. Parecía como si aquella voz áspera tuviera vida propia y se moviera rauda, independiente de su cuerpo terrenal.

—Soy Lucía Mendoza, la de Griñón, y vengo acompañada de dos caballeros —pregonó la muchacha inquieta.

—¿Y por qué uno de ellos es el boticario? ¿Qué quiere de esta ignorante curandera una eminencia como él?

Don Cristóbal sonrió, pues sabía que enseguida lo había reconocido. Lo que nunca dejaba de extrañarle de esa mujer era la elocuencia con la que se expresaba, impropia de una analfabeta ermitaña que vivía aislada en medio del bosque. No se había topado con ella más que en un par de ocasiones, y siempre le amedrentaba a la par que le atraía por igual. El misticismo y aura esotérica con la que se rodeaba, no le impedía apreciar en aquella mujer de mediana edad una belleza sin igual, más propia de algún conjuro con el maligno que fruto de la madre naturaleza. Por eso, el boticario procuraba no visitar aquella parte de los arrabales de la ciudad, a no ser que necesitara urgentemente de sus servicios, tal y como era el caso en aquella ocasión.

—¡Tú! —bramó la voz, encarnada ya en la curandera que apareció de improviso en la puerta de la cabaña. Su brazo extendido señalaba acusador a James, y su intensa mirada atravesaba al sastre como un rayo parte a un impertérrito árbol, destrozándolo sin previo aviso —. What do you want from me?

Los tres se miraron con ojos interrogativos, preguntándose cómo sabía aquella mujer que James era inglés y, lo que era más sorprendente, cómo era capaz de expresarse correctamente en la lengua de los británicos.

—I've come to seek your help —respondió el sastre explicando la razón de su presencia en aquel lugar.

—¿Y qué clase de ayuda puede esta ignorante curandera ofrecer? —continuó cambiando de nuevo al castellano.

—Necesitamos de su sabiduría y de sus remedios —se adelantó Lucía, intentando distender la tensión de la curandera que parecía importunada con la presencia de James.

—No hace falta que me halagues, niña, ya sé qué queréis de mí, y te aseguro que no está en mi mano poder ayudaros. Ya hace mucho tiempo que me dedico a hacer bálsamos inocuos y bebedizos inútiles. El Santo Oficio me vigila de cerca, y ya no me atrevo a componer ungüentos prohibidos.

—¡Ah! Pero no deseamos que nos prepare ningún ungüento —se atrevió a intervenir Don Cristóbal —. Solo queremos que nos proporcione dos ingredientes de su botica.

La curandera miró a los tres inquisitivamente antes de preguntar con cierto recelo—: ¿Y qué ingredientes son esos?

— Moho de la calavera de un ahorcado y orina de niño —replicó la posadera.

Ahora sí que el rostro de la curandera mostró tal sorpresa, que

instintivamente su cuerpo se retrajo un paso hacia el interior de la cabaña. Luego los miró uno a uno, sopesando su respuesta, y al final optó por no decir nada y cerrar la puerta tras de sí, dejando a los tres con el ceño fruncido.

—¡Vaya! —exclamó Lucía—. ¡Esto sí que no me lo esperaba!

—¿Qué crees que la habrá asustado tanto como para recluirse en su choza? —preguntó James.

—Quizás ha pensado que venimos de incógnito, para ver si cae en la trampa y la denunciarnos a la Inquisición —insinuó el boticario.

—No creo —replicó Lucía—. A mí me conoce de toda la vida, y sabe que no le haría eso.

—¡Qué más da! —protestó el sastre—. Esa loca no nos va a ayudar. ¿Se os ocurre algún otro lugar dónde adquirir esos ingredientes?

Los dos se encogieron de hombros, y la joven estuvo a punto de negar con la cabeza en el preciso instante que la puerta de la choza se abrió de nuevo. La hechicera se adelantó hasta los límites de la empalizada y, extendiendo su mano, le dijo a James:

—Here you are —al tiempo que le ofrecía dos pequeñísimos hatos de tela anudados con esmero en la punta—. Utilízalos sabiamente, y no dejes que caigan en manos ajenas, pues solo tú puedes alcanzar la iluminación—. Tras lo cual se introdujo de nuevo en la cabaña dejando a los tres pasmados, especialmente a James, el cual no entendía por qué razón se había dirigido a él en aquellos términos. Al fin y al cabo, tan solo era un recadero fortuito del Gremio, envuelto en aquella vorágine sin sentido por culpa de estar en el momento y lugar equivocado, ¿o no?

Lucía lo miró entonces de forma extraña, como intuyendo que el alfayate era mucho más de lo que aparentaba, y de cuyo devenir inmediato dependería el futuro de muchos inocentes.

Una vez más, la superstición se apoderó de aquel extraño lugar y motivó que los tres personajes abandonaran el claro del bosque en silencio, como conscientes de que allí había ocurrido algo tan extraño que cambiaría sus vidas en adelante.

Se encaminaron de vuelta a la ciudad, no sin antes detenerse a adquirir los otros ingredientes de la fórmula. El mercurio fue lo más fácil, gracias a un colega galeno de Don Cristóbal. El leño de Guayaco les dio más quebraderos de cabeza, debido a su procedencia allende los mares. Aun así, no tardaron en encontrar a un comerciante sevillano que vendía productos traídos por la flota desde las Indias, aunque el boticario tuvo que desembolsar una

importante cantidad de maravedíes. Por último, las heces de gallina y el polvo de sapo disecado eran elementos comunes en la botica de cualquier farmacéutico, y Don Cristóbal poseía ambos en su casa.

—Pues ya lo tenemos todo —reconoció Lucía mientras enumeraba los ingredientes en su cabeza.

—Falta el lapislázuli —aclaró James—. Seguro que el maestro tintorero tiene en abundancia.

—En ese caso me acercaré hasta allí mientras vosotros os adelantáis y vais a casa. No es conveniente que los guardias vean a un grupo de personas merodeando las calles ahora que ha caído la noche —recomendó el boticario.

—Creo que será mejor que vaya yo —aseveró el sastre—. Si la guardia os detiene, siempre podéis aludir que sois padre e hija. No se atreverán a importunar a un venerado boticario y su prole. Además, a mi me costará menos tiempo cruzar la ciudad que a usted, Don Cristóbal.

El boticario agradeció el gesto, y cogiendo a Lucía del brazo se dirigieron con paso cansino hacia sus dependencias, mientras James se alejaba en dirección contraria, no sin antes girarse una última vez para mirar a la muchacha y comprobar que ella había hecho exactamente el mismo gesto.

El guardia apostado en el callejón de enfrente los vio venir al pasar por debajo de una de las candelas que alumbraban tenuemente la calle. Oculto en la oscuridad, chascó los dedos una única vez para advertir a sus tres compinches que, sentados en el suelo con la espalda en la pared, dormitaban a la espera de sus presas.

—Te gusta James, ¿verdad? —le soltó de repente el boticario.

La pregunta pilló de improviso a Lucía mientras giraban la última esquina antes de llegar a la Plaza Cuatro Calles.

—No tengas miedo, puedes confiar en mí. He visto cómo le miras y, por si no te habías fijado, él también te mira de la misma manera.

—No lo sé —confesó al fin la muchacha—. Lo cierto es que me encuentro muy a gusto en su compañía.

—Bueno, ese quizás no sea el argumento adecuado. Lo correcto sería preguntarse si lo echas de menos cuando no está contigo.

Analizándolo desde ese punto de vista, Lucía no había pasado mucho tiempo en ausencia del sastre, y solo sabía que cuando pensaba en el momento de la inevitable separación, una vez James retornara a Inglaterra, su alma entera entraba en un estado de profunda desesperación, y se consumía

buscando la manera de impedirlo. Al final siempre llegaba a la misma conclusión, que no era otra que reconocer la cruda realidad: James volvería en breve a su país para acabar casándose con la hija de algún potentado inglés. Eso le llevaba irremediablemente a otra conclusión: debía obligarse a no amarle, por mucho que le costara.

—Veo que estás más enamorada de lo que yo pensaba y, sin embargo, tanto uno como otro estáis reprimiendo esos sentimientos de manera dramática. Esto es lo que no acabo de entender.

—En mi caso es muy sencillo, antes o después James volverá a Inglaterra y yo no seré más que aquella muchacha que se quedó en Toledo.

—Pero niña, eso no tiene ninguna importancia. El amor no se mide en función del tiempo, sino de la intensidad del mismo. Hay matrimonios que duran toda una vida y apenas sienten cariño el uno por el otro. Hay otras relaciones, sin embargo, cuya pasión es tan intensa que, a pesar de lo fugaz de su amor, sus efectos duran toda una vida, y llenan mucho más el alma a pesar de la distancia o la muerte que provoque su separación.

Lucía escuchaba a Don Cristóbal con envidia, adivinando que él había sido protagonista de una de aquellas relaciones maravillosas.

—No dudes, muchacha. Haz caso a la verdad de tu corazón y no te arrepentirás. Es muy triste llegar a la vejez para descubrir que no se ha amado, aunque sea solo por un instante, aunque sea solo para envolver ese momento efímero y acunarlo como el mayor de nuestros tesoros. Porque solo habiendo amado se puede decir que se ha vivido, y...

El golpe certero le sobrevino desde su espalda, y Lucía apenas tuvo tiempo de ver cómo el cuerpo de Don Cristóbal se estampaba contra el suelo antes de que un saco maloliente cubriera la cabeza de la muchacha impidiéndole proferir ningún chillido. A continuación, unos fuertes brazos la levantaron del suelo y la auparon durante los escasos metros que los separaban de la puerta de la botica. En el silencio de la noche pudo oír la respiración afanosa de dos hombres mientras arrastraban el cuerpo de otro, probablemente el del boticario, y un cuarto que lo registraba en busca del llavín que abría la farmacia.

Una vez dentro, Lucía pataleó y forcejeó hasta que un terrible mandoble en el rostro le hizo perder casi la conciencia. En ese instante reconoció que estaba a merced de aquellos desalmados, y optó por que su actitud fuera sumisa en espera de aprovechar el momento propicio para escapar. Mientras no la violentaran, podría aguantar, y eso es justamente lo que hizo, tumbada

en el frío suelo de la habitación, con el rostro tapado y en guardia. No necesitaba preguntarse quiénes eran aquellos desaprensivos, pues la respuesta claramente apuntaba a miembros del Patronato. No habían cejado en perseguirlos, y al final habían dado con ellos.

De repente, cayó en la cuenta que a quien realmente buscaban era a James y la pócima secreta, y mientras no dieran con él, el Gremio aún tenía una oportunidad. Necesitaba avisar al sastre lo antes posible, pero no sabía cómo. Aquellos desalmados no la habían atado, confiados en que una mujer no suponía ningún peligro, y creyendo además que se hallaba inconsciente en el suelo. Los oía murmurar de cerca, y agudizó el oído por si eso la ayudaba a dirimir una forma de escapar.

—¿Dónde está el inglés? —preguntó una voz severa en la dependencia de al lado. La respuesta fue un gruñido, y aunque no pudo entender lo que decía, sí que reconoció el timbre del boticario. Posiblemente lo habían reanimado del terrible golpe que le habían propinado en la cabeza, y ahora le interrogaban en busca del paradero del alfayate.

Un impacto seco hizo que Lucía se estremeciera, consciente que Don Cristóbal estaba siendo interrogado salvajemente.

—Por última vez, viejo, ¿dónde está el sastre?

—Ya se lo he dicho —farfulló el farmacéutico—, partió en dirección a Madrid a media tarde.

—¿Y la pócima? ¿Se la ha llevado consigo?

El boticario asintió levemente, dejando caer la cabeza a un lado. Los hombres que le estaban golpeando eran los mismos que habían estado torturando a Don Martín hasta que el marqués de Montaraz tomó el relevo final y le extrajo toda la información, incluido el nombre y dirección de los maestros del Gremio.

El capitán de la guardia era un hombre rudo, cuya incipiente barriga denotaba las largas noches de naipes y vinos en los tugurios toledanos. Gracias al Patronato había encontrado la vocación de su vida, un trabajo que reconocía su maestría y su amor en infligir dolor al prójimo, pero no gratuitamente, como solía hacer de más joven, sino por un digno fin al servicio de los nobles de España. Su destreza no tenía parangón, y de bien joven había destacado entre sus subordinados, haciendo que el duque de Illescas lo nombrara capitán de su guardia personal. A pesar de la diferencia de ralea entre el duque y él, el noble pronto había detectado que compartían un rasgo poco común: la falta absoluta de escrúpulos y un cruel

temperamento, virtudes tan codiciadas que, cuando el de Illescas encontraba un animal de esa calaña, solo tenía que darle carroña de vez en cuando y mantenerlo en forma para hacer cumplir los designios de su señor, aquellos que ni él mismo se hubiera atrevido a desempeñar, a pesar de su retorcida alma.

—O sea, que, si afirmas que se ha llevado la pócima, es que habéis hablado de ella. ¿Y qué suele hacer un boticario cuando tiene en su poder una pócima nueva? ¿Estudiarla, quizás? ¿Interesarse por sus ingredientes? —preguntó entre risas animales que se asemejaban a los gruñidos de un carnívoro.

Ante la ausencia de respuesta por parte del moribundo boticario, el capitán se acercó hasta el hogar, donde un intenso fuego caldeaba y alumbraba la estancia. Cogió un hierro candente que previamente había depositado allí y lo acercó a los ojos de Don Cristóbal, el cual, al notar el calor del metal, retiró aterrado la cabeza.

El guardia examinó detenidamente al farmacéutico, evaluando el cuerpo desnudo en busca del lugar propicio donde ocasionar dolor con el hierro. Llevaban más de una hora de interrogatorio, y aquel despojo humano había sido castigado de diferentes maneras, a la cual más sanguinaria. Al capitán le gustaba especialmente la agonía que suponían los tajos que efectuaba con unas cizallas, no muy letales, pero lentos y lacerantes, sobre todo cuando arrancaba con ellos los pezones de su víctima.

—¡Dime los ingredientes de la fórmula, viejo, y te prometo que esta agonía acabará pronto! —susurró el guardia muy cerca de su oído.

Don Cristóbal levantó un párpado y miró con el ojo ensangrentado a su torturador, con una mezcla de perdón y resignación, como Nuestro Señor mientras era conducido hacia el Gólgota.

—No esperaba menos de un hombre de su talla —rió el capitán ante el silencio del boticario. A continuación, acercó el hierro candente al rostro de este y lo introdujo lentamente por el mismo ojo que hasta hace escasos segundos le había estado mirando lánguidamente.

No se produjo ningún chillido de dolor extremo, solo un leve quejido, ahogado por el siseo del metal al hundirse en el agua del ojo. Luego ya no hubo más. Don Cristóbal yacía exánime en aquella estancia infernal ante la mirada del capitán y dos de sus secuaces.

—¿Y esa fulana quién es? —preguntó el capitán tras el deceso del boticario sin mirar a nadie en concreto, como si la muerte de este fuera solo

un tic más en el cruel reloj del paso del tiempo —. Sabemos que no tiene ni mujer ni hija. ¿Tiene algo que ver con el inglés? Quizás ella sepa darnos mejores razones de su paradero que este desgraciado. ¡Tráela aquí y nos divertiremos un rato con ella! —Ordenó a uno de sus hombres, el cual se alargó raudo hasta la habitación de al lado en busca de la muchacha.

Al instante apareció de nuevo con la cara descompuesta—: ¡No está, capitán, y el Alonso está muerto!

El guardia se apartó de la puerta para dejar entrar al torturador, y este pronto pudo comprobar que el hombre que había dejado custodiando a la muchacha yacía degollado en un rincón de la estancia, sin rastro alguno de ella.

—¡Maldita sea! ¿Cómo es posible que no hayamos oído nada? ¡Rápido, salgamos a la calle, esa puta no debe andar muy lejos!

Lucía, James y el maestro tintorero mantenían sus cuerpos pegados, escondidos en la alacena de la habitación, mientras intentaban ahogar sus agitadas respiraciones. En el caso de James y Lucía estas tenían un doble origen, mezcla del horror tras escuchar el trágico final de Don Cristóbal, y el rubor que les producía la cercanía de sus cuerpos en aquel recinto tan estrecho.

Se habían precipitado allí dentro al oír que el guardia iba en busca de la muchacha, pues apenas unos segundos antes la escena que se había producido allí había sido tan dantesca como incierta.

Lucía mantenía una lucha de sentimientos desesperada, producto del alivio de verse liberada por su amado y el dolor de la muerte del boticario. Apenas había compartido veinticuatro horas con este y, sin embargo, le había conquistado el corazón, tratándola con amabilidad y gentileza al principio, y hablándole como un verdadero padre al final, cuando intentó aconsejarla en su desazón por James.

Sin duda alguna —pensó la muchacha entre sollozos—, es peor oír morir a un hombre que verlo con tus propios ojos, pues la imaginación humana es más perversa que la realidad. Desde la habitación contigua había escuchado el tránsito infortunado de Don Cristóbal hacia una vida mejor, pues no le cabía duda que su inmensa bondad le estaría siendo ya recompensada en un lugar privilegiado, a pesar de su injusto y dramático final.

Durante todo el tiempo que el boticario había sufrido la falta de escrúpulos de aquel desalmado, la posadera se había mantenido quieta,

postrada en el suelo de la habitación continua, muy cerca del guardia que la vigilaba a desgana, más pendiente este de entrever y disfrutar del suplicio del farmacéutico a través de la puerta entreabierta.

Lo que este guardia no podía haber adivinado era que estaba viviendo sus últimos minutos con vida, fruto de la sucesión de acontecimientos que se desarrollaron desde que James y el maestro tintorero pisaron la plaza Cuatro Calles, donde se ubicaba la casa del difunto boticario.

El hecho es que, tras allegarse James a casa del maestro del gremio de tintoreros de Toledo, resultó que este estaba sobre aviso de su presencia en la ciudad, y lo acogió como lo que era, un miembro más del Gremio. Por supuesto no dudó en facilitarle el lapislázuli que le solicitó el inglés, e insistió en acompañarle de vuelta a casa de su hermano el boticario, para mayor protección del sastre por las anochecidas y traicioneras callejas de la ciudad.

Al llegar a la plaza, James enseguida detectó el elemento que no haría más que confirmar sus sospechas, y este no era otro que la excesiva iluminación de la casa. Durante el día anterior, habían acordado dejar la vivienda en penumbra para que pareciese que ningún morador se hallaba en su interior. Era una precaución un tanto estúpida, pero una que les protegía un tanto de visitas curiosas e indeseadas. Todos los vecinos sabían que el boticario vivía solo, y tanto ajeteo hubiera llamado la atención en exceso.

Por eso James se escabulló, seguido del tintorero, por la puerta de atrás que daba a un pequeño jardín rebosante de plantas medicinales y macetas de colores embriagadores. Nada más acceder a la vivienda con el llavín que el boticario le había facilitado, el silencio que los había acompañado hasta ese momento fue interrumpido por una música de gemidos lastimeros que indicaban el sufrimiento al que estaban sometiendo a su amigo.

Se deslizaron temerosos por el pasillo hasta llegar a las puertas del laboratorio del farmacéutico. Una vez allí, James, prevenido por un sexto sentido, asomó la cabeza en su interior en absoluto sigilo. Las ropas de su amada en forma de bulto en el suelo le indicaron el paradero de Lucía, y a punto estuvo de abandonar toda cautela y lanzarse hacia ella cuando un movimiento a su izquierda le advirtió de la presencia del guardia, ensimismado en el entretenimiento que le llegaba desde la estancia contigua.

El sastre hizo gestos al tintorero para que se asomara, y le indicó por señas su intención de entrar y acabar con el guardia utilizando una vara que allí se encontraba. El maestro le disuadió al instante con gestos enérgicos, y le conminó a permanecer allí en espera. Después extrajo de su gabán un

afilado cuchillo, sin el cual no se aventuraba por la ciudad cuando ya la noche estaba caída.

James observó con el corazón encogido cómo el maestro se arrastró en perfecto silencio y se situó a la espalda del incauto guardia. Después, apenas pasaron cuatro segundos durante los cuales, el tintorero tapó la boca del hombre con el mismo movimiento que le sirvió para retirar su cabeza hacia atrás y rebanarle la garganta, todo en un movimiento tan acompasado que al sastre le dio la impresión de no ser la primera vez que lo ejecutaba.

Tras dejar el cuerpo cuidadosamente en el suelo, se acercó al bulto cercano y le dio la vuelta con delicadeza, hecho que no pudo evitar que la mano abierta de la muchacha se acercara amenazante hacia el rostro del desconocido tintorero, solo para ser detenida en el último instante por otra mano y unos ojos negros mucho más tranquilizadores: los de su querido James.

El frenesí de lo que ocurrió a partir de ese instante, empezando por las voces cercanas del guardia anunciando que se dirigía hacia ellos en busca de la chica, y continuando con la búsqueda desesperada de un escondite que los llevó a ocultarse en la alacena, no hizo más que dejar en suspenso el gozo del reencuentro.

Solo cuando estuvieron seguros de que la casa se hallaba de nuevo desierta, se atrevieron a susurrar entre abrazos palabras de alivio y agradecimiento, Lucía las últimas y James las primeras.

—Debemos salir de aquí cuanto antes —lamentó interrumpir el tintorero—. Pronto volverán esos desalmados.

James miró feliz los ojos de la joven una vez más, y se persignó con el maestro para iniciar la escapada, no sin antes hacerse con todos los ingredientes de la fórmula y dedicarle un último rezo a su fiel Don Cristóbal, el cual protegió hasta el final el valioso tesoro que ahora les tocaba a ellos custodiar.

—¡Volvamos a mi casa! —urgió el maestro—. ¡Allí decidiremos qué hacer!

Y con paso presto abandonaron la vivienda por el mismo punto por el que habían accedido, desapareciendo entre patios traseros y negras callejas que el tintorero conocía como el diablo el alma de los malvados.

La pantalla de la smart tv de la habitación, con una resolución 8k y acceso a diferentes aplicaciones de internet, les permitía, vía Skype, estar viendo el rostro del Doctor del Álamo mientras les hablaba.

Colega de estudios de Bruno, Santiago del Álamo había estudiado medicina en la Universidad de Valencia, obteniendo posteriormente su doctorado en la especialidad de neurología con una tesis basada en las reacciones químicas subyacentes del cerebro humano.

Como experto en la materia, el historiador no dudó en ponerse en contacto con su antiguo aliado de escapadas nocturnas cuando salían de juerga, sobre todo los jueves, a las zonas de ocio más concurridas por los estudiantes, tales como la Plaza Xúquer o la Avenida Blasco Ibáñez de la capital del Turia.

Por supuesto que la llamada de su amigo pilló por sorpresa al científico, pues hacía casi cuatro años que la relación se había interrumpido, tal y como ocurre con las amistades temporales trabadas en períodos concretos de nuestra vida, que se quedan ancladas en esos tramos, mientras la vida continúa arrastrándonos hacia adelante, sin a veces poder decir ni adiós.

Aun así, tardaron pocos minutos en ponerse al día, y Bruno pudo comprobar que, entre otras cosas, el aspecto físico de su antiguo compañero se había deteriorado más de lo que el paso natural de esos cuatro años hubiera supuesto. Probablemente la vida sedentaria de un investigador había hecho mella en sus hábitos de salud, aunque el propio historiador ejercía un tipo de trabajo similar y no se reconocía desgastado en absoluto, todo lo contrario, tal y como Amalia le había alabado durante aquel ardiente día de pasión.

Una de las características que no había cambiado en su amigo era la capacidad de coqueteo con el género contrario, sobre todo cuando veía a una hembra tan apetecible como Amalia, y no tardó en desviar la conversación de su amigo hacia la periodista que, hasta ese momento, se había exhibido impasible junto a Bruno delante de la pantalla.

—Ella es mi compañera, Amalia Sastre. Trabajamos juntos en esta investigación —la presentó el historiador.

—Mucho gusto en poder verla, señorita Sastre, aunque no sabe cuánto lamento no poder disfrutar de su presencia en persona —añadió galante el doctor.

—Encantada, señor del Álamo —respondió escueta la periodista, no muy

segura de si el piropo lanzado por el científico era o no de su agrado.

—¿Y cuál es esa investigación tan urgente e importante que te hace llamarme a las doce y media de la noche después de cuatro años sin saber de ti? —inquirió el doctor a su amigo tras comprobar que la dama se mostraba poco conciliadora.

—Primero, lamento las horas...

—Y los años —lo interrumpió Santiago.

—Eso también. Te lo compensaré en cuanto vuelva a España, lo prometo.

—No pensarás llevarme otra vez de juerga por ahí, porque ya no tenemos edad para eso, aunque he de confesar que me encantaría mezclarme una vez más con la tropa nocturna universitaria, sobre todo la femenina.

Si Amalia albergaba algún tipo de duda sobre la catadura de aquel hombre, este último comentario la disipó por completo, y se alegró de no haberse mostrado solícita en su presentación anterior.

—Yo estaba pensando más bien en una comida para recordar viejos tiempos —puntualizó Bruno —, pero volviendo al motivo real de esta llamada he de admitir que no conozco a ninguna otra persona experta en tu campo de investigación, que es lo que ahora mismo necesitamos para avanzar en nuestras pesquisas.

—¿La neurología? ¿Se puede saber en qué estáis metidos para tener que recurrir a un neurólogo?

—Bueno, eso sería demasiado largo de explicar —se excusó Bruno esquivando la cuestión, pues no quería contarle más de lo estrictamente necesario —, pero respondiendo a tu pregunta, no solo buscábamos a un neurólogo, sino a alguien experto en el estudio cuantitativo y cualitativo de las conexiones neurológicas y su efecto en el comportamiento cerebral.

—En ese caso, amigo mío, habéis dado con la persona perfecta, pues acabo de publicar mi último libro al respecto. Se llama “El potencial perdido del cerebro humano”.

—Entonces —intervino por fin Amalia deshaciéndose de sus reservas respecto a aquel individuo —, ¿usted piensa que hay parte de nuestro potencial cerebral infrautilizado?

—No solo eso —reveló el doctor del Álamo guiñándole el ojo a la presa que volvía a tener a tiro —, sino que existen fundamentos para creer que, además, ese potencial se puede volver a estimular mediante complejos químicos. Algo parecido a como ocurría en aquella película americana cuyo argumento versaba sobre la posible utilización del 100% de nuestro cerebro.

—Sí... había una que se llamaba “Sin Límites”, protagonizada por este que le birló la novia a Cristiano Ronaldo... —dijo Bruno estrujándose la cabeza.

—¿Irina Shayk?

—Esa. Es que soy muy malo para los nombres, y menos si son del mundo de la farándula.

—Estás hablando de aquella de Bradley Cooper que se tomaba unas pastillas y pasaba del 20% de utilización de su cerebro al 100%. De esta manera conseguía al final convertirse en un magnate de las finanzas, o algo así.

—Exacto. Veo que te acuerdas del actor.

—¡Como para no hacerlo, está para mojar pan! —añadió Amalia con una sonrisa picarona.

—Pues aún hay otra más reciente con Scarlett Johansson, la cual está para mojar barra y media.

—Te acabas de picar.

—En absoluto —replicó Bruno en un tono de voz poco convincente—. Solo digo que la actriz en cuestión no desmerece en nada las dotes artísticas del actor que tú has mencionado.

La periodista cruzó los brazos sobre el pecho y compuso una cara condescendiente mientras fruncía los labios y miraba a Bruno.

—¡Oh, bueno, está bien! Confieso que me he sentido un poco celoso, pero a lo que iba. Resulta que en esta película la protagonista también veía su cerebro incrementar el potencial gracias a una droga, alcanzando por ello un grado de comprensión de la realidad vertiginoso.

—A eso me refiero —dijo el doctor que hasta ese momento se había mantenido en silencio, celoso de aquel intercambio dialéctico cargado de más química que la que podía almacenar él en todo su laboratorio—. En las dos películas parten de un supuesto, y este no es otro que pensar que el cerebro humano solo utiliza el diez o veinte por ciento de su capacidad, lo cual es absolutamente falso. El ser humano utiliza el cien por cien de su materia encefálica. Además, no existen drogas como el MDT o el CPH4 mencionadas en esas pelis capaces de incrementar la actividad cerebral. Eso no es más que una falacia hollywoodiense, aunque reconozco que digna de un convincente guion cinematográfico.

—¿Y por qué todo el mundo cree que utilizamos solo un pequeño porcentaje?

—Esa teoría, convertida en mito, es fruto de estudios erróneos y falsedades, distribuidas sobre todo a finales del siglo XIX y principios del XX por psicólogos como William James, o el mismísimo Albert Einstein, quien supuestamente lo usó para explicar su altísimo intelecto cósmico.

Amalia y Bruno se miraron en un cruce de pensamientos al reconocer el nombre del famoso científico en aquel listado del Gremio que encontraron en la caja de Boris Chertok en Moscú.

—¿Y si te dijera que es posible que Einstein dijera la verdad y que el argumento de esas películas no iba del todo desencaminado?

—Pues que no puede ser, que no existe ninguna sustancia química capaz de estimular más el potencial de nuestras neuronas.

El historiador extrajo del bolsillo trasero de su pantalón una cuartilla de papel arrugada, luego la desplegó y acercó lo suficiente al monitor para que Santiago del Álamo la leyera. Este se colocó unas viejas gafas de pasta, que hasta ese momento habían estado golpeando su pecho desde el cordel del que colgaban, y arrió su rostro a la pantalla.

—¿Moho de la calavera de un ahorcado, orina de niño, polvo de un sapo disecado? ¿Pero esto qué es? ¿La fórmula para hacer un aquelarre? — Inquirió un sorprendido Santiago.

—Reconozco que eso es lo que parece, pero solamente son los ingredientes de una fórmula muy antigua. Me pregunto si serías capaz de averiguar su composición actual.

—Bueno, toda materia está compuesta de principios químicos, e imagino que, si puedo investigar los de esos elementos, al final daré con las propiedades que se corresponden con su constitución intrínseca. Pero para eso necesitare bastante tiempo. No es tan fácil como leer el prospecto de un medicamento en la farmacia.

—Entiendo —se quejó Bruno algo fastidiado por tener que ralentizar una vez más la investigación, aunque, girándose hacia Amalia, convino que en esta ocasión podrían entretener la espera de una manera mucho más placentera—. Está bien, Santi, ¡llámame cuando sepas algo!

Este ya no le prestaba atención, tan inmerso como estaba en las notas que había tomado desde su lado de la pantalla, y apenas susurró un “de acuerdo” antes de que se cortara la comunicación.

La pareja se quedó mirando el negro opaco del monitor sin saber muy bien qué pensar sobre la conversación mantenida con el doctor del Álamo. En ese momento llamaron discretamente a la puerta anunciando el servicio de

habitaciones.

—¡Genial, pizzas!

—¡Me muero de hambre! —exclamó un agotado Bruno mientras se levantaba a recoger el pedido.

La contestación del doctor del Álamo les sorprendió por dos motivos: primero, por la premura, pues tuvo lugar apenas siete horas después de haber mantenido la conversación por Skype; y segundo, por su contenido, que en ningún caso era lo que hubieran esperado.

—¿Entonces, quieres decir que no has descubierto nada en la fórmula que funcione como esas drogas de las películas? —preguntó Bruno un tanto decepcionado mientras todavía se frotaba las legañas de sus ojos. La noche, al igual que el día, había sido intensa y fructífera en amor.

—Efectivamente... —contestó añadiendo una pausa que hizo albergar esperanza a los dos —, sin embargo, sí que he llegado a un descubrimiento mucho más sorprendente, y que puede tener como resultado el mismo efecto que el conseguido por aquellas drogas cinematográficas.

—¿A qué te refieres?

—Permitidme que haga un momento de profesor de facultad para ponerlos en contexto: La ciencia, como dije anoche, ha demostrado que el ser humano utiliza el cien por cien de su encéfalo, que es el mayor órgano del sistema nervioso central.

—Querrás decir cerebro —apuntó Amalia.

—Error. He dicho encéfalo, pues ese es exactamente el músculo del que estamos hablando, aunque, a decir verdad, tampoco se trata de un músculo, como cree la mayoría de la gente.

—¿Y lo del cerebro?

—Bueno, es solo una de las partes del encéfalo, aunque la más grande e importante por las funciones que realiza, habiendo otras como el cerebelo, el hipotálamo, la glándula pineal, etc.

—Pero a efectos prácticos, la que a nosotros nos interesa es el cerebro.

—Efectivamente —prosiguió Santiago utilizando su tono más académico—. Este está formado por células que distribuidas por la totalidad de la masa cerebral son las responsables del sistema motor, el pensamiento, el lenguaje, las emociones y, en definitiva, de todas las funciones que nos diferencian del resto de animales, convirtiéndonos por ello en seres superiores.

Bruno le miró con la misma cara que apreciaba en sus aburridos alumnos

en la clase de historia medieval que impartía de 3 a 4 de la tarde. El doctor del Álamo, apreciando la sutil mirada de su colega, abrevió el discurso:

—El hecho es que esas células son las neuronas, las cuales dominan nuestros designios a través de impulsos nerviosos. Lo que sí es cierto es que solo contamos en nuestra materia gris con un 10 por ciento de ellas, y la mayoría restante se trata de células gliales que son indispensables para el buen funcionamiento cerebral. Estas constituyen el principal soporte estructural de las neuronas, ya que recubren sus axones con mielina para una mejor transmisión de los impulsos.

—Querido doctor —le amenazó su amigo apuntando el dedo hacia la pantalla —, imagínate que es la primera clase de Ciencias Naturales del colegio, y tú quieres que yo lo entienda todo a la perfección para poder aprobar el examen.

Este suspiró, y haciendo un esfuerzo pasó a explicarles que dos más dos son cuatro.

—Los axones son esas ramificaciones que parten de las neuronas y conectan unas a otras. Son como cables estriados que van recubiertos por una película protectora llamada mielina. Para que me entendáis, las células gliales provocan que todo eso esté en su sitio correctamente.

—Vale, ya tenemos las neuronas por una parte y las células gliales que ayudan a conectarlas por otra.

—No solo eso —añadió Santiago —, sino que estas células también participan en los mecanismos de regeneración y reparación nerviosa y, además, ofrecen aporte nutricional a las neuronas. Vamos que son las que hacen posible que las neuronas cumplan su función a través de los impulsos nerviosos.

—Todo eso está muy bien —añadió Bruno cansado de la clase magistral —, pero no veo adónde nos conduce toda esa información.

—Paciencia, señor Guerrero, aún no he acabado con mi exposición —contestó en tono condescendiente—. El hecho es que la fórmula que me habéis proporcionado no ejerce ningún efecto sobre las neuronas de nuestro cerebro, sin embargo, es absolutamente implacable con las células gliales, de manera que aumenta sus funcionalidades un mil por cien.

—Entonces —balbució Amalia sin salir de su asombro—, si mejoran las gliales...

—...mejoran de rebote las conexiones neuronales —finalizó Bruno la frase.

—No solo eso —añadió el doctor —, sino que, además, tal y como os he dicho antes, regeneran y reparan las neuronas dañadas a un ritmo endemoniado, de manera que es como si nunca muriera ninguna de ellas. Desde el momento de la ingesta de esa solución alquímica, conservamos a pleno rendimiento todas las neuronas que nos quedan, y los axones aumentan tan rápido sus conexiones que es como si multiplicáramos el número de neuronas que poseemos, aunque en realidad no es así.

—Deducción... —imploró la periodista ansiosa por llegar a la conclusión del científico.

—Pues que nuestro cerebro llega a cotas de clarividencia tan enormes que es como si comparáramos el de un primate con el nuestro, siendo este capaz de superar en mucho a aquel en todas sus facetas cognitivas.

—¡Uf! —resoplaron al unísono Bruno y Amalia.

—Exactamente, ¡uf! —reconoció el doctor —. Solo espero que estemos hablando todo el rato en el plano teórico, y que esta fórmula sea una falacia, pues de otra manera no os podéis imaginar las implicaciones que esto supone.

—¿Implicaciones? ¿Te refieres a las científicas? —aventuró Bruno.

—No solo esas, amigo mío, no solo esas —susurró pensativo el doctor del Álamo.

9 de octubre de 1582

James, Lucía y el maestro tintorero llegaron a casa de este último sin más contratiempo que el susto que le propinó al inglés un gato surgido de una esquina oscura. El pobre modisto dio tal salto que obligó al tintorero a sacar su cuchillo y ponerse en guardia, mientras Lucía descargaba en una gran carcajada la tensión acumulada de las últimas horas.

Tras los nefastos acontecimientos en casa del interfecto Don Cristóbal, ahora debían encontrar la manera de escabullirse de la ciudad, pues el Patronato se hallaba al acecho y no tardarían en dar con su paradero. Además, ahora se les planteaba un nuevo reto, para el cual se veían totalmente desamparados: debían encontrar otro boticario que les fabricara la pócima, utilizando los ingredientes que habían conseguido el día anterior. Por lo menos esa parte de la misión la habían logrado con éxito, gracias sobre todo a aquella enigmática curandera.

—¡Eso es! —exclamó James en el salón de casa del tintorero—. La curandera debe saber cómo mezclar los ingredientes. ¿Acaso no mencionó en nuestra visita que se dedicaba a eso antes de ser amenazada por la Santa Inquisición?

Lucía lo miró cauta ante el entusiasmo mostrado por el sastre:

—Acuérdate de cómo nos despidió tras darnos los ingredientes que le pedimos. Es como si supiera para qué los íbamos a utilizar, y eso no la agradara en absoluto.

—Si hubiera sido así, ¿no crees que no hubiera cedido en proveérmolos? ¡Y gratis!

La muchacha asintió, recordando que nada más facilitarles el moho de calavera y la orina de niño se encerró en su choza, no sin antes advertir a James que fuera cuidadoso con ellos, y su ulterior advertencia al sastre.

James miró a la posadera adivinando sus pensamientos, y no pudo por menos que sentir un ligero estremecimiento al recordar las palabras de la curandera señalándole como el elegido para alcanzar la iluminación. No le había gustado en absoluto ese protagonismo inesperado, y desde luego él no se sentía elegido para nada que no fuera escapar de allí lo antes posible, entregar la nueva pócima a los representantes del Gremio y volver a su

querida Somerset donde le esperaba su taller y la quietud de las tardes bordando con un buen fuego en el hogar. Lo único que le hacía demorar el momento de su partida, aparte de la responsabilidad de ver cumplida su misión, era aquella mujer que en ese justo instante le miraba intensamente, con la voracidad que solo los animales salvajes son capaces de demostrar.

—Mucho me temo, Lucía, que ahora no te puedo dejar en la ciudad desamparada —dijo a modo de excusa—. Los miembros del Patronato, aunque no saben quién eres realmente, te han relacionado con Don Cristóbal y por ende al Gremio. No tardarían en localizarte en caso de permanecer en Toledo, y luego retomarían el salvaje interrogatorio, tal y como iban a hacer en el momento que te rescatamos. Gracias a la resistencia del farmacéutico no saben qué ha sido de la pócima, y ahora seguro que nos estarán buscando con más ahínco.

—¿Significa eso que me llevarás contigo? —preguntó en un tono mucho más franco la muchacha.

—De momento tenemos que volver a visitar a tu amiga la curandera, y después marchar de nuevo a Madrid para entregar la pócima a Don Martín. Seguro que los maestros gremiales están ansiosos por mi regreso.

Lucía entendió esa cronología de tareas como un sí, y dibujó una sonrisa espectacular en el rostro que desarmó a James por completo. El sastre se había ido sintiendo cada vez más atraído por la desenvoltura, la entereza y, por qué no decirlo, la voluptuosidad de aquella mujer que en ese preciso momento hizo despertar de sus entrañas una llama desconocida para él. Era una desazón como cuando uno está hambriento y solo puede calmarse atiborrando su cuerpo a manjares, o haciendo todo lo contrario, con un ayuno severo que le haga olvidar ese padecimiento. Él tenía un hambre voraz de Lucía, y descubrió que ya nunca jamás podría acostumbrar su alma a su ayuno, ni tampoco saciarla con su mera presencia. Necesitaba mucho más, lo supo en ese instante, en el mismo momento que aquella sonrisa le alteró su futuro, supeditándolo por siempre a la felicidad de la muchacha. Y eso lo embriagó, pues aquella condena le había liberado, mostrándole por fin el camino, la última y primera razón, la luz que lo calmaba todo.

Con ese nuevo tan viejo sentimiento del alma humana, James le deseó a Lucía las buenas noches, mientras ambos se acurrucaban a escasa distancia del fuego del salón, esperando la hora de amanecida, donde partirían con un nuevo alba y una nueva ilusión.

El día despuntó plomizo, y gracias al maestro tintorero, aparejaron un viejo penco a una más vieja carreta que el hombre utilizaba para transportar sus tintes. Esta llamaba la atención por las manchas coloridas que adornaban de forma abstracta sus maderas, fruto de los continuos derramamientos de tinturas de color marrón, azules y rojas. Parecía el boceto de un cuadro antes de tomar forma definitiva, con sus coloridos personajes esperando a ser delineados.

Ante la cara de escepticismo de James, el maestro gremial lo tranquilizó:

—¡No os preocupéis! Ahora mismo cubro la carreta con un toldo para disimular su aspecto.

—Más vale que sea así —añadió Lucía —, con esa estampa de colores llamaríamos la atención nada más salir por la puerta, por no decir que media Toledo reconocería inmediatamente el propietario de la carreta y nos denunciarían al comprobar que su dueño no era el que se sentaba en el pescante.

El maestro asintió con un ligero tono de orgullo, pues en verdad era cierto que su carreta, y su fama, era conocida no solo en la ciudad, sino en gran parte de la provincia. Por eso, sin perder un minuto más, extendió un malgastado toldo sobre la caja posterior del carromato, asegurándolo bien para que el viento no la destapara. Antes había provisionado con suficiente agua y comida a la pareja para que no tuvieran que detenerse en posada o población alguna en busca de alimento y cobijo, minimizando así las posibilidades de ser descubiertos por la extensa red de espías del Patronato.

—Bueno, creo que está todo listo —dijo el maestro tintorero a modo de despedida.

—Sus servicios al Gremio han sido inestimables, y le puedo asegurar que sus hazañas llegarán a conocimiento de la cúpula gremial —le aseguró James en un tono solemne.

—Con Dios —fue lo único que pudo responder el hombre mientras un orgullo profundo atenazaba sus cuerdas vocales.

James arreó al jamelgo mientras Lucía se despedía del tintorero, lanzándole una amplia sonrisa que le abrumó todavía más que el reconocimiento esgrimido por el sastre.

Recorrieron en silencio las calles de Toledo en aquella mañana gris, donde una ligera lluvia había hecho esconderse a sus moradores, permitiendo una escapada expedita de encuentros indeseables por parte de los guardias del Patronato, y saliendo por la Puerta de la Bisagra con la tranquilidad que lo

hacían los vecinos que se alejaban allende la ciudad en pos de sus quehaceres y cuitas.

Siguieron el curso del río Tajo, bordeándolo en busca del paso que les permitía acceder a aquellos arrabales de la ciudad, cerca de los cuales se ubicaba la cabaña de la curandera, en aquella apartada arboleda oculta de visitas indeseadas, y protegida para los que buscaban el consejo y los remedios de la extraña mujer.

Al llegar se encontraron un espectáculo dantesco, con la pequeña empalizada destrozada y la choza apenas sujeta por los maderos que conformaban su armazón. El techo estaba totalmente hundido, y un aura de abandono reinaba en aquel perdido lugar.

James y Lucía se miraron recelosos, pues apenas el día anterior habían estado en aquel lugar en busca de los dos ingredientes más controvertidos de la fórmula.

—Han destruido la cabaña de la curandera —aventuró el modisto en un tono de voz que describía la incredulidad de lo ocurrido. Aun así, algo le llamó poderosamente la atención, lo mismo que Lucía expresó en voz alta justo antes que le diera tiempo a él a declamar su sospecha:

—Parece como si estuviera abandonada desde hace mucho tiempo. ¡Fíjate en todas las telarañas que adornan los restos de la choza! Este sitio no ha sido habitado desde hace mucho tiempo.

En ese instante, un ligero sonido llamó la atención de la pareja, y se giraron al unísono para observar en la linde del claro a dos niños desarrapados que los miraban con curiosidad.

—¿Quiénes sois? —preguntó en tono dulce Lucía.

—Yo soy Antonio, y este es mi hermano Armando —contestó el que parecía más espabilado de los dos.

—¿Sabes dónde se encuentra la mujer que vive en esta choza?

Antonio lo miró con cara de no entender, y su contestación fue un encogimiento de hombros.

—¿Por qué la buscan? —inquirió el otro, sorprendiendo por su temple a la pareja. Estaba claro que, de los dos, este era el más inteligente y cauto.

—Ayer vinimos a visitarla y se nos olvidó pedirle algo —mintió James en tono poco convincente.

Armando esbozó una sonrisa temerosa que hizo preocuparse a los dos viajeros.

—Eso es imposible, señor. Esta cabaña no ha sido habitada desde mucho

antes que nosotros nacióramos. Lo sabemos porque aquí es donde solemos venir mi hermano y yo a jugar todos los días.

—Hace años vivía una bruja que la Santa Inquisición arrestó y no se supo más de ella. Estaba loca y era peligrosa, así que mejor para todos —pregonó el tal Antonio al tiempo que le daba un codazo a su hermano y ambos desaparecían a la carrera entre los arbustos del pequeño bosque.

Lucía y James se miraron atónitos, incapaces de procesar aquella extraña información.

—Desde luego, el aspecto de este lugar coincide con la versión de esos rapaces, y tampoco parece haber signos de ningún tipo de violencia que sugiera que fuera destruida —corroboró la muchacha.

—Mejor será que nos alejemos de aquí cuanto antes, no me gusta nada este lugar, y ya me dio mala espina ayer cuando vinimos. ¡Vayamos directamente a Madrid y el maestro Don Martín sabrá qué hacer con los ingredientes de la fórmula! Nosotros ya hemos hecho más que suficiente en esta descabellada empresa —sentenció James.

Arreó el caballo para abandonar aquel enigmático lugar sin dejar a Lucía replicar, consciente del miedo intenso que le recorría la espalda en ese instante.

Tomaron el Camino Real de Toledo en dirección a Olías del Rey, lugar de parada y hospedaje habitual antes de llegar a la ciudad, y con la intención de dirigir sus pasos posteriormente hacia Illescas, para así poder entrar en Madrid por la Puerta de Segovia.

Tras legua y media de camino, y con las murallas de Toledo a penas ya visibles en la distancia, ambos viajeros se permitieron el lujo de respirar más tranquilamente y romper el silencio que hasta ese momento habían acatado como si fuera un escudo protector contra sus enemigos. James abandonó momentáneamente el camino y dirigió la carreta hacia una arboleda cercana para procurarse un merecido descanso. Al llegar allí, amarró las riendas al pescante y exhaló un leve suspiro.

—De momento todo marcha según lo planeado.

—Nada marcha según lo planeado —se quejó Lucía mientras prorrumpía en un llanto callado, como si lo hubiera estado reteniendo desde su frustrada visita a la curandera—: Primero la muerte de mi padre, luego la de Don Cristóbal y por último la misteriosa desaparición de la curandera. Sin mencionar todos los infortunios que hemos tenido que padecer durante estos días pasados. ¡No, James, nada parece salir como estaba previsto, más bien

todo lo contrario! —Lloró desconsoladamente mientras apoyaba su cabeza en el pecho del sorprendido sastre.

James, no muy seguro de cómo aplacar su aflicción, posó la mano en su cabeza, y acarició suavemente el pelo negro de la muchacha. Esta dirigió su mirada encharcada hacia los ojos del inglés y, sujetando su rostro con las manos, depositó un húmedo beso en los labios reseco del sastre.

Hicieron el amor de la misma manera que se saludan dos desconocidos: primero con titubeos, y después con firmeza. La firmeza que te da el descubrir que has llegado al final de la búsqueda. Que la persona que cubre tu cuerpo con su sudor íntimo es la que Dios tenía destinada para ti desde el principio de los tiempos.

James y Lucía se descubrían como los viejos amigos que se vuelven a encontrar tras mucho tiempo de separación, solo que ellos apenas hacía cuatro días que se conocían, y su primer encuentro dataría pues de otra vida.

Las manos inexpertas del sastre las compensaba con la paciencia que su oficio le había proporcionado, examinando cada poro, pliegue y recoveco de la piel de Lucía, como si fuera una delicada prenda de sedas y brocados, tal y como era en realidad. Ella se dejaba hacer, disfrutando cada minuto de aquel traje que James le estaba confeccionando, acompasando su ardor al batir minucioso de las acometidas de él.

Tras tres horas de pasión, ocultos en aquel colorido carromato, James permaneció con su cuerpo entrelazado en el de Lucía, como si el mismo sastre fuera el traje prometido que la engalanaba con sus brazos y torso, perfumándola con su aliento y sus lentos besos en el cuello.

—¿Qué vamos a hacer ahora? —susurró él entre beso y beso.

Ella no contestó, en parte porque no quería interrumpir la agradable sensación que sus besos le producían, y en parte porque tampoco tenía ninguna respuesta al respecto.

Ante el silencio de Lucía, el sastre suspiró, y expresó en voz alta la inquietud que le embargaba—: No puedo irme y dejarte aquí en España; tampoco puedo llevarte a Inglaterra conmigo, mi familia no lo entendería; y tampoco puedo abandonar a mi padre, ya es muy mayor y me necesita, y el negocio también.

—¿Qué no entendería? —preguntó ella al tiempo que se separaba del abrazo y se daba la vuelta para mirarle a los ojos.

—¿Cómo?

—Has dicho que tu familia no lo entendería, ¿el qué?

James dudó, y ese titubeo fue suficiente para que ella confirmara sus sospechas.

—Quieres decir que esta humilde posadera no es digna de un afamado modisto británico, ¿no?

—Yo no he dicho eso.

—Pero lo piensas.

—En absoluto... otra cosa bien distinta es lo que seguramente pueda pensar mi familia. Ya sabes cómo son esas cosas.

Desafortunadamente, así era. De sobra sabía Lucía que los convencionalismos sociales en aquellos tiempos eran como murallas inexpugnables de un castillo que muy pocos se atrevían a atacar, pues fracasaban la mayoría en el intento. Ella sabía perfectamente que la diferencia de clase entre ambos era un obstáculo insalvable, pero había albergado la pequeña esperanza que, en Inglaterra, ese país tan moderno, esa costumbre fuera un poco menos férrea que en su España natal. La cruda realidad le estaba demostrando que, a pesar del mundo tan grande en el que vivían, los hombres y mujeres se comportaban de forma similar: el rico siempre era rico, el pobre siempre pobre y una humilde posadera de Griñón no podría jamás desposarse con un gran sastre de Somerset.

—Solo queda pues una opción —dijo al fin James interrumpiendo y sorprendiendo los pensamientos de Lucía—. Me temo que no puedo hacer otra cosa que establecerme en este país. He de reconocer que en cuanto a clima es mucho más benigno y saludable que el mío.

La joven lo miró como si se estuviera burlando de ella, y a punto estuvo de darle un empujón como respuesta. Lo único que la detuvo fue la absoluta seriedad de su rostro y los ojos brillantes de amor con que la miraban.

—Pero..., acabas de decir que tu familia... No entiendo nada James —dijo tapándose la cara con las manos y emitiendo pequeños gemidos de desconcierto.

Él tomó sus manos en las suyas y secó las lágrimas con dulces besos recorriendo su rostro lentamente. Luego se fundieron en un apasionado beso de amor, interrumpido solamente por la suplicante mirada de ella en busca de una explicación.

James sonrió ampliamente, y acariciando el pelo de Lucía, susurró a su oído—: Después de lo de hoy, jamás podría abandonarte, así que, si mi padre desea estar cerca de mí, no tendrá más remedio que instalarse en España

también. Tal y como he dicho antes, este clima vendrá muy bien para sus viejos huesos reumáticos. De todas formas, el comentario anterior sobre mi familia se circunscribía a parientes más o menos lejanos, cuya opinión o descalificación no afectaría en absoluto mi resolución. En cuanto a mi padre, la única persona que sí me importaría, estoy convencido que después de conocerte aceptará mi decisión, pues nadie con dos dedos de frente podría posicionarse en tu contra, y te aseguro que mi padre siempre ha sido una persona muy juiciosa.

Ella se lanzó al cuello de su amado, y en un susurro ahogado proclamó—: Te quiero James Taylor, antes incluso que lo supiera.

Él la abrazó con fuerza, y se estremeció al constatar que aquella deliciosa sensación que le recorría las entrañas iba a poder perpetuarla cada día durante el resto de su vida.

—¿Y tu próspero negocio? —inquirió de repente ella, aún preocupada por el alcance de aquella drástica decisión.

—Bueno, creo que si hablo con Don Martín es posible que me admitan en el gremio sartorial de Madrid y pueda abrir el mismo tipo de taller que tenía en Somerset. Después de los servicios que estamos prestando al Gremio, es lo menos que puede hacer.

—¡A qué estamos esperando, pues! ¡Pongámonos en camino a Madrid, antes que te arrepientas de tu decisión! —le conminó la muchacha con un destello exultante en sus ojos.

En el estado de Massachusetts, concretamente en la ciudad de Cambridge del condado de Middlesex, se ubica la universidad privada más antigua de Norteamérica. Fundada el 8 de septiembre de 1636, recibe su nombre en honor a su primer benefactor, el clérigo John Harvard. Esta Universidad Harvard, o *de Harvard*, tal y como es conocida popularmente en español, tiene un lema que podría pasar desapercibido para los neófitos, pero que esconde la razón más intrínseca de su existencia. Este lema consiste tan solo en una palabra: *Veritas*, «Verdad», y muy pocos saben que es sinónima de *sedendum*, «iluminación», objetivo último que persiguen sus miembros eméritos, o maestros, ya que aquí se halla la sede central de la Hermandad del Patronato.

En uno de sus sótanos más secretos, tres científicos, debidamente uniformados con batas blancas, realizaban diversas pruebas de laboratorio con el fin de alcanzar el objetivo soñado: recuperar la fórmula perdida.

En teoría pertenecían al Proyecto Conectoma Humano (HCP, atendiendo a sus siglas en inglés), un proyecto patrocinado por dieciséis miembros de los Institutos Nacionales de la Salud (NIH), dividido entre dos consorcios de instituciones de investigación: uno liderado por la Universidad Washington en San Luis y la Universidad de Minnesota; y otro liderado por la Universidad de Harvard, el Hospital General de Massachusetts y la Universidad de California en Los Ángeles. El objetivo del Proyecto Conectoma Humano era construir un "mapeo de red" que arrojara luz sobre la conectividad anatómica y funcional dentro del cerebro humano, así como producir un conjunto de datos que facilitara la investigación de los trastornos cerebrales tales como la dislexia, el autismo, el alzhéimer y la esquizofrenia.

Este proyecto neurológico, por otro lado ambicioso, estaba siendo desarrollado desde el año de su lanzamiento, en 2009, de manera minuciosa y de acuerdo a los objetivos marcados por cada uno de los consorcios mencionados. Por todos menos por uno: la Universidad de Harvard, o, mejor dicho, por una sección de la Universidad de Harvard, donde tres de sus mejores científicos dedicaban sus esfuerzos en algo ligeramente distinto.

En un principio, la universidad había sido elegida para centrarse en la optimización de la tecnología de resonancia magnética para obtener imágenes de las conexiones estructurales del cerebro, pero secretamente, estos

científicos perseguían aquello que el Patronato ansiaba con todas sus fuerzas: obtener una descripción completa de la conectividad neuronal estudiando las redes estructurales del cerebro, construidas a partir de medidas de asociación física: las fibras axonales, tal y como el doctor del Álamo, el amigo de Bruno, les había explicado en aquella conversación por Skype. Pronto descubrirían la fórmula que les permitiría manipular los axones basándose en las células gliales, responsables de su conectividad. Llevaban años intentando recuperar la fórmula que les había permitido dominar el mundo a través de la manipulación de varios de sus insignes dirigentes, hasta que, en la década de los cincuenta, una guerra interna entre los propios miembros del Patronato provocó la destrucción de esa fórmula mágica, obligando al mismísimo Stalin a preservarla de sus adversarios enviándola al espacio con el primer satélite espacial: el Leonardo.

Por supuesto que los miembros del Patronato intentaron recuperar posteriormente esa fórmula, pero sus intentos fueron infructuosos, hasta que pensaron que, si el propio Leonardo fue capaz de crear ese elixir, ¿qué les impediría a ellos volverlo a hacer, máxime con los medios tecnológicos que se hallaban a su alcance?

La tarea había sido ardua, pero cada vez se hallaban más cerca de reproducirla, sobre todo después de comprobar que ya tenían todos los compuestos de la fórmula gracias a la información obtenida del Códice Atlántico, facilitada esta por el hermano del Patronato que tenían infiltrado en España. Este se había mostrado de lo más eficaz, haciendo un seguimiento especial a aquella pareja de españoles que les iba allanando el camino con cada uno de los pasos de su investigación.

—No lo entiendo —dijo uno de los científicos tras observar en el ordenador el resultado de su enésima prueba con los elementos de la fórmula—. Hemos probado con los compuestos químicos de todos los elementos arcanos, y nada.

Los tres científicos se arremolinaban en torno al monitor central con la misma cara de decepción, y temiéndose que la llamada telefónica que todos habían querido evitar tendría que realizarse ineludiblemente. El doctor Xiao, de origen asiático tal y como su nombre daba a entender, fue el que descolgó por fin el teléfono y tecleó el temido código de números que les ponía en comunicación directa con la persona que dirigía toda aquella investigación paralela.

—Doctor... estaba ansioso por su llamada. Dígame que todo ha salido

como estaba previsto —respondió una voz en tono meloso.

El silencio en la línea y la respiración titubeante del científico hizo que la afabilidad de su interlocutor se tornara en un tono más crispante—: ¿Y bien? ¿A qué está esperando para informar?

—No lo entendemos, señor. Hemos ejecutado las instrucciones de manera milimétrica. Hemos discriminado las interacciones químicas del leño de Guayaco, el moho de calavera y la orina de niño, así como el polvo disecado de sapo, las heces de gallina y, por último, la azurita, el silicato y la pirita del lapislázuli.

—También hemos ejecutado todas las combinaciones posibles según las medidas facilitadas en el código, cambiando incluso el orden de sus núcleos positivos y negativos por si esa fuera la clave diferencial —añadió con el teléfono en modo altavoz el segundo de los científicos, un americano de escaso pelo ralo.

—No hemos experimentado ningún cambio aparente en la interacción de las neuronas cerebrales, señor, ¿está seguro que esos son los compuestos de la fórmula perdida?

Al otro lado de la línea solo el ruido de la estática llenaba el silencio que se había producido en la conversación, como si se tratase de una llamada producida a miles de kilómetros de distancia, en algún lugar remoto del planeta. Nada más lejos de la realidad, pues efectivamente sí había varios miles de kilómetros entre su interlocutor y los tres científicos, pero no tantos como para que el silencio se prolongara más de lo necesario. De hecho, el Maestre del Patronato se hallaba en su lujosa mansión del elegante barrio londinense de Chelsea, y su respuesta fue tan breve como contundente:

—Está bien, ha llegado el momento que el escuadrón entre en acción, y esta vez no ocurrirá lo mismo que con los hermanos en Bolonia, se lo aseguro.

Bruno y Amalia retornaron a Valencia a la mañana siguiente desde París, y lo primero que hicieron, después de pasar por casa para asearse un poco, fue acudir al despacho del redactor jefe Blas Guzmán.

—Creo que ya lo tenemos todo —dijo Amalia a su jefe nada más asomar el rostro por la puerta del despacho.

Este alzó la ceja izquierda en signo inquisitivo, sin saber muy bien a qué se refería, y esperó a que Bruno, que entraba junto a la joven, cerrara la puerta tras de sí y tomara asiento. Luego se dispuso a preguntar qué quería decir con “todo”, pero justo cuando iba a abrir la boca, Blas observó cómo el investigador ayudaba a Amalia a sentarse de manera cortés, y que esta le devolvía el gesto con una sonrisa abrumadora. Lo único que pudo hacer el redactor jefe fue levantar la otra ceja, de manera que ahora sí su rostro mostraba indefectiblemente una expresión de estupor que no pasó desapercibida a la pareja. A continuación, por si había algún tipo de duda, Bruno plantó un sonoro beso en los labios de Amalia, antes de tomar él mismo asiento y quedarse mirando a Blas de manera impasible, pero con una media sonrisa socarrona asomando por la comisura de sus labios.

—¡Serás canalla! —le espetó el redactor—. ¡Te advertí que no te sobrepasaras con ella!

Blas se levantó de su sillón extendiendo el brazo en un gesto amenazador que no acabó de concluir, pero que mostró muy a las claras lo contrariado que estaba. Luego miró severo a Amalia, la cual no salía de su asombro.

—¿Se puede saber qué te pasa, Blas? Ahora en serio, ¡ni que fueras mi padre!

—Te recuerdo que tu padre murió en un desafortunado accidente de navegación cuando eras aún una niña, y yo estoy muy lejos de pretender si quiera actuar como tal.

La referencia a la muerte trágica de sus padres había sido un comentario cruel, el cual tampoco venía al caso, así que Amalia se levantó de un brinco y plantó un severo bofetón en el rostro de su jefe.

—Y ahora si quieres me despides, pero no vuelvas a mentar la figura de mis padres, o te juro que no respondo de mis actos.

El bofetón, lejos de enardecer a Blas, provocó el efecto contrario, calmando el temple del redactor jefe y volviendo a una actitud sumisa, que

hizo a su vez calmarse a Amalia. Con un gesto suplicante, el jefe conminó a la muchacha a tomar asiento de nuevo, mientras él hacía lo propio, y con un suspiro quedó unos segundos en silencio, hasta que fue interrumpido por un asombrado Bruno:

—¡Caray, Blas! No pensaba que te lo fueras a tomar así. De hecho, no pensaba que te lo fueras a tomar de ninguna manera —añadió en un tono solemne—. Lo que hagamos Amalia y yo no es de tu incumbencia, ya somos mayorcitos para decidir sin el consentimiento de nadie, mucho menos de alguien que no es ni familia.

Blas lo miró largo y tendido, de una manera que Amalia jamás había visto mirar a nadie. Después de unos segundos eternos, en los que parecía que el jurado alcanzaba un veredicto, el redactor jefe sentenció de forma contundente:

—¡Estás despedido, Bruno! Tus servicios ya no son requeridos por el periódico. Buena suerte.

—¿En serio? —preguntó el investigador con cara de no entender—. ¿Solo porque Amalia y yo nos hemos liado? ¿Dónde está tu profesionalidad?

El redactor lo miró con cara de asco ante la alusión al acto mantenido con Amalia, y poniéndose de nuevo de pie, amenazó—: ¡O te vas ahora mismo de estas dependencias o llamo a seguridad!

—Si él se va, yo también me voy —bramó la periodista.

—No, tú no te puedes ir. Te recuerdo que tu contrato especifica que en caso de abandono voluntario del puesto de trabajo debes pagar una indemnización de muchos ceros a la junta de accionistas. Es una manera habitual de protegerse entre medios audiovisuales para evitar el robo de talentos. Dime, Amalia, ¿acaso dispones de esa cantidad de euros?

La periodista apretó los puños y miró con verdadero odio a una de las personas que, hasta ese momento, consideraba como un verdadero amigo. A él había recurrido cuando el recuerdo nostálgico de sus padres le ocupaba las noches en vela, o cuando sus anteriores novios le demostraban su amor a base de golpes. Por eso no entendía la reacción desmesurada por su relación con Bruno. De hecho, pensaba que en el fondo estaría contento al averiguarlo, pues siempre le había dado la impresión que el historiador le caía bien.

—No te preocupes, Amalia. Será mejor que me vaya —intervino el investigador en tono conciliador—. Luego hablamos. —Y dirigiendo una última mirada airada hacia el redactor jefe, abandonó el despacho con paso resolutivo.

—Bien —dijo Blas a su empleada en tono mandatorio—, y ahora quiero que te comportes como una profesional y me cuentes todo lo que habéis averiguado en vuestra última visita a París.

Ella lo miró largo y tendido, dispuesta a recriminar su proceder de la manera más vergonzosa e hiriente posible, hasta que una vocecilla en su cabeza le aconsejó que optara por una actitud más sensata. Al final le relató los asombrosos descubrimientos del hombre de Vitruvio de la biblioteca mazarina, tras lo cual se levantó de su asiento y en tono condescendiente se dirigió al redactor utilizando el usted de forma deliberada:

—Si no desea nada más, será mejor que vuelva a mis obligaciones.

Blas sonrió con desgana y le hizo un gesto displicente para que abandonara el despacho.

—Por cierto, buen trabajo, Amalia. No esperaba menos de ti.

Ella apenas le escuchó, pues se dirigió resuelta a su mesa de redacción, no sin antes pegar un adolescente portazo a modo de respuesta.

Exactamente tres horas y veinticuatro minutos más tarde, a pesar de haber sido advertido de que no lo hiciera, Bruno se plantó de nuevo en la redacción del periódico inquiriendo por Amalia. Tras el estruendo que sus voces provocaron en el pasillo de la tercera planta del edificio, el mismo Blas salió a recriminar su actitud, esta vez de manera más amenazante.

—¡Te dije que no volvieras por aquí! ¡Ahora mismo voy a llamar a la policía!

—Eso estaría muy bien. A ver si ellos pueden decirnos dónde demonios se encuentra Amalia.

—¿Cómo dices?

—Digo que llevo casi tres horas intentando ponerme en contacto con ella y no la localizó en ningún sitio.

El redactor jefe levantó las palmas de sus manos hacia el techo en modo interrogativo y a continuación hizo un gesto hacia la mesa de la periodista para confirmar que no se hallaba allí.

—Amalia se fue de aquí media hora después de nuestra interesante conversación. Al final le di permiso para que se tomara el día libre. Intentaba que las aguas volvieran a su cauce y se me ocurrió ese pequeño gesto conciliatorio.

—Eso ya lo sé. Nada más salir de la redacción me llamó y quedamos en vernos en la cafetería Valor de la Plaza de la Reina. Al llegar pensé que ella

ya estaría esperándome, pues el local está a escasos trescientos metros de aquí. Cuál fue mi sorpresa al no solo no encontrarla allí, sino que después de media hora de espera siguió sin aparecer. Por supuesto que la llamé infinidad de veces al móvil, incluso me acerqué hasta su casa de la Avenida Guadalaviar, junto al viejo cauce del río Turia, pero nadie respondió al timbre.

—Y pensaste que aún estaría aquí —razonó Blas—. Pues ya ves, aquí no está tu querida Amalia. Ya te he dicho que se fue al poco de irte tú. Así que, si me disculpas, tenemos trabajo que realizar. —Y señaló a la media docena de periodistas y dos guardias de seguridad que le miraban de forma recriminatoria.

Bruno, tras comprobar que efectivamente la joven periodista no se hallaba en la redacción, replegó velas y se dirigió hacia la salida con una punzante sensación en el pecho que le hacía imaginarse lo peor.

Esperó cabizbajo que llegara el ascensor al amplio rellano de la tercera planta, el cual daba acceso a varios despachos y dependencias, incluida la redacción del periódico digital. Cuando un sonido tímbrico anunció que el ascensor estaba a punto de abrir sus puertas, una mano férrea le sujetó del brazo y le arrastró sin que pudiera evitarlo al interior de una de aquellas puertas anónimas.

Bruno se soltó con un gesto enérgico de aquel inesperado sujeto, y se giró para enfrentarlo, dialéctica o púgilmente, según fuera el caso.

—¿Profesor? —inquirió nada más reconocer al antiguo jefe del departamento de historia medieval y al cual debía gran parte de lo que él mismo había logrado en la universidad.

El doctor Fernando Arístegui hizo un gesto para que guardara silencio hasta que la puerta del ascensor se volviera a cerrar, y después lo llevó hasta el fondo de aquel despacho en el que, tras una pequeña sala que hacía las veces de recepción, se hallaba una enorme sala de juntas.

—Hola Bruno, no sabes cuánto me alegro de verte, sobre todo después de los terribles acontecimientos de las últimas horas.

—¿Terribles acontecimientos? Pero..., profesor..., ¿a qué se refiere? ¿Y qué hace usted aquí?

—Amigo mío, me temo que nuestra querida Amalia ha sido secuestrada, y el Patronato no ha dudado en enviar al escuadrón para lograr sus propósitos.

Ahora sí que Bruno compuso una cara de tal asombro que hasta el pelo de la nuca se le erizó como si un diminuto reptil le recorriera la espalda.

—¡Vamos! —añadió Don Fernando—, será mejor que salgamos de aquí, este no es el lugar ideal para que te ponga en antecedentes.

Y diciendo esto volvió a agarrar al anonadado historiador, que parecía incapaz de salir de su asombro y se dejaba llevar de la mano como si fuera un obediente niño de cuatro años.

El lugar donde le llevó el doctor Fernando Arístegui fue su antiguo despacho de la facultad de historia, sita en la preciosa Avenida Blasco Ibáñez, la cual saludaba a sus viandantes adornada de álamos y naranjos en una extraña mezcla exótica.

Al entrar en el vetusto edificio, lo condujo sin demora hacia una dependencia situada en las entrañas del mismo, justo al lado de la multicopista que proveía de documentos a los alumnos de la facultad. Bruno había visitado aquel pasillo del sótano infinidad de veces, pero nunca había reparado en aquella puerta metálica que, por otra parte, siempre estaba cerrada.

Después de entrar y volver a cerrar con llave, el profesor le conminó a tomar asiento, y con cara circunspecta se dispuso a contar la más inverosímil historia que Bruno había escuchado jamás. Antes, en el taxi que los había conducido hasta allí, Don Fernando le había confesado entre susurros que él era el miembro de la junta del periódico que les había estado financiando desde el principio, enviado a investigar el asesinato del ingeniero español del Centro de Control Galileo en la localidad alemana de Oberpfaffenhofen y, por último, el que les había puesto sobre la pista del ingeniero ruso Chertok en Moscú.

—¿Por eso me eligió a mí? ¿Porque ya sabía de mis habilidades como investigador?

—No solo por eso, Bruno, sino que desde el principio sabía que eras la persona idónea para acompañar a Amalia en esta ardua tarea, y no me equivoqué.

—¿Eso significa que desde un principio sabía a los peligros que ambos nos enfrentábamos, y aun así dejó que nos embarcáramos en esta sinrazón? —le recriminó el investigador en tono severo—. ¡Usted es el responsable del secuestro de Amalia!

—Relájate un poco, Bruno, o de lo contrario no me vas a servir de mucha ayuda cuando intentemos rescatarla..., y empieza a tutearme o me voy a sentir aún peor.

Ante la alusión del rescate de la joven, el historiador se tranquilizó un tanto, y se dispuso a escuchar de parte de su antecesor la historia que le había prometido en la sala de juntas y que, según le había asegurado después en el taxi, le ayudaría a comprender el alcance de los sucesos que estaban teniendo lugar justo en esos instantes.

—A estas alturas, tú y Amalia ya habéis compuesto gran parte del puzle que conforma esta historia —empezó Don Fernando —, incluso habéis descubierto casi la totalidad de la fórmula secreta.

—¿Casi? —inquirió Bruno.

—Todo a su tiempo, querido amigo, pero déjame que te cuente primero lo que todavía no sabéis, pues de ello depende que podamos dar con Amalia antes de que llegemos tarde.

—¿Tarde? ¿Tarde para qué? —preguntó con tono de ansiedad el investigador.

El profesor Arístegui hizo un gesto de paciencia con las palmas de la mano mirando al suelo, e inició su exposición:

—Leonardo da Vinci descubrió un elixir capaz de dotar al cerebro humano de una clarividencia prodigiosa y que, bajo el poder de cualquier persona, convertía a esta en dominador de todos los que la rodeaban. El Patronato, una sociedad formada por varios miembros de la clase nobiliaria de Europa y casi toda la cúpula del clero, incluido el Papa, fue el que descubrió posteriormente la composición de esta pócima, la cual el propio Leonardo había ocultado entre sus miles de escritos, temeroso de que cayera en manos indeseadas, como así fue. La intención de este Patronato era la de situar a varios de sus miembros, o hermanos, entre la clase dirigente de las principales potencias europeas y, con la clarividencia que el elixir les proporcionaba, manipular a reyes y gobernantes a su antojo. El papado, como ente vertebrador de esta sociedad, sería el encargado de dirigir y controlar todas las operaciones para beneficiar tanto a la Santa Madre Iglesia como a todos esos nobles ávidos de poder.

—La parte del elixir ya la conocíamos, pero lo de la conjura entre el Papa y los nobles para dominar Europa, no.

—No solo Europa, sino, con el tiempo, el resto del mundo, pues no hubo país en cualquier continente que no cayera entre el entramado urdido por la Santa Sede, incluido Rusia.

—Por eso la implicación de Borís Chertok y Serguéi Koroliov en la trama estalinista.

—Sí, pero no te equivoques, estos dos pertenecen al Gremio, la otra sociedad protagonista de esta historia.

—Esa parte también la descubrimos, gracias a ese WhatsApp que le enviaste a Blas poniéndonos sobre su pista —confirmó Bruno.

—Bueno, sé hasta dónde habéis llegado en vuestra investigación, pues parte de mi cometido como guardián del Gremio era guiaros en vuestra misión.

El historiador se quedó quieto, incapaz de absorber el hecho de que estuviera delante de uno de los miembros vivos de aquella antigua sociedad, y que este no fuera otro que su colega y antecesor en el departamento de historia medieval. Todos aquellos años de trabajo conjunto, realizando investigaciones de manera concienzuda, callada, y jamás llegó a atisbar que la figura que le alentaba ante los inconvenientes, callejones sin salida y conclusiones erróneas, no era otra que uno de los guardianes del secreto mayor guardado de la historia. En ese momento, no pudo por menos que sentir un respeto reverencial por su antiguo profesor, y después de recomponerse un tanto tras el impacto inicial, se dispuso a escuchar de primera mano los entresijos de aquella conjura milenaria, conjura en la que, por otra parte, él estaba siendo uno de los protagonistas.

—Me consta que dedujisteis la existencia del Gremio tras la visita que realizasteis a Rusia, pero esta sociedad tiene una historia tan antigua como el propio Leonardo da Vinci, o incluso más, pues ni nosotros mismos somos capaces de datar su origen. Imaginamos que se remonta a la creación de los primeros gremios, de ahí su nombre. Está claro que inicialmente surgieron como una especie de sindicatos para proteger sus intereses comerciales, aunque, con el tiempo, sus esfuerzos se centraron en contrarrestar la influencia que el Patronato ejercía entre las clases dirigentes con la ayuda del elixir secreto. No hizo falta esperar mucho para comprobar que las decisiones tomadas por los gobiernos bajo la influencia del Patronato llevaban a cabo políticas altamente perjudiciales para la burguesía, los gremios y la clase media en general. Por eso, desde el siglo XVI hemos luchado en esta guerra fratricida, los unos por dominar el mundo, y los otros para evitar que lo logaran.

Bruno lanzó un silbido de asombro asumiendo toda la magnitud de la trama, y tras organizar la información en la cabeza, su mente de investigador empezó a desentrañar los puntos poco claros de la misma.

—Pero ¿cómo es posible que ningún monarca, noble o clérigo descubriera

las intenciones del Patronato y los denunciara ante las autoridades de su país?
—objetó Bruno como si estuviera en una sala de vistas interrogando a un testigo.

—Oh, créeme, lo intentaron. Sin ir más lejos, en el mismo seno de la Iglesia, y además al más alto nivel, pero los hermanos del Patronato no lo permitieron.

—¡Explícate, por favor!

—Pues con dos Papas, nada menos: El primero, León XI, el cual, nada más enterarse de lo que se cocía en el Vaticano, se dispuso a acabar con la sociedad secreta y confesar sus desmanes al mundo en un acto de contrición. Fue asesinado en 1605, menos de un mes después de acceder al papado a manos de la curia perteneciente al Patronato.

—¡Vaya!

—Sí, aunque en aquellos tiempos la muerte formaba parte del día a día de una sociedad tan frágil. Más controvertido fue el asesinato en 1978 de Juan Pablo I. Aún a día de hoy su muerte es todo un misterio para la sociedad, pues amaneció ya cadáver en su lecho treinta y tres días después de su elección, sin más explicación que un infarto repentino de miocardio. Aquí los miembros del Patronato fueron más sutiles, aunque consiguieron su objetivo igualmente, máxime cuando este Papa había amenazado en hacer lo mismo que su antecesor León XI.

—Recuerdo haber leído todo tipo de teorías conspiratorias respecto a su muerte: desde la CIA o la KGB, pasando por la masonería o la mafia italoamericana, acusada esta de intentar blanquear dinero procedente de crímenes a través de la Banca Vaticana.

—Sí, pero lo que no aparece en ningún informe es que Juan Pablo I gozaba de una salud excelente, ni que tras su fallecimiento no se le practicó la autopsia, por otro lado preceptiva en casos de muerte no natural, y por último, pero más llamativo, que su secretario personal, John Magee, hallara el cuerpo con unos papeles considerados secretos entre sus manos, de los que nunca se supo qué contenían, pues desaparecieron misteriosamente.

—¿Quizás un listado de miembros del Patronato, o la misma fórmula del elixir Leonardo? —aventuró Bruno.

—Quizás, aunque los hermanos ineludiblemente consiguieron su propósito de hacer desaparecer cualquier prueba que les incriminara.

El historiador asintió lentamente dando validez al alegato del profesor. Sin embargo, toda esa historia le llevaba indefectiblemente a la misma duda

que le venía carcomiendo el cerebro desde el mismo momento que Don Fernando le anunció el secuestro de Amalia:

—¿Y qué tiene que ver Amalia en esa guerra sucia entre el Gremio y el Patronato?

El profesor le miró intensamente, evaluándolo de la misma manera que un gánster valora a un posible candidato antes de permitirle entrar en su banda. Luego, asintiendo ligeramente como si hubiera tomado una decisión trascendental, le preguntó:

—¿Hasta qué punto conoces a Amalia?

Bruno titubeó entre ser del todo sincero o ahorrarse los detalles personales, aunque el profesor le ayudó a salir del atolladero con su siguiente comentario.

—No me refiero a si habéis mantenido relaciones carnales, que eso ya se ha encargado Blas de anunciarlo a los cuatro vientos. Me refiero a su vida personal, a su pasado.

El historiador se encogió de hombros, y pasó a relatarle lo que sabía de la infancia de Amalia con la trágica muerte de sus padres en un accidente de navegación, pasando por su convulsa adolescencia después de haber sido adoptada por unos primos segundos de la madre y, por último, sus estudios en el CEU y su ascenso en la carrera periodística de mano de su benefactor Blas Guzmán. No quiso, sin embargo, hacer referencia a las duras relaciones que mantuvo con sus ex novios, las cuales Amalia le confesó en la intimidad de aquel huerto de Calixto y Melibea en Salamanca.

—Ya veo —sentenció el profesor Arístegui—. Déjame que te cuente las partes de esa historia que te faltan, mi querido Bruno, pues parece ser que no tienes ni idea de con quién has pasado los últimos días de tu vida.

—Ni es cierto que sus padres murieran en un accidente de navegación, ni que la familia que la adoptó después fueran unos lejanos primos segundos de su madre —reveló el profesor para intensificar aún más la desazón en la que había dejado a Bruno tras su última intervención.

—No entiendo nada, Fernando.

—Lógico, si hasta hace unos días desconocías la existencia del Patronato y el Gremio, mucho menos podías entender que ambos son los responsables de las alegrías y las penas que ha tenido que sufrir la pobre Amalia. Los primeros porque fueron los que causaron la muerte de sus padres, y los segundos porque se aseguraron que la chica creciera en un entorno protegido, lejos de las garras del Patronato.

—Pero... ¿por qué? —titubeó Bruno a quien aquella historia se le estaba escapando de las manos por momentos.

—Verás —inició el profesor —, Santiago Sastre y María Mendoza, los padres de Amalia, no solo eran miembros del Gremio, sino que eran los maestros eméritos del mismo, algo así como la cúpula dirigente, pues ambos son descendientes directos de James Taylor y Lucía Mendoza, los maestros más antiguos del Gremio de los que se tiene constancia escrita, aunque su historia sigue siendo bastante confusa.

—Sastre..., claro...

—¿Cómo dices?

—Digo que ahora caigo que el apellido Taylor es una deformación de la palabra «*tailor*» en inglés, que significa «*sastre*» en castellano.

—Chico listo —corroboró el profesor—, de la misma manera que Santiago es también Jaime, *James* en inglés.

—Pero eso significa que Amalia es también descendiente de aquellos primeros maestros gremiales, aunque ella no lo sepa.

—Efectivamente, sin embargo, quienes sí tienen muy claro quién es y qué representa para nosotros son los miembros del Patronato.

—Por eso la han secuestrado.

—Por eso y porque posee la parte de fórmula que todavía les falta para completar todos los elementos del elixir secreto.

—¿Qué parte?

—La que encontrasteis en la biblioteca mazarina, la del Hombre de

Vitruvio, la parte más arcana y esotérica de todas.

—Pero ahí solo había una frase en latín que decía “*expelle noctem animam meam*”.

—Justamente, ese es el activador.

—¿Activador?

—Sí, es como un interruptor que conecta el resto de ingredientes físicos de la fórmula, activándolos en una secuencia cronológica que solo el cerebro es capaz de detectar y provocando que las células gliales actúen sobre los axones neurológicos.

—Entiendo, de hecho, esa fue una de nuestras conjeturas cuando descubrimos las fotografías enviadas por Monsieur Françoise Cremont.

El profesor esbozó una media sonrisa ante la mención del hombre cuyos servicios él mismo había contratado para obtener las imágenes del folio 643 del Códice Atlántico.

—Veo, además, Fernando, que también conoces el procedimiento intrínseco que se produce en nuestro cerebro cuando se ingiere el elixir —continuó Bruno—, un viejo colega de la universidad nos explicó a Amalia y a mí cómo gracias a la potenciación de las células gliales se multiplican los impulsos neurológicos, aunque no logro comprender cómo al pronunciar una frase se puede lograr ese efecto activador.

—Bueno, la explicación, aunque un tanto esotérica, es verdaderamente cierta, créeme. Parece ser que la correcta pronunciación de las sílabas de esa frase latina actúa de la misma manera que la combinación numérica de una caja fuerte, la cual va encajando cada uno de las muescas de la cerradura hasta que se abre la puerta, solo que aquí lo que se abre es nuestro cerebro al provocar esa explosión de entendimiento instantáneo. Ya te digo, un poco magia negra o ocultismo, pero terriblemente eficaz.

El investigador recordó haber leído algo relativo al poder de las palabras en un artículo de la revista *Muy Interesante*, su favorita, sobre todo la edición de *Historia*. El artículo refería la capacidad que tenían algunas palabras para provocar determinadas reacciones en nuestro subconsciente. Posiblemente se trate del mismo efecto descrito por el profesor.

—Todo eso está muy bien, Fernando —añadió nervioso el historiador—, pero nada de lo que me has contado nos acerca al paradero de Amalia, así que sugiero que dejemos de lado las lecciones de historia por un momento y nos centremos en cómo encontrarla, primero, y cómo liberarla, después.

—Tienes razón, querido Bruno, pero en lo que respecta al paradero no

tienes por qué preocuparte, pues los guardianes sabemos perfectamente dónde la mantienen retenida.

El investigador levantó una ceja en señal de asombro, e inmediatamente inquirió—: ¿Dónde?

—Pues, nada más y nada menos que en el país de uno de sus miembros más insignes...

—¡Quieres soltar dónde de una vez! —bramó Bruno ante el cruel suspense que el profesor mantenía.

—Perdón, imagino que esta situación no es en absoluto placentera, menos aún cuando entre vosotros hay algún tipo de relación más... íntima —añadió titubeante ante la posibilidad de no acertar con el grado de vinculación amorosa que ambos poseían—. Aun así, no te olvides que, como guardián del Gremio, nosotros también estamos terriblemente preocupados por el bienestar de...

—¡Profesor Arístegui! —rugió el historiador.

—Está bien —se disculpó este —, a Amalia se la han llevado a la antigua Albión.

Bruno elevó los ojos al cielo en señal de incredulidad ante el humor retorcido del profesor y su manía de ralentizar la información. Afortunadamente, como historiador avezado, en esta ocasión sabía perfectamente a qué país se refería, y se dispuso a buscar en el móvil el primer vuelo directo que le llevara a la Isla de la Gran Bretaña.

Cuatro horas y diez minutos más tarde aterrizaban discretamente en una pista privada del aeropuerto de Stansted, a unos cincuenta kilómetros de la capital londinense. No había hecho falta que Bruno reservara ningún vuelo, pues el Gremio tenía un jet privado esperándolos en un hangar del aeropuerto valenciano de Manises. No cabía duda que los recursos económicos de aquella sociedad eran ilimitados.

Durante el vuelo, sentados cómodamente en dos lustrados asientos de piel, el profesor le transmitió al investigador la certeza de que Amalia se encontraba en el domicilio de uno de los Hermanos Mayores del Patronato, probablemente en el sótano de la lujosa mansión que este poseía en el mismo barrio de Chelsea.

Junto a Don Fernando y Bruno viajaba en el jet un grupo de hombres de aspecto circunspecto y negra vestimenta, que les cubría todo el cuerpo a excepción del rostro. De porte marcial, su ocupación, según le relató el

profesor, consistía en realizar delicadas operaciones especiales, tales como la liberación de una rehén en suelo extranjero sin el pertinente permiso gubernamental, o lo que era lo mismo, el rescate de Amalia de manos del Patronato.

—Desearía acompañarlos —solicitó el historiador al profesor Arístegui mientras dirigía una mirada al cuerpo de élite que permanecía callado, revisando concienzudamente el material de unas abultadas mochilas negras.

Uno de ellos, el que parecía al mando, miró al guardián con el rabillo del ojo, y negando con la cabeza, confirmó la respuesta que este ya anticipaba.

—Me temo que eso es imposible. Estos hombres están entrenados para realizar este tipo de incursiones con la precisión de un reloj suizo. Tu presencia no solo ralentizaría la operación, sino que es posible que incluso llegara a frustrarla.

Bruno miró detenidamente al grupo de cinco hombres justo un momento antes de que pintaran sus rostros con betún y se confundieran con el color de la noche. Lo cierto es que había esperado una respuesta negativa, pero el nerviosismo que experimentaba le impedía permanecer impasible a bordo del jet, en aquel hangar privado del aeropuerto.

El profesor, al ver el estado de ansiedad del investigador, se apiadó de él, y le facilitó unos auriculares—: ¡Ten! Con esto podrás seguir las conversaciones del grupo de asalto. Es lo único que puedo hacer.

Bruno tomó los cascos y, nada más ponérselos, oyó la voz del capitán alta y clara en sus oídos—: Chicos, comprobando comunicaciones.

Al instante, el investigador escuchó casi al unísono cómo los miembros del grupo de asalto respondían tras su capitán:

—Jiménez, OK.

—Vargas, OK.

—Stevens, OK.

—Mertens, OK.

—Santos, OK.

Solo por el acento, Bruno dedujo que una pequeña representación de la ONU se había reunido allí para solucionar un problema de índole mundial, como por otra parte así era. El capitán Jiménez era el único español y, la verdad fuera dicha, le extrañó que estuviera él al mando, habiendo tanta nacionalidad donde elegir. En cualquier caso, tan pronto como se pusieron en marcha, desechó ese prejuicio de la cabeza, y vio cómo el Land Rover negro, cuyo color no podía ser de otra manera, se alejaba en dirección a la

salida del aeropuerto.

—Será mejor que te relajes un poco, Bruno —le aconsejó el profesor—, hasta que no lleguen cerca de su objetivo no vas a escuchar gran cosa.

Efectivamente, no es que los miembros del grupo de asalto hablaran poco durante la casi hora que los llevó cubrir la distancia hasta el barrio de Chelsea, es que no pronunciaron ni una sola palabra. Por un momento, el investigador pensó que sus auriculares podían haberse estropeado, y después de comunicárselo a Don Fernando, este le confirmó que funcionaban perfectamente, hecho que le demostró la absoluta profesionalidad del grupo y la absurda petición de él para unirse a ellos. Indudablemente, hubiera sido un obstáculo.

—¿Cómo lo van a hacer? —preguntó al profesor Arístegui para romper el punzante silencio.

—¿El rescate?

Bruno asintió.

—Bueno, no es que sepa todos los detalles, pero, tal y como te dije en Valencia, podemos triangular la ubicación de Amalia en el número 201b de la calle Cheyne Walk.

—¿No es esa la calle donde viven los más ricos de Londres?

—Efectivamente, ya te dije que se la han llevado al domicilio de uno de los miembros más insignes del Patronato, uno de los Hermanos Mayores, no estamos seguros del todo.

—¿Cómo que no estáis seguros?

—Así es. El Gremio es una organización mundial, con infinidad de guardianes, colaboradores e informantes, pero también lo es el Patronato, así que, a pesar de nuestros esfuerzos por descubrir los nombres y orden de su cúpula dirigente, lo cierto es que solo intuimos parte de ella. Imagino que a ellos les pasa lo mismo con nosotros.

—¿Quién es el Maestro del Gremio?

—Buen intento, Bruno, pero, aunque supiera quién es, que no es así, no podría desvelarlo. O, mejor dicho, sí que podría, pero luego tendría que matarte.

El historiador sonrió nervioso, pues no era propio del profesor hacer bromas de ese estilo. No se imaginaba al viejo profesor capaz de tomar una decisión de ese calibre, mucho menos de llevarla a cabo. Este, adivinando sus pensamientos, intercedió:

—Oh, no te preocupes, no sería yo el que perpetrara tal acto de violencia.

Para eso tenemos a gente como ellos —dijo señalando los auriculares y refiriéndose al grupo de asalto que se hallaba al otro lado de los mismos.

El comentario no le tranquilizó en absoluto, y por la mirada del profesor, no supo finalmente predecir si lo decía en serio o no. En cualquier caso, volvió al tema que habían dejado interrumpido:

—Imagino que habéis triangulado la ubicación de Amalia gracias a su móvil.

—Error. Su móvil no se encuentra operativo desde ayer, dejó de emitir exactamente poco después de que tú abandonaras la redacción del periódico.

—Pero hoy en día no hace falta que un móvil esté encendido para saber su ubicación —afirmó el investigador.

—Ya, pero el problema de su móvil no es que esté apagado o no, sino, como te he dicho, que no está operativo. Vamos, que lo han destruido por completo para que no deje ningún rastro.

—¿Entonces? —preguntó Bruno pensativo— ¿Cómo es posible que podáis triangular su posición?

—En la facultad te conté que el Gremio se hizo cargo de su protección tras el asesinato de sus padres y, entre otras cosas, le implantamos en un diente un localizador para tenerla siempre controlada. Por supuesto, esto se realizó durante una visita rutinaria al dentista para que Amalia no fuera consciente. Entenderás que, siendo descendiente directa de James y Lucía, y tras el abrupto deceso de sus padres, tuviéramos que adoptar medidas extremas, las cuales han resultado ser un acierto, vista la circunstancia en la que ahora nos hallamos.

El investigador convino que en verdad había sido una suerte que Amalia llevara ese tipo de implante, aunque, pensándolo bien, no se imaginaba de qué manera le había afectado estar vigilada de esa manera durante toda la vida. Eso le hizo recordar aquella película protagonizada por Jim Carrey y Ed Harris, *el Show de Truman*, y deseó que, al igual que el protagonista, Amalia se liberara también de aquella opresión silenciosa. Luego se percató que él mismo había formado parte de la vida de la joven, y de una manera bastante íntima, con lo que sus sospechas se dispararon como un castillo de fuegos artificiales en una noche de Fallas valenciana.

—Ese localizador... no tendrá algún tipo de dispositivo de audio, ¿no?

—No, lamentablemente solo sirve para averiguar su ubicación. No quisimos invadir tanto su intimidad como para escuchar todas sus conversaciones.

Bruno dudó de la buena voluntad de la acción, y se juró a sí mismo sacar a Amalia de su ignorancia desde el primer momento que pudiera estrecharla entre sus brazos. Ya estaba harto del Gremio, del Patronato y toda aquella locura que había hecho que la chica que realmente le gustaba estuviera en aquella situación de terrible peligro.

—¡En posición! —escuchó el investigador en los auriculares interrumpiendo su indignación.

—¡En posición! —contestó otra voz, esta vez con un deje portugués en su acento.

—¡Go, go, Stevens! —oyó decir al capitán Jiménez dando luz verde al asalto.

Después silencio, un silencio eterno, abrumador, como el de las iglesias vacías por la noche, reverente, pero a su vez pesado, cargado de una incertidumbre que solo el ruido seco de un disparo interrumpió al cabo de unos minutos. Luego sonidos ininteligibles, acompañados de más disparos ensordecedores. Por último, la voz de Vargas, con ese acento ineludiblemente boliviano, confirmando lo que el profesor y Bruno se habían temido desde un principio:

—¡Capitán, nos estaban esperando! ¡Stevens ha caído y Silva está herido!

—¡Maldita sea! —se oyó perjurar al jefe del grupo—. ¡No os mováis de donde estéis, Mertens y yo entramos por la puerta de delante!

Al poco, más disparos y forcejeos, hasta que la línea se cortó definitivamente.

—¡Capitán! —gritó el profesor a través del micrófono que llevaba adosado a sus auriculares.

—¡Capitán Jiménez! ¿Está usted ahí? —insistió.

La distancia solo le devolvió el sonido de la estática, como si la batalla siguiera su curso, pero a ellos les castigaran con la incertidumbre de su desenlace.

—¡Debería haber ido con ellos! —prorrumpió Bruno sin poder evitar su enojo.

—No digas tonterías, ahora estarías muerto. Aunque no sabemos si, a parte de Stevens, ha habido alguna baja más.

—¿Y por qué no contestan?

—No lo sé. Lo que está claro es que no podemos hacer otra cosa más que esperar. Es posible que alguno pudiera escapar de la emboscada y se dirija hacia aquí.

—¿Y si han caído todos y el Patronato ha averiguado que estamos esperándolos? Vendrán a acabar el trabajo.

—Eso, querido amigo, es lo que tiene pertenecer al Gremio, que tu vida ya no te pertenece, y tus posibilidades de alcanzar la vejez disminuyen exponencialmente —aseveró en tono circunspecto—. No nos queda otra que arriesgarnos y esperar a que vuelvan.

Afortunadamente, el retorno fue más rápido que la ida, y el Land Rover apareció en el hangar apenas media hora después que se hubiera cortado la comunicación.

—¡Gracias a Dios! —suspiró Don Fernando.

Del vehículo bajaron cuatro hombres de luto, los cuales inmediatamente abrieron el portalón y extrajeron un cuerpo inerte envuelto en una bolsa de plástico oscuro. Se lo cargaron al hombro, y lo condujeron hacia el jet con una solemnidad abrumadora, como si portaran el Cristo del Gran Poder en la madrugá del Viernes Santo sevillano. La atmósfera que se respiraba en el hangar denotaba el intenso dolor y la inmensa tristeza que el deceso del miembro del grupo había producido en sus compañeros. Indudablemente era un grupo muy unido, y la pérdida de uno de sus componentes no era algo ni remotamente habitual.

—Lo siento, capitán —alcanzó a decir el profesor una vez depositaron el cuerpo en el avión—, no entiendo cómo podían saber que íbamos.

—Yo tampoco, pero lo cierto es que la muchacha no estaba allí, aunque sí su localizador —y extrajo de su bolsillo un pañuelo blanco con restos de lo que parecía sangre reseca.

El profesor Arístegui dudó en cogerlo, y Bruno se le adelantó. Lo desplegó cuidadosamente y descubrió una muela con un diminuto dispositivo de rastreo en su interior.

—Imagino que se la extrajeron nada más llegar y luego la trasladaron antes de preparar la emboscada —aseveró el capitán.

—No acierto a comprender cómo averiguaron que llevaba el implante, nos aseguramos que fuera indetectable —farfulló Don Fernando aún descompuesto por la imagen de la muela ensangrentada.

—Pues solo se me ocurre una posibilidad —concluyó el soldado—. Me temo que hay un traidor entre los guardianes, o los maestros, aunque Dios nos libre si se trata de estos últimos.

—¿Por qué? —inquirió Bruno aún enojado, imaginándose lo que debía

haber sufrido Amalia en manos de las bestias del Patronato.

—Pues porque son los custodios de la fórmula secreta y los ingredientes que la componen. Si cae de nuevo en manos de la cúpula del Patronato, estamos todos condenados.

—No creo que conozcan la fórmula —afirmó el profesor un poco más recompuesto.

—¿Cómo puedes estar tan seguro? —replicó el investigador que había pasado del enojo a la preocupación.

—Pues por la sencilla razón que han tenido que secuestrar a Amalia para averiguar los elementos de la misma, incluido el activador. Si ya los supieran, ¿qué necesidad tendrían de raptarla?

—¡Pero ella no sabe cuáles son esos elementos! —exclamó Bruno con un tono de angustia en la voz—. Lo más que hemos podido investigar es un listado de ingredientes, al cual más absurdo, y una frase en latín que no tiene ningún sentido.

—Mi querido Bruno —contestó el profesor con un tono de lástima—, me temo que no hace falta que ella les diga ese listado, pues el Patronato tiene otros medios más efectivos de averiguarlo.

—Y nosotros aquí, en un hangar perdido de Inglaterra mientras no tenemos ni idea de donde se encuentra Amalia —protestó Bruno con la voz rota de desesperación, a la cual contestó Don Fernando con un cansino asentimiento de impotencia.

10 de octubre de 1582

El duque de Illescas había sido categórico en sus órdenes, empezando por los correos enviados a todas las capitales de Europa donde el Patronato y el Gremio tenían presencia, y siguiendo por las ciudades españolas más cercanas, las cuales delegó en su subordinado, el marqués de Montaraz.

La misión, clara y taxativa: acabar con el Gremio y su oposición a los planes del Patronato. Era una operación compleja y en exceso mundana, pues la sangre correría como las aguas por los riachuelos tras el deshielo. Por eso pensó que lo mejor era no comunicar sus intenciones al Papa ni a los hermanos mayores, pues de esta manera conseguiría un doble propósito: evitar que se opusieran a su plan y, una vez realizado con éxito, recoger en exclusiva los laureles de la victoria, para así reafirmarse como Hermano Supremo ante Su Santidad y, de rebote, desbancar a aquel advenedizo del conde de la Coruña, Bernardino Suárez de Mendoza, que solo aspiraba a ocupar su lugar.

—¡Daos prisa, mentecatos, o llegaremos tarde! —gritó el marqués de Montaraz al grupo de hombres que comandaba.

Este, tras recibir las oportunas indicaciones por parte del duque, se había aprestado a cumplirlas con eficacia militar, y despachó emisarios a las principales ciudades españolas. Sabía que tanto en Valladolid, Madrid, Valencia, Barcelona, Granada y Sevilla, el Patronato contaba con un número importante de miembros, pues también se trataba de los núcleos poblacionales más desarrollados. En otras, sin embargo, sus representantes eran escasos, pero también los de los gremios, con lo que las fuerzas se igualaban. Este era el caso de ciudades como Burgos, Bilbao, o Mallorca también.

En definitiva, la operación que se antojaba harto complicada, tenía una ejecutoria bastante simple: entrar en los domicilios de los maestros del Gremio de cada ciudad, asesinarlos junto a sus familias, y quemar sus talleres y viviendas. Sorpresa y rapidez, esas eran las dos armas más potentes con las que contaban los verdugos del Patronato, ¡y por Dios que las iban a utilizar!

Por hallarse en la ciudad en cuestión, el marqués había querido ponerse al mando de los soldados del Patronato que iban a llevar a cabo el asalto en la

misma Toledo. Gracias a la confesión del defenestrado Don Martín de Andújar, el listado de nombres de maestros gremiales que les proporcionó bajo tortura, junto con sus domicilios, no solo era extensísimo, sino también muy preciso. De haber sabido que aquel desgraciado poseía tal valiosa información, hubieran abordado aquella sangrienta entrevista mucho antes de lo que finalmente habían hecho.

En cualquier caso, los despachos, con las órdenes del duque, habían sido enviados durante toda la mañana tras una actividad frenética por parte de los escribanos y emisarios del Patronato, por lo que ahora solo restaba cumplir con su pequeña aportación local en la masacre que iba a tener lugar durante los siguientes días por toda Europa.

—Hemos llegado, señor —dijo el que parecía capitanear el grupo de doce hombres totalmente emboscados—. Este es el taller de Don Rodrigo Ruiz.

El marqués miró el edificio con condescendencia, consciente que en breve ardería en llamas por completo y sus moradores no verían más la luz del día.

—¿Qué es ese olor nauseabundo? —preguntó el marqués.

—Don Rodrigo es el maestro carnicero, señor, y así es como huelen los despojos y vísceras de los animales.

El noble, poco acostumbrado a moverse entre este tipo de personas y barrios, asintió comprensivamente al tiempo que con un gesto daba la orden al capitán para cumplir con su cometido. Él disfrutaría desde la calle del placer del exterminio, como si estuviera regocijándose en su palco del Teatro Real.

La eficacia de los verdugos fue implacable: a los pocos minutos de haber entrado, la docena de hombres abandonaba el taller arrastrando tras de sí un hombre, una mujer y dos criaturas pequeñas, una de ellas una cría de pecho. Los cuatro aparecían degollados y el reguero de sangre que dejaban se mezclaba con el color pardusco de la sangre añeja del taller.

—¿Por qué los habéis traído?

—Pensé que querría comprobar que están muertos —se excusó el capitán.

—Eso no es necesario, pues si no fuera así, quien moriría a continuación serías tú por inepto. ¡Volved a meterlos dentro antes que las llamas se apoderen del edificio por completo, y larguémonos de aquí cuanto antes!

El capitán cumplió las órdenes con el crepitar del fuego iluminando su rostro aterrado. Conocía de sobra la fama del marqués de Montaraz, y no quería darle motivos para cumplir su amenaza.

A continuación, se trasladaron a la siguiente dirección que tenían anotada,

y el procedimiento se repitió de manera exacta, esta vez quedando los pobres moradores directamente con el cuello rebanado en su interior.

Y así con cada uno de los maestros gremiales de la ciudad, en un aquelarre que duró casi toda la noche, y sin más inconvenientes que el que les causó el maestro herrero, el cual, al disponer de varias armas de hierro en el taller y tener un pequeño ejército de aprendices a su servicio, batalló con denuedo hasta sucumbir con honor bajo las espadas más experimentadas de los soldados del Patronato. Aun así, los del gremio consiguieron llevarse por delante a tres de ellos y herir a otros cuatro más, con lo que las huestes del marqués parecían un batallón derrotado cuando hicieron su aparición, ya clareando el alba, en el patio del palacio del duque de Illescas.

—¿Cómo ha ido? —inquirió el duque mientras desayunaba frugalmente en la alargada mesa de roble del salón principal.

El marqués, que ya se había cambiado de indumentaria y desayunado profusamente en contraposición, se hallaba de pie, con una sonrisa alargada de satisfacción como si fuera una cicatriz perenne en el rostro.

—Ha ido tal y como estaba previsto, duque, incluso nos hemos podido divertir un poco al intentar acabar con la vida del maestro herrero.

—Eso no es lo que me ha contado mi capitán, Montaraz —dijo arrastrando su apellido, desdibujando la sonrisa del susodicho en una agria mueca—. De hecho, no creo que la diversión a la que ha hecho alusión haya alcanzado a los soldados muertos en esa reyerta, por no mencionar también que el escándalo producido ha despertado a media calle. Afortunadamente, los alguaciles de la patrulla nocturna estaban bien sobornados y el caso no llegará al corregidor.

El marqués no supo qué contestar, y mantuvo una actitud impertérrita, con el rostro compungido y la mirada fija en un lugar indeterminado del techo.

—¡Retírese hasta nueva orden! —bramó el duque fuera de su habitual talante comedido que, todo sea dicho de paso, amedrentaba más a sus subordinados que estas esporádicas explosiones de cólera.

Después de ver cómo la espalda del marqués se alejaba por el pasillo, quedó el duque de Illescas pensativo y preocupado por la enorme empresa que se había propuesto llevar a término. Hacía poco que le habían confirmado, a través de unas misivas llegadas en palomas mensajeras, que, tanto la ciudad de Granada como la antigua capital Valladolid, habían corrido la misma suerte que Toledo, y los cuerpos de los maestros gremiales ardían

pasto de las llamas.

La victoria estaba próxima, e incluso soñaba con, en un golpe de efecto, usurpar el poder del Patronato al mismísimo Papa, gracias al control de la fórmula y de los miembros nobles de la sociedad, los cuales eran mayoría contra la curia vaticana. La humillación sufrida el día anterior en el cónclave por parte de Su Santidad y el conde de la Coruña le había hecho recapacitar sobre la necesidad, por no decir urgencia, de un cambio en el liderato del Patronato, y acabar así con el yugo de sus actuales dirigentes.

Lo que no expresaba ese pensamiento era que su intención era meramente cambiar un absolutismo por otro, simplemente porque no le gustaba que le dejaran en evidencia, ni siquiera el mismísimo Papa.

—Su excelencia —anunció uno de los sirvientes—, Su Santidad requiere su presencia en el palacio episcopal.

El duque blasfemó en voz baja, harto del yugo al que lo sometía el viejo.

—¡Decidle que me reuniré con él lo antes posible! —contestó escueto el de Illescas.

—Me temo que esa respuesta no va a ser posible —se oyó decir al marqués de Montaraz mientras entraba de nuevo en el salón, acompañado esta vez de seis soldados de la guardia suiza personal del Papa—. Hemos sido convocados sin dilación alguna. Me temo que ha llegado a sus oídos el asesinato de todos los maestros gremiales.

—No importa —aseguró el duque —, ya es hora de acabar con Ugo Boncompagni y su prole de curas engreídos. ¡Vayamos a su encuentro!

Amalia se despertó con un ligero dolor de muela, y al echarse la mano a la boca pudo comprobar que le faltaba una de ellas. Todo a su alrededor era oscuridad y silencio, lo cual le hizo pensar que estaba aislada en un habitáculo construido exprofeso para mantener a un rehén. Al instante se cercioró de ello, pues al recorrer con sus manos las paredes, certificó que aquella celda no medía más de tres metros cuadrados.

La ausencia del diente apenas le causaba una pequeña molestia, con lo que dedujo que le habían suministrado algún tipo de calmante o anestesia, pues de lo contrario su desazón estaría recorriendo aquel diminuto recinto como animal enjaulado.

Se sentó en una especie de camastro y apoyó la espalda en la fría pared, abrazando sus piernas con los brazos, igual que hacía cuando era pequeña y las pesadillas por la muerte de sus padres perturbaban su sueño. En realidad, aquella sensación nunca había desaparecido del todo, y ese terror íntimo volvió a aflorar en medio del oscuro silencio.

Poco a poco empezó a recordar, y los acontecimientos de las últimas horas aparecieron nítidos en su mente:

Tras la tensa conversación mantenida con Blas en el periódico y el despido injusto de Bruno, el redactor jefe ordenó a Amalia ir a cubrir una insípida noticia sobre las obras en el Mercado Central de Valencia. La joven le respondió solicitando el día libre aludiendo indisposición repentina. Estaba claro que Blas Guzmán se había excedido en las formas y pensó que al concederle esa venia compensaba un poco la desagradable conversación mantenida en su despacho y el posterior despido de Bruno.

En cualquier caso, Amalia no pensaba perdonarlo tan fácilmente, aunque se alegró que le permitiera salir para reencontrarse con el historiador, pues de esta manera tendría la posibilidad de hablar sobre lo que iban a hacer a partir de entonces.

Ese encuentro iba a tener lugar en la cafetería Valor, cerca del periódico, pero ella nunca llegó a su destino. Al poco de salir del edificio, mientras caminaba resuelta por la calle La Paz, un coche se detuvo justo a su lado, y dos fornidos individuos se apearon de él en un movimiento sincronizado, al tiempo que la agarraban de los brazos y la introducían en volandas en el vehículo. No le dio tiempo ni a gritar, pues la operación se había producido

con la misma rapidez y sorpresa con la que te caga una paloma en el hombro, sin darte ocasión a reaccionar. Ya en el interior del auto, una mano recia le tapó la boca mientras le introducía un somnífero por vía intravenosa.

Lo siguiente fue despertarse en otro vehículo recorriendo la campiña británica, fácilmente reconocible por la matrícula de los otros coches que circulaban por la autopista. Desde su posición en el coche pronto dejó de observar los verdes pastos, y los edificios grises empezaron a desfilar por la ventanilla cada vez con más asiduidad.

Al final, la ciudad de Londres ocupó por completo su visión, y de los sucios barrios del extrarradio pasaron, una hora más tarde, a los inconfundibles edificios del barrio de Chelsea, ¿o sería el de Knightsbridge? No estaba muy segura. Había estado en la capital del Reino Unido en un par de ocasiones: La primera en viaje de estudios con el instituto y, la verdad, no se había fijado tanto en los edificios como en los jóvenes británicos que lucían camisetas de manga corta, a pesar de ser vacaciones de Pascua; la segunda unos años más tarde, en un simposio sobre la utilización de las redes sociales como medio de difusión periodístico. En esta ocasión había disfrutado más de la ciudad y de sus lujos, recordando especialmente la tarde que pasó en Harrods, unos grandes almacenes cuyo lema, «*Todo para todo el mundo en todas partes*», describía por sí solo la elegancia y excelencia de los productos que ponían a disposición del visitante. Se ubicaba en el barrio de Knightsbridge, y por eso los edificios que observaba en ese instante le transportaban a ese delicioso momento.

En realidad, su primera intuición había sido la acertada, y el coche enfiló por Cheyne Walk, la calle más lujosa del barrio de Chelsea. La atmósfera georgiana conseguida gracias a su hilera de casas de ladrillo rosa era uno de sus singulares alicientes, siendo otro la cercanía del río Támesis y la cantidad de mansiones de famosos que se ubicaban en ella, tales como la de Roman Abramovich, multimillonario ruso dueño del Chelsea F.C., o Mick Jagger y Keith Richards, componentes de los Rolling Stones.

La mansión donde se detuvo el vehículo, aunque Amalia desconocía todo esto, no tenía asignado un número de calle determinado, entre otras cosas porque pertenecía al antiguo palacio de Enrique VIII y cuyo dueño actual, Sir Marcus Sloane, era uno de los descendientes del naturalista Sir Hans Sloane, el cual compró el edificio en 1712. Este noble inglés, gracias a su obsesión coleccionista, logró recopilar una cantidad ingente de curiosidades relacionadas con la geología, etnografía, arqueología, historia natural y

antigüedades, las cuales donó al Museo Británico tras su muerte para convertirse en los primeros fondos que el museo compiló.

Su descendiente Marcus, lejos de tener ese afán filantrópico, era un hombre tosco, poco amante de las relaciones humanas y, por lo demás, inmensamente rico, aunque sin esa cualidad altruista de su antepasado. Ambos, sin embargo, poseían algo en común, que por otra parte había sido heredado en la familia desde que tenían memoria: los primogénitos recibían el honor de ser nombrados Hermanos Mayores del Patronato.

Por tanto, sin saberlo, Amalia había sido conducida hasta la antigua residencia de Enrique VIII y actual morada del hombre que movía los hilos en el Patronato. Mejor así, pues de haber tenido esta información, el terror que sentía en ese momento, acurrucada en aquel camastro oscuro, hubiera igualado al que sentía ante el recuerdo de los golpes que su ex novio le propinaba.

Una intensa luz se vertió por la abertura de la puerta cuando esta se abrió. Pronto quedó bloqueada por la silueta de dos hombres, probablemente los mismos que la habían secuestrado en Valencia.

—¡Come here! —le ordenó uno de ellos para que se acercara con un marcado acento británico, aunque si Amalia hubiera tenido más conocimientos de la lengua anglosajona, se hubiera percatado que en realidad era irlandés, y su lugar de origen la pequeña localidad de Cork.

La joven, cegada ligeramente por la luz exterior, se puso de pie trémulamente y, temerosa, se acercó a aquella mole que la esperaba con unas bridas, presto a anudar sus muñecas. A ellas le siguió una capucha que la volvió a sumir en la oscuridad, y con ese disfraz de condenado la condujeron en absoluto silencio hasta el garaje de la residencia, la subieron de nuevo a otro vehículo, y abandonaron el lugar con el mismo anonimato con el que habían llegado.

Si Amalia hubiera estado consciente, pues inmediatamente le volvieron a administrar otro somnífero, quizás habría observado que justo en ese momento un Land Rover negro aparcaba en una de las calles laterales, y cinco hombres de diferentes nacionalidades bajaban de él, ocupando posiciones estratégicas antes de iniciar el asalto a la mansión.

Una casualidad hizo que la trasladaran instantes antes que los hombres del Gremio iniciaran su precipitado rescate. O a lo mejor las casualidades no existían y el Patronato tenía información de que venían a por ella, provocando así su huida en el último instante. En ese caso, ¿por qué los

hombres del Patronato no prepararon la emboscada más a conciencia y se dejaron sorprender por los del Gremio, hasta el punto de caer todos en la refriega? ¿Acaso era algo intencionado?

Lo cierto es que Amalia se alejaba una vez más de Bruno y del Gremio, para perderse entre las oscuras garras del Patronato. ¡Quién sabe si volverían a verse de nuevo, con vida!

11 de octubre de 1582

El duque de Illescas fue escoltado, junto al marqués de Montaraz, por los guardias suizos hasta el palacio episcopal, donde Su Santidad les esperaba sentado en una rica silla tapizada de un blanco níveo.

—¡Adelante! —ordenó más que invitó el clérigo.

Ambos nobles hicieron la preceptiva genuflexión y besaron el anillo papal, antes de tomar asiento a su vez. A diferencia del mullido trono de Ugo Boncompagni, las sillas dispuestas al efecto para aquellos dos eran de una madera recia y sin apenas respaldo, lo que obligaba a ambos a mantener una pose incómoda y artificial. El Papa, consciente de su indignación, se aprestó a iniciar la conversación, pues tampoco quería alargar aquello más de lo necesario.

—Han llegado a mis oídos los desmanes que decenas de guardias del Patronato han ocasionado durante esta pasada noche.

El duque abrió la boca dispuesto a replicar, pero Su Santidad lo detuvo con un gesto severo de la mano.

—Ante la incredulidad de los hechos, he inquirido por los responsables de tamaña barbarie y, he aquí mi sorpresa, cuando me anunciaron que se trataba del Hermano Mayor y uno de sus más cercanos colaboradores.

—¡Hemos acabado con la amenaza del Gremio de un plumazo, Ugo! —se enorgulleció el de Illescas.

El Papa, al cual no le había pasado desapercibido el tuteo del duque, como si quisiera mostrar que no le guardaba ningún respeto, sonrió ligeramente.

—Lo que habéis logrado está aún por ver, pero si mis informes son correctos, ya están empezando a estallar las primeras manifestaciones de indignación del populacho. Los vecinos saben que habéis asesinado a sus maestros gremiales, gracias entre otras cosas a vuestra falta de discreción, pues los incendios os delataban y os seguían como pisadas en la arena virgen del desierto. Muchos testigos han podido observar cómo, después de quemar un taller, os desplazabais hasta el siguiente, dando fe de vuestro salvajismo.

—Eso da igual, Santidad —apuntó el marqués, este mucho más temeroso que su amo—. Lo importante es que por fin hemos dado un golpe de efecto en la mesa y ya no tenemos oposición alguna para obtener los propósitos que

el Patronato se ha marcado.

El Papa no pudo en esta ocasión ocultar su asco, y de manera condescendiente contestó, no sin antes dejar pasar unos segundos eternos que acabaron por amedrentar al de Montaraz:

—¡Cuán equivocados estáis! No solo habéis dificultado nuestra misión poniéndonos al descubierto ante reyes y gobernantes, sino que tampoco habéis neutralizado la amenaza del sastre, el cual os recuerdo posee también nuestro elixir.

—La misión sigue intacta, y estas revueltas habrán acabado al mediodía. No tienes por qué preocuparte. En cuanto al inglés, mis hombres han estado a punto de capturarlo, pero se nos escapó por los pelos. Es cuestión de tiempo que demos con él —volvió a interceder el duque ufanamente.

—Ya veo. ¿Entonces por qué me informan que vuestro palacio arde envuelto en llamas justo en estos momentos, y todos los nobles toledanos andan despavoridos para protegerse de la alocada muchedumbre?

—¿Cómo? Eso es imposible. Acabamos de dejar mi palacio y nada de eso estaba ocurriendo. ¿No será que intentas minimizar mis logros para no quedar tú como un perfecto inútil? —se atrevió a acusar el de Illescas envalentonado—. Quizás sea el momento de que dejes la cúpula del Patronato en manos de hombres más capaces y resolutivos.

Justo en ese instante se oyó un murmullo desde la calle que crecía como la tempestad que se acerca en el horizonte. El de Montaraz, sin pedir permiso para ello, se levantó y, asomándose a la balconada, observó una ingente multitud de hombres y mujeres armados con todo tipo de herramientas caseras. La sin razón que motivaba su cólera era similar al del asalto a la judería unos años antes, aunque en esta ocasión su objetivo primordial eran las casas ricas y los palacios de postín, que iluminaban las calles principales envueltos en llamas, como si fueran aquellas hileras de cirios en las procesiones de Semana Santa.

—Mi señor duque, Su Santidad tiene razón, los palacios arden por doquier.

El de Illescas se unió de un salto a su subordinado, y en la distancia pudo observar cómo las llamas se alzaban por encima de los tejados de su palacete. Lleno de furia se giró, miró intensamente a Ugo Boncompagni, y vociferó:

—¡Has sido tú! ¡Tú ordenaste quemar mi casa después de hacernos llamar, y también has alentado a la muchedumbre para acabar conmigo!

Y diciendo esto, se lanzó hacia el Papa con los brazos extendidos preso de una rabia ciega. Nunca llegó a acercarse a menos de tres metros de él, pues una de las lanzas de alabardero suizo le golpeó de lleno en la base del cráneo, noqueándolo inmediatamente.

El marqués de Montaraz se precipitó sobre su superior y comprobó que, a pesar del reguero de sangre que brotaba de su cabeza, el duque aún respiraba y estaba vivo.

—¡Encerradlos! —ordenó Su Santidad—. Esta tarde se reunirá el cónclave de nuevo para decidir cómo actuamos ante los desmanes del gentío y, dada vuestra flagrante traición, votaremos también cuál es el castigo que merecéis, aunque yo no confiaría mucho en vuestras posibilidades.

Efectivamente, tras la reunión de los hermanos del Patronato, se tomaron dos decisiones trascendentales. Una de ellas se llevó a término al ocaso y, la otra, fue imposible de implementar, pues, tras la llegada de las nuevas de los asesinatos de los maestros gremiales de las diferentes ciudades, la multitud enloqueció de tal manera que era como si el infierno de Dante se hubiera desplegado con toda su maldad entre las enardecidas masas. Su ansia de destrucción y venganza alcanzó tal magnitud que ni el edicto papal, el cual habían redactado en el cónclave apelando a la bondad de Nuestro Señor Jesucristo, pudo convencer a la muchedumbre para que cesara en sus desmanes.

Por tanto, la única decisión que sí se llevó a cabo fue la sentencia de pena de muerte tanto del duque de Illescas, como del marqués de Montaraz. El veredicto había sido de alta traición a los hermanos del Patronato y ser los culpables de haber enervado a las masas. No les culparon, sin embargo, por haber acabado con todos los maestros gremiales, pues de hecho eso era algo que al propio Patronato beneficiaba, sino por la manera unilateral y vehemente en que lo ejecutaron, provocando por ello el alzamiento posterior del populacho.

Antes de que ambos hombres fueran ejecutados en el improvisado cadalso del palacio episcopal, se les concedió una última venia para poder reunirse con el Creador libres de pecado. Paradójicamente, ninguno de los dos solicitó la presencia de un sacerdote, y su absolución quedó pendiente para otra vida.

En el caso del marqués de Montaraz, el último deseo consistió en una buena cena, a base de carne de corzo, y dos putas que le amenizaron sus

últimas horas.

El duque de Illescas, por el contrario, tenía que atender asuntos menos mundanos, y pidió ver a su hijo por última vez. Este se presentó raudo en los calabozos del palacio episcopal poco tiempo antes que su padre fuera conducido para ser ejecutado.

—¡Alonso! —exclamó el duque al ver a su hijo aparecer, pues ya su hora estaba cercana.

—¡Padre! —respondió este sin mucho entusiasmo. La relación entre ambos siempre había sido bastante distante, y a sus veinticuatro años Alonso no recordaba ni una sola ocasión donde su padre le abrazara, alentara o, simplemente, mostrara orgullo por sus logros personales. Sin embargo, se acordaba perfectamente de los golpes, las recriminaciones y los desplantes continuos ante su falta de determinación.

—¡Escúchame, por lo que más quieras! —susurró el duque—. En breve te convertirás en el nuevo duque de Illescas, y aunque parece que nuestra estirpe ha caído en desgracia por mis actos, lo cierto es que poseo la manera de que, no solo recuperes el prestigio de la familia, sino que acabes con todos los que han provocado mi caída.

—¿Cómo? —se interesó el joven.

—Porque tengo guardada una copia de la fórmula secreta, y también la frase completa que le da el poder.

—¿De qué me está hablando, padre?

—¡Escúchame atentamente! —se impacientó el de Illescas—. Irás donde yo te diga, recuperarás el elixir Leonardo y después acabarás con la vida de la única persona que puede poner en peligro tu futuro y el de la familia.

—¿No querrá que asesine a Su Santidad? Eso es del todo imposible.

—¡Cállate, estúpido! Estoy hablando de James Taylor, que es el único que posee la fórmula también y puede frustrar tus propósitos. Justo antes de ser llamado a presencia del Papa, recibí la noticia por parte de uno de mis espías que el sastre había sido visto de vuelta a Madrid siguiendo el camino real. Deberás llegarte hasta allí y finiquitar ese asunto. Después, con el elixir en tu poder, harás lo siguiente que te voy a explicar.

Ambos permanecieron susurrando durante casi media hora más, antes que una voz contundente interrumpiera su conversación.

—¡Duque de Illescas, ha llegado el momento!

Tanto el duque como el marqués se volvieron a encontrar en los pasillos del calabozo, justo antes de ser conducidos al patio. El duque miró con

desprecio a su subordinado, pues a pesar de haber cumplido sus órdenes diligentemente, pensaba que parte de la culpa de que ambos se encontraran en aquella lamentable situación era la falta de tacto que había mostrado aquel en la ejecución del plan. De haberlo hecho el de Illescas directamente, hubiera urdido un plan más inteligente para que los asesinatos parecieran fruto de un accidente. Al final, tanta coincidencia hubiera sido sospechosa, pero solo esa duda les hubiera dado el suficiente beneplácito como para no enardecer a las masas. Los hermanos del Patronato lo hubieran entendido, y jamás les habrían condenado por ello.

Un empujón lo sacó de sus cavilaciones, y fue arrastrado hacia el exterior con excesiva vehemencia. Allí, el tosco cadalso, claramente construido con prisas por los carpinteros, se alzaba como si fuera el Gólgota esperando a sus condenados. Al otro lado del patio, unas gradas, estas mucho más regias, miraban de frente hacia el fatídico escenario, ocupadas totalmente por los mismos personajes que lo habían condenado.

Al llegar al entarimado los despojaron de sus nobles ropas para dejarlos solo con una saya blanca. Subieron la escalinata y se situaron debajo de las dos sogas que colgaban de una traviesa, apoyada esta en dos grandes vigas de madera. El verdugo se apresuró a pasar el lazo por el cuello de los condenados, y se retiró a un lado a esperar la señal de Su Santidad.

El duque miró fijamente a Ugo Boncompagni y le odió profundamente más allá de su vida terrenal, pues ni siquiera había tenido la decencia de degollarlo como era preceptivo en el ajusticiamiento de los nobles, sino que lo iba a ejecutar como a un mero ladrón, ahorcado en paños menores. Por lo menos confiaba en que al caer, el cuello se le rompiera inmediatamente y pasara al otro mundo rápidamente y con la dignidad que esa muerte producía, de lo contrario, tendría que morir lentamente, por asfixia, con la mueca desagradable que adornaría su rostro perennemente.

Miró por última vez hacia las gradas del patio en busca de su hijo Alonso, y pudo comprobar, tal y como le había ordenado, que no se había quedado a presenciar su ejecución, y ya estaría de camino a Madrid, en busca de aquel maldito sastre inglés y su destino.

Lo último que escuchó el duque de Illescas antes que se abriera la trampa bajo sus pies fueron los gritos del inútil de Montaraz, el cual llevaba sollozando desde que habían subido al cadalso, denigrando más si cabía su condición de noble de España.

La suerte le fue esquiva hasta en el último instante, pues su cuello no se

partió al caer, a diferencia del del marqués, el cual se quebró con un chasquido al precipitar su pesado cuerpo por el agujero. El suyo, mucho más liviano, resistió ese primer impacto, y tuvo que despedirse de este mundo lentamente, mientras observaba la beatífica sonrisa de Su Santidad, Ugo Boncompagni.

—Me temo que no nos queda otra que hurgar en los orígenes —dijo pensativo el profesor Arístegui.

—¿Qué quieres decir? —preguntó un inquieto Bruno.

—Pues que quizás, si examinamos el principio de las cosas podamos averiguar el final —respondió aquel meditabundo.

—Me estoy cansando ya de tus acertijos, profesor.

—¿Tú quieres que encontremos a Amalia? —dijo esta vez Don Fernando mirando fijamente al historiador.

—Pues claro, ¿qué clase de pregunta es esa?

—Bien, entonces escucha atentamente. A ver si entre tú y yo podemos deducir dónde la han podido llevar.

El investigador asintió, dispuesto a escuchar cualquier remota posibilidad que le desvelara el paradero de su querida Amalia.

—Ya te conté que sus padres perecieron en un accidente de navegación que no fue tal, y que ella fue criada por miembros del Gremio, los cuales se hicieron pasar por parientes lejanos.

—Primos segundos de la madre.

—Eso. Pues bien, el hecho es que quien urdió el asesinato de sus padres creemos que fue el mismísimo Hermano Mayor del Patronato, Marcus Sloane.

—Eso también me lo contaste.

—Sí, pero no te expliqué quién es este personaje singular. Se trata del heredero de la gran estirpe de los Sloane, cuyo miembro más emblemático fue Sir Hans Sloane, médico de la corte real entre 1696 y 1727 y presidente de la Royal Society a la muerte de su antecesor, Isaac Newton.

—Fernando... —se quejó condescendiente Bruno—, sé quién fue Hans Sloane, ¿o acaso has olvidado que estás hablando con un historiador?

—Tienes razón, una torpeza por mi parte. Entonces sabrás lo del chocolate y todo lo demás, ¿no?

La cara de sorpresa que compuso el historiador fue equiparable a la de sarcasmo de su antiguo profesor y jefe de departamento. Bruno ladeó la cabeza a la vez que con pequeños asentimientos culpables indicaba a Don Fernando que le sacara de su ignorancia.

—Ya me imaginaba yo —empezó diciendo el profesor a modo de

pequeña venganza—. Pero sí creo que sabes que el cacao fue introducido en Europa por los españoles. Allá en el Nuevo Mundo les gustaba tomarlo frío, espumoso y aderezado con vainilla y pimienta, además de endulzado con azúcar o miel. Sin embargo, a este lado del Atlántico, se prefería caliente y también mezclado con azúcar, pero rebajado con agua. Hasta que, a finales del siglo XVII, un naturalista irlandés tuvo la idea de combinarlo con leche y cambió el panorama. ¿A qué no sabes de quién te hablo?

Bruno siguió padeciendo la sorna del profesor y no contestó, pues lo cierto es que se lo tenía bien merecido. A veces podía pecar de sabelotodo. Ese era uno de los riesgos de los historiadores: creer saber más que el resto de mortales cuando en el fondo apenas acumulaban unos datos y fechas más.

Don Fernando, al ver que su discípulo no replicaba, entendió que había aprendido la lección, y abandonó su tono condescendiente antes de continuar.

—Efectivamente, nuestro querido Hans Sloane fue el inventor del chocolate con leche, o, mejor dicho, fue el que lo patentó, y con ello consiguió erigir todo un imperio económico.

—Sí, pero lo que no acabo de entender es cómo lo introdujo en Inglaterra si antes mencionaste que habían sido los españoles en traer el cacao a Europa y, sobre todo, qué relación tiene eso con el Patronato.

—A lo primero, te respondería echando mano de su extensa biografía, pero déjame resumírtela con unas pinceladas. Lo que te interesa saber es que, como médico personal de Christopher Monck, Duque de Albemarle y gobernador de Jamaica, pasó varios años en Port Royal donde consiguió dos hitos en su vida: casarse con una rica viuda propietaria de varias plantaciones de azúcar, y catalogar más de ochocientas especies exóticas de plantas, entre ellas el cacao. Con todo eso volvería a Gran Bretaña y adquiriría una enorme extensión de terreno en el mismo Londres donde finalmente se establecería.

—En Chelsea, claro —confirmó el investigador.

Don Fernando asintió.

—Lo que me lleva a la otra cuestión, cuál es su relación con el Patronato: pues la conexión fue en el momento que todas esas riquezas le convirtieron en baronet en 1717, siendo el primer galeno en conseguir un título hereditario, y pasando por ende a formar parte de la exclusiva familia nobiliaria británica. Eso, y sus extensos conocimientos en botánica y química, hicieron el resto. Fue nombrado presidente del Royal College of Physicians y, a la muerte de Isaac Newton, también de la Royal Society. Suficientes credenciales para que los hermanos del Patronato lo introdujeran

en su pequeña sociedad secreta. De ahí a convertirse en uno de los pocos Hermanos Mayores es todo un misterio, pero deducimos que es así. Y no solo eso, sino que de alguna manera ese título ha permanecido en la familia hasta su actual descendiente, Marcus Sloane.

—Personaje no tan insigne y con una millonésima parte menos de escrúpulos que su antecesor.

—Bueno, eso no lo sabemos. Me refiero que el talante de Marcus está más que demostrado al secuestrar a Amalia, pero tampoco conocemos si Hans fue un santo varón. Verás, Bruno, el hecho que un hombre pertenezca al Gremio o al Patronato no le convierte inmediatamente en una persona piadosa o no. Tanto en una sociedad como en otra, la calaña de sus miembros va unida intrínsecamente a las ansias de poder y ambición que posean —concluyó en tono enigmático.

—¿Quieres decir que no todos los miembros del Patronato son malos ni todos los del Gremio son buenos?

—Algo así. Aunque a Marcus Sloane lo hemos catalogado correctamente, y será mejor que encontremos la manera de liberar a Amalia o me temo lo peor.

El teléfono de Don Fernando sonó con un bip inaudible, y este se apresuró a responder:

—¿Sí?

—El gulfstream G650 con matrícula N360SW ha despegado a las 05:23 minutos desde Gatwick con dirección al aeropuerto de Tesalónica.

—¿Tesalónica? —repitió en voz alta el profesor—: Bien, gracias.

—¿Qué pasa en Tesalónica? —inquirió Bruno inmediatamente.

Don Fernando miró pensativo al historiador y asintió lentamente mientras su cabeza desechaba posibilidades y ejecutaba conjeturas. Al final, como si lo obvio se le hubiera mostrado por arte de magia, exclamó:

—¡Claro! ¿Cómo no se me había ocurrido antes?

—¿Qué? ¿El qué? —bramó el investigador a punto de lanzarse al cuello del profesor y sacarle de su ensimismamiento.

—Ya sé dónde se ha llevado a Amalia —aseveró Fernando.

—¿A Tesalónica?

—No, amigo mío, eso es solo el aeropuerto más cercano.

—¿Entonces?

—¿Has oído hablar alguna vez de Meteora?

—Claro, es un monasterio precioso encumbrado mágicamente encima de

un risco en las inmediaciones de la ciudad griega de Kalambaka. Creo recordar que se ha rodado alguna película antigua de James Bond o, más recientemente, la serie Juego de Tronos.

—Correcto en todo, menos en una cosa. Meteora no es un único monasterio, sino que llegaron a ser hasta 24 en el siglo XV, de los cuales se mantienen seis visitables en la actualidad.

—Ya veo. ¿Y por qué crees que Marcus Sloane se ha llevado allí a Amalia?

—¡Oh! Solo por una sencilla razón: porque en uno de esos monasterios vive su hermano.

—¿Y qué hace el hermano de uno de los hombres más ricos del mundo viviendo en un monasterio?

Fernando se giró e indicó al piloto que pusiera el avión en marcha. Luego dirigió una mirada penetrante a Bruno al tiempo que sonreía misteriosamente.

—Yo no he dicho que fuera el hermano de Marcus.

—¿Sí? —interrogó la voz al otro lado del auricular.

—Acaba de despegar el avión. En breve llegará a Tesalónica.

La línea mantuvo un silencio reverencial, como si sus interlocutores supieran que el momento que todos habían temido y ansiado por igual se acercaba inexorablemente.

—De acuerdo. No lo pierdas de vista en ningún momento, pero sin que sospeche que le estamos vigilando. Quiero saber hasta dónde es capaz de llegar por la chica.

—Lo que usted mande.

—Ah..., una última cosa. ¿Recuerdas lo que pasó con nuestros hermanos en el restaurante de Moscú y en Bolonia?

La respiración del hombre se agitó lo suficiente como para que el otro lo detectara, lo cual provocó una ligera sonrisa siniestra a miles de kilómetros de distancia.

—He tenido mucha paciencia con tus fracasos. A pesar de facilitarte la ubicación de la pareja, has sido incapaz de acabar con ellos de forma efectiva. Menos mal que me he encargado personalmente de la muchacha, si no aún estaría esperando tus resultados. Esta... —añadió haciendo una pausa dramática—, es la última oportunidad que te otorgo, así que olvídate de ese periodicucho que diriges y ponte manos a la obra inmediatamente.

—Por supuesto, señor Sloane, puede confiar que en esta ocasión el historiador no escapará de nuestra trampa.

—Eso espero..., eso espero.

Tras lo cual la línea se cortó dejando en el aire una sensación de agobio que pronto perló de sudor la frente del hombre. Por ello, no tuvo más remedio que lavarse la cara antes de salir del baño y ocupar el lugar que tan disimuladamente había ostentado durante tantos años.

12 de octubre de 1582

Como el fuego que arrasa los campos de trigo, como el agua del deshielo que desborda los campos en marzo, como los guerreros almogávares que no dejaban supervivientes a su paso. Así se extendía la locura que Ugo Boncompagni y el séquito vaticano iba encontrándose en el trayecto de regreso a Roma.

En cada una de las ciudades y pueblos pequeños los siervos se levantaron en armas, enardecidos por las noticias de las aldeas vecinas y sus victorias sobre los señores feudales. El yugo con el que estos habían ejercido su poder durante tantos siglos pareció quebrarse aquel 11 de octubre, todo por culpa de una chispa originada en la capital toledana.

Era como si de un plumazo se hubiera evaporado la esperanza. Esa esperanza personificada en los maestros gremiales que parecían ser los únicos en ejercer cierto contrapeso al poder absolutista de la clase nobiliaria. Roto ese equilibrio, el pueblo llano se alzó rememorando a Moisés y los hebreos contra los egipcios, solo que en esta ocasión Dios parecía estar del otro lado de la Iglesia.

—Su Santidad, mucho me temo que el puerto de Valencia está tomado por la muchedumbre, y nos va a ser del todo imposible embarcar en la galera papal.

—Envía un emisario, que ordene a la galera navegar al sur, al puerto de Denia. Con un poco de suerte los ánimos estarán más calmados por esos lares.

¿Cómo habían llegado a esa situación?, se preguntó Ugo. El plan estaba tan meridianamente marcado, era tan fácil de ejecutar, que hasta un inútil como el marqués de Montaraz no podría fastidiar. Se equivocó rotundamente. Lo cierto era que había prejuzgado mal la reacción de las masas, y ahora era demasiado tarde para detenerlas. Solo un milagro lograría que pudiera borrar lo acaecido durante los últimos días...

Su Santidad quedó pensativo rumiando ese último deseo, como si algo en su mente le advirtiera que, a veces, los milagros ocurren, sobre todo si eres el representante de Jesucristo en la tierra. Entonces, como si Dios hubiera querido concederle esa venia, la idea se le apareció cristalina en su cerebro.

—¡Guardia! —llamó desde su fatuo carruaje a uno de los escoltas—. Haga venir inmediatamente a Cristóbal Clavio y Pedro Chacón a mi presencia.

El soldado tiró de las riendas de su caballo y volvió grupas para dirigirse sin dilación a uno de los carros de la retaguardia que formaban la comitiva vaticana. Al poco, jadeantes por el esfuerzo y la sorpresa, aparecieron los susodichos a lomos de sendos jamelgos, y se posicionaron a un lado del carruaje de Su Santidad. Este, advertido por el guardia de la llegada de los científicos, hizo detener el cortejo para que aquellos dos subieran en su suntuoso vehículo, no sin antes asegurarse a través del soldado de que no fueran molestados, ni siquiera por el camarlengo.

—Don Cristóbal y Don Pedro —empezó una vez aquellos se hubieron acomodado en los asientos aterciopelados de escarlata—. Tengo entendido que han hecho grandes progresos dentro de la Comisión del Calendario para buscar una solución respecto al desajuste de tiempo ocasionado por nuestro calendario juliano.

Ambos hombres se miraron extrañados tras el súbito interés de Su Santidad en un asunto que, efectivamente había promovido en un principio pero que, después de cuatro años de trabajo, apenas había mostrado interés alguno en su desarrollo. Al final fue el astrónomo alemán, Don Cristóbal, el que se atrevió a hablar primero, probablemente porque, gracias a su condición de sacerdote jesuita, el hábito blanco y escarlata de Ugo no le imponía tanto miedo como a su colega matemático Don Pedro.

—Verá, Su Santidad, desde que se nos encomendó esta tarea, tanto el señor Chacón como yo, junto a otros miembros de la Universidad de Salamanca, hemos estado trabajando con denuedo y absoluta dedicación en base a los cálculos erróneos del calendario juliano.

El Papa carraspeó animando al sacerdote a suprimir los elogios personales e ir al grano. El padre Cristóbal entendió el sutil gesto inmediatamente, y se adentró en las cuestiones técnicas:

—Este calendario, establecido por Julio César en el año 46 a.C., estaba basado en el antiguo calendario solar egipcio y, posteriormente, el Concilio de Nicea del año 325 instituyó el calendario litúrgico estableciendo la duración del año en 365,25 días.

—Al hacerlo así —intervino el matemático español por primera vez—, se produjo un pequeño desfase, pues en realidad debería haber sido de 365,24 días, es decir, 11 minutos menos cada año.

—De esta manera se ha acumulado en estos 1257 años que median entre el año 325 y el actual de 1582 un error de aproximadamente 10 días —sentenció el jesuita.

—¿Quieren ustedes decirme que en realidad hemos contado diez días de más?

—Esa es la cifra, Santidad, ...efectivamente —contestó dubitativo el español, no muy seguro de si había sido una pregunta natural o más bien una reprimenda.

Ugo Boncompagni siguió pensativo, como madurando una idea extravagante en la cabeza.

—¿Y cómo tenían pensado arreglar ese desfase, si es que se puede solucionar?

—Bueno, justamente nos hallamos en esa etapa del trabajo, analizando posibles soluciones, con sus ventajas y desventajas —intervino el sacerdote alemán intentando ser políticamente correcto.

—¿Y?

—Todavía no hemos llegado a una conclusión determinante.

—Aunque... —le corrigió su colega—, sí que hay una solución bastante plausible.

Ugo lo miró ceñudo, apremiándolo por un lado y agradeciendo su sinceridad por otro. Ya hacía unos minutos que había decidido escuchar a Don Pedro y obviar los comentarios del jesuita, el cual respondía a intereses mucho más calculados que los meramente científicos.

—Lo cierto es que lo más efectivo sería suprimir esos diez días del calendario, de esta manera el desfase se corregiría al instante.

—¿Y si fuera yo el que les propusiera qué diez días deberían ser suprimidos? —sugirió el Papa con un tono más imperativo que inquisitorio.

Ambos hombres se miraron al unísono impactados por la súbita pregunta de Su Santidad. No muy seguros de sus intenciones, ninguno de los dos se atrevió siquiera a preguntar por los motivos que le impelían a suprimir diez días determinados del calendario.

El Papa, viendo que ninguno objetaba a su demanda, cerró la conversación de forma tajante:

—Quiero que los diez días que desaparezcan sean estos últimos, empezando a contar desde el pasado 4 de octubre.

—Pero, ...Su Santidad —se atrevió a rebatir Don Cristóbal —, eso sería de lo más precipitado, pues no solo se trata de tachar diez días en un

calendario, sino eliminar cualquier documento que dé fe de los acontecimientos acaecidos en esas fechas.

—Haciendo como si jamás hubieran existido —intervino Don Pedro acompañando la rotundidad y la sorpresa de su colega.

—Perfecto —se reafirmó Ugo Boncompagni —, eso es exactamente lo que quiero que suceda. ¡Empiecen con los preparativos! El próximo 15 de octubre quiero que no quede ni el recuerdo de estos últimos diez días.

Los dos científicos iniciaron una tímida queja ante la ingente cantidad de trabajo que eso suponía, pero se cuidaron mucho de verbalizarla al ver la terrible mirada con la que el Papa les taladró el gesto.

Horas después, Don Pedro recordaría aquella conversación y la mirada enigmática de Ugo Boncompagni mientras observaba de soslayo las columnas de humo que surgían de los palacetes en llamas de la cercana Cullera.

El trayecto desde el aeropuerto de Tesalónica hasta la ciudad de Kalambaka duraba unas tres horas, pero el vehículo que transportaba a Marcus Sloane y Amalia Sastre cubrió la distancia de 234 km en menos de dos. El magnate había acudido al aeropuerto desde un lugar indeterminado del planeta, llegando justo a tiempo para recoger a su invitada, que había volado acunada con el sueño de un somnífero desde Inglaterra.

Eran casi las 12 del mediodía cuando enfilaron la sinuosa carretera que ascendía por las recortadas formaciones rocosas conocidas como Meteora. En realidad, su nombre verdadero era los Meteoros, y solo observar ese bosque de verticales masas de roca en medio de la llanura de Tesalia impresionaba suficientemente por sí mismo. Pero lo que había convertido este sitio en Patrimonio de la Humanidad por la Unesco desde 1988 era la presencia de varios monasterios erigidos, cual equilibristas del Circo del Sol, en los estrechos picos de varias de esas formaciones.

Amalia desconocía datos exactos sobre aquel lugar, aunque recordaba haberlo visitado junto a sus padres cuando aún era una niña. Ahora, sentada en el asiento trasero de un Range Rover plateado, observaba como en un sueño el ascenso a ese lugar mítico. Los efectos del sedante que le habían administrado aún permanecían en el cuerpo, haciendo que la ascensión se pareciera a la de los primeros monjes ortodoxos cuando alcanzaban el éxtasis en aquellos monasterios suspendidos del cielo.

Pronto se toparon con la fila de coches y autobuses que guardaban su turno en la estrecha carretera que recorría los seis monasterios visitables de la zona. No en vano era uno de los lugares más turísticos de toda Grecia, junto con las cristalinas calas y pintorescas islas del Egeo.

Para el viajero ocasional, aquel conjunto impresionaba tanto por su majestuosidad como por su misticismo, pues era el máximo exponente del monacato ortodoxo griego, aquel donde los monjes más rigurosos alcanzaban la gloria de Dios, la cual, a 600 metros de altura respecto al suelo, estaba mucho más cerca que allá abajo en el valle del río Peneo.

La periodista observaba entre una neblina cómo los turistas aparcaban en las cunetas y se encaramaban a los más de doscientos escalones que les conducían a la entrada de cada complejo monástico. Los más famosos eran el Gran Meteoro o Monasterio de la Transfiguración, el más grande y antiguo

de todos ellos, y que albergaba las reliquias de su fundador Atanasio, el cual llegó allí con varios fieles a finales del siglo XIV y lo bautizó como “Meteora”, que significa “suspendida en el aire”, por tratarse de una construcción que se hallaba entre el cielo y la tierra; el otro monasterio más visitado era el de Varlam, cuya inexpugnabilidad, al igual que la del resto de monasterios, resultaba heroica, pues para poder acceder a él en la antigüedad se necesitaban redes, cestas, cuerdas o escaleras retráctiles, que eran izadas cuando sus habitantes se sentían amenazados o atacados.

En definitiva, el conjunto resultaba una mezcla entre asombro natural, hito arquitectónico y sobreexplotación turística que, por otra parte, restaba misticismo a su existencia. En ese instante, el sentimiento de Amalia se parecía posiblemente a aquel que experimentaron los navegantes al pisar por primera vez las playas del Nuevo Mundo, cuando tuvieron que hacer cola en los botes salvavidas antes de desembarcar en aquel recién descubierto paraíso.

«¡Dónde demonios estoy!», pensó con la mente un poco más despejada e incorporándose ligeramente en su asiento. «Si no fuera porque lo estoy viendo, juraría que esto es Meteora, y estos desgraciados me han traído hasta el mismo centro de Grecia».

Efectivamente la periodista se hallaba en lo cierto, aunque realmente se sorprendió cuando el Range Rover sobrepasó la fila de coches mal aparcados en las cunetas y rebasó la entrada principal del Gran Meteoro. Este se hallaba al final de la carretera asfaltada que cubría el recorrido por los diferentes monasterios visitables, por eso la incursión del todo terreno en una pista forestal, apenas dibujada en el terreno, hizo que realmente se preguntara qué retorcido propósito tenían sus captores.

No tardó en averiguarlo, pues la pista ascendía suavemente en dirección sudeste por una de aquellas temerarias formaciones rocosas, hasta quedar a merced de otro de aquellos impresionantes peñascos coronado por lo que parecían restos de un monasterio abandonado. Concretamente, aunque ella aún no lo sabía, se hallaban a los pies del Monasterio de Los Más Elevados, también conocido como el de Los Caligrafistas, pues ya desde su fundación en 1347 albergó un taller de copistas y de caligrafía que se ocupaba de la elaboración de importantes códices manuscritos, algunos de los cuales aún se conservaban en la vitrina central del coqueto Museo de Cultura Helénica en Kalambaka.

Amalia se preguntó qué diantres hacían allí, pues estaba claro que aquel

era uno de los 18 monasterios, de los 24 originales, que habían caído en decadencia y habían sido abandonados por sus monacales ocupantes. Su sorpresa aumentó exponencialmente cuando la hicieron apearse del vehículo y aproximarse a los pies del rojizo peñón que sustentaba aquellas ruinas del pasado asceta. Por un momento temió que la obligaran a encaramarse a los restos de unos escalones de madera que aún observaban suspendidos el paso del tiempo, o aún peor, que algún anacrónico monje surgiera desde las alturas y lanzara una de aquellas redes que, balanceándose siniestramente en el vacío, hacia las veces de ascensor rudimentario y la forzaran a subir en ella como antiguamente.

Sin embargo, lo que vio a continuación aún le produjo más asombro que cualquiera de las dos opciones anteriores, pues el hombre trajeado que parecía comandar la comitiva de ocho personas, incluida ella misma, se acercó a la roca y descubrió un panel bien disimulado en la misma. Tras él apareció un teclado de diez dígitos, el cual manipuló introduciendo una serie numérica que propició un siseo en la misma base de la roca. El suave ruido no había hecho otra cosa que desbloquear una abertura perfectamente camuflada entre la porosidad de la pared rocosa, y por ella se introdujo el grupo entero sin pronunciar palabra alguna, aunque la periodista pareció observar entre más de uno de sus captores cierto grado de diversión al observar los gestos evidentes que delataban el estupor de ella.

Recorrieron un pasillo de unos tres metros de ancho abovedado por la misma roca, la cual claramente había sido horadada para la ocasión. Tras andar unos cincuenta metros, el pasillo se ensanchaba, y una sala rectangular recibía al visitante con otra sorpresa: dos ascensores de acero immaculado como los que se podían hallar en cualquier planta baja de un hospital, aunque Amalia confiaba que aquella semejanza no fuera premonitoria, y que su estado de salud no fuera a sufrir ningún perjuicio, de lo cual no estaba del todo convencida estando en manos de los hermanos del Patronato.

Por lo menos se alegró que la ascensión hasta el monasterio no fuera a ser tan arriesgada como había imaginado, sino en un medio tan convencional como un ascensor, aunque este estuviera construido en el interior de una formación rocosa creada en el período terciario, cuando la laguna salada que cubría la planicie de Tríkala se derramó al Egeo, dejando al descubierto estas imponentes moles de piedra.

—¿Impresionada?

Amalia se giró hacia el hombre trajeado que lideraba al grupo tras

escuchar su voz por primera vez. Esta tenía un deje ineludiblemente británico, cosa que por otro lado no le sorprendió después de haber sufrido la primera parte de su secuestro en la capital londinense.

—Divertida —contestó con cierto temblor en la voz que evidenciaba lo contrario.

—No se preocupe, señorita Sastre, por fin está en buenas manos. No tiene nada que temer.

—Claro, y por eso me han arrastrado por media Europa drogada; porque ustedes los del Patronato gustan de agasajar a sus invitados con visitas turísticas a la vez que les evitan las incomodidades del viaje sumiéndolos en un letargo anestésico.

El hombre fue a responder mientras esbozaba una sonrisa curiosa, deleitado por la ocurrencia de la muchacha, justo en el instante que el ascensor abrió sus puertas.

—Usted primero —la animó caballeroso.

La periodista salió a un patio interior cuyo techo asemejaba la cúpula de una catedral. Desde él, diversas puertas y pasillos conducían a diferentes dependencias, todas protegidas por macizas puertas de madera decoradas con la más bella marquetería que Amalia jamás había visto. Ahora sí que estaba absolutamente impresionada, aunque se temía que todavía le quedaban muchas más maravillas por descubrir. Por lo pronto, aquel patio se asemejaba más bien al jardín del edén, pues si algún afamado pintor hubiera podido ser testigo directo del vergel donde Adán y Eva iniciaron el destino de la humanidad, así es como lo habría pintado. Todo en su conjunto era una perfecta armonía de terrazas de diferentes alturas, adornadas con estanques cristalinos y la más hermosa variedad de árboles, flores y plantas.

Aquí y allá, unos hombres con simples mantos largos negros y un tocado cilíndrico daban a entender su condición de monjes ortodoxos. Entre ellos, algunos destacaban más, ya que además vestían un largo manto abierto en el frente sujetado por broches; el borde estaba adornado con tiras cruzadas y las puntas con piezas de tela coloreada cosida. Algunos parecían absolutamente concentrados en tareas de jardinería, mientras que otros permanecían simplemente quietos, mirando a un punto indeterminado, y moviendo ligeramente los labios, como si recitaran alguna plegaria mística. La sensación que transmitían, más que de paz, era de inquietud, y desde luego deslucían por completo el cuadro pictórico del vergel que los envolvía.

—No te asustes Amalia, son inofensivos —volvió a decir el hombre

tuteándola de repente sin más motivo —. Por cierto, me llamo Marcus Sloane, creo que ya era hora que nos presentáramos. Estas últimas horas han sido tan frenéticas que no hemos tenido ocasión de hacerlo como es debido.

La periodista se quedó mirando la mano que el magnate le ofrecía, pero algo en sus pulcros modales le hizo dudar. Tenía dos opciones: o hacerse la indignada y rechazar las muestras de amabilidad y cortesía con la que estaba siendo tratada o, por el contrario, simular que la angustia de las últimas horas estaba olvidada, y hacerle creer que se postraba a su nuevo estatus de invitada especial. Optó por la segunda, también por la convicción que de esa manera averiguaría más de aquel lugar y el propósito de su secuestro y reclusión, pues estaba segura que aquello era para ella una cárcel de oro.

Tras estrecharle la mano, Marcus la hizo pasar a una de aquellas dependencias que hacía las veces de celda del abad, aunque su profusa decoración le hizo pensar que aquel monasterio se diferenciaba bastante del ascetismo y simplicidad del resto de los Meteoros.

—Toma asiento, por favor, y permíteme que te traigan algo de comer y beber. Me temo que hasta ahora no he podido cuidarte como te mereces.

—Gracias, lo cierto es que estoy hambrienta. Esos anestésicos te producen un hambre atroz —le recriminó con un tono no exento de acusación.

—Lamento lo ocurrido Amalia, de veras. Tuvimos que actuar con toda la premura del mundo, pues hasta ese momento tu vida no había corrido peligro, pero tu pelea con Blas Guzmán hizo que fingiéramos este secuestro sin tiempo a dar explicaciones. Ahora estoy a tu disposición para contestar cualquier pregunta que desees.

La periodista frunció el ceño, no muy segura de tomar en serio las disculpas que acababa de oír a modo de explicación, aunque cambió un poco de opinión al ver entrar uno de aquellos guardianes silenciosos y depositar una bandeja de comida delante de ella. Además de un plato de aromáticos quesos, una humeante musaka recién hecha esperaba al ávido paladar de la periodista, que se relamía solo de pensarlo. En una esquina de la bandeja, un platito con tres pequeños dulces cuadrados y un jarroncito con una rosa amarilla acababan por decorar el conjunto. A Amalia le hizo gracia el detalle de la rosa, como si de esta manera quisieran que bajara la guardia y se sintiera inhibida ante el peligro que sabía le rodeaba.

—Es baclava.

—¿Cómo dice? —preguntó, no muy segura si la frase había sido dirigida

a ella o al guardián que en ese momento abandonaba la sala.

—El platito con el dulce, se llama baclava, y te aseguro que después de probarlo tu vida cambiará completamente —perseveró el magnate en su galantería e intuyendo que la mirada de la joven se había centrado en aquellos dulces y no tanto en la rosa.

—Ya veo, eso es porque no ha probado una buena horchata valenciana con fartons recién hechos —le siguió el juego la periodista acompañando su comentario con una sonrisa lo más franca posible.

—Créeme, como hombre de mundo, he probado casi todo, incluidos los fartons, y esto es algo totalmente sublime. Pero, por otra parte, insisto, creo va siendo hora que nos tuteemos, al fin y al cabo, somos algo así como familia.

A Amalia casi se le atraganta la musaka que con tanta fruición había atacado.

—¿Familia? Está bien, vayamos poco a poco. ¿Qué tal si empezamos desde el principio? —sugirió ella, abandonando el tenedor resignada, consciente que no iba a poder concentrarse lo suficiente si se dedicaba a acabar con aquellos succulentos manjares.

—Por mí estupendo, lo único que necesito entender es qué es para ti el principio.

—Para empezar qué sitio es este y qué hago aquí.

—Estás en el antiguo monasterio de Los Caligrafistas, aparentemente abandonado en su superficie para brindarnos la discreción que el resto de monasterios plagados de turistas no nos ofrece. Y tú..., querida Amalia... —añadió poniendo una pausa en su comentario —, eres nuestro mayor tesoro.

—Si piensan que van a conseguir sacarme algo, ya pueden empezar con la sesión de tortura, pues de esta boca no va a salir ni un suspiro.

Marcus Sloane sonrió.

—Esa es mi chica. No lo he dudado ni un solo instante. Eres la digna heredera de tus padres.

—A los que ustedes asesinaron simulando un accidente en su barco.

—Veo que te has estado documentando, pero siento contradecirte, Amalia, pues quienes provocaron ese accidente, como tú lo llamas, fueron los propios miembros del Gremio.

—¿Y por qué iban ellos a hacer eso con los mismos integrantes de su organización?

—Pero querida, estás absolutamente equivocada... Tus padres

pertenecían a la cúpula de hermanos mayores del Patronato.

Ahora sí que el rostro impasible de la muchacha no pudo esconder el ligero fruncir de labios que denotaba una absoluta incredulidad. Miró fijamente al magnate, buscando algún signo de engaño, pero su experiencia como periodista no detectó ninguno en absoluto. Aun así, no se dejó embaucar, pues sabía que había gente como él, capaz de engañar al más avezado interlocutor, ducho en técnicas de interrogación, como si se tratara de engañar al polígrafo.

—Está usted mintiendo —aseveró la periodista, esta vez sin ningún temblor en la voz.

Marcus Sloane la miró circunspecto durante unos largos segundos, tras los cuales hizo llamar a uno de los guardianes que estaban apostados al otro lado de la puerta esperando órdenes de su señor.

—¡Avisen al padre Giorgos!

El guardián partió a cumplir las órdenes mientras el magnate continuaba mirando fijamente a la periodista.

—Supongo que por mucho que yo te explique va a ser imposible que me creas, así que vamos a ahorrarnos toda la parafernalia de contarte una historia que tú vas a pretender creer cuando en el fondo no te fías de mí ni un pelo, lo cual por otra parte es natural, yo de ti haría lo mismo.

—Gracias. No sé si eso es un cumplido, pero ha sonado como tal.

—Lo es, definitivamente lo es. Yo, al contrario que tú, sí sé con quién estoy hablando, y espero que en breve tú me correspondas con el mismo nivel de confianza.

Amalia fue a responder, no muy segura de a qué se refería el magnate, cuando en ese instante la puerta se abrió dejando paso al guardián, seguido de un monje joven, aunque con alguna cana perlado ya sus sienes, como evidenciando la dureza de la vida monástica en aquellos parajes. Por otro lado, había un no sé qué en aquellas facciones que le recordaban a alguien, alguien que no lograba fijar en su memoria, pero que estaba segura había visto con anterioridad. Esos ojos oscuros, la comisura ligeramente torcida de sus labios, el porte desgarrado y los movimientos lentos pero seguros. Y sobre todo su mirada. Una mirada limpia, que la retrotraía a más de treinta años, en una cuna con dibujos estampados de colores, donde Amalia entretenía sus horas de recién nacida junto a aquella mirada, que era lo que más la embelesaba.

No sabía por qué, pero en ese instante se incorporó de su asiento, y un

estremecimiento recorrió su cuerpo mientras no dejaba de mirar aquellos ojos de su infancia más temprana.

—Hola Amalia —dijo el monje mientras esbozaba una sonrisa franca —. ¡No sabes cuánto he deseado que llegara este día!

Ella apenas pudo contener las lágrimas, que hacía varios segundos pugnaban por brotar de sus incrédulos ojos.

—Te conozco.

—Sí..., querida hermana..., me conoces.

—Pero no puede ser, yo no tengo hermanos.

—Bueno, me parece que uno sí —contestó el monje sin abandonar su tono jovial.

Ella lo miró sabiendo muy dentro de sí que era cierto, y no sabía si abrazarlo o mantenerse a una distancia prudencial como hasta ahora. Al final, Marcus tomó la decisión que la sacó de la encrucijada:

—¿Por qué no nos sentamos y charlamos un poco? —sugirió señalando la silla vacía que había dejado la periodista.

Giorgos se dirigió a su vez hacia una tercera silla vacante, aunque Amalia intuyó que también a él le hubiera gustado estrecharla entre sus brazos. Ambos, pues, tomaron asiento, secundando a Sloane, el cual no se había movido todavía del suyo a la cabecera de la mesa.

—El principio de todo —empezó Marcus —, sucedió hace muchos siglos, como creo que ya habías descubierto.

—Entonces es cierto, me refiero al elixir creado por Leonardo da Vinci capaz de dotar a nuestro cerebro de una clarividencia extrema.

—Efectivamente.

—Entonces, también será cierto que los hermanos del Patronato la han utilizado durante todo este tiempo para influir en las políticas mundiales, apoyándose para ello en el Vaticano y en los dictadores y seres humanos más despiadados de la historia del mundo.

—Sí, no, no —respondió el magnate a las acusaciones de la periodista—. Es cierto que hemos utilizado el elixir para intentar influir en las políticas de ciertos países que, digamos se habían separado demasiado de los designios de nuestro Creador.

—Y ahora me dirá que la Iglesia Católica tampoco tiene nada que ver en el asunto, ni el Papa es uno de los mandamases del Patronato.

—Al contrario, querida, Su Santidad fue siempre un fiel protector del elixir Leonardo, aunque he de confesar que hubo algún caso en que estuvo a punto de no ser así.

—Se refiere a los malogrados León XI en 1605 y Juan Pablo I en 1978, ambos asesinados por el Patronato antes de que pudieran desvelar su secreto.

El magnate dirigió una mirada admirativa hacia la muchacha, pues no solo había acertado en ambos casos, cosa que mostraba una diligencia extraordinaria, sino que además reflejaba hasta qué punto su investigación había discurrido por los cauces adecuados.

—Veo que has hecho tus deberes concienzudamente, aunque tus conclusiones son erróneas. Los dos prelados no se disponían a revelar el elixir a la humanidad, sino que, ávidos de poder y carentes de todo escrúpulo bondadoso, decidieron vender la fórmula al mejor postor, es decir, aquellos que les habían prometido colmarles de las mayores fortunas. No, no fuimos nosotros —añadió viendo la cara de incredulidad de la periodista —, sino el Gremio en el primer caso, y una sociedad mucho más mundana en el segundo: la mafia italiana.

—Eso es imposible. Usted está intentando manipular los datos —contestó ella iracunda, volviendo a tomar distancia con aquel sujeto tratándole de

nuevo de usted —. El Gremio sería incapaz de realizar tal acto criminal.

—Amalia —intervino Giorgos por primera vez, con una serenidad en la voz que hizo estremecerse a la muchacha —. Lo que el señor Sloane te está contando es absolutamente cierto, entre otras cosas porque hay documentos, por supuesto nunca desvelados, que dan fe de sus malévolas intenciones. Aquellos dos Papas iban a traicionar al Patronato por un puñado de monedas, tal y como hizo Judas Iscariote con Nuestro Señor. Suerte que sus socios no se tomaran a bien que estuvieran subastando aquella privilegiada información, y se tomaron la justicia por su mano.

—¿Suerte? —repitió ella indignada ante la indiferencia con la que un sacerdote justificaba el asesinato, más aún cuando ese sacerdote resultaba ser su hermano —. Pero..., eso no puede ser... —titubeó —, el Gremio... es imposible...

—¿Qué sabes del Gremio, Amalia? —preguntó él cerrando ligeramente los ojos.

Ella le devolvió la mirada mientras intentaba recordar todo lo que hasta ese momento había averiguado. Aquella peregrinación sin sentido había empezado con el encargo de Blas Guzmán a viajar hasta Oberpfaffenhofen acompañada de Bruno, todo para averiguar el asesinato de un ingeniero español, aparentemente a manos del Patronato, por haber descubierto la existencia del último resto de elixir orbitando en un supuesto satélite ruso inexistente para la humanidad, y haber transmitido este hallazgo a algún miembro del Gremio. Luego aquel mensaje críptico que encaminó sus pasos hacia Moscú donde, aparte de escapar de una muerte segura a manos de aquellos mercenarios del Patronato en el restaurante —o del Gremio, ahora ya no estaba segura—, descubrieron la existencia del satélite Leonardo y también el listado de miembros de las dos hermandades, gracias a la nieta de Serguéi Korolióv, el ingeniero jefe espacial ruso. Ese listado los llevó posteriormente al breve interludio en Salamanca, para salir pitando después a Bolonia, donde recibieron el ataque de los hombres del Patronato mientras subían por La Torre Asinelli.

El magnate británico, como si pudiera leer su mente, rompió el silencio que se había apoderado de la estancia—: Amalia, hemos intentado protegerte en todo momento de las garras del Gremio, incluso cuando creías que te estábamos atacando.

—Y ahora me dirá que sus hombres no nos atacaron en Bolonia.

—Por supuesto que no. ¿Quién si no te siguió hasta allí para protegerte

del secuaz con gorra de béisbol que iba a acabar con tu vida?

—¡Pero si ese hombre se enfrentó a ellos para salvarnos a Bruno y a mí!
—exclamó ante el desparpajo del magnate.

—Error de nuevo. Si recuerdas con atención, aquellos dos guardianes no te atacaron a ti, sino a Bruno, el cual creemos fue contratado por el Gremio para vigilarte de cerca. Después de precipitarlos por el vacío de la torre, imagino que el secuaz prefirió seguir con la pantomima y preservar la coartada de Bruno delante de ti. Lo cierto es que te habías acercado mucho en tu investigación, y el Gremio pensó en zanjar el tema por lo sano. La muerte de mis hombres, desgraciadamente para ellos y afortunadamente para ti, cambió tu destino en el último instante.

Amalia recapituló unos instantes la secuencia en La Torre Asinelli, y no pudo por menos que reconocer que en ningún momento se vio ella atacada por aquellos hombres, los cuales, por otra parte, se enfrentaron a Bruno, primero, y al de la gorra, después.

La cabeza le daba vueltas, y sintió un momentáneo mareo que hizo que se aferrara con fuerza al sillón en el que se hallaba postrada. La posibilidad de que el Gremio y Bruno fueran los malos de la película le producía un dolor tan intenso, que apenas la dejaba respirar. Giorgos la miraba asintiendo con leves movimientos de cabeza, sin abandonar su semblante sereno, lo cual de alguna manera le infundía a ella cierta calma interior.

Después de Bolonia todo se precipitó. Recordaba cómo habían partido a Milán y buscado la fórmula del elixir en el Códice Atlántico de la Biblioteca Ambrosiana. Posteriormente, el descubrimiento de la fórmula los llevó a París, al Instituto de Francia, en busca de la parte “espiritual de la fórmula” escondida en el Hombre de Vitruvio. Tanto en Italia como en Francia no habían vuelto a tener noticias de ningún miembro del Patronato, ni tampoco del Gremio. Lo cierto es que la tensión vivida en Bolonia se fue disipando paulatinamente hasta llegar a desaparecer del todo en la capital francesa, sobre todo tras el encuentro amoroso que disfrutó con Bruno... Bruno, no dejaba de pensar en él. ¿Cómo era posible que la hubiera tenido tan engañada?

—¿Conoces al profesor Arístegui? —inquirió Marcus, interrumpiendo sus pensamientos.

—¿Debería?

—Bueno, fue antiguo jefe de departamento y mentor de Bruno en la universidad. Creemos que es uno de los miembros más destacados del

Gremio, y el que ha intentado desde un principio que indagaras hasta conseguir de nuevo la fórmula del elixir para entregársela a ellos.

—Y luego deshacerse de mí —concluyó Amalia sin querer, confirmando todas las hipótesis que el magnate le había estado intentando explicar.

—De eso ya no tienes por qué preocuparte. Como te he dicho al principio, por fin estás en buenas manos.

—Entonces, para que yo me aclare, ustedes los del Patronato no han estado intentando asesinarme ni tampoco son los malos de esta historia.

—A lo primero, rotundamente no. A lo segundo, no sé a qué te refieres con esta historia...

—Me refiero que ustedes son los causantes de las desgracias de miles de personas en este mundo al posibilitar que ciertos energúmenos, por llamarlos de alguna manera, se postularan en situaciones de poder preeminentes gracias a la ingesta del elixir. Esto lo llevan haciendo durante siglos sin el mayor de los escrúpulos, a la vez que han intentado minimizar al Gremio que eran los únicos que podían contrarrestar sus políticas devastadoras.

—No niego que, en ocasiones, hemos errado a la hora de elegir a los mejores candidatos para el puesto...

—¿En ocasiones? —interrogó sarcástica la muchacha.

—Siempre hemos procurado que el elixir cayera en manos de individuos capaces de mejorar la vida de sus conciudadanos, aunque he de admitir que no siempre lo hemos conseguido.

—Como con el camarada Stalin.

El magnate asintió, poniendo una mueca de dolor ante el recuerdo de uno de sus errores más insignes.

—¿Qué pasó con él, si se puede saber?

—Por supuesto, eres nuestra invitada, y parte de nosotros. Lo cierto es que al poco de facilitarle el elixir empezó a actuar de manera extraña. Todavía no era presidente de la antigua Unión Soviética y ya mostraba signos de un despotismo aplastante. Luego vinieron las purgas.

—Se refiere al exterminio de todo enemigo político que él consideraba una amenaza.

—Sí, pero también de los miembros del Patronato.

—¿Cómo es eso?

—Muy sencillo. Llegó un momento en que Stalin decidió apoderarse del elixir en exclusividad, y la manera de lograrlo fue acabar con la vida de todos aquellos que tenían conocimiento de su existencia. Los miembros del

Patronato primero, pero algunos del Gremio también.

—¿Por eso intentó que nadie más hiciera uso de él enviando el elixir al espacio?

—No solo el elixir, sino la fórmula de su composición también. De esta manera se aseguraba que nadie más del Patronato pudiera tomar el elixir y rivalizar con sus logros políticos. Un signo más de su enajenación.

—Ya veo, pero no entiendo qué tengo que ver yo con todo eso. Quiero decir, si ya no poseen el elixir ni la fórmula para reproducirlo, en poco o nada les puedo yo ayudar para remediarlo.

—Eso, querida, no es del todo cierto. De hecho, gracias a ti y a tu hermano podemos por fin poner fin a ese desgraciado episodio del Patronato, y restaurar nuestro orden natural en el mundo.

—¿Gracias a mí? —inquirió la periodista con cara de asombro.

—Amalia, tú eres uno de los dos descendientes directos que quedan en el mundo, y por eso eres tan valiosa para nosotros. Tu apellido es la herencia que te dejaron tus padres, pero no solo eso. Gracias a ti recuperaremos la fórmula del elixir.

En ese momento, ante la incredulidad de Amalia, Giorgos se levantó de su sillón, y con una agilidad casi angelical golpeó a Sloane en la cabeza con un tomo de la liturgia que hasta ese momento había mantenido en su regazo, como si fuera el arma celestial que había traído a aquel duelo.

—Pero... —balbució la periodista al ver el cuerpo desmadejado del magnate tras haber perdido la consciencia con el terrible golpe.

—¿Confías en mí, Amalia?

Ella no sabía qué responder, y su estupor acompañaba las miradas que lanzaba indistintamente hacia Marcus Sloane y su propio hermano.

—Sí —pronunció al poco, con una firmeza que solo su corazón pudo entender. Había un lugar muy dentro de ella que había conectado desde el principio con aquel monje que ahora la miraba risueño, y no lo dudó.

—Estupendo, porque la sarta de mentiras que este desgraciado te acaba de contar es digna de la mejor interpretación de Broadway.

Ella le devolvió la sonrisa, divertida también por el comentario mundano en boca de un monje ortodoxo de un regio monasterio griego.

En ese instante unos discretos golpecitos llamaron a la puerta.

—¿Señor Sloane? ¿Está usted bien?

Ante el silencio que se produjo, alguien intentó abrir la puerta, la cual había sido atrancada disimuladamente desde el interior por un jovial monje

nada más entrar en la estancia.

—¿Y ahora qué hacemos, Giorgos? Estamos atrapados aquí dentro.

—Pues lo que teníamos que haber hecho hace mucho tiempo, hermana mía, beber del elixir Leonardo, lo único que nos puede sacar de este atolladero.

Y diciendo esto extrajo del interior de su sayón un pequeño recipiente transparente, donde un espeso líquido azulado relucía con un fulgor premonitorio, como si una luz revigorizante estuviera a punto de inundar sus cerebros, lo que, por otra parte, atendiendo a lo descubierto por Amalia hasta la fecha, era posible que ocurriera..., o quizás no.

13 de octubre de 1582

James y Lucía entraron en Madrid por la Puerta de Segovia sin ningún contratiempo, a diferencia de cuando el inglés tuvo que huir en dirección a Toledo para encontrar al primo del maestro droguero y reproducir la fórmula del elixir.

La conclusión de aquella misión había tenido un regusto dispar, pues solo con el asesinato de Don Cristóbal a manos de los hombres del marqués de Montaraz podría considerarse un fracaso. Aunque gracias a él también lograron desentrañar y adquirir los elementos que componían la fórmula secreta, por lo que sus sentimientos a la entrada de Madrid se asemejaban más bien a aquellos teatrillos donde el héroe finalmente muere en pos de salvar a su amada o a su rey. Todo estaría bien empleado una vez localizaran a Don Martín y le entregaran los ingredientes. Después, tal y como le había prometido a Lucía, seguro que el maestro sartorial les ayudaría a establecerse en la capital, y así poder olvidar aquel mal sueño.

Solo esperaba que los tumultos y la desolación que se encontraron al acercarse a Madrid no le impidieran cumplir con el último tramo de su misión, pues lo cierto era que no se explicaban de dónde y porqué se estaban produciendo.

El trayecto desde Toledo les había ocupado más tiempo del habitual, pues cada pocas horas detenían aquel pictórico carromato, préstamo del maestro tintorero, y daban rienda suelta a su amor recién profesado.

Justo el día antes de llegar a Madrid, sin embargo, habían transitado por los alrededores de Griñón, en aquel cruce donde Lucía había pasado toda la vida en torno a la posada de su padre. Las cenizas fue lo único que la muchacha se encontró de su vida anterior, pues el cementerio de escombros y maderos ennegrecidos que allí hallaron fue la única herencia que la joven pudo rescatar. Ese amargo momento fue el único que enturbió la alegría de aquel viaje, que por otra parte se asemejaba más a una luna de miel que a otra cosa. Después de un par de horas de ensimismamiento por el trágico recuerdo, Lucía volvió del breve periodo de luto para continuar siendo la joven dicharachera y jovial que había enamorado perdidamente al sastre británico.

Nada más cruzar la Puerta de Segovia sus temores se hicieron realidad, y lo primero que dio fe de ello fue el asalto que sufrió su carromato a manos de unos enloquecidos ciudadanos, los cuales corrían tan ciegos de rabia, que confundieron aquel adornado vehículo con una suntuosa carroza de algún conde o marqués.

El resultado fue un abordaje sin piedad que dio con los huesos de Lucía y James en el adoquinado, abrazados el uno al otro y viendo cómo destrozaban la única posesión que les quedaba. Afortunadamente, el inglés había podido rescatar a tiempo el bolsón de sastre con todos sus utensilios y, sobre todo, con los elementos de la fórmula intactos.

—¡Vámonos de aquí, Lucía! Esta gente está totalmente enajenada.

La muchacha no necesitó que la animaran más para levantarse del suelo e iniciar un andar tímido al principio y más enérgico después, con tal de poner tierra de por medio entre aquella muchedumbre y ellos. El problema era que, conforme iban avanzando, lo que se encontraban por las calles medio abandonadas era un calco de lo anterior: pequeños grupúsculos de personas ávidas de violencia y destrucción, como si un patógeno devastador se hubiera apoderado de ellas cual peste infecta.

—Pero ¿qué les pasa? —preguntó Lucía asustada.

—No sé. Es como si las trompetas hubieran anunciado el fin del mundo y un ángel exterminador hubiera mandado a sus huestes. Lo que está claro es que las calles no son seguras. Debemos llegar cuanto antes a casa de Don Martín. Seguro que él podrá darnos razones de este delirio.

Reanudaron la marcha por un callejón desértico en dirección al barrio del gremio sartorial, pero no llegaron a cruzarlo del todo, pues dos figuras opacas ocultaron el sol que se filtraba por la bocacalle. Sin pensarlo dos veces, el sastre y la posadera giraron al unísono, conscientes que debían evitar la confrontación con cualquiera de aquellos seres enfurecidos, y enfilaron el mismo callejón por donde habían venido con la premura que el miedo otorga, pero antes de dar tres pasos, otras dos figuras oscurecieron el otro extremo de la estrecha calleja.

Lucía y James entrelazaron sus manos a la espera de una solución divina ante aquella bien urdida trampa en la que habían caído como incautos.

—¿Dónde vais tan deprisa, muchachos? Especialmente tú, que por la ropa que llevas debes ser caballero como poco.

Efectivamente, James, debido a su oficio, elegía su indumentaria de tal manera que se le podía confundir fácilmente por uno de los miembros de la

clase nobiliaria. Tenía dos razones para vestir de esa manera: la primera, porque su elegante porte le hacía de escaparate para los negocios, y facilitaba el trato con los nobles a quienes iban destinadas las ricas prendas que confeccionaba; la segunda, era mucho más narcisista, y simplemente tenía que ver con el gusto en vestir que a cualquier buen sastre le encantaba mostrar. No es que fuera presuntuoso, más bien era algo inherente a él, algo que había mamado desde bien pequeño en aquel taller natal de Somerset, y que al crecer no había hecho más que acentuar.

Pero todo eso no le eximía de semejarse a uno de aquellos nobles a quien acostumbraba a vestir, y parecía que aquellos cuatro ladrones que bloqueaban la escapatoria le habían tomado por tal, probablemente pensando que llevaría bastantes dineros encima.

—¡Dejadnos pasar y os prometo que os compensaré con una buena bolsa de maravedíes! —Intentó James a la desesperada, consciente que era inútil razonar con aquella chusma.

La sonora carcajada de uno de ellos confirmó sus temores, y comprobó que la vía diplomática no iba a ser su salvación, así que desenvainó la vara de medir, la cual últimamente había utilizado más como defensa personal que con su propósito original, hecho que no dejaba de ser ciertamente paradójico para ser un modisto.

—No tiembles muchacha. Ya verás lo bien que te vamos a gozar —amenazó otro de los desalmados.

James, viendo la tácita amenaza sexual, empuñó la vara con ambas manos y se persignó para proteger a Lucía cual caballero del Toboso, con la misma maña, aunque con un poco menos determinación.

—No te preocupes Lucía, este sastre inglés no dejará que te pongan la mano encima.

—¿Sastre inglés? —inquirió una de las cuatro figuras que hasta ese momento se había quedado un tanto rezagado en el extremo del callejón. Luego se acercó con cautela mientras sus tres acompañantes se disponían en formación de guardia, como si protegieran al mismísimo rey. Al aproximarse y salir de las sombras, la luz del sol incidió en el rostro de aquel personaje, revelando sus facciones de manera clara.

—¿Don Pedro, maestro librero?

—El mismo, James. Porque, eres James Taylor, ¿no? —inquirió aún confundido por la oscuridad del callejón y la presencia de la compañía femenina.

—Don Pedro Madrigal, ¡cuánta alegría! Pensé que este era el fin e íbamos a morir justo antes de completar nuestra misión —respondió el alfayate como prueba de su identidad, pero sin acercarse a aquellas figuras que hasta hacía unos segundos les amenazaban descaradamente y ahora se mantenían silenciosos a la espera de las órdenes de Don Pedro, como si en lugar del maestro de impresores y libreros se tratara de un sargento comandando una pequeña tropa de asalto.

—Oh, James, ¡creíamos que no lo habías conseguido! —exclamó aliviado el interpelado. La locura de estas últimas horas nos convenció que el Patronato te había atrapado, descubierto tus intenciones, y asesinado a los maestros gremiales como venganza.

—¿Asesinado a los maestros gremiales?

—Pero... ¿es que no os habéis enterado? ¿A qué creéis si no que se deben los alborotos y la sinrazón que se ha adueñado de las calles de todas las ciudades?

Lucía no daba crédito al intercambio de palabras que se estaba produciendo entre los dos hombres, y confundida, se mantenía acurrucada detrás de James, temerosa de las intenciones de aquellos seres surgidos de las tinieblas. Don Pedro, percatándose del estado de angustia de la joven, se apresuró a tranquilizarla:

—Muchacha, no tengas miedo. Estos son colegas libreros, y jamás le han puesto la mano encima a nadie que no fueran sus mujeres o unos buenos libros, que para nosotros son casi como ellas. Solamente estábamos actuando para desenmascarar al que creíamos un noble, y nos confesara así el paradero de posibles miembros del Patronato. La guerra encubierta que hasta ahora habíamos practicado se tornó visceral y encarnizada desde el momento que aquellos empezaron a aniquilarnos despiadadamente. Por un momento confundimos a James con uno de aquellos asesinos, aunque ciertamente nos sorprendió la presencia de una bella muchacha a su lado. ¡Ven! No tengas miedo —concluyó alargando su brazo de manera galante.

Lucía miró a James indecisa, y solo la sonrisa afable del modisto le tranquilizó lo suficiente como para ofrecer su mano al maestro librero. Este la tomó con delicadeza y la besó suavemente, sin apenas rozarla, como si de un incunable se tratara.

—Pero..., Don Pedro, ¿no entiendo qué relación tienen los tumultos con el elixir?

—Eso, querido James, es lo que intentamos averiguar aventurándonos por

las calles de Madrid. Buscamos las mismas respuestas que tú, aunque una cosa sí es segura, los maestros gremiales de varias ciudades han sido asesinados con saña, que los causantes son soldados mandados por varios nobles y prelados, probablemente miembros del Patronato, y que las gentes han salido a las calles poseídos por unas ansias desbocadas de venganza, las cuales han tornado en saqueos y destrucción sin mirar a quién y por qué. Es un caos absoluto al que las autoridades y alguaciles no pueden poner fin, posiblemente porque ellas formen parte de alguna manera de esta locura.

—Pero ¿qué podemos hacer nosotros? Me refiero a que el Gremio no cuenta con unas milicias organizadas para combatir abiertamente con esos desalmados. Basta con veros a vosotros, unos meros libreros que la última vez que empuñasteis un arma probablemente fuera la imaginada por alguno de los autores de vuestros libros.

—Efectivamente —reconoció Don Pedro Madrigal —, por eso nos hemos constituido en pequeños grupos y salido a las calles para averiguar el paradero de los miembros del Patronato, aunque sea utilizando armas como la comedia o el drama. Estamos convencidos que, si los apresamos y llevamos hasta las autoridades, todos los desmanes cesarán, y además los culpables serán juzgados por los asesinatos cometidos. Ahora, sin embargo, con tu presencia, la cosa puede que dé un giro más radical.

—¿A qué te refieres?

—Antes has dicho que estabas a punto de cumplir con tu misión.

James aseveró tal extremo, y relató brevemente sus peripecias desde que saliera huyendo de Madrid, la lucha encarnizada entre los guardianes del Gremio y el Patronato en la posada donde conoció a Lucía, su posterior llegada a Toledo, el cómo consiguieron los elementos de la fórmula, la desgraciada muerte del maestro boticario y, por último, su huida de retorno a la capital. Por supuesto, obvió los detalles más personales como el sentimiento mutuo que habían desarrollado Lucía y él en este tiempo, así como la inexplicable aparición de la curandera del bosque.

Don Pedro asintió a cada una de las explicaciones, echando de vez en cuando miradas de soslayo a la muchacha, y ratificando la sospecha de que aquellos dos eran más que acompañantes casuales, ¿por qué sino ella había seguido al inglés en toda aquella sin razón de viaje?

—Perfecto —concluyó finalmente el librero —, ahora por fin podremos confeccionar el elixir y acabar de una vez por todas con el Patronato.

James dudó de la solución aportada por el maestro gremial, y tras una

breve pausa objetó—: ¿No sería mejor consultarlo con Don Martín antes de tomar una decisión al respecto?

—Me temo amigo mío que Don Martín haya sucumbido a la barbarie del Patronato, pues poco después de tu partida desapareció de Madrid, y fuentes del Gremio certifican que se le vio dirigirse a gran velocidad hacia Toledo. Sospechamos que, tras el fiasco de tu escapada por el Portillo de Gil Imón, se sintió responsable de aquel plan tan desaguisado y decidió ir en vuestra ayuda, siendo probablemente capturado por aquellos desalmados. Lo cierto es que no hemos vuelto a saber de él, y me temo que haya sido una de tantas víctimas de las últimas horas.

—¡Dios mío! —exclamó Lucía mientras se llevaba la mano a la boca, aunque, a decir verdad, no sabía si se sentía tan compungida por la posible muerte del maestro sartorial o porque, una vez más, su futuro se tornaba de nuevo incierto. Su esperanza de establecerse en Madrid gracias a la ayuda que podría prestarles el maestro de sastres y alfayates se diluía como azúcar en agua hirviendo, aunque produciendo un sabor mucho más amargo.

—¿Y ahora qué vamos a hacer? —interpeló un descolocado James.

—Por lo pronto salir de estas calles tan peligrosas y refugiarnos en mi taller. Convocaré a los pocos maestros gremiales que quedan en la ciudad y tomaremos una decisión respecto al elixir.

El sastre y la muchacha asintieron al unísono e iniciaron la marcha tras aquellas sombras que, una vez salieron del callejón, se tornaron afables librereros, como si la luz del sol hubiera sacado a un niño de las pesadillas que la noche trae consigo.

A las pocas horas, se hallaban reunidos en casa del librero en torno a una larga mesa de madera, donde el polvo de libros recientes aún recordaba las historias que se vivían en su interior. Don Pedro Madrigal oficiaba de anfitrión en aquella precaria reunión del Gremio, y los pocos maestros gremiales que habían podido acudir lo habían hecho con rostros entremezclados de temor, angustia y rabia. Hasta ellos había llegado la noticia del asesinato inhumano de varios de sus amigos y colegas, tornando aquella reunión más en un funeral por los ausentes que un cónclave para acabar con aquella locura y vengarse de los hermanos del Patronato.

—Amigos —empezó el librero—, nuestro querido James ha vuelto con éxito de la misión que le encomendamos aquí mismo hace apenas unos días.

—Lamentablemente, Don Cristóbal Quintero no sobrevivió a la

encomienda —añadió su primo el maestro droguero—. Tengo entendido que no tuvo un final acorde con su persona.

—Oh, le aseguro yo que su triste final honra de sobras al caballero que era, y gracias a él conseguiremos nuestros propósitos —apuntó una compungida Lucía que contagió el espíritu orgulloso al resto de participantes.

—Sí, pero eso no nos lleva más cerca de poder confeccionar el elixir mágico —sentenció el maestro herrero—. Aunque tengamos los ingredientes, no sabemos en qué proporción y orden se han de mezclar.

—En eso, quizás yo pueda ser de utilidad.

Todos se giraron al unísono y quedaron observando a un hombre, un muchacho más bien, que con cara demacrada los miraba desde un extremo de la mesa. Se trataba de Diego Velasco, hijo del recientemente desaparecido maestro droguero de Madrid, Don Alonso Velasco, el cual se sospechaba había sido embaucado primero, y asesinado después, por miembros del Patronato para confeccionar el elixir primigenio. En la reunión inicial donde se decidió el viaje de James a Toledo no estaba presente por dos motivos: uno, porque se encontraba en plena búsqueda de su padre desaparecido, pues desconocía la historia que el inglés hurtó a escondidas en casa del marqués de Montaraz, donde este relataba el asesinato de su progenitor al conde de Frago; y dos, tras la confirmación del fallecimiento de Don Alonso, todavía no había sido nombrado maestro droguero de Madrid, y por tanto heredado su puesto vitalicio como miembro del Gremio. Ahora, después de haber conocido toda la historia acaecida durante los días previos, era una de las personas en aquella habitación que más deseos albergaba de acabar con los hermanos mayores del Patronato.

—Mi padre no solo me legó su plaza en el Gremio, sino también sus conocimientos. Es posible que pueda reproducir de nuevo el elixir, tal y como él lo logró —sentenció un tanto cariacontecido ante el recuerdo de su progenitor.

—¿Estás seguro, muchacho? —preguntó un dubitativo maestro alfarero—. Se me antoja tarea muy ardua para tan poca experiencia.

—Pierda cuidado, Don Jacinto, mi padre me enseñó bien. Y una de las cosas en las que insistió fue en que me acostumbrara a escribir siempre una copia de los descubrimientos. Así que, o mucho me equivoco, o en algún lugar no muy lejano debe haber un trozo de papel con la fórmula del famoso elixir escrita en él.

—O quizás no —intervino pesaroso el librero—. La farmacia de tu padre

fue asaltada la misma mañana de su desaparición, por si no te acordabas de ello.

—¡Cómo no iba a acordarme! ¿Acaso olvida que me encontraba en el piso de arriba cuando ocurrió? Suerte tuvimos que esos desalmados no prendieran fuego al laboratorio, pues justo cuando se disponían a ello nos precipitamos toda la familia hacia ellos haciéndoles huir espantados. Lástima que llegamos un poco tarde y no pudimos evitar la destrucción y robo que perpetraron.

—Por lo tanto —corroboró el maestro alfarero —es imposible que la fórmula esté allí; o bien se la llevaron consigo o se perdió tras el destrozo del lugar.

—Eso si damos por hecho que mi padre guardaba sus fórmulas en el laboratorio... —dijo en tono de suspense.

Todos miraron expectantes al muchacho y este les devolvió la mirada con una sonrisa pícara. Luego, tras unos eternos segundos de intriga, extrajo de su jubón un grueso libro con la encuadernación bastante raída, y cuyas puntas de piel aparecían desgastadas por el uso.

—Les presento el libro de fórmulas de la familia Velasco, el cual ha sido el legado familiar desde tiempos inmemoriales, y donde cada miembro ha ido añadiendo cada una de las fórmulas que han ido descubriendo a lo largo de los años. Por la que ustedes están tan interesados, es justamente la última anotación de mi difunto padre, y me temo que solo yo puedo entenderla en su complejidad, pues obviamente las medidas y proporciones son las habituales en farmacología.

—¿Pero entonces cualquier droguero podría reproducir la fórmula? —objetó un reticente Don Jacinto.

—No exactamente, pues para evitar que el libro fuera robado por los enemigos del gremio, y no me refiero en esta ocasión al Patronato, sino a los propios competidores del negocio familiar, las proporciones que constan en este libro están alteradas conscientemente, de manera que no reflejan los valores reales.

—¿Cómo es eso? —inquirió el maestro herrero.

—Una vez superado el período de aprendizaje del oficio, los herederos del negocio memorizamos unos porcentajes de desviación en las cantidades que se aplican a ciertos elementos alquímicos y, al leer las fórmulas del libro, debemos recalcular mentalmente esas cantidades según esas desviaciones aprendidas, de lo contrario las fórmulas, tal cual están escritas, no son

efectivas.

—Ingenioso —confesó el maestro alfarero —, quizás lo aplique a mis propias fórmulas y mezclas de materiales.

—¿A qué estamos esperando, pues? —azuzó Don Pedro—. Cuanto antes confeccionemos la fórmula antes podremos aniquilar por siempre al Patronato.

—Entonces, James y Lucía —dijo Diego dirigiéndose a la pareja—, coged los ingredientes de la fórmula y encaminémonos a mi laboratorio. Creo que aún me quedan suficientes instrumentos para poder destilar y mezclar. Con un poco de suerte, esta misma noche tendremos el elixir en nuestro poder.

El sastre y la posadera partieron tras el joven droguero, no sin antes acordar con el resto de maestros gremiales volverse a reunir en ese mismo sitio a la mañana siguiente.

Cuando llegaron a casa de su huésped, el efecto que les causó su taller en nada era comparable con el que experimentaron al observar el orden y cuidado del del fallecido Don Cristóbal. Aquel era rico no solo en instrumental, sino en sabiduría, tal y como atestiguaban la infinidad de libros, legajos y compendios sobre botánica que allí albergaba el toledano. Este, sin embargo, parecía más bien el taller de un carpintero, con una pátina de polvo como si fuera serrín cubriendo los pocos muebles de taller, y tan impropio de un laboratorio farmacológico, donde se suponía debía brillar la higiene. Además, por instrumentos apenas pudieron distinguir un alambique, un mezclador y varias cubetas y frascos en una estantería torcida, que a duras penas se sostenía en la pared, o más bien ayudaba a la pared a sostenerse en pie.

James empezó a sospechar que el tal Diego Velasco no era un ejemplo de pulcritud, independientemente que todavía se observaban los signos del asalto causado por los miembros del Patronato en aquel lugar.

—Pasad, no os quedéis ahí en la puerta —los animó el joven droguero que, si bien no demostraba ser muy ordenado, de sobra lo compensaba con una amabilidad y diligencia contagiosa.

—Gracias —respondió Lucía, un poco más animada después de conocer las desgraciadas noticias de las últimas horas. Su mente de superviviente ya estaba elucubrando la manera de que James ocupara el puesto vacante dejado por el tristemente desaparecido Don Martín de Andújar, siempre y cuando el resto de maestros gremiales lo aceptaran en pago a sus servicios prestados, de

lo cual no albergaba ninguna duda.

—Esto está muy destartado. Desde el funeral no he tenido ni ganas ni tiempo de tomar las riendas del negocio. Disculpad el estado en que se encuentra todo, os aseguro que mi padre tenía esto como los chorros del oro, y yo me propongo conducirlo de la misma manera.

Aclarado el extremo, James y Lucía entraron tras el joven hasta la zona que hacía las veces de laboratorio, y deshaciéndose este de su capa, se enfundó en una especie de bata que en otro tiempo fue de color blanco, pero que en la actualidad estaba decorada con infinidad de trazos de colores, como si hubiera sido salpicada por una paleta de pigmentos infinitos.

Diego, viendo la cara de escepticismo de Lucía, se apresuró a aclarar el porqué de su indumentaria—: Esta bata perteneció a mi padre, y ahora, aunque bastante holgada, la usaré yo.

—¿Otra costumbre hereditaria familiar, como el libro de fórmulas? —preguntó James no sin cierta sorna.

El maestro droguero, lejos de incomodarse por la pregunta socarrona, sonrió largamente y respondió—: Más o menos.

—Me encanta la combinación de colores —añadió sinceramente el modisto, tratando de relajar el ambiente que por otra parte seguía siendo distendido.

—Bueno, son el resultado aleatorio del desempeño de nuestro trabajo. Veréis —dijo mirando a la pareja —, tras tantos manchurroneos de polvos y mezclas alquímicas, llega un momento que es imposible hacerlas desaparecer, ni siquiera con el jabón más potente que podamos confeccionar. Por otra parte, coincido contigo James, la composición resulta bastante atractiva.

Lucía se deleitó en la mezcla de ocre, turquesas y cobaltos que adornaban la bata de manera abstracta, y asintió ligeramente al comentario del joven.

—¿Empezamos? —propuso este, al tiempo que abría el libro de fórmulas y extendía una de sus manos en espera de los ingredientes de la fórmula. El sastre y la muchacha vaciaron sus respectivas bolsas encima de una oscura mesa de madera ajada de cortes asimétricos. Luego, la concentración se apoderó del lugar.

Diego Velasco podría parecer desastrado, pero el método que demostró durante las dos horas siguientes desmintieron este prejuicio. En ese período de tiempo, troceó, amasó, hirvió, coló, mezcló, volvió a colar y a mezclar de manera tan concienzuda, que en un momento dado detuvo el proceso para

cerrar una contraventana, cuyo vaivén entorpecía ligeramente el estado de abstracción en el que se había sumido.

De tanto en tanto, el droguero detenía su trabajo, cogía una lente que reposaba sobre la mesa, y la dirigía hacia un lugar concreto de su pictórica bata. Lucía, a quien no había pasado desapercibido ese gesto, esperó a que hubiera acabado con todo el proceso para preguntar por ello.

—Compruébalo tú misma, querida —dijo el droguero—. Y diciendo esto alargó la lupa hacia la muchacha y la conminó a mirar a su través hacia un lugar determinado de la solapa. Lucía pudo ver cómo en una grafía diminuta aparecía escrito 22% en color burdeos. Luego siguió el dedo de Diego mientras señalaba otra zona diferente, en la que aparecía un verdoso 37%. Por último, en trazos que asemejaban diminuta escritura cuneiforme, un 68% amarronado asomaba por la manga de la bata.

—¡Son los porcentajes! —gritó la muchacha asombrada.

—Efectivamente, no creerás que me sé de memoria cada uno de los porcentajes desviados que hay en el libro de fórmulas.

—Pero entonces... —balbució un más pasmado James —, ¡la bata es como un descodificador!

—Es la clave, por eso solo la lavamos tímidamente, para eliminar los olores corporales y poco más. Cada vez que escribimos una nueva fórmula en el libro, identificamos cualquier nuevo ingrediente no utilizado con anterioridad, y le asignamos un porcentaje de desvío. Luego marcamos en el libro el ingrediente con el color respectivo y escribimos el porcentaje en la bata con el mismo color. Yo solo tengo que fijarme en los nuevos ingredientes de vuestra fórmula, los cuales son bastantes, por cierto, y buscarlos después en la bata. Tras aplicar el desvío, obtengo la cantidad exacta necesaria para su confección.

James se acercó al libro de fórmulas, y bajo la escritura pulcra de Don Alonso Velasco, pudo observar unas breves líneas discontinuas de colores debajo de ingredientes como leño de Guayaco o moho de calavera.

—Por eso la prenda también ha de ser heredada en la familia —concluyó pensativo el modisto.

Diego asintió al tiempo que le dirigía un guiño inteligente al inglés.

—Pues ya está todo aclarado. No vayáis ahora a descubrir el secreto de mi familia, aunque, sinceramente, os sería imposible interpretar esas cantidades sin los conocimientos que yo poseo. Aun así, os pido discreción.

—Por supuesto —protestó Lucía —, ¿acaso no hemos dado ya suficientes

muestras de fidelidad al Gremio?

—No es por eso, querida. Es porque, tal y como están las cosas, sabemos a ciencia cierta que los miembros del Patronato tienen espías por todas partes, y uno nunca sabe.

—Eso es cierto —reconoció James—, pero descuida que nosotros guardaremos el secreto familiar. Ahora solo falta comprobar que las cantidades anotadas por tu padre eran las correctas y el elixir funciona.

—Pues, ¿a qué esperamos? —preguntó Diego sin ocultar su excitación.

—¿A qué te refieres? —inquirió Lucía.

—Muy sencillo, que para demostrar si es así, hay que probar el elixir, y no veo a nadie más por aquí que me sirva de conejillo de indias —insinuó con una taimada sonrisa dibujada en el rostro.

—¿Nosotros? ¡No pensarás que, después de todo lo que hemos hecho por el Gremio, también vamos a prestarnos a tal locura! Ya hemos oído lo que puede producir ese líquido y, créeme, no tengo ningunas ganas de probarlo, no sea caso que me enturbie el cerebro para siempre.

Lucía, mirando al inglés con cierta desaprobación, agarró el frasco que el droguero mantenía bailando entre sus dedos y, sin previo aviso, apuró su contenido de un trago.

—¡Nooo! —gritó un despavorido James sin tiempo a arrebatarse el frasco antes de que lo vaciara por completo en su garganta.

Lucía sonrió burlonamente, y miró a ambos hombres con detenimiento mientras esperaba que el elixir actuara en su cerebro. Siempre se había considerado una chica inteligente, espabilada más bien, pero si lo que profetizaban sobre aquel mágico brebaje era cierto, pronto una implacable clarividencia se adueñaría de su mente.

James y Diego mantenían los ojos fijos en la muchacha, atentos a cualquier signo, a cualquier reacción extraña que les indicara que la fórmula funcionaba. El sastre inglés no podía evitar mirarla con ojos de preocupación, pues no estaba solo en riesgo la fórmula mágica, sino el bienestar de su querida Lucía, la cual ya no se imaginaba lejos de él, mucho menos lastimada por culpa de aquel extraño elixir.

Los segundos se tornaron minutos, y tras contar siete de estos, Lucía abrió por fin la boca:

—Nada, estoy como una rosa. Este brebaje no sirve para nada, aunque debo reconocer que tiene un sabor bastante agradable, a pesar de los ingredientes que sé que contiene.

—No puede ser —se lamentó Diego—. He seguido paso a paso el proceso seguido por mi padre, y no he alterado ni un gramo las cantidades descritas en la fórmula.

James, conmovido por el pesar del joven droguero, cogió otro de los frascos que contenía el elixir, y de un golpe ingirió su contenido sin tiempo a arrepentirse de ello.

Lucía y Diego permanecieron expectantes una vez más, pero al cabo de varios minutos, y sin ningún tipo de reacción astuta por parte del modisto, concluyeron que la fórmula no funcionaba.

Habían fracasado, y lo peor era que a la mañana siguiente deberían arrastrar ese fracaso delante de todos los maestros gremiales.

—¿Qué podemos hacer? —susurró Lucía sin dirigirse a nadie en particular.

El joven Velasco negó con la cabeza, abatido tras sentirse totalmente culpable por el desenlace de su trabajo.

—Nada, he seguido todas las indicaciones descritas por mi padre, a excepción de esos latinajos del final. Mi latín es bastante precario, solamente conozco el nombre de algunas plantas y poco más.

—¿Qué latín? ¿De qué hablas? —preguntó súbitamente James.

—Aquí —dijo mostrando dos líneas garabateadas en latín que su padre había escrito a modo de epitafio al terminar la descripción de la fórmula alquímica.

Lucía y James juntaron sus cabezas para analizar las dos líneas a las que Diego hacía referencia, y sin querer leyeron en voz alta, él primero, y ella la segunda línea, después:

— *Expelle noctem animam meam...*,

—...*quoniam ego in elected.*

Ilumina mi mente, pues yo soy un elegido.

El fogonazo que ambos sintieron fue como cien albas concentradas en un amanecer. Una tímida náusea invadió por un instante sus cuerpos, lo cual les obligó a sujetarse en la desgastada mesa de laboratorio para, a continuación, despertar en una mirada azul cobalto seguida de unas carcajadas que el propio Diego no supo interpretar, pero que le causaron suficiente aprensión como para abandonar el taller disimuladamente, dirigirse a la vivienda del piso superior, y dejar a la pareja disfrutar, sufrir o simplemente experimentar, no sabía muy bien cuál de las tres era, los efectos del elixir.

Estaba claro que aquellas oraciones en latín habían activado de alguna

manera el brebaje, y sus efectos empezaron a hacer mella en sus portadores.

—¿Estás bien, Lucía?

—Mejor que nunca —respondió la muchacha mirando a su alrededor, como si fuera la primera vez que admiraba aquella estancia. Sus nuevos ojos interpretaban cada objeto, desmenuzando su utilidad, entendiendo su propósito sin necesidad de preguntar, de la misma manera que un experimentado droguero haría si hiciera su entrada de repente en el laboratorio. No necesitaba inquirir nada, lo entendía todo con tan solo mirarlo.

De repente, la joven se giró hacia James y sus ojos se entrelazaron, y eso también lo entendió, de forma tan clara y profunda como el amor de una madre, como la pasión de un guerrero, como la ambición de un rey.

Él pareció sentir lo mismo, porque con un gesto que jamás le había visto hacer con anterioridad, se acercó lentamente hacia ella, y cogiéndola en brazos, la depositó delicadamente sobre la alargada mesa. Luego acarició su hermoso cabello sin dejar de taladrarle el azul de los ojos, y rozó con los labios el aliento entrecortado de ella.

Después todo fue un todo: hicieron el amor como si fueran los únicos seres humanos del planeta, despacio, sin temor a perderse, con la seguridad que te da la certeza, con la ternura que abraza el primer amor.

El amanecer les despertó con los rostros cansados, como si tras una batalla interminable no hubiera habido vencedores, y los litigantes se hubieran retirado a tiempo para remendar sus heridas.

El elixir había dejado de actuar en algún momento de la noche, cuando ya habían rebasado de sobra la barrera de lo evitable. No hubo arrepentimiento ni sorpresa. Solo el recuerdo de que durante aquellas horas habían tocado el cielo y hablado con Dios, el cual les había sonreído.

—Será mejor que nos pongamos en marcha —susurró James al oído de Lucía—. Los maestros nos esperan.

Ella asintió, aún conmovida por los sentimientos experimentados en su interior. Se desperezó ligeramente, y después de posar un tímido beso en la mejilla del sastre, apoyó los pies en el suelo, justo en el momento que un ruido seco rompió la paz de aquella madrugada.

La muchacha, asustada por el inesperado sonido, miró a su alrededor sin advertir nada en particular, hasta que sus ojos se posaron en la mancha escarlata que iba cubriendo el pecho de su amado.

James la miró por última vez, antes de desplomarse por completo encima

de la mesa, y no pudo por tanto oír el grito desgarrador que Lucía Mendoza lanzó hacia la figura de Alonso, hijo del duque de Illescas, cuya silueta se recortaba en el vano de la puerta, mientras el olor a pólvora de su pistolón llenaba la estancia, como si fuera el incienso de mil catedrales en una misa de réquiem.

—¿Cómo sabes que funciona? —preguntó una recelosa Amalia a su hermano, mientras este destapaba el frasco con el elixir y unos golpes insistentes aporreaban la puerta de la estancia.

Marcus Sloane permanecía inconsciente en el suelo, y los guardianes parecían a punto de derrumbar la maciza puerta de madera.

—Confía en mí. No tienes nada que perder, y una vez lo hayamos bebido, la salida a esta encrucijada se nos mostrará tan clara como si una suma de dos cifras se tratara.

—A qué estamos esperando, pues —y quitándole el frasco de la mano apuró la mitad de su contenido, ofreciendo el resto a su hermano.

Este hizo lo propio, y ambos permanecieron unos segundos expectantes.

—Nada, esto me pasa por confiar en un monje barbudo que no ha salido de estas paredes en su vida.

—¿Cómo sabes que nunca he salido de aquí?

—No lo sabía. Imaginaba que así era la vida monacal en un recinto tan secreto como este.

—Pues te equivocas. Todos los demás monjes van y vienen a su antojo menos yo, que sigo recluido aquí desde que me trajeron de tan pequeño que no sabía ni hablar.

Ella lo miró con cierta tristeza, pues no se podía imaginar la clase de vida que había podido llevar su hermano encerrado en aquel recinto, por muy paraíso terrenal que se semejara.

—Da igual —gritó medio histérica —, lo cierto es que este elixir no hace ningún efecto. Sigo viendo nuestra huida tan imposible como hace un rato.

—No me extraña.

—¿Cómo?

—Digo que no me extraña, pues solo hemos ingerido el líquido.

Amalia miró una vez más el frasco que yacía vacío en la palma de la mano de Giorgos sin entender absolutamente nada.

—Di la frase.

—¿La frase?

—Sí, tu mitad.

—¿Mi mita...? —Amalia no acabó la pregunta, pues inmediatamente supo a qué se refería. Aquella parte esotérica de la fórmula que le costaba

admitir. Aquella por la que había ido a París con Bruno y que el Hombre de Vitruvio les había revelado. Pero eso no era una mitad, ¿o sí? Entonces lo entendió: en París solo habían descubierto la mitad de la frase que les conduciría al entendimiento y la clarividencia. Si su intención no le fallaba, deducía que Giorgos, como hermano casi gemelo, poseía la otra mitad de la frase, y sin dudarle un segundo más, pronunció en voz alta:

— *Expelle noctem animam meam...*,

— *...quoniam ego in elected* —replicó él.

Ilumina mi mente, pues yo soy un elegido.

Un resplandor cegador se apoderó de la visión de Amalia, al tiempo que sus ojos miraban la estancia como si no la reconociera. Allí estaba la puerta maciza de madera. Al fondo, un ventanuco por el que apenas cabía un gato, era la única abertura por donde entraba algo de luz exterior. No había más huida posible que por el mismo sitio por el que habían entrado, y que estaba a punto de ser derribado por no sabía cuántos guardianes del Patronato.

Instintivamente miró a su alrededor y pensó en la celda del abad: Su mesa de trabajo, su camastro con la ropa de cama ricamente bordada, una estantería con apenas unos códices, un armario robusto de oscura madera esculpida, unos sillones profusamente tapizados con..., de repente se detuvo y volvió atrás. ¿Cómo era posible que en el monasterio llamado de Los Caligrafistas solo hubiera unos pocos códices en la estantería del propio abad? Quizás porque en lugar de receptáculo de libros, la susodicha estantería era utilizada con otro propósito.

Se dirigió hacia ella con precaución, pero su hermano Giorgos ya se le había adelantado. Aparentemente había tenido el mismo razonamiento que ella, y ya manipulaba cada uno de los libros y esquinas del mueble. No tardó en dar con el resorte oculto tras uno de aquellos códices, y al accionarlo, la estantería se desenganchó de la pared mostrando el propósito de puerta con el que había sido ideada. Amalia y Giorgos no lo dudaron ni un instante, y se precipitaron por aquella abertura justo en el instante que un ruido atronador anunciaba que la puerta del despacho había sido derribada por los guardianes. Afortunadamente, tuvieron el tiempo suficiente para cerrar la estantería tras de sí, de manera que lo que se encontraron la decena de guardianes que invadieron la estancia fue a su jefe Marcus Sloane, inconsciente en el suelo, y ningún rastro de las otras dos personas que se suponía estaban con él.

El que parecía comandaba al grupo de guardianes emitió unas

contundentes órdenes en griego que obligaron al resto a correr frenéticamente para encontrar al monje y su captora. Imaginaban, dado que nadie sabía lo que allí había ocurrido, que la prisionera había cogido como rehén al incauto y pacífico monje, y se había escabullido del despacho, aún no sabían muy bien cómo.

Giorgos, a diferencia de lo que creían los guardianes, arrastraba a Amalia de la mano por un pasadizo excavado en la roca, que seguramente era el que utilizaba el abad para escabullirse del monasterio sin ser visto. Después de medio correr a tientas por él, llegaron a una trampilla que ineludiblemente conducía al exterior, a las antiguas ruinas del monasterio original. Amalia, zafándose del apretón de su hermano, se encaramó a ella, y describió una aldaba que la atrancaba.

Al levantar la trampilla, vio cómo unas nubes bajas ocultaban toda la vista, impidiendo vislumbrar las ruinas en su totalidad, aunque sí lo suficiente para confirmar que se hallaban entre los restos abandonados del monasterio.

—Si no me equivoco, en aquella esquina debe estar el antiguo torno que hacía las veces de ascensor. Con un poco de suerte todavía está operativo, aunque esa zona quedaba bastante a la intemperie y era bastante castigada por los vientos del norte.

—Vaya, lo que me temía —apuntó Amalia—. Al final sí que va a ser verdad que voy a tener que utilizar ese precario artilugio.

—O eso, o salir volando, lo que prefieras.

—¿Qué tal los ascensores?

—Imposible. A estas alturas ya estarán custodiados, pues en principio es la única forma de entrar o salir de aquí arriba. Esos torpes no pueden imaginar que somos capaces de escapar usando el mismo sistema que hasta hace menos de un siglo utilizaban los monjes ascetas.

—Y yo tampoco —respondió Amalia, haciendo gala de su habitual ironía.

—¡Vamos! —la apremió Giorgos—. ¡No seas quejica!

—¡Cómo se nota las ganas que tienes de salir de aquí! No me extraña, después de tantos años encerrado.

Él, como respuesta, inició una marcha a través de la neblina en dirección al acceso de salida de su cautiverio. El día estaba plomizo, y las nubes bajas escondían un futuro incierto, aunque al juzgar por la determinación del joven monje nadie lo hubiera dicho.

Al llegar se encontró una estancia amplia pero rudimentaria, con una especie de traviesa en su centro. En realidad, era como un inmenso tronco de

madera que llenaba la estancia en vertical, hundiéndose en el suelo y el techo. A su vez, iba cruzado por otro tronco, este mucho más pequeño, a la altura de las rodillas, para que los monjes tuvieran que inclinarse y poder hacer fuerza empujando y girando el torno, con el propósito de bajar o subir la red que transportaba a la persona o mercancía necesitada. De esta manera, una gran maroma se iba enredando en el tronco vertical, como si fuera una enorme serpiente enroscada.

Amalia se asomó por el precipicio a través de los restos de madera que quedaban de una balconada que en su momento habría servido de parapeto, pero que en la actualidad aparecía prácticamente carcomida, mostrando la caída desnuda que les aguardaba por la pared rocosa.

—¡Ni hablar, yo no pienso bajar por ahí! Además, la niebla no me deja ver el fondo. Es como cuando nadas en alta mar y no sabes lo que hay a tus pies. La sensación es inquietante.

—Otra vez salió la quejica. Poco te conozco, pero empiezas a resultar un tanto cansina —y se rio con tanta naturalidad que a Amalia le recordó la carcajada franca de Bruno, hecho que, inconscientemente, le hizo recuperar la confianza en sus posibilidades de escapar.

—De todos modos —continuó Giorgos —, tenemos un pequeño problema.

—¿Qué pasa ahora? ¡Mira que me había armado ya de valor!

—Necesitamos que nos ayuden desde aquí arriba. Sin dos personas que operen el torno mientras nosotros nos encaramamos en la red, no podemos bajar.

—Ya. Me temo que estamos en una encrucijada. Yo no tengo ningún conocido por aquí cerca que pueda ayudarme, ¿y tú? —se quejó la periodista echando una mirada de decepción al cielo.

—Ah, pues, a lo mejor yo tengo más suerte que tú —y diciendo esto, extrajo de su sayón un teléfono móvil y empezó a teclear los dígitos.

Amalia no daba crédito a lo que veía: un monje asceta armado con un smartphone de última generación en la cumbre de uno de los Meteoros más antiguos del mundo. Era como aquella película de “Un americano en la corte del rey Arturo”, o algo así, donde antigüedad y modernidad se unían en una imagen irreal. Aunque lo que más le sorprendió a la periodista fue ver cómo le contestaban apenas transcurridos tres tonos.

—¿Giorgos?

—Ioannis, ¡qué alegría escuchar tu voz!

—Estás loco, pero ¿cómo me llamas al teléfono? Todo el mundo te anda buscando. No sé qué has hecho, pero has revolucionado todo el monasterio.

—Ya me imagino, pero sería muy largo de contar. Solo te pido que localices a Athos y vengáis a ayudarnos.

—¿Ayudaros? ¿Con quién estás?

—Con una mujer.

—¡Válgame Dios! Perdón, no quería blasfemar.

—Tranquilo, es mi hermana.

—Ahora sí que acabas de confirmar mi teoría. Estás totalmente enajenado... una hermana... eso no te lo crees ni hartado de vino.

La periodista que estaba escuchando la conversación al haber pulsado Giorgos el altavoz, intervino para confirmar su parentesco.

—Hola...

—Ioannis... —dijo la voz al otro lado del teléfono.

—Hola... hola... Verás, Ioannis, esto es muy largo de explicar, ni yo misma me lo acabo de creer, pero en el transcurso de la última hora he descubierto que Giorgos es mi hermano y ahora mismo estamos en un apuro. Pretendemos abandonar el monasterio utilizando el antiguo torno y la red, pero te necesitamos a ti y a tu otro compañero para que accionéis el torno desde arriba. No te lo pediría si no fuera de vital importancia, aunque a estas alturas ya te habrás dado cuenta que si nos están buscando por ahí abajo es porque no desean que escapemos. Si no me equivoco, debes ser el mejor amigo de Giorgos, de otra manera no hubiera recurrido a ti en primera instancia, y por tanto debes haber escuchado en más de una ocasión sus llantos por no poder abandonar este recinto libremente, como sí hacéis el resto. Estoy convencida que en muchas de esas ocasiones hubieras deseado ayudarlo movido por la compasión y la profunda amistad que os une. La pregunta es la siguiente, Ioannis: ¿vas a dejar que tus jerarcas se salgan con la suya y vuelvan a retener a tu mejor amigo, posiblemente de por vida, o vas a decidirte de una vez a hacer algo que no solo ayudará a Giorgos, sino que calmará el desasosiego de tu alma y aportará paz a tu conciencia?

Amalia soltó toda la retahíla de palabras de un tirón, probablemente animada por la frenética actividad cerebral que se estaba desarrollando en su cabeza. El hecho es que, tras unos segundos de silencio en la línea telefónica, la voz de Ioannis se oyó alta y clara en el altavoz:

—¡Señor, perdóname porque sí sé lo que estoy a punto de hacer! ¡Esperadnos ahí! En cuanto esto esté más tranquilo, Athos y yo nos

escabulliremos y nos reuniremos con vosotros.

Al instante la línea se cortó y Giorgos guardó de nuevo el teléfono entre sus ropajes. A continuación, miró fijamente a su hermana, y realizó una especie de genuflexión con el cuerpo mientras un gesto de admiración asomaba por los labios risueños del monje.

Madrugada del 13 de octubre de 1582

Lucía no tuvo mucho tiempo de llorar la muerte de su amado James. Solamente el que transcurrió entre disparo y disparo mientras el hijo del duque de Illescas, Alonso, tardaba en recargar el pistolón con el que efectuó el segundo tiro, dispuesto a acabar con la vida de la muchacha. Afortunadamente, la penumbra del lugar y el humo del primer disparo, hizo que el noble errara el tiro, aunque se encontraba a una distancia franca. El impacto sí rozó el antebrazo de Lucía, lo cual provocó que saliera de su estupor y reaccionara antes de recibir un tercer disparo mucho más certero.

La agilidad que le caracterizaba se hizo evidente al alcanzar en tres pasos la puerta trasera de la botica de Diego Velasco, o quizás fuera debido a los restos de elixir que aún afectaban su cerebro. El caso es que, sin darle tiempo a recargar, la posadera desapareció de la vista del hijo del duque como si fuera un fantasma de humo azulado.

Lucía salió a la calle despavorida, con la única obsesión de huir de aquel loco desconocido que había dado muerte a James e intentaba hacer lo mismo con ella. Sin embargo, la mala fortuna se cebó en su delirante carrera, y al poco de haber torcido la primera esquina, se topó de bruces con dos hombres encapuchados que la atraparon como si la hubieran estado esperando. Ella forcejeó con denuedo, pero aquellos dos bestias la sujetaron como si de un valioso tesoro se tratara, y a los pocos segundos de tal desigual pelea entendió el porqué.

—Vaya, vaya, si no es la novia de nuestro querido sastrecillo —dijo una voz a su espalda.

La muchacha se giró y vio como se acercaba un jadeante duque de Illescas, con el rostro enrojecido por la carrera y el semblante satisfecho.

—¡Bien hecho, muchachos! Por un momento pensé que esta furcia se me iba a escapar.

Los dos secuaces asintieron al unísono, aligerando un poco la presión con la que agarraban a Lucía. Esta sintió su relajación al instante, y con un movimiento inesperado, se zafó de sus garras, reanudando la huida por el callejón.

—¡No la dejéis escapar, estúpidos! —bramó el noble.

Los dos partieron tras ella como si su vida dependiera de ello, que en este caso era cierto, pues ambos conocían como se las gastaba su amo con los empleados que le defraudaban. Uno de los esbirros, el más fornido, presenció en una ocasión cómo desmembraba a un esclavo insolente, haciendo espantar a un caballo cuya grupa había anudado previamente a uno de los brazos del desgraciado, mientras que con el otro brazo había hecho lo propio encadenándolo a una argolla del patio de caballerizas.

Esa imagen atroz hacía que el secuaz mantuviera un ritmo de persecución impropio de un hombre de tal tamaño y peso, por lo que, al final, la naturaleza ejerció su implacable poder, y cayó rendido entre estertores a los pocos minutos de haber iniciado la caza. El otro compinche, sin embargo, era mucho más liviano, y no le costó demasiado esfuerzo dar alcance a la muchacha, que pugnaba con sus faldas para que no la hicieran trastabillar en su loca carrera.

—Ya te tengo, fierecilla —gritó mientras la enganchaba de su hermosa melena.

Lucía sintió el tirón del pelo como si mil agujas se clavaran en su cuero cabelludo y, sorprendentemente, este hecho propició que las células de su cerebro se volvieran a reactivar, ayudadas por el imprevisto flujo sanguíneo que experimentaron.

Luego todo pasó muy rápido.

La muchacha sintió un mareo instantáneo que la dejó durante unos breves segundos a merced de aquel desalmado, pero cuando este iba ya a anudarla con una cuerda para que no volviera a escapar, ella se giró con un movimiento tan repentino, que ni el pobre secuaz fue capaz de prever lo que había pasado. El hecho fue que, en un santiamén, se vio en el suelo, con una soga al cuello y faltándole la respiración por momentos. Lucía se mantenía erguida, con la punta de su pie presionando ligeramente una parte determinada del omoplato, que hacía que su perseguidor fuera incapaz de mover un solo músculo. Mientras, la cuerda apretaba cada vez más el cuello del hombre que, sin poder entender muy bien cómo, se despidió de este mundo así, con la certeza que se había enfrentado a un ser etéreo, que lo miraba con unos ojos azul cobalto terribles.

—¡Por fin, estás aquí! —exclamó el duque que, no fiándose de sus esbirros, había continuado también la persecución en pos de la muchacha. Se había detenido solo un instante: para rajarle el cuello al gordo desgraciado que no había podido continuar la carrera, y para recargar el pistolón con el

que apuntaba en ese mismo instante a Lucía.

La distancia en esa ocasión era de apenas cuatro metros, y la había pillado desprevenida mientras, inexplicablemente, acababa con el segundo de sus hombres. No sintió ninguna lástima por él —pensó—, pues si una mujer había podido incapacitarlo y estrangularlo a la vez, bien merecido se lo tenía por inútil.

Lucía dejó de estirar la soga con la que se había deshecho del secuaz, y girándose lentamente, se quedó quieta, mirando de forma fija al hombre, que la apuntaba con el arma levantada.

—Me has costado más tú de matar que el imbécil del sastre inglés, pero eso ahora ya da igual, pues pronto te reunirás con él —soltó bravucón el noble.

Ella lo observó con un semblante tan sereno que logró amedrentar al duque. Era una mirada fría, enajenada, y lo que era más preocupante, sin temor alguno.

—¿Quién eres tú?

El hijo del duque escuchó su voz por primera vez, y esta le resultó tan espeluznante que pensó que hablaba con la misma parca. Aun así, intentó que no se le notara el sudor frío que le corría por la espalda, y con una voz trémula que ni él mismo reconoció, satisfizo la curiosidad de la muchacha:

—Tienes razón. Ya que vas a morir, y tras el par de huevos que le has echado con mis hombres, te mereces saber porqué. Mi padre, el duque de Illescas, me pidió en su instante postrero que vengara la muerte de su persona y salvara el honor de la familia. No sé muy bien a qué se refería con eso, pero puesto que se trataba de matar, pensé que una buena cacería por Madrid bien valdría como divertimento. Al final ha valido la pena, y has conseguido que lo pasara en grande. Pero ya está bien de cháchara y acabemos cuanto antes con esto. Me has puesto cachondo matando a ese esbirro, y pienso solazarme con alguna putilla esta noche. Tranquila, esa no vas a ser tú, pues ya he visto lo que eres capaz de hacer en la distancia corta.

Y sin más palabrería, apretó el gatillo haciendo que el pedernal hiciera el resto: la bala salió disparada acompañada de un ruido seco que inundó la noche, y se dirigió inexorablemente hacia la mirada de la joven.

Lucía vio como la bola negra de hierro salía envuelta en humo hacia su cabeza, pero en lugar de recorrer los escasos cuatro metros con la rapidez que un proyectil acostumbra, este lo hizo como si atravesara una capa de hielo compacta, ralentizando su camino hasta el punto de quedar suspendida en el

aire a pocos centímetros de su frente. No había sentido ningún temor al escuchar el disparo, ni tampoco sorpresa al verla acercarse a cámara lenta, como si eso fuera justamente lo que hubiera estado esperando. Es más, la certeza que la invadió al saber lo que tenía que hacer, provocó en ella un aplomo jamás antes experimentado. Por eso, cuando envolvió tranquilamente el proyectil en su mano y lo lanzó de vuelta hacia su destinatario, supo que su futuro había quedado escrito por siempre en ese mismo callejón.

Después observó cómo el hijo del duque de Illescas la miraba atónito desde el suelo, con la bala atravesada en su corazón, y sintió que James también la observaba desde un lugar al que ella no podía llegar, pero desde donde la seguiría y protegería durante el resto de sus días.

Sin pensarlo dos veces, desanduvo los pasos hasta la casa de Diego Velasco y entró en el destartado laboratorio para reencontrarse con el cuerpo de su amado. Lo miró una última vez, largamente, apasionadamente, y se despidió. Luego se marchó sin mirar atrás, llevándose con ella tres cosas: un viejo libro de fórmulas, una colorida bata de droguero, y una certeza, la del hijo que portaba en su vientre, fruto de la noche apasionada que pasaron James, ella y el elixir que los arropó como una tibia noche de otoño.

—¿Y ahora qué hacemos? —preguntó Amalia a su hermano.

—Pues esperar. Ioannis ha dicho que en cuanto pueda, Athos y él vendrán a ayudarnos.

—Sí, pero no sé yo si hemos hecho bien. Me consta que el voto de obediencia está muy arraigado entre vosotros los monjes, y quizás ha sido todo una patraña para aparecer aquí con Marcus Sloane y un escuadrón de guardianes a capturarnos.

—Es posible.

—Es posible... pero no lo crees.

—En absoluto.

—¿Por qué confías tanto en él?

—Tú lo has dicho antes. De hecho, has apelado a ello para convencerlo de que viniera a ayudarme: por amistad y lealtad.

Tenía razón, y la periodista lo sabía, pero quería que ese ser desconocido que tenía delante se convirtiera de verdad en su hermano Giorgos. Para ello necesitaba escuchar, oír de sus propios labios su historia, que también era la suya, para poder comprender, para poder superar del todo el tremendo golpe que supuso la muerte de sus padres, para convencerse a sí misma que todas sus desdichas habían tenido un propósito.

Él, como intuyendo sus pensamientos, empezó a hablar:

—Fuimos separados de bebés por los miembros del Patronato. Nuestros padres, Santiago y María, eran maestros eméritos del Gremio, o lo que es lo mismo, directos descendientes de los custodios del elixir, James Taylor y Lucía Mendoza.

—Nuestra madre se apellidaba Mendoza —intervino Amalia como certificando la información.

—Sí, y nuestro padre se apellidaba Sastre.

La muchacha puso cara de no entender.

—Sastre es la traducción de Taylor en nuestra lengua. Por eso, tanto tú como yo tenemos sangre de las dos familias custodias del Gremio, y de ahí el especial interés de Marcus Sloane en nosotros, posiblemente con la intención de extraernos la fórmula y luego, directamente, aniquilarnos.

—Igual que hizo con nuestros padres.

—Eso creo, aunque esa pérdida yo apenas la pude asentar, pues desde

muy pequeño fui secuestrado y traído a este monasterio-prisión, donde he pasado mi vida entera. Para mayor desgracia, a los pocos años de mi existencia, y ya cuando mi entendimiento estaba lo suficientemente desarrollado, esos malnacidos del Patronato tuvieron a bien confesarme la verdad.

—¿Qué es?

—Bueno, básicamente que deseaban reproducir la fórmula inherente en nuestra sangre y así poseer el elixir en exclusiva. El plan maestro tenía dos partes: la primera, mi secuestro, la realizaron con éxito; la segunda, casi.

—¿Cuál era la segunda?

Giorgos miró con tristeza sus sandalias y titubeante contestó a su hermana:

—Vuestra muerte, la de nuestros padres y la tuya propia. Así se aseguraban que solo yo poseía la fórmula. Afortunadamente, una de esas casualidades de la vida hizo que tú no estuvieras a bordo de la embarcación. El resto ya lo sabes: el Gremio te escondió a ti y yo permanecí encerrado en este lugar. Como venganza me prometí a mí mismo que jamás les revelaría mi mitad de la fórmula, aunque no pude evitar que experimentaran con mi sangre.

—Un momento. Lo has vuelto a decir.

—¿El qué?

—Lo de la sangre. ¿A qué te refieres con eso?

Giorgos la observó evaluando con la mirada si le estaba tomando el pelo, y por tanto la pregunta era parte de su socarronería. Tras unos breves segundos, y viendo que el rictus de Amalia no se inmutaba, dedujo que su hermana realmente desconocía la verdadera razón por la que se encontraban en aquel lugar y situación.

—Pero Amalia, ¿acaso no lo sabes? Tú y yo somos portadores del elixir en nuestra propia sangre desde el mismo momento en que fuimos concebidos.

La muchacha lo miró perpleja mientras una infinidad de preguntas se le amontonaban en la cabeza.

—Entonces, ¿por qué me has dado hace un rato ese frasquito con el líquido azul?

—Si haces un poco de memoria, recordarás que yo no te he dado nada, más bien me lo has arrebatado tú.

—Me has dicho que tomara el elixir para poder escapar, y ahora me dices que ya lo poseemos en nuestra propia sangre, ¿en qué quedamos?

—Ese frasquito es lo que Marcus Sloane piensa que es el elixir, pero realmente es agua con un poco de colorante azul que me pasa mi amigo Athos, el boticario. Después de hacerme infinidad de pruebas sanguíneas, un día me cansé, y los convencí de que aquel era el elixir que esperaban obtener. A cambio, y para proteger la mentira, les tuve que decir el resto de verdad.

—¿Y cuál es?

—Que para que funcione necesita el activador.

—La frase.

—Nuestras frases en latín. La tuya y la mía pronunciadas con nuestras voces, las cuales no se pueden imitar. Lamentablemente, eso puso toda la maquinaria del Patronato en marcha para localizarte y traerte hasta aquí. Así que me temo que tu secuestro es, en parte, culpa mía.

—No te preocupes. A cambio he ganado un hermano, el cual va a conseguir que salgamos de aquí juntos —añadió Amalia guiñándole un ojo.

Giorgos pareció encantado con su reacción, y sin poder evitarlo le cogió la mano suavemente, experimentando por primera vez aquel sentimiento fraternal tan profundo que ya jamás podría olvidar.

—Por tanto —concluyó la periodista haciendo un resumen de la crónica—, tú y yo tenemos el elixir en nuestra propia sangre, el cual se activa cuando pronunciamos la frase famosa con nuestras melodiosas voces.

—Algo así, pero no tan evocador como parece. De hecho, ha sido más una maldición que hemos sufrido durante toda nuestra vida: yo aquí encerrado y tú con el penoso recuerdo de la pérdida de nuestros padres.

—Todo eso ya pasó, Giorgos.

— Además, si Marcus consigue reproducir el elixir gracias a la fórmula original y descubrir el activador completo, estará de nuevo en posesión de lo que lleva buscando desde que Stalin lo hiciera desaparecer en el espacio.

—Y volveríamos a tener déspotas y líderes sanguinarios en el mundo.

—Bueno, esos ya existen, solo que con el elixir se convertirían en verdaderos destructores de la humanidad. De hecho, me consta que Sloane tiene pensado hacer el negocio del siglo con varios cabecillas de Al Qaeda y caciques del tercer mundo.

—Pues será mejor que huyamos de aquí cuanto antes. Sin nosotros no tiene ninguna posibilidad de reproducir la fórmula.

—Lo sé, aunque he de reconocer que siento cierto vértigo al abandonar este lugar. No he conocido otro en mi vida, y me aterra adentrarme en el

mundo exterior.

Ella lo miró comprensiva.

—Me recuerdas a uno de los protagonistas de la película “Cadena Perpetua”. Tenía un miedo atroz en salir de la cárcel después de treinta años de condena, aunque tu situación es bien diferente.

—¿En qué sentido? —añadió el monje dubitativo.

—Tú me tienes a mí —aseveró Amalia con tanta rotundidad que Giorgos experimentó una tranquilidad inmediata —. Ahora lo único que tenemos que hacer es huir de aquí y de todos esos locos del Patronato, y empezar de cero. Estoy segura que aún podemos recuperar todo el tiempo perdido.

—¡Giorgos! —susurró una voz entre la neblina que cubría la cumbre de la montaña, interrumpiendo el diálogo de los hermanos.

—¡Aquí! —gritó el aludido.

Al poco, dos monjes de edad similar a su hermano aparecieron con tal cara de espanto, que Amalia dedujo que su ayuda era del todo sincera, de no ser así no estarían tan nerviosos por ser descubiertos.

Los tres monjes se saludaron efusivamente, pero sin tocarse en absoluto, pues las normas de la comunidad así lo impedían.

—¡Vamos! —urgió Ioannis —, a duras penas hemos podido escabullirnos del resto. Están poniendo el recinto patas arriba para encontraros.

Giorgos asintió, y se dirigió al torno que hacía las veces de antiguo ascensor. Tras comprobar con varios estirones secos el estado de la maroma enroscada en la madera, se convenció a sí mismo que podría aguantar el peso de los dos hermanos, o al menos eso es en lo que confiaba.

Ayudó a Amalia a auparse a la red, la cual expulsó un vaho de polvo nada más tocarla, lo cual no ayudó en absoluto a tranquilizar los nervios incipientes de la muchacha. Después, el propio Giorgos se dispuso a acomodarse a su lado, pero en el último momento se giró, y vio a Ioannis y Athos observarlo con rostro compungido. Sin poder evitarlo, saltó fuera de la red y estrechó a sus dos amigos con tanta fuerza que los tres produjeron unas breves risas nerviosas.

—Mucha suerte, Giorgos, y ve con Dios.

—Gracias, Athos, y tú no te comas todo el azúcar de la botica, o cualquier día no cabrás en el ascensor.

Su amigo esbozó una sonrisa culpable, y le dio la mano por última vez.

—Adiós, Ioannis.

Este ya no ocultaba el mar de lágrimas que empapaban su barba. Giorgos había sido su mejor amigo, su confidente, su compañero de rezos, y tendría que acostumbrarse a vivir sin él, pues de una cosa estaba seguro: esta era la última vez que se verían.

—Cuídate, amigo.

—Tú también.

Y se fundieron en un abrazo prohibido, que sin embargo recordarían el resto de su vida.

Después, Giorgos volvió a encaramarse dentro de la red junto a Amalia, y el artilugio se deslizó poco a poco hasta el borde del precipicio, a la vez que iniciaba su lento y ciego descenso. Los dos monjes hacían girar el torno, y la cuerda que los sujetaba como hilo umbilical se desenredó perezosamente, tal si fuera una enorme serpiente saliendo de su hibernación centenaria.

—¿Estás bien? —preguntó el monje a su hermana, viendo que esta aferraba con fuerza la red mientras mantenía los ojos cerrados.

—Sí... no... ¿cómo voy a estar bien colgada a trescientos metros de altura de una cuerda que hace cien años nadie utiliza?

—No te preocupes. Antes de bajar la he comprobado, y parece muy resistente.

Para desmentir esa afirmación, se escuchó un quejido como el de los antiguos barcos veleros en alta mar, haciendo que Amalia apretará sus garras con mayor fuerza.

Marcus Sloane había despertado por fin del terrible golpe que aquel desgraciado le había propinado. Después de registrar todo el recinto interior y asegurar los ascensores, sabía que era cuestión de tiempo que atrapara a los hermanos, y ahora sí que dejaría de andarse por las ramas y con sutilezas. Pensaba torturarles de la manera más cruel posible, para que aquellos dos le proporcionaran la fórmula completa y, después, los lanzaría por aquel precipicio para acabar con los descendientes de los custodios del Gremio para siempre.

Tras dos horas de búsqueda incesante empezó a sospechar que realmente se la habían jugado, y los hermanos habían logrado escapar, hasta que probó una última desesperada estratagema: llamó a uno de sus capitanes guardianes y le ordenó que mantuviera vigilado con discreción al que todos conocían como mejor amigo de Giorgos. Pronto su corazonada tuvo éxito, y el padre Ioannis, acompañado de otro monje, abandonaron discretamente el recinto

para subir por la escalera interior que conducía a las ruinas del monasterio original.

Marcus se dio con la palma de la mano en la frente: ¡Cómo no lo había pensado antes! ¡El antiguo torno que hacía de ascensor! ¡Claro!

Les dio diez minutos de ventaja para no levantar sospechas, y reunió a un escuadrón de guardianes, tras lo cual se dirigió en pos del final de aquella pesadilla.

Al llegar a lo alto, escuchó en la distancia el crujir del torno, como cuando solía accionarse. Dedujo que la pareja de hermanos se hallaría ya en medio del descenso, lo cual le facilitaba la tarea muchísimo, pues solo tenía que acabar con aquellos dos pobres frailes y después cortar la maroma de un tajo.

La primera parte fue más fácil de que lo que él había imaginado, pues los monjes, al ser descubiertos, pensaron en ascender rápidamente a los cielos, y se precipitaron voluntariamente por un saliente de la altísima peña. Ni siquiera se les oyó gritar, probablemente porque no lo hicieron. El hecho es que dejaron el resto de la antigua balconada expedita para que el propio Sloane cortara la cuerda que descendía a los hermanos. Entonces se detuvo un segundo pensando que, si acababa con ellos, no podría sonsacarles el contenido completo de la fórmula, y aun así un sentimiento de rabia incontrolada hacia aquella pareja hizo que cogiera un machete y empezara a cercenar la gruesa maroma que oscilaba en el vacío.

Unos doscientos metros más abajo, y a otros tantos del suelo, Giorgos vio como sus queridos amigos caían al vacío sin remordimientos. Inmediatamente, unos movimientos extraños en la cuerda, que había detenido su descenso, le indicaron que alguien ahí arriba estaba pugnando por hacerles caer al precipicio.

—¿Confías en mí, Amalia?

—¿Otra vez? Esta es la segunda vez hoy que me haces la misma pregunta —contestó con voz aterrorizada, pues era consciente que su destino estaba a punto de despeñarse.

Giorgos cogió las manos de ella fuertemente, y sin dejar de mirarla fijamente, empezó a recitar una especie de plegaria. Ella le devolvió la mirada azulada, y un temor inédito invadió su alma al imaginarse el inminente destino que les aguardaba, con tan solo una oración monacal como solución.

Giorgos hizo caso omiso de la evidente desazón de su hermana, y apretó

sus manos con mayor brío, lo que logró captar la absoluta atención de Amalia.

A continuación, el monje intensificó su oración, como tantas otras veces lo había hecho a lo largo de su vida monacal. Se imaginó a sí mismo en un oscuro rincón de la iglesia de su monasterio, en el litis, la zona adyacente al centro del templo, armado con su rosario y la pertinaz oración litúrgica. El recuerdo lo inspiraba: los salmos susurrados, los retablos dorados, los pesados candiles de plata siempre encendidos, los magníficos iconos y las sagradas imágenes trazadas en los muros, reflejando la luz parpadeante de los cirios. El monje que dirigía al coro era la única silueta que se movía entre los espíritus y las sombras de esa semipenumbra. Iba de un lugar a otro, silenciosamente, dando el tono a los cantores de salmos. Y estos se dejaban conducir dócilmente, con devoción, la misma que experimentaba Giorgos en aquella oración: esta empezaba con una súplica, un ruego lleno de zozobra, de temores y sollozos, aunque no era más que una preparación para llegar a la auténtica plegaria espiritual. Era un camino de ascensión gradual hacia Dios, que tenía al monje totalmente concentrado y recogido, hasta que las invocaciones personales dejaban de tener sentido y su plegaria se hacía sublime. El joven monje abandonó entonces la súplica, confiando plenamente en la voluntad de Dios, y fue en ese instante cuando el rezo se convirtió en oración pura, posibilitando que se alejara de la esfera de lo natural, percibiendo su alma en movimiento, mientras su cuerpo experimentaba una paz perfecta, única, que lo alejó de lo mundano y lo ascendió levitando hacia Dios.

Amalia no dejaba de observar a su hermano, aunque no entendía nada de los versos susurrados al aire. Sí notaba, sin embargo, su respiración pausada, los latidos de su corazón como si de tambores celestiales se tratara. Y ese ritmo pausado, monótono y pacífico la invadió sin saber muy bien cómo. Ella misma empezó a apreciar una sensación de éxtasis interior, una emoción etérea que invadía su alma, haciendo que experimentara una paz como nunca antes había sentido. Y se dejó llevar, confiada, serena, hasta que perdió la conciencia, encomendándose completamente a esas manos que la sostenían férreamente.

—¡Amalia, despierta!

La voz de su hermano, a pesar de la cercanía, le llegaba al oído con una nitidez cavernosa, como si se hallaran en un túnel, cada uno en un extremo

opuesto. Poco a poco su mente fue cobrando lucidez y saliendo de su letargo, provocando que la voz serena de Giorgos le alcanzara como si este estuviera caminando a su encuentro.

—¿Qué ha pasado? —preguntó al recordar su imagen colgando de la red en el precipicio.

Entonces lo notó: el suelo firme debajo de su cuerpo, y pensó que yacía desmadejada al fondo de la pared rocosa, con su conciencia intacta gracias a algún tipo de milagro.

—¡Amalia! —insistió su hermano.

Ella lo miró perpleja al comprobar que se hallaba a su lado, arrodillado, cobijando su mano entre las suyas, y susurrando suavemente su nombre.

—¿Estamos vivos?

—Estamos vivos —respondió el monje risueño.

—¿Heridos?

—Estás perfectamente, ¿quieres incorporarte y comprobarlo por ti misma?

La muchacha lo obedeció, y poniéndose trabajosamente de pie, miró primero hacia la impresionante caída del precipicio, y después a los restos de red y maroma cortada que yacía exánime en el suelo.

—Pero ¿cómo...?

—Te dije que confiaras en mí.

Ella lo miró perpleja, sin saber si estaba loco, le estaba tomando el pelo, o las dos cosas a la vez. Él, viendo su desazón, la sacó de dudas:

—Hemos descendido levitando poco a poco por la pared de la roca.

Indudablemente estaba loco, pensó Amalia.

—Veo que aún no has descubierto el poder ancestral que tiene el elixir en nuestra sangre —le aclaró Giorgos mientras le lanzaba una de aquellas sonrisas joviales que lo caracterizaban.

—Desde luego que no —respondió ella con una mezcla de incredulidad y admiración, mientras lo miraba como si fuera su ángel de la guarda, lo cual en cierta manera era verdad.

14 de octubre de 1582

El Papa Gregorio XIII miró el techo de la evocadora Capilla Sixtina mientras sus pensamientos rememoraban los acontecimientos de los últimos diez días. Todo había comenzado con la esperanza de un futuro mejor, con el descubrimiento de la fórmula Leonardo, que permitiría gobernar con subterfugios las potencias europeas, gracias al control ejercido por unos elegidos. Al final, el mundo acabaría siendo regido por los designios de Nuestro Señor Jesucristo, o al menos en eso había confiado Ugo Boncompagni.

No recordaba el momento exacto en que ese plan, tan maravillosamente trenzado, había empezado a derrumbarse tan precipitadamente como una montaña de arena a orillas de un mar batiente.

El hecho era que mañana todo habría desaparecido. Mañana sería 15 de octubre, y hoy 4 del mismo mes. Esos últimos diez días se convertirían en un mal sueño, por un lado, y en la esperanza de lo que pudo haber sido, por otro. Ya nada restaba por hacer mas que emitir el edicto papal, y ocultar así la única prueba que demostraba que el hombre podría haber sido mejor, aunque el alma humana se había empeñado en demostrar lo contrario.

Estaba claro que la fórmula solo había aumentado exponencialmente las ruindades de aquellos que la habían ingerido. En ningún caso la iluminación cerebral había provocado una visión profunda del conocimiento que lo ligara a la bondad del corazón difundida por el Creador. Esta había sido la esperanza de Ugo, aunque lo cierto es que la fórmula solo había demostrado que el pecado original no era fruto de la casualidad, sino del arraigo del mal en el ser humano. No en todos los hombres y mujeres, claro —pensó—, pero sí en la gran mayoría que ostentaban puestos de cierta enjundia.

Por eso aún albergaba algo de esperanza, por todos aquellos desarraigados y pobres seres que, en su humildad, aún obraban el milagro de la compasión, del perdón y el amor incondicional. Por ellos decidió abandonar su quimera de un mundo mejor construido a partir de unos nobles, los cuales paseaban esa nobleza en sus títulos nobiliarios, pero cuya ralea era de tal ínfima calidad, que hasta un niño pastor les ganaba en grandeza.

Ugo se sentó en uno de los bancos corridos del lateral derecho de la

capilla, y fijó la mirada en uno de los frescos que más le agradaban. Se trataba de la representación de *La Caída del Hombre*, que Miguel Ángel pintó en la parte central de la bóveda. En ese momento pensó que la imagen era bastante elocuente, y volvió a lamentarse de lo acaecido en los últimos días.

Estaba cansado. Habían sido diez años de un papado convulso, y a sus ochenta años de edad, su alma ya no tenía nada más que ofrecer. Aquella aventura había sido su postrer intento de mejorar el mundo que sabía no tardaría en abandonar, y no había funcionado.

Tras unos segundos de vana oración, llamó a sus astrónomos, y el cónclave del calendario se inició.

Tras cinco horas de discusión, las conclusiones que alcanzó el cónclave fueron rotundas: esos diez últimos días de octubre deberían desaparecer de la historia de la humanidad, y para ello todos los registros oficiales que hicieran referencia a cualquier acontecimiento sucedido en aquellas fechas deberían pasar por la expiación de las llamas.

Se enviaron emisarios papales a las principales ciudades y capitales europeas con un doble propósito: cumplir la orden crematoria, y hacer que el clero saliera a las calles para apaciguar a las masas enfervorecidas que aún andaban a la caza de los pobres nobles, los cuales responsabilizaban de la muerte de los maestros gremiales a falta de otro culpable que estuviera a mano.

Las siguientes dos semanas fueron de una actividad frenética, y los caminos se llenaron de tal cantidad de emisarios eclesiales que algún pobre campesino se temió que el juicio final estuviera a punto de llegar. ¿Por qué si no la Iglesia iba a movilizar a su ejército de protectores de la fe?

El hecho es que en esos días no hubo sacerdote, fraile, monja o monaguillo que no saliera al encuentro de sus conciudadanos y les obligara a desistir del pecado de la venganza, en algunos casos teniendo que recurrir a la amenaza de excomunión o, incluso, a la de arder en el infierno. El populacho, más temeroso de Dios que de los humanos, poco a poco replegó velas, y los tumultos cesaron.

Aquellos diez días de octubre de 1582 desaparecieron entre el silencio de las calles vacías y el humo blanco de miles de documentos que poseían un único detalle en común: tener en alguna de sus lindes del papel cualquier referencia a una fecha comprendida entre el 4 de octubre y el 14 del mismo

mes.

Ugo Boncompagni había logrado lo que ni el mismo Einstein intentó hacer muchos siglos después: doblar el tiempo a su antojo.

En ese instante, Giorgos y Amalia escucharon unas voces que se acercaban entre la espesura del bajo monte, y recordaron que se tardaba menos en llegar a la base de la roca en ascensor que no en una alfombrada red mágica.

Sin esperar a confirmar que se trataba de Marcus Sloane y sus guardianes, echaron a correr por un camino de tierra, que les conducía hacia la carretera asfaltada que recorría zigzagueante los monasterios de Meteora.

Sus perseguidores pronto descubrieron el rastro, y marcharon como posesos tras la pareja de hermanos. Estos arrastraban los pies con bastante dificultad: Giorgos porque sus sandalias no estaban hechas para desafiar las zarzas, pedruscos y desniveles que la montaña le ponía como obstáculos; Amalia por lo mismo, aunque su pesadilla eran unos preciosos zapatos de medio tacón que aún arrastraba desde que fuera secuestrada a las afueras de las oficinas del periódico en Valencia.

Aun así, al poco lograron alcanzar a duras penas la carretera, que a esas horas de la madrugada estaba totalmente desierta. La muchacha respiró más esperanzada al sentir el asfalto bajo sus pies, aunque su alegría duró lo que una bala tardó en impactar a escasos metros de sus cabezas.

—¡Dios mío, nos están disparando! —gritó Giorgos totalmente espantado.

—Pues será mejor que sigamos corriendo carretera abajo, o uno de esos guardianes tendrá más tino la próxima vez.

—¡A qué esperamos!

Y siguieron martirizando sus pobres pies mientras corrían por aquella carretera, la cual no tenían muy claro hacia dónde les conducía.

Tras varios minutos de persecución se pudo ejemplificar la diferencia física entre unos hombres bien entrenados y una pareja de hermanos, que lo más que habían corrido últimamente había sido en busca de un autobús municipal que se alejaba, en el caso de ella, o para atender algún requerimiento urgente del abad, en el caso de él.

Por eso, la distancia que separaba al grupo de guardianes y la de los hermanos se vio rápidamente reducida, hasta el punto de sentir el siguiente tiro tan cerca de sus pies, que no tuvieron más remedio que detenerse, pues claramente se trataba de un disparo de advertencia.

Al volverse jadeantes, se encontraron cara a cara con sus perseguidores,

los cuales se encontraban a menos de cien metros de ellos.

Todo había sido al final en vano —pensó Giorgos—. Casi lo habían logrado, aunque lo cierto es que, en aquellas montañas tan bellas, pero tan inhóspitas, las posibilidades reales de escapatoria habían sido siempre más bien escasas.

Amalia miró a su hermano con el rostro congestionado por el esfuerzo, y con la pena de entender lo que este estaba sintiendo.

El grupo perseguidor, viendo que su presa se daba por vencida, aminoró la marcha hasta un trote cansino, pues a pesar de su atlético estado físico, la pareja les había obligado a correr a un ritmo frenético.

Luego Amalia lo escuchó. Un ruido cada vez más cercano, como el grito histérico de unos neumáticos desgarrándose. Y tras unos segundos de estupor que alcanzaron también a los guardianes, un todoterreno apareció desbocado tras la curva más cercana. En el parabrisas delantero un rostro tan conocido como amado se materializó al volante, junto al de otro hombre mucho más mayor que, haciendo verdaderos esfuerzos por sujetarse dentro del habitáculo, miraba con rostro desencajado las lindes cortadas de la carretera.

Bruno derrapó justo delante de la pareja de hermanos, hasta dejar el coche cruzado en la carretera. Luego, sin tiempo que perder, abrió la puerta del asiento trasero y apremió a Amalia:

—¡Venga, corre, no tenemos más que unos segundos!

Unos impactos de bala en el lateral de la carrocería dieron a entender a la muchacha que el tiempo de reacción de los guardianes había sido bastante menor que el que Giorgos y ella habían experimentado, y eso provocó que ambos se lanzaran al interior de su vehículo salvador como si se zambulleran en las claras aguas de una playa mediterránea.

El investigador ya estaba arrancando de nuevo el todoterreno cuando la pareja aún batallaba con los cinturones de seguridad, seguros de que la bajada por aquellas curvas cortadas al precipicio iba a ser tan espeluznante como la experimentada en la red del antiguo torno del monasterio.

—¿Qué haces aquí? —gritó Amalia entre los chirridos de las ruedas.

—Yo también me alegro de verte, cariño.

—No me llames cariño.

—Es verdad, unos pocos días separados y ya se me había olvidado lo seca que eres.

—Sabes que eso no es cierto, ¿o te recuerdo de nuevo la noche que

pasamos en la habitación de París?

—Nooo, no hace falta, solo estaba bromeando —y volvió a reír con aquella carcajada limpia que volvía loca a Amalia.

Durante ese breve diálogo de reencuentro, el profesor Arístegui y Giorgos se mantuvieron en silencio: el primero risueño ante la complicidad de la pareja, y el segundo espantado por las alusiones eróticas de los comentarios.

—Por cierto, te presento a mi mentor y antiguo jefe de departamento, el profesor Arístegui.

—Mucho gusto, señorita —contestó este cortés—. Y este debe ser tu hermano, si no me equivoco.

—Giorgos Sastre —añadió el monje tornando a su semblante jovial, a pesar de los esfuerzos que hacía por sujetarse firmemente en cada bandazo del todoterreno.

—Giorgos Sastre Mendoza, si mis informaciones son correctas.

—Lo son —matizó el joven.

—En ese caso, Bruno, después de comprobar que me hallo ante las personas correctas, no tengo más remedio que pedirte que detengas el vehículo.

El tono en el que Fernando Arístegui pronunció el requerimiento resultó totalmente desconocido a su interlocutor, como si de repente otra persona diferente se hubiera introducido en el cuerpo de su estimado profesor. Luego, una pequeña presión en su costado hizo que retirara un segundo la vista de la carretera, y lo que vio aún le convenció que su compañero se había vuelto completamente loco. La pistola que empuñaba el profesor era una Glock 26, suficientemente pequeña para pasar desapercibida entre la ropa, pero con un cargador de diez cartuchos capaz de acabar con el triple de personas que ocupaban el vehículo.

—Pero ¿qué está haciendo, profesor? —inquirió Bruno sin salir de su asombro.

—Lo que he venido a hacer desde el primer momento que el Patronato me encargó el secuestro de Amalia: llevarla ante Marcus Sloane.

La muchacha no daba crédito a sus oídos. Este era aquel profesor por el que el magnate le había preguntado en su conversación en el monasterio, pero, si no recordaba mal, se había referido a él como uno de los hermanos mayores del Gremio, por lo que su estupor era comparable al de Bruno.

—Verás, Amalia —añadió el profesor como intuyendo sus dudas—, he invertido mucho tiempo y esfuerzo en infiltrarme entre los miembros del

Gremio, hasta tal punto que algunos de ellos me promocionaron en su día como uno de los hermanos mayores.

Esta última afirmación provocó una risa siniestra en su emisor que heló la sangre de Bruno por lo antinatural que sonaba. Aquel ser al que en más de una ocasión le había confesado sus desventuras juveniles se había convertido en un extraño despreciable.

—No entiendo nada, profesor —confesó el investigador apesadumbrado.

—Es muy sencillo, Bruno: te camelé, te moldeé, te vigilé y, por último, te usé para llegar hasta Amalia.

—¿Pero, por qué yo? ¿Cómo sabía que algún día iba a conocer a Amalia?

—Fui yo el que te recomendó para el puesto de investigador acompañante desde mi posición en el consejo del periódico. Tú eras el que, tras tantos años de aprendizaje, ibas a conseguir el elixir junto a uno de los tres descendientes directos de James Taylor y Lucía Mendoza.

—¿Tres? —se atrevió a preguntar por primera vez Giorgos.

—Claro, tres, los tres que se hallan aquí dentro conmigo.

El todoterreno ya hacía un par de minutos que había detenido su marcha, y por eso no se estamparon en el parabrisas cuando Bruno apretó hasta el fondo el pedal de freno.

—¿Yo?

—Efectivamente. Tú has sido siempre uno de los tres, aunque no te preocupes, el grado de parentesco con tu novia es tan lejano, que ya hace siglos se perdió todo vínculo consanguíneo. Todo, menos uno: el elixir Leonardo que corre por vuestras venas.

—Aquí la novia no acaba de entender cómo pudo ser eso —interrumpió Amalia sacando a pasear su indignación por la violenta situación en la que se encontraban.

—Normal, siempre hemos procurado manteneros alejados. Solo cuando alguien despertó al satélite Leonardo con los restos del elixir en su interior decidimos dar un paso adelante y recuperar lo que siempre nos perteneció.

—¿Nos?

—Al Patronato, la hermandad que me vio nacer y a la que he consagrado mi vida entera. La que me prometió ser uno de los elegidos si colaboraba en la recuperación de la fórmula.

—Ahora entiendo —intercedió Bruno—. Se ha vendido a esos desalmados por un momento efímero de lucidez mental.

—Esos desalmados, como tú los llamas, son la organización más

poderosa e influyente que jamás ha existido. A ella se han plegado Papas, reyes y dirigentes de toda índole, con el único propósito de lograr un mundo mucho más justo para la humanidad.

—Eso no es lo que parece, a tenor del listado de dictadores y déspotas que constaba en la lista que descubrimos en Moscú. Por el contrario, los personajes que aparecían en el listado del Gremio sí que eran librepensadores, científicos e incluso algún gobernante que será recordado por su ecuanimidad —rebató Bruno.

—Tonterías. Ha habido muchos a lo largo de la historia del Patronato que obraron con justicia, y también algunos del Gremio que no fueron unos santos varones.

—A eso se refería cuando me dijo en Londres que no todos los del Gremio eran buenos ni todos los del Patronato eran malos. Lo único que se le olvidó mencionar entonces era que usted pertenecía al Patronato, y siempre se ha comportado como el más ruin de los canallas —respondió iracundo el investigador, cada vez más agitado por la infamia en la que lo habían mantenido tanto tiempo engañado.

—¿Qué me dices de Blas? ¿También él es uno de sus hermanos? —Preguntó de repente la periodista.

—Al contrario, querida, Blas Guzmán es un verdadero maestro gremial, y a él es al que siempre más he temido. Hubo una época en que pensé que había descubierto mi estratagema, pero pronto comprendí que era imposible para un redactor jefe tan visceral destapar la trama que con tanto empeño logré orquestar.

—¿Lo de visceral lo dice por la repentina decisión de despedirme al saber de mi relación con Amalia?

—Nada de eso. En aquella ocasión su reacción fue legítima, pues mis artimañas y falsas informaciones le hicieron creer que tú habías sido contratado por el Patronato para vigilar de cerca a Amalia.

—Bueno, en cierta manera era verdad —concluyó la periodista.

—Con la salvedad que mis intenciones fueron siempre honorables, y desconocía los propósitos de este miserable —añadió Bruno perdiendo de repente todo el respeto que le tenía al profesor.

—Menos en París, donde actuaste sin honorabilidad alguna mientras me trajinabas en la cama —susurró Amalia picarona.

El repentino comentario fuera de lugar cogió tan desprevenido al profesor, que instintivamente bajó el cañón del arma con el que apuntaba a su ex

compañero de universidad, al tiempo que giraba ligeramente su rostro para maravillarse con la mirada libidinosa que ponía Amalia.

Bruno entendió inmediatamente la maniobra de distracción que había efectuado su novia, y de un manotazo liberó la pistola de las garras de su dueño. Este, al verse desarmado, se lanzó como un poseso hacia la pierna del conductor en pos de recuperarla, haciendo que el investigador clavara hasta el fondo el pedal del acelerador bajo la presión de aquel pesado cuerpo.

El todoterreno chirrió ruedas y partió carretera abajo como si fuera un pura sangre desbocado. Bruno agarró el volante con ambas manos, y empezó a dar volantazos mientras embestía el lateral rocoso del margen izquierdo y, a duras penas, lograba contra voltear al acercarse precipitadamente al borde derecho de la exigua carretera, donde una raquítica valla de madera era lo único que les separaba de caer al precipicio. En más de una ocasión golpearon bruscamente dicho parapeto, haciendo que este saltara por los aires al impactar con el férreo todoterreno, y mostrando así la caída que les aguardaba, como si fueran las fauces de un tiburón relamiéndose antes de hincar el diente en su presa.

El profesor pugnaba por recuperar el arma, Bruno por mantener el vehículo dentro de la carretera, Amalia se tambaleaba entre los asientos, intentando alcanzar al profesor, y Giorgos se mantenía en silencio con una plegaria pegada a su boca, aunque en esta ocasión sin elixir de por medio que los ayudara.

Por fin, después de mucho batallar, el hermano del Patronato logró de nuevo empuñar su arma, y se irguió en el asiento con tal ímpetu, que no vio a Amalia alcanzar y abrir el pasador de la puerta delantera, ni a Bruno acercarse una vez más al precipicio hasta impactar brutalmente contra la valla.

Lo siguiente que sintió el profesor fue una levedad física, motivada por la inercia de su cuerpo al verse despedido por la puerta tras el impacto. Primero pensó que el vehículo se había detenido y él podría retomar el control de la situación, pero lo que más le extrañó fue sentir sus pies en el aire, mientras observaba cómo el todoterreno se alejaba cada vez más de él, tanto que la distancia entre ambos era mayor que la anchura de la carretera.

Luego su ser cayó al vacío, acompañado de su egoísmo, su vanidad y su cerebro absolutamente lúcido. No gritó, pues así educaban a los miembros del Patronato, a morir con dignidad, aún cuando las circunstancias hubieran sido totalmente adversas, como en aquella ocasión.

Bruno logró detener el vehículo justo a tiempo para que los tres vieran caer al profesor en un rictus de solemnidad, aunque Amalia juraría haber apreciado en su mirada un atisbo de rabia y odio. Giorgos solo se santiguó, y lanzó un rezo susurrado hacia las paredes del precipicio, para que de alguna manera alcanzara al pobre infeliz en su trágico descenso.

—¡Vámonos de aquí! —urgió Amalia.

Bruno aceleró de nuevo el todoterreno, alejándose por siempre de las cumbres místicas de Meteora.

Epílogo

La isla de Tabarca es mundialmente desconocida para la inmensa mayoría de viajeros. Apenas a 22 km de la ciudad de Alicante, y a unos 8 de la villa turística de Santa Pola, su encanto reside en las azules aguas del Mediterráneo que bañan sus costas, y su discreción. Por eso, sus 57 residentes dieron la bienvenida a aquella pareja de jóvenes que un día vinieron a establecerse en el caserón más septentrional de la misma, uniéndose así a la comunidad de tabarquinos y su estilo de vida pausado.

Las aguas que circundan la isla fueron declaradas primera reserva marina de España en 1986, lo que significa que desde entonces sus costas disfrutaban de una tranquilidad alejada de los pescadores o las embarcaciones recreativas.

Por eso el Gremio decidió ubicar allí a Bruno y Amalia. Primero por la privacidad anteriormente descrita, y segundo porque la pareja estuvo totalmente de acuerdo en retirarse juntos a aquel paraíso. Giorgos, sin embargo, había preferido trasladarse al apartado monasterio de Porta Coeli, en las recogidas tierras de la Vall de Lullén, a unos 25 km de Valencia capital. Su asceta vida monacal, profesada durante toda la vida en el monasterio de Los Caligrafistas de Meteora, le habían ayudado a decidirse por continuar su recogimiento en aquella comunidad de hermanos, los cuales, a pesar de ejercer diferentes ritos religiosos, no dudaron en acogerlo en su seno. Su alma necesitaba reencontrarse con la paz que ese tipo de comunidades le otorgaba, aunque una vez al mes solía surcar las aguas para visitar a su hermana y Bruno, su recién descubierta familia.

—¡Ven, no seas cobardica! —gritó Amalia con agua por la cintura —. ¡El agua está trasparente como el aire!

—Muy poético, pero yo diría que está helada como una cerveza — respondió Bruno desde la orilla.

Su casa disfrutaba de una pequeña cala privada, a la que se accedía por unos toscos escalones tallados en la pendiente, y la pareja bajaba todas las mañanas a empaparse del sol y el aire mediterráneo. En esta ocasión, aunque era todavía finales de marzo, ella había inaugurado la temporada de baño, adentrándose jovialmente en las limpias aguas turquesas.

—Será mejor que salgas, o vas a coger una pulmonía.

Amalia, por una vez, le hizo caso, y brincando como una colegiala, salió

del agua y se tumbó a su lado. Las frías aguas habían despertado sus pechos, y Bruno no pudo dejar de deleitarse en la contemplación de tal divino ejemplar.

—¿Qué miras?

—A ti.

—No estarás pensando lo que creo que estás pensando.

—Me temo que sí, mi amor —y sin más preámbulo la envolvió dulcemente entre sus brazos.

—¿Qué están haciendo?

—Verá señor, están... retozando.

—¿Retozando? Sí, señor, eso he dicho.

—¿Se refiere a...?

—Efectivamente, señor Sloane.

Un silencio se apoderó de la línea mientras el magnate cavilaba para sus adentros.

—¿Se han puesto en contacto con alguien del gobierno o, quizás alguna compañía farmacéutica?

—No se han puesto en contacto con nadie en todo este tiempo, señor. Se limitan a hacer vida normal.

—Ya... —dijo el hermano mayor del Patronato a modo de contestación.

—¿Quiere que concluya el encargo, señor?

Una vez más, la línea mantuvo un silencio reverente, semejante al que se puede oír cuando el juez despliega el papel que contiene el veredicto de los acusados.

—No, límitese a vigilarlos y manténgame puntualmente informado.

—De acuerdo, señor.

Después, Marcus Sloane hizo dos cosas. La primera fue pedirle al director general del Centro de Control Galileo, el señor Jesús Serrano, que cumpliera una orden sencilla. Este lo hizo con la mayor diligencia, mientras era observado de cerca por el propio magnate que se hallaba en esas mismas instalaciones.

Tras teclear una serie de comandos en el ordenador central, una luz verde se iluminó débilmente en un lejano satélite olvidado. Un satélite que llevaba dormido decenas de años, y que no existía para la mayoría de mortales. Un satélite cuyo interior albergaba un elixir azulado junto a un manuscrito en

latín.

El satélite Leonardo reinició sus sistemas de navegación, trazó la órbita establecida, y lentamente se dirigió hacia un lugar indeterminado del globo terráqueo, obedeciendo fervientemente los designios del Patronato.

A continuación, el magnate tecleó otro número en su teléfono móvil, y una férrea voz contestó a los dos segundos:

—¿Sí?

—¿Señor Guzmán, Blas Guzmán?

—El mismo, ¿quién es?

—Soy Marcus Sloane. Tenemos que hablar.

Blas se mantuvo alerta al otro lado del teléfono, bastante atónito tras el hecho que el mismo Hermano Mayor del Patronato se hubiera atrevido a llamar al mismísimo Hermano Mayor del Gremio. Tras varios segundos de vacilación, al final optó por lo único que podía hacer en aquellas circunstancias, y tiempo más tarde reconocería que apenas le costó tomar aquella decisión descabellada:

— ¿Dónde y cuándo, señor Sloane?

FIN

NOTA HISTÓRICA

Gran parte de los personajes históricos que aparecen en la novela existieron y se desempeñaron tal y como se describe en ella. Otros, sin embargo, son fruto de la imaginación, para dotar de dramatismo y aventura los hechos ficticios que envuelven la historia. Descubrir cuál de ellos es verídico y cuál fruto de mi imaginación es una tarea que el lector deberá descubrir por sí mismo, pues no hay mayor placer que adentrarse en la historia y averiguar cuántas sorpresas nos aguardan.

Por otro lado, algunas de las instituciones descritas en este libro existen en realidad, tales como el GCC (el Centro de Control Galileo) en la localidad alemana de Oberpfaffenhofen, o la Universidad de Harvard, donde se lleva a cabo el Proyecto Conectoma Humano, una de las investigaciones más especializadas en desentrañar los misterios del cerebro humano. Por supuesto que lo relatado en este libro sobre las conspiraciones que ocurren en su interior forman parte de la trama novelada, y el trabajo que realizan ambas es absolutamente legítimo y loable.

Por último, los monasterios de Meteora son una maravilla del mundo que causaron tal impacto en mí cuando tuve la ocasión de visitarlos, que no dudé en incluirlos en la trama de mi novela. Concretamente, el de los Caligrafistas pertenece, efectivamente, a uno de aquellos que fue abandonado por los antiguos monjes ascetas, y hoy en día solo permanecen unas pocas ruinas como vestigio de su tradición centenaria.

AGRADECIMIENTOS

A mis amigos Jorge e Inma, que me acompañaron en el delicioso paseo por los monasterios de Meteora, y me obsequiaron con un libro que me ayudó en la documentación de esta historia. Siempre tan fieles y entrañables, especialmente Jorge, el cual ha sido también un inestimable lector del manuscrito, comentando y sugiriendo modificaciones que han hecho de esta novela un libro mejor.

A Kostas y Georgia, mis queridos amigos griegos, que amablemente organizaron y me acompañaron en las visitas a Kalambaka, Tríkala y Meteora. Su desinteresada amabilidad será siempre uno de los tesoros que guardaré con mayor cariño de mi estancia en tierras helenas.

A ninguna persona en particular y al condado de Somerset en general, cuya bella campiña y preciosos pueblos ingleses recorrí junto a mi familia, y que me sirvieron de inspiración para ubicar los orígenes de James Taylor, uno de los protagonistas.

Gracias también a la Fundación Amigó y todos sus miembros, y en particular a Rafa Yagüe, por dejarme participar de su maravillosa tarea aportando mi granito de arena con los beneficios de esta novela.

A mi mujer, la primera siempre, la última también. Te quiero, cariño.

Por último, a mis padres, a los que dedico esta novela, por muchas razones que necesitaría de otro libro entero para poder resumir. Gràcies per tot, vos vull molt.

Y gracias a ti, lector, por leer mi libro y colaborar también con la Fundación Amigó y la maravillosa labor que desarrollan con los jóvenes más desfavorecidos.

Si te ha gustado esta historia, o no, y tienes un minuto, te agradecería dejaras una reseña en tu plataforma preferida. ¡Hasta que nos volvamos a encontrar en otro libro!

Sígueme en Twitter: <http://twitter.com/@JuanPonsServer>

Otros libros de este autor:

“Los Últimos Vikingos del Orinoco”, disponible en Amazon en formato digital y también en tapa blanda.

Sinopsis:

No existe ningún documento escrito que atestigüe de la presencia de una civilización vikinga en el continente sudamericano.

La Corona Española puso todo su empeño en demostrar que Cristóbal Colón fue el primer descubridor del Nuevo Mundo.

En su afán por mantener los derechos de conquista y explotación, otorgados por el papado en las Indias, y mantener su hegemonía y monopolio en la zona, el Imperio Español eliminó todo vestigio del asentamiento nórdico, hasta convertir la presencia escandinava en simple leyenda.

Quién le iba a decir a Julián de Azcona, noble sevillano de profundas convicciones tradicionales, que su vida iba a experimentar un giro tan drástico que acabaría embarcado en una misteriosa travesía hasta las Indias recién descubiertas, y remontando el río Orinoco hasta sus inexploradas fuentes. Aunque si alguien le hubiera preguntado a él, probablemente hubiera dicho que lo más fascinante de toda esta locura fue conocer a esa muchacha indiana, de rizado pelo cobrizo, que le robó las palabras nada más verlo.

Esta es la verdadera historia que se logró ocultar y de los personajes que la vivieron.

No te pierdas esta apasionante novela de ficción histórica mientras averiguas el paradero de los Últimos Vikingos del Orinoco.

Ebook: relinks.me/B07G2C68ZJ

Tapa blanda: relinks.me/1717987982

ÍNDICE

[NOTA DEL AUTOR](#)

[PREFACIO](#)

Capítulo [1](#)

Capítulo [2](#)

Capítulo [3](#)

Capítulo [4](#)

Capítulo [5](#)

Capítulo [6](#)

Capítulo [7](#)

Capítulo [8](#)

Capítulo [9](#)

Capítulo [10](#)

Capítulo [11](#)

Capítulo [12](#)

Capítulo [13](#)

Capítulo [14](#)

Capítulo [15](#)

Capítulo [16](#)

Capítulo [17](#)

Capítulo [18](#)

Capítulo [19](#)

Capítulo [20](#)

Capítulo [21](#)

Capítulo [22](#)

Capítulo [23](#)

Capítulo [24](#)

Capítulo [25](#)

Capítulo [26](#)

Capítulo [27](#)

Capítulo [28](#)

Capítulo [29](#)

Capítulo [30](#)

Capítulo [31](#)

Capítulo [32](#)

Capítulo [33](#)

Capítulo [34](#)

Capítulo [35](#)

Capítulo [36](#)

Capítulo [37](#)

[Epílogo](#)

[NOTA HISTÓRICA](#)

[AGRADECIMIENTOS](#)